COLECCION
DE ESCRITORES
CASTELLANOS
88

F. DURO

ESTUDIOS HISTÓRICOS
DEL
REINADO DE FELIPE II

6
9142
<88>

Biblioteca Nacional de España

6
9142
<88>

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

4
1992
6
4
891
9142

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

ESTUDIOS HISTÓRICOS

DEL

REINADO DE FELIPE II

EL DESASTRE DE LOS GELVES

(1560-1561)

ANTONIO PÉREZ EN INGLATERRA Y FRANCIA

(1591-1612)

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 8

1890

HISTORIADORES

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

TOMOS PUBLICADOS.

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías,* con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias,* con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II —*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I (hasta fines del siglo XV). (Agotados los ejemplares comunes, los hay de lujo de 6 pesetas en adelante.)

Biblioteca Nacional de España

11.—Obras de A. Bello: tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz. —4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Estudios de crítica literaria.*—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa. —Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.— Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos; las formas políticas en general. —El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas

Biblioteca Nacional de España

ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid. —Ideas sobre el librecambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola. —Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI y último. —Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pts.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo I. —Contiene: Traductores de Horacio. — Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.— *Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.— *De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III.—

Biblioteca Nacional de España

De la conquista y pérdida de Portugal: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pts.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pts.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Mélia: tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV (siglo XVIII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Mélia: tomo II y último.—4 pts.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas,* con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra

Biblioteca Nacional de España

Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma. —4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pts.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. —Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar. —Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el dia del Juicio.—4 pts.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Mélia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías.*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino pre-

Biblioteca Nacional de España

histórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pts.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías*.—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras*.—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuíno teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada, tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

Biblioteca Nacional de España

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas.—5 pesetas.

65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.*—*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.*—*Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.*—*Doña Mencía.*—*La redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

Biblioteca Nacional de España

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 ptas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario):* tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura, tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor.—4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo.—*Historia de las ideas estéticas en España,* tomo VII (siglo xix).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 pesetas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III.—Contiene *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I. Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: La lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos xiv y xv.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional,* recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Primera serie.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos:* tomo III (en prensa).

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alon-

Biblioteca Nacional de España

so de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua*.—Fr. Pedro Malon de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega, son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viaje por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: *Disertaciones y juicios literarios:* tomo VII.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I (en prensa).

86.—*Obras gramaticales* de Andrés Bello: tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—Duque de Berwick.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia*.—5 pesetas.

88.—Fernández Duro (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—*Derrota de los Gelves*.—*Antonio Pérez en Inglaterra y Francia*: un tomo 4 pesetas.

89.—*Obras gramaticales* de Andrés Bello: tomo II (en prensa).

90.—*Rimas* de D. Vicente W. Querol: un tomo (en prensa).

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Memorias de D. José Pizarro.

Relaciones de sucesos de la Monarquía española, desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Obras completas del Duque de Rivas.

Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

HISTORIADORES

88

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ESTUDIOS HISTÓRICOS

DEL

REINADO DE FELIPE II

Biblioteca Nacional de España

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del..... 1 al 50.
10 » en papel China, del..... I al X.

Biblioteca Nacional de España

COLECCION DE ESCRITORES CASTELLANOS

ESTUDIOS HISTÓRICOS

DEL

REINADO DE FELIPE II

EL DESASTRE DE LOS GELVES

(1560-1561)

ANTONIO PÉREZ EN INGLATERRA Y FRANCIA

(1591-1612)

POR

D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

De la R. Academia de la Historia

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 8

1890

COLECCION DE HISTORIADORES

Biblioteca Nacional de España

PASCUAL de GAYANGOS

Biblioteca Nacional de España

DESASTRE DE LOS GELVES

(1560)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

La isla de los Gelves ó Gerves de nuestras crónicas, designada por los naturales con el nombre de Jerbah y por los italianos con el de Gerbí y Zerví, se halla al SO. de la de Malta, en el golfo de Caps ó Khabes por latitud media de 33° 45′ Norte, tan próxima á la costa de Trípoli y boca del río Tritón, antiguo Lotofagite, que se comunicaba con la tierra firme por un puente de madera, y aun á marea baja podía vadearse el canalizo de separación.

En extensión superficial mide la isla unos 40 kilómetros de largo por 26 de anchura; abunda en olivos y palmares, cuyos frutos mantenían á la población, repartida en aldehuelas y alquerías, supliendo con pozos la carencia de ríos y fuentes de agua potable.

Rodean á los Gelves por todos lados bajos y canalizos de difícil acceso, que obligan á las embarcaciones de algún calado á fondear á tres ó más millas de distancia.

Biblioteca Nacional de España

Siempre fué este rincón nido de piratas y peligroso padrastro de Malta, Sicilia y Cerdeña. El Almirante de Aragón Roger de Lauria castigó los latrocinios de aquellos naturales desembarcando en 1284. Pensó el Rey Don Fernando el Católico reprimirlos de nuevo, y lo hiciera de su orden en 1501 el Gran Capitán, á no estorbárselo las complicaciones de la guerra de Italia. En fin, se organizó al efecto la expedición del Conde Pedro Navarro en 1510: quedó en breve sometido Trípoli, saliendo de Málaga segunda armada á las órdenes de Don García de Toledo, sobrino del Rey Católico, padre del gran Duque de Alba, para dar fin á la jornada, ocupando la isla de los Gerbes, yendo no menos de 16.000 infantes, sin contar la gente marinera de las naves; dato que sirve á la medida de la importancia de la empresa.

Verificado sin oposición el desembarco el 30 de agosto del mismo 1510, emprendieron los escuadrones la marcha hacia el interior, llevando D. García la vanguardia. El ardor del sol, el peso de las armas, la falta de agua sobre todo, fatigaron tanto á los soldados, que al llegar á la arboleda y sitio de los pozos no hubo razón ni palabra que los contuviera, precipitándose en el mayor desorden á satisfacer la exigencia de la sed con porfía y aun lucha de unos con otros.

Biblioteca Nacional de España

Unos cuantos moros á caballo que salieron en la oportunidad, de la emboscada en que estaban tras las palmeras, sembraron el pánico cargando al tropel desmoralizado. En vano quiso alentarlos con la palabra D. García de Toledo, y con el ejemplo los estimuló echando pie á tierra y tomando una pica, con la que avanzó y contuvo al enemigo por de pronto, seguido de muy pocos; su heróica muerte sirvió tan sólo para poner alas al miedo y para que los fugitivos desordenaran á los escuadrones de atrás (1). Aquellos soldados mismos de Bugía y de Trípoli, asombro de Europa pocos días antes, tirando las armas se arrojaban al mar ó se dejaban degollar como carneros (2), sin que la autoridad y locución del Conde Navarro fueran atendidas. Hubo, por otra parte, cristiano que por entre las lanzas de los moros asía una vasija de agua y bebía traspasado (3).

La rota fué espantosa: con D. García de Toledo sucumbieron 60 capitanes ó caballeros principales (4), calculándose, con más ó menos, en 4.000 hombres los muertos y cautivos; y como de ordinario la desmoralización tenga consecuencias, perdiéronse luego cuatro naos con

(1) Fernando de Herrera, *Anotaciones á las obras de Garcilaso.*
(2) Pedro Mártir de Anglería, *Opus epistolarum.*
(3) Herrera, *loc. cit.*
(4) Garcilaso, *Egloga segunda.*

Biblioteca Nacional de España

toda la gente embarcada, y otra vez en la isla inmediata de los Querquenes, la gente, sorprendida y acobardada, se dejó acuchillar por número muy inferior de moros mal prevenidos.

Diez años después llevó á los Gelves Don Hugo de Moncada, Virrey de Sicilia, otra armada de cien velas conductora de 13.500 infantes y 1.000 caballos; los puso en tierra por el mes de abril (1520), y no llanamente se abrió paso; que si el escuadrón que personalmente guiaba arrolló á los moros, otro de los suyos cejó viéndose en aprieto. Con todo, pidió paz el jeque de la isla, reconociéndose sometido y librando al Virrey de ansiedades (1).

Díjose entonces en España por proverbio «Los Gelves, madre, malos son de ganar (2),» aunque no pudiera presentirse que habían de ser teatro de desastre harto más serio, por uno de los mayores de la historia militar española,

(1) Gaspar de Baeza, *Vida de D. Hugo de Moncada: Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXIV.

(2) Fr. Prudencio de Sandoval, *Vida de Carlos V.* Para el conocimiento de la desgraciada empresa de los Gelves en 1510, son de consultar, á más de los autores citados en las notas anteriores, Luis del Mármol, *Descripción del África. Reino de Túnez.*—Bernáldez, *Crónica de los Reyes Católicos.*—Zurita, *Anales de Aragón* y *Vida de D. Fernando.*—Álvaro Gómez, *De rebus gestis.*—Oviedo, *Quincuagenas*, Q. 1, Est. XXX.—D. Martín de los Heros, *Historia del Conde Pedro Navarro.*—*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXV.

Biblioteca Nacional de España

así en pérdidas de personal y material, como en la más sensible de la reputación y de la confianza ganada con tantas victorias anteriores.

Del suceso quedan relaciones suficientemente circunstanciadas para juzgarlo con apartamiento de la pasión de los contemporáneos. Antón Francesco Cirni Corso escribió una muy de atender, por la circunstancia de hallarse en contacto con el Capitán general y conocer las providencias del Consejo de guerra (1). Más concisa, pero mereciendo también la fe de testimonio presencial, es de citar la de M. T. de Carrelières, Capitán de una compañía de franceses, relacionado con el gran Maestre de San Juan (2); de las varias que circulaban formó la suya Alonso de Ulloa (3), trasladándola después

(1) *Successi dell' Armata della Maesta Catholica destinata all' impresa di Tripoli di Barbaria, della presa de le Gerve, etc., progressi dell' Armata Turchesca, scritti per Anton Francesco Cirni Corso. In Venetia, appresso Francesco Lorencini da Turino,* M.DLX. 8.°

(2) *Histoire de l'entrepise de Tripoli et prinse des Gerves: Faite par les Chrestiens en l'an* 1559. *Et l'issue de l'armée Chrestienne. Par M. T. de Carrelières, Capitain François estant en la diste armée, dedié a l'illustrissime Grand maistre de Malthe. A Lyon, Par Gabriel Cotier,* 1561. 16.°, 72 páginas.

(3) *Sucesso de la iornada que se començó para Tripol, año de* 1559, *y se acabó en los Gelues el de* 1560. *Al Ilmo. y Excmo. Principe Don Gonzalo Hernandez de Córdova, Duque de Sessa. Nuevamente publicado por Alonso de Ulloa. Impreso en Venetia en casa de Juan Grisso. Año MDLXII.* 8.°—En el prólogo dice fué á sus manos el presente tratado que S. M. mandó hacer, y lo hizo imprimir, pareciéndole digno de ser leído.

Biblioteca Nacional de España

al italiano con agregación de otras campañas (1), y acaso también sirvieran al genovés Foglietta (2), teniéndose en cuenta al redactar historias generales del reinado, tales como las de Antonio de Herrera (3) y Luis Cabrera de Córdova (4), pues que lo esencial de la jornada se encuentra en ellas.

Pero aún quedaron manuscritas, circulando privadamente, algunas que en más ó en menos se apartaban de las que alcanzaron sanción oficial. Al cabo de los años transcurridos han venido á dar á luz los Sres. Marqués de la Fuensanta del Valle y Sancho Rayón, en su *Colección de libros raros ó curiosos*, una desconocida, escrita por Diego del Castillo, en defen-

(1) *La Historia dell' impresa di Tripoli di Barbaria, della presa del pegnon di Velez della Gomera in Africa, et del suceso della potentissima armata Turchesca Venuta sopra l' isola di Malta l' anno 1565. La descritione dell' Isola di Malta. Il disegno dell' Isola delle Zerbe et del forte fattovi da christiani, et la sua descrittione.* Sin año ni lugar. 4.°

La Historia dell' impresa di Tripoli di Barbaria fatta per ordine del sereniss. re catolico l' anno MDLX, con le cose avenute a Christianni nell' Isole delle Zerbe. Nuovamente mandata in luce. In Venezia, appresso Francesco Rampacetto, MDLXVI. 4.°

(2) *Istoria di Mons. Vberto Foglietta, nobile Genovese della Sacra Lega contra Selim, e d' alcune altre imprese di suoi tempi, cioé dell' impresa del Gerbi, soccorso d' Oran, impresa del Pignon, di Tunigi, et assedio di Malta*, fatta volgare Givlio Gvastavini. Génova, 1598. 4.°, 671-6 páginas.

(3) Antonio de Herrera, *Historia general del mundo*. Primera parte: Madrid, 1601. En folio.

(4) Cabrera de Córdova, *Felipe II:* Madrid, 1876, tomo I

Biblioteca Nacional de España

sa de D. Álvaro de Sande (1), y no sola, toda vez que Nicolás Antonio vió y cita en la *Bibliotheca hispana nova*, tomo I, pág 273, del mismo autor, otra cuyo paradero se ignora, intitulada *Historia de la liberación de D. Álvaro de Sande y de la toma del Peñón de Vélez de la Gomera y el suceso de la armada enviada por el gran Turco sobre la isla de Malta.*

Diego del Castillo no asistió á la jornada de los Gelves que relata: habla por referencia, pero con buenos informes, que no es aventurado presumir procedieran del mismo D. Álvaro de Sande, á quien ampara contra opiniones contrarias, pues refiere dichos y hechos que no constan en las otras relaciones ni era fácil supiera de otra lengua; y la oportunidad de sus escritos se acredita por los que van apareciendo, en prueba del gran número de los que sin duda produjo el desastre que á tantas familias dejaba lastimadas.

Uno se halla inédito en la Biblioteca del Escorial, por traducción del italiano (2); otro,

(1) *Historia de la presa de los Gelves en África y valerosísima defensa que hizo de la fortaleza D. Álvaro de Sande hasta su pérdida, dedicada al Sermo. Sr. Emmanuel Filiberto, Duque de Saboya, por Diego del Castillo.—Colección de libros españoles raros ó curiosos.* Tomo IX, rotulado *Tres relaciones históricas: Gibraltar, Los Xerves, Alcazarquivir:* Madrid, imprenta de M. Ginesta, 1889. 8.º

(2) Titúlase *Relación breve y verdadera de la jornada de los Gelves, desde el día que arribó el armada turquesca, hasta que el fuerte*

Biblioteca Nacional de España

que aquí aparecerá por vez primera, se guarda en la Academia de la Historia (1), mereciendo principal consideración, así por obra de quien presenció cuanto refiere, como por la apreciación distinta con que juzga los sucesos: con harta severidad, tal vez; con competencia, seguramente. D. Álvaro de Sande no sale tan bien librado como en las relaciones impresas, en ésta, que deja suspenso y conmovido el ánimo del lector.

Forma un códice en 4.° de 61 fojas, escritas por tres manos distintas, por cuadernillos, por la urgencia con que se tendría que sacar la copia. La hoja primera de guarda dice:

La jornada de Berbería de 1560 *y* 1561. *Escrita en la Torre del gran Turco sigun diré por... Corrales, natural de Ocaña. Dióseme en Micyna á* 31 *de mayo de* 1561.

Por bajo, de letra diferente, se lee:

«Está llena de mentiras.»

Corrales se nombra en dos pasajes de la relación, y, aunque no lo diga, parece ser autor de una carta anónima que inserta, como dirigida á D. Álvaro de Sande, y no tiene

fué tomado por los turcos. Sacada del italiano en español. Copia en la Biblioteca de Marina, Colección MS. de Navarrete, *T*-4, documento núm. 13.

(1) Colección Salazar, *G*-64.

Biblioteca Nacional de España

mayor categoría que la de soldado particular.

Si no fué su escrito, otro parecido movió á D. Álvaro á dirigirse al Rey en memorial de agravio, narrando por sí los sucesos y suplicando se abriera información de ellos. El Duque de Medinaceli tampoco estaba satisfecho de las versiones que corrían, ni ésta de D. Álvaro acababa de llenar los deseos de poner á cubierto su honra, en que mordían no pocos: se propuso, por tanto, hacer por sí también narración de los hechos; y mientras con calma ordenaba los apuntes y disponía otros materiales, comentó por de pronto el mencionado memorial de D. Álvaro de Sande, remitiéndolo en tal forma al Dr. Páez, cronista del Rey D. Felipe, á fin de que en sus oficios, donde se guardó original (1), surtiera efectos más fáciles de lograr que con réplicas y discusiones.

Por dicha se ha conservado este importante documento, que también ahora se estampa, ofreciendo, con el sello personal del estilo de los dos jefes principales del ejército en la jornada, datos con que mejor conocerlos y juzgarlos.

Antes de hacerlo, conviene, sin embargo,

(1) Y se conserva en la Academia de la Historia, Colección Velázquez, *T*-36, est. 22, gr. 4, núm. 75.

Biblioteca Nacional de España

recordar que, hallándose los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén dispersos y sin domicilio propio después de la toma de la isla de Rodas por Solimán, como el gran Maestre y principales dignatarios se acogieran á la ciudad de Zaragoza de Sicilia, dióles el Emperador Carlos V para habitación y defensa la isla de Malta y la ciudad de Trípoli, con las conquistas del Conde Pedro Navarro y D. Hugo de Moncada.

El año de 1558, por alianza del gran Turco con el Rey de Francia é instancias de éste, entró en el Mediterráneo armada de cien galeras al mando de Piali-Bajá, con propósito de ganar el Condado de Niza. Las costas de Calabria y Nápoles sufrieron mucho de esta escuadra, que se llegó también á las islas Baleares, expugnando á Ciudadela en Menorca. Iba allí el tristemente célebre Dragut, atenido á su antigua ocupación de corsario desde que la conquista de la ciudad de África que gobernaba, por el Virrey de Sicilia, Juan de Vega, le enajenó la gracia del gran Señor, y no poco fueron debidos á su pericia marinera y práctica de las costas los resultados de la expedición de Piali. Influyendo por lo mismo su consejo, antes de la retirada al Bósforo, se dirigió la armada turca á Trípoli, poniendo sitio á la ciudad por mar y tierra con asistencia

Biblioteca Nacional de España

de los secuaces conservados por Dragut entre los berberiscos (1).

Mal prevenido el gran Maestre de San Juan, Gaspar de Valette, no pudo resistir el furioso embate y repetidos asaltos de los genízaros; faltáronle municiones, vituallas y gente, obligándole la necesidad á capitular con seguro de las vidas. Dragut se hizo recompensar el servicio encareciendo á Solimán la importancia de la conquista como base de las sucesivas de Malta, Sicilia, Cerdeña y Córcega y aun de Italia, que brindaba al Sultán por empresas dignas de su pujanza y á las que contribuiría de buen grado. Octuvo el gobierno de Trípoli, que volvió en sus manos á ser depósito del botín, nido de piratas, origen de expediciones y recelo perpetuo de los habitantes de las costas de Italia. Independientemente se entró Dragut por las tierras del Rey de Caraván, en el interior, despojándole de una buena parte; y como la isla de los Gelves conviniera grandemente á sus empresas, so capa amistosa mató al jeque, ganó á los principales y se hizo señor y tirano.

Al Maestre de San Juan, Valette, antes nombrado, había sucedido F. Parisiote, resi-

(1) De estas empresas ha tratado el almirante Jurien de la Gravière en su libro titulado *Les Corsaires barbaresques et la marine de Soliman le Grand:* Paris, 1887. 8.º

Biblioteca Nacional de España

diendo en Malta con la idea fija de recuperar á Trípoli. La coyuntura de la paz entre España y Francia, acordada en abril de 1559, le pareció excelente, pues que consentiría utilizar las grandes fuerzas de mar y tierra de que disponía el Rey Católico antes de deshacerlas. Pidió, pues, con instancia á D. Felipe la asistencia contra los infieles, enviando por embajador á la corte al Comendador Guimarán.

Aseguraban al Monarca que era la empresa cierta ejecutándola con celeridad y secreto, porque entretenido Dragut en cabalgadas y presas hacia el interior de Berbería, no contando Trípoli con más de 500 turcos de guarnición, sin repuesto de mantenimientos; asegurado el concurso del Rey de Caraván y el de la mayoría de los berberiscos, vejados y oprimidos de los turcos, por naturaleza soberbios, injustos y avaros; y siendo difícil que á tiempo tuviera socorro Solimán de tan larga distancia, concurrirían las circunstancias contra el astuto corsario y debían de aprovecharse antes que su creciente poderío llegara á amagar otros puntos.

Gobernaba por entonces en Sicilia por Virrey D. Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli, gran Señor en España, que secundó en la corte los propósitos del gran Maestre con sus

Biblioteca Nacional de España

informes favorables, deseando ocasión de honra personal en la jornada, como su antecesor en el virreinato lo alcanzó con la conquista de la ciudad de África.

El Rey acogió con favor el pensamiento, ordenando sin dilaciones así al Príncipe Andrea Doria, general de la mar, como á los Virreyes y Gobernadores de Italia, facilitaran al Duque de Medinaceli, nombrado Capitán general de la empresa, los elementos que reclamara, sin esperar otro mandato. Sin embargo, como la armada turca se dejara ver en el Adriático amenazando con ataques como los pasados, ninguna de las autoridades principales quiso desprenderse de fuerzas de que podía haber necesidad; lo que hicieron por de pronto fué cuidar la reunión en Mesina de las escuadras de galeras, formando armada respetable á que concurrió D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, y fué bastante la prevención para que Piali regresara á Constantinopla sin intentar nada.

Pasó con las demoras la oportunidad de la jornada, que, según el consejo del Príncipe Doria, era en los meses de septiembre y octubre, por haber de ir la armada á costa peligrosa tan escasa de puertos como abundante en bajíos. El Duque de Medinaceli activaba ciertamente los alistamientos de gente, junta

Biblioteca Nacional de España

de navíos, acopio de municiones y raciones, haciendo asientos ó contratas á la vez en Sicilia, Nápoles, Génova, Cerdeña; encontraba, sin embargo, dificultades tan insuperables en las distancias y en las comunicaciones, como en las voluntades, que no se aunan llanamente.

En Milan, por ejemplo, estaba encargado D. Álvaro de Sande de alistar 2.000 alemanes y 2.000 italianos de los que iba á despedir el Duque de Sessa y de conducirlos á Mesina juntamente con los 2.000 españoles que por orden del Rey facilitaba aquel estado. Por interrupción en los despachos se fueron los más de los alemanes á su tierra, sin que se pudieran juntar más de tres compañías. Á esta sazón llegó nueva de la muerte del Rey de Francia, y el Duque de Sessa retuvo los españoles, receloso de trastornos.

Caminaron al fin los soldados á Génova; mas al llegar se encontraron con que el embajador Figueroa había despedido las naves que estaban fletadas y proveídas, en la creencia de no ser ya necesarias. Encontrar otras costó quince días y alojar á los soldados en tierra. Al embarcar pasando muestra, no recibiendo todas las pagas debidas, se amotinaron los españoles, hiriendo al capitán Antonio de Mercado que procuraba acordarlos, y tomaron el

Biblioteca Nacional de España

camino para volverse á Lombardía. D. Álvaro de Sande y el embajador los alcanzaron á diez millas de distancia, que sólo desandaron con promesa de recibir cuatro pagas. Una de las naves en que habían embarcado 1.500 italianos dió al través antes de salir del puerto, ahogándose algunos, perdiendo otros armas y ropas. Hubo que desembarcar la gente y aderezar la nao, causa de nueva dilación.

En Nápoles surgieron entorpecimientos parecidos, mientras el Virrey Duque de Alcalá no estuvo seguro de que podían salir del reino sin inconveniente los soldados.

No dejaron de presentarse algunos en la armada, en razon á no ir en la Real el Príncipe Andrea Doria, general de la mar, agobiado de los años. De orden suya había arbolado el estandarte real su sobrino y lugarteniente Juan Andrea Doria, «mozo brioso y mañoso, inclinado á las cosas de mar, en cuyo manejo se había criado (1),» pero muy distante en autoridad de la del Príncipe. D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, alegó orden de S. M. para regresar á sus costas, por no estar subordinado á Juan Andrea; otros generales lo estuvieron á más no poder.

Á principios de octubre se pasó muestra en

(1) Cabrera de Córdova, tomo I, pág. 282.

Biblioteca Nacional de España

Mesina á 12.000 hombres bien armados, puestos bajo el guión del Duque de Medinaceli. Por lugarteniente iba D. Álvaro de Sande; maestre de campo general D. Luis Osorio; general de la artillería Bernardo de Aldana; administrador del hospital el obispo de Mallorca. Embarcábanse sin cesar artillería, municiones, vituallas y máquinas, pero iban muy retrasados los aprestos.

Se había desatendido por una ú otra razón la primera de las condiciones que requería el éxito de la empresa: la celeridad. La segunda, la reserva, se perdió por la tardanza misma, y por haber caído en manos de los turcos una de las fragatas despachadas por el gran Maestre de Malta para espiar la costa berberisca. Dragut, harto embarazado con la hostilidad insistente de los berberiscos, tan luego supo el nublado que de la otra parte se preparaba, despachó persona de su confianza con cartas y regalos capaces de dar á entender la urgencia de socorro si había de guardarse Trípoli; y tan bien la explicó el enviado, que mientras con parsimonia seguían en Sicilia los embarcos, llegaba desde Constantinopla un refuerzo de 2.000 turcos á la guarnición de la ciudad amenazada, cuyas fortificaciones se aumentaron lo mismo que las provisiones de boca y guerra.

Biblioteca Nacional de España

El Duque de Medinaceli trasladó las fuerzas expedicionarias desde Mesina á Zaragoza de Sicilia, como puerto más adecuado á las últimas diligencias. Empleó no obstante en ellas cerca de dos meses, teniendo las tropas embarcadas en prevención de las deserciones, riñas y motines con que se manifestaba la mala disposición de aquel ejército, en gran parte colecticio, á costa del consumo de las raciones acopiadas, cuya mala calidad afectó la salud del soldado, enfermando y muriendo por centenas en los hospitales.

En todo tiempo ha sido el logro norte de los contratistas; en ningún acaso se echa de ver tanto como en la época de continuas guerras marítimas de que se va tratando, en que sin previsión, sin fiscalización, antes con la premura que no admite examen ni advertencia se demandaban los artículos en enormes proporciones. Bien puede decirse que más vidas ha perdido España por asentistas que por enemigos.

Hábiles y entendidos como nadie en estos negocios los genoveses, habían tomado á cargo el suministro de raciones de la expedición, calculadas en 3.600.000, ó sean las suficientes para 30.000 hombres en cuatro meses, y antes de salir del puerto se advirtió que estaban en putrefacción, siendo indispensable reemplazar una parte al menos, que familiarizara á los es-

Biblioteca Nacional de España

tómagos soldadescos con la menos adulterada ó mala.

Pasada nueva revista, resultó por enfermedades y deserciones baja de más de 3.000 hombres, componiéndose el ejército de 37 banderas ó compañías de españoles, 4 de alemanes, 35 de italianos, 2 de franceses y 100 caballos, griegos y sicilianos. La armada, entre naves de combate y transporte, alcanzaba la cifra de más de 100 velas, descomponiéndose de esta suerte:

Capitán general, Juan Andrea Doria, en la Real.—16 galeras más de su escuadra.

General de la escuadra de Nápoles, D. Sancho de Leyva.—7 galeras, 2 de ellas de Stefano di Mare ó Mari.

General de la escuadra de Sicilia, D. Berenguer de Requesens.—10 galeras, 2 de ellas del Marqués de Terranova, 2 de Mónaco, 2 de Visconte Cicala.

General de la escuadra pontificia, Flaminio de Languillara (1).—4 galeras.

General de la escuadra del Duque de Florencia, Nicolo Gentile.—4 galeras.

General de la escuadra de Malta, el Comendador Carlo de Tixeres.—4 galeras, una galeota, un galeón.

(1) Herrera le nombra Flaminio Orsino.

Biblioteca Nacional de España

Galeras sueltas de particulares.—5 galeras de Antonio Doria, mandadas por su hijo Scipión Doria, 2 galeras de Bendinello Sauli, 2 galeotas de D. Luis Osorio, una galeota de Federico Stait.

General de las naos, Andrea Gonzaga.—Un galeón de Fernando Cicala, 28 naves gruesas, 12 escorchapines, 7 bergantines, 16 fragatas (1).

Salieron del puerto de Zaragoza todas las naves en los días 17 al 20 de noviembre de 1559 con desdichada estrella; un cambio brusco del tiempo las obligó á arribar desde Cabo Passaro con dolencia de las tropas y graves síntomas de descontento. La compañía de Don Lope de Figueroa, formada con bandidos de Sicilia (2), que iba en el galeón de Cicala, se sublevó; dió muerte al sargento, saqueó la carga, y poniendo fuego al resto escapó á tierra, sin que pudieran aprehender más de 25 ó 30 individuos los que acudieran á remediar el desorden. Otro tanto quiso hacer la compañía de Vicente Castañola, asimismo de sicilianos; y aunque el general, por justicia y escarmiento, mandó ahorcar á tres de los culpables, perdieron otros las orejas y fueron sentenciados á

(1) En la composición de las escuadras hay variedad en las relaciones: en el total de vasos están conformes las más.

(2) Foragidos, dice Ulloa.

Biblioteca Nacional de España

galeras los demás, la impresión pesimista á que contribuía el naufragio de una de las galeras de Juan Andrea Doria se dejó sentir en los ánimos, desconfiados de la estrella y aun de la autoridad del caudillo que los regía.

Los menos asustadizos, aquellos capitanes y soldados viejos que servían de núcleo al ejército, pensaban que la empresa no era ya de provecho, habiendo pasado tanto tiempo y entrado el invierno, y dábales razón la mortandad de la gente que continuaba adoleciendo, y echándola en tierra los patrones, perecían de hambre y mal pasar en las playas sin que se hallase fácilmente quien les diese sepultura (1). Apenas quedaban ya en la armada 8.000 hombres, y no sanos; mas no por ello quiso el Duque apartarse de su propósito y suspender el viaje.

Parcial ó totalmente se volvió á intentar en los días de diciembre, sin que las naves lograran montar el Cabo Passaro por la constancia de los vientos contrarios, ni aun á remolque de las galeras. Todo el mes fué preciso para que en dispersión llegaran á Marza Mussetto, en Malta, punto de reunión que se les había señalado, y que las últimas alcanzaron el 10 de enero de 1560.

(1) Herrera, lib. I, cap. IX.—Cabrera de Córdova, tomo I, página 284.

Biblioteca Nacional de España

Desembarcó la gente á refrescarse, y se organizó el hospital por pasar de 3.000 los enfermos; y así, mientras el gran Maestre y Caballeros de San Juan celebraban con salvas de artillería y arcos triunfales la llegada de los expedicionarios, nada menos que alegría se dibujaba en el semblante de éstos.

Mandó el Duque Coroneles para reclutar en Italia 2.000 hombres más; pidió al Virrey de Nápoles, Duque de Alcalá, auxilio, á que acudió enviándole tres naves con siete compañías de españoles, que sumaban 1.000 hombres; despachó al Proveedor general de la armada, D. Pedro Velázquez, en comisión de procurar víveres en Cerdeña y otros lugares; en una palabra, procuró rehacer aquel armamento tan castigado.

Hasta el 10 de febrero no se concluyeron los aprestos, cuya duración, llevados al principio, era en esta fecha de seis meses. Unido á la armada el contingente preparado por la religión de San Juan, que consistía en las cuatro galeras y una galeota dichas, un galeón bien artillado, con nueve piezas gruesas, sin las menores, 40 caballeros y 700 arcabuceros escogidos, dió la vela, con viento próspero de Levante, hacia Seco del Palo, fondeadero situado entre Trípoli y la isla de los Gelves, que había de servir de punto de reunión. En

Biblioteca Nacional de España

este momento empezaba en realidad la jornada.

Las galeras hicieron su derrota por las escalas de las islas Gozzo, Lampadosa y Querquenes, bajando de ésta á tomar el canal de Alcántara y costear la isla de los Gelbes, entre ella y la tierra firme hacia Oriente, con objeto de entrar en la Roqueta de los Gelves, donde se hace aguada.

Acercándose las escuadras hacia la torre que construyeron los catalanes en 1284, donde suele residir el jeque con alguna población, descubrieron dos naos: la una surta en el canal que llaman de la Cántara; la otra entre la Cántara y la Roqueta, y una milla más adentro, cerca de la puente que comunica á la isla con la tierra firme, dos galeotas. El Duque ordenó que aquellas embarcaciones se apresaran ó destruyeran, y las galeras fueron en tropel, á boga arrancada, por llegar primero al saco, sin tener en cuenta la dificultad de los canalizos. D. Sancho de Leyva, que tenía á bordo un excelente práctico moro, abordó la primera de las naos; á la otra llegaron Scipión Doria y Gil de Andrada con sus respectivas galeras, hallando que dichas naos, que eran de Alejandría, cargadas de mercancías, estaban abandonadas. De las dos galeotas enemigas nadie se ocupó por la codicia del saco en que todos

Biblioteca Nacional de España

querían poner mano, y fué falta militar de graves consecuencias. Dragut no poseía más que aquellas dos embarcaciones, con las que luego pudo dar aviso á Constantinopla y recibir socorro, como más adelante se supo; y por mayor mortificación de descuidados, vino á ser conocida la certeza de tener á bordo su tesoro por desconfianza de los moros de tierra.

¡Cuántas veces por causas pequeñísimas se han malogrado los mejores cálculos! ¡Cuántas ha conducido al desastre la excesiva confianza!

En ese mismo canal de la Cántara, mejor dicho de Alcántara, callejón sin salida, sorprendió el viejo Andrea Doria á la escuadrilla de Dragut después de la toma de África. Seguro de apresarla en totalidad, ya porque quisiera hacerlo con menos efusión de sangre, ya porque pensara estrecharle poco á poco, se contentó con asegurar la boca del canal, dejando descansar á sus tripulaciones; y en tanto, el inteligente corsario con las suyas y el refuerzo de 2.000 trabajadores, generosamente pagados, abrió canal por donde no lo había. Durante la noche arrastró por él una á una sus embarcaciones, y al amanecer, con asombro del Capitán general de la mar, el puerto estaba vacío: sólo quedaba en él una señal infame con que Dragut mofaba á su enemigo, y

Biblioteca Nacional de España

una vez más daba á entender el valor que tiene el tiempo en acciones de guerra.

Habiendo comprendido el Duque de Medinaceli la conveniencia de destruir ó tomar las dos galeotas que ahora estaban cerca del puente, en el fondo del caño, mal podían dejar de sentirla los generales de mar, sabedores de lo que fuera capaz de hacer con ellas Dragut; y no obstante, ni Juan Andrea Doria, bien que se hallara enfermo por entonces, ni Gasparín Doria, su Capitán de bandera, ni D. Sancho de Leyva, atendieron las reiteradas instancias del Capitán general de la empresa, desdeñando la operación de acometer con tan gran armada á dos embarcaciones, con menosprecio de la autoridad del jefe, y con carga de la responsabilidad que sobre ellos vino á caer por entero.

Fueron todas las galeras á dar fondo en la Roqueta, con prevención de Juan Andrea Doria de prepararse al aguada al amanecer el día 15 de febrero, y de desembarcar la tropa que había de proteger la operación. D. Álvaro de Sande la dirigió en persona, formando cuatro escuadrones de picas con mangas de arcabuceros; y aunque trataron de defender el desembarco unos 400 turcos escopeteros á caballo, apoyados por 300 moros á pie, y de cargar á los que llenaban los barriles, no lo consiguieron.

Biblioteca Nacional de España

Tampoco á los nuestros fué posible tomar hombre vivo á los enemigos por la ventaja de la caballería con que se reparaban, aunque dieron con tal propósito algunas cargas á la carrera los arcabuceros, por lo que importaba tomar lengua. De haber sabido que Dragut se hallaba en aquel momento en la isla con poca gente, en hostilidad con la de los naturales y lo de las dos galeras, tomara otro sesgo la jornada.

Duraron las escaramuzas hasta el obscurecer. Concluída la operación del agua, que vino á costar algunos heridos, entre ellos Don Álvaro de Sande de arcabuzazo en la ijada y el Capitán Pedro de Aguayo en un brazo. Aquella noche, después del reembarco, marchó Uluch-Alí con las dos galeras á pedir socorro al gran Señor, y Dragut pasó por el puente á tierra firme, temeroso de que se lo cortaran.

No parece que ocurriera á nadie hacerlo: las galeras zarparon al amanecer del día 16, pasando á Seco del Palo en espera de las naves y aun de las galeras rezagadas, en número de ocho, á saber: las cuatro de Malta, dos de Mónaco y las patronas de Doria y de Sicilia. Cuando llegaron estas ocho á la Roqueta, echando gente á tierra para la aguada sin el orden debido, por competencia sobre quién

Biblioteca Nacional de España

había de hacer cabeza, los turcos, que vieron el desorden y las proas de las galeras á la mar, descuido inconcebible, por vengar los muertos de la escaramuza anterior, cargaron con furia, matando 150 españoles, comprendidos los Capitanes Alonso de Guzmán, Antonio Mercado, Adrián García, Pedro Venegas y Pedro Bermúdez (1).

Próximos al Seco de Palo estaban acampadas las tribus Mahamidas, enemigas de los turcos, y al llegar las galeras se pusieron en comunicación, informando al Duque de cuanto va aquí indicado, del paso de Dragut hacia Trípoli con 800 caballos y de la partida de Uluch-Alí con las galeras. Ofrecían su cooperación y la del Rey de Caraván, que por entonces estaba en el interior, pretendiendo fuera la armada cristiana á los Gelves y pusieran en posesión de ella á Mazaud, jeque elegido, expeliendo á los turcos, y que hecho esto podía pasarse á Trípoli, para cuya conquista todos ayudarían. Llevaban la voz en la proposición los principales de la isla.

En parlamentos, consejos y discusiones, pa-

(1) Hay diferencias de apreciación de bajas en las dos aguadas en las narraciones de Cabrera de Córdova y Herrera: el primero dice que en la dirigida por D. Álvaro de Sande hubo 157 muertos y 30 heridos, y en la de las galeras de Malta 80 muertos y cautivos, comprendidos los cinco Capitanes. Ulloa no consigna este suceso.

Biblioteca Nacional de España

saron quince días sin llegar á ningún acuerdo. Quién opinaba por la vuelta á Sicilia, visto que Trípoli se hallaba en defensa; quién proponía la ocupación de los Gelves, como empleo de la expedición y base para continuar lo de Trípoli en el otoño próximo, y quién sostenía se cumpliera el objeto del armamento, que había sido el ataque de Trípoli.

Durante las conferencias, á los efectos de la mala calidad de los víveres, se unían los del agua salobre de aquellos lugares y las emanaciones de los pantanos de Zuara, creciendo el número de los enfermos. Lo estaba Juan Andrea Doria y el Comisario de Florencia Pedro Machiaveli; habían fallecido Quirco Espínola, cuatro Caballeros de San Juan y más de 2.000 hombres; escaseaban las raciones por haberse perdido en los Querquenes en aquellos mismos días dos naves de provisiones, y en la propia costa de Trípoli la nao capitana nombrada *La Imperial*, por andar en malos tiempos en sitio de tantos bajíos.

El Duque encomendó separadamente á los jefes discurriesen lo que más convenía, citándolos á Consejo definitivo, que había de celebrarse en la galera Real. Al reunirse reconocieron unánimes la necesidad de la empresa de Trípoli, pues que para ella los había enviado S. M. Católica, juntando la armada; pero

Biblioteca Nacional de España

juzgáronla por de pronto irrealizable, conviniendo al fin en ir á los Gelves en espera de la gente y naos con que se había de reforzar la expedición. Quedaron por amigos los Mahamidas, recibiendo regalos, con oferta de guardar el paso de la puente á los turcos, y aun de formar un cuerpo de 400 caballos, pagados por los cristianos.

El 2 de marzo se trasladó la armada á las cercanías del cabo Valguarnera con mal tiempo, que estorbó el desembarco. Había de hacerse al Oeste del castillo unas seis millas, por ser el terreno á propósito y cercano á once pozos de agua dulce, aunque no muy buena, según las noticias de los confidentes, confirmadas en el reconocimiento que hicieron el Cómitre Real y el Maese de campo Miguel de Barahona.

Se puso toda la gente en tierra el 7 de marzo sin oposición alguna; antes vinieron dos moros á hablar al Duque de parte del jeque Mazaud, haciendo saber que había sido recibido de toda la gente de la isla por Señor, y en este concepto se reconocía buen vasallo de S. M. Católica: por tanto, podía volver á embarcar la tropa; y si quería comprar algunos refrescos, que se trasladara á la Roqueta, donde el jeque iría á verse con él para tratar del ataque de Trípoli.

Biblioteca Nacional de España

Conocida la malicia de semejante embajada, aunque se contestó blandamente y con razones que requerían el alojamiento de la gente, se previnieron las guardias, sabiendo por un cautivo cristiano escapado cómo toda la gente de la isla estaba unida con pensamiento de dar la batalla juntamente con los turcos que había en el castillo.

Á 8 de marzo, formado el ejército en tres cuerpos, llevando la vanguardia el Comendador de Malta con sus caballeros y las compañías alemanas y francesas; el centro Andrea Gonzaga con las italianas, y la retaguardia D. Luis Osorio con las españolas, emprendió la marcha hacia los pozos, distantes ocho ó nueve millas de camino llano y espacioso. El Duque desplegó el guión de Capitán general, donde tenía pintada la torre de Babel en ruínas con esta letra: NISI DOMINUS ÆDIFICAVERIT DOMUM IN VANUM LABORAVERUNT QUI ÆDIFICANT EAM.

Los berberiscos se prometían repetir la acción que tuvieron con D. García de Toledo, dejando que la tropa marchara sin otra molestia que la sed para atacarla en los pozos, que habían cegado con piedra y arena, á excepción de uno. Confiaban en la dolencia que traía postrados á los más de los expedicionarios, y más les animó el accidente de haberse

Biblioteca Nacional de España

atascado la artillería en un pantano: mas no les salió la cuenta.

Cuando los escuadrones se acercaban al bosque, mientras lo flanqueaban las mangas de mosqueteros, salió á limpiar los pozos una sección de gastadores, y los berberiscos emboscados tuvieron que avanzar antes de lo que querían, cargando la caballería con alaridos espantosos tres veces, á pesar del destrozo que hizo en ellos la arcabucería. La escaramuza se prolongó luego hasta el anochecer, sin que hubiera de nuestra parte más de 30 muertos y 50 heridos, muy graves los Capitanes Gregorio Ruiz, Bartolomé González y Frías, mientras los enemigos tuvieron 300 muertos y 500 heridos, sin contar el desengaño.

Vieron que les convenía más el sistema de contemporización, por el cual el jeque Mazuad hizo sumisión en forma, obligándose á pagar el tributo mismo que la isla satisfacía al Sultán Solimán y á Dragut. Entregó en consecuencia el castillo, y el Rey de Caraván, el jeque de Túnez y los de las tribus Mahamidas visitaron al Duque ofreciendo servicios y tomando á cargo la custodia del puente de la isla contra los turcos.

El ejército se alojó en campo atrincherado, al que acudían los moros con provisiones,

Biblioteca Nacional de España

mientras se adoptaba en Consejo de generales el plan sucesivo, que no dejó de tener vacilaciones, siendo por último el de fortificar aquel castillo de fábrica romana para dejar guarnición que tuviera segura la isla é impidiera el armamento de corsarios, á favor de otro fuerte más pequeño en la Cántara, como llave del puerto y de la puente.

Hizo el trazado de las obras el ingeniero Antonio Conde de concierto con el general de artillería Bernardo de Aldana y del de marina Sancho de Leyva, y consistía en cuatro grandes caballeros ó baluartes, que con bastiones y cortinas encerraban la fábrica antigua; el ejército vino á alojarse á la inmediación el 17 de marzo, distribuyéndose los trabajos ordenadamente. Á los alemanes se encargó la excavación del foso; uno de los baluartes á los caballeros de Malta; otro á los italianos; otro á los españoles; el cuarto á la gente de mar, independientemente de las secciones que acopiaban material de palmas, olivos, greda y fagina, transportándola con camellos de la isla.

La emulación de las naciones fué muy provechosa á la rapidez de la construcción, aunque mucha gente adolecía de fiebres malignas. En el castillo antiguo se derribaron las almenas morunas, sustituyéndolas con plataformas artilladas; se aderezaron las cisternas abiertas

Biblioteca Nacional de España

en peña viva, ordenando á la gente de las galeras echara cada día 50 barriles de agua y fuera trasladando á los almacenes las vituallas embarcadas. En todo se adelantó de modo que el 23 de abril estaba el fuerte en estado de defensa, faltando obras ligeras que podían hacer los de la guarnición.

Constaba la designada de 2.000 infantes, españoles, italianos y alemanes, y la compañía de caballos, teniendo por gobernador al Maestre de campo Barahona y lugarteniente el capitán Olivera. Bendecido por el Obispo de Mallorca, se arboló el estandarte real, saludado por la artillería y arcabucería, y se trató de embarcar la gente que no hacía falta.

En todo este tiempo habían ido llevando las naves desde Sicilia y Cerdeña mantenimientos, dinero y más soldados, y se había hecho la ceremonia de la sumisión y juramento del jeque y principales de la isla, que lo verificaron sobre el Corán, capitulando el tributo de 6.000 escudos, cuatro avestruces, cuatro gacelas, cuatro neblíes y un camello. Habían ocurrido por otro lado riñas y muertes entre moros y soldados, y llegaban nuevas de armamentos en Constantinopla. Con su vista había reclamado el gran Maestre de Malta el regreso de las galeras y gente que necesitaba para la defensa de la isla: marcharon el 8 de abril. El

Biblioteca Nacional de España

Virrey de Nápoles reclamaba también la infantería con urgencia, influyendo todo en la terminación de la campaña.

Dióse pregón y orden de embarco el 6 de mayo, haciéndolo la infantería italiana y parte de la española, con mucha calma: durante la operación, dos horas antes de anochecer el día 10, llegó una fragata despachada por el gran Maestre haciendo saber que la armada turca había tocado en la isla de Gozzo cuatro ó cinco días antes, en número de 80 velas, que había hecho aguada y continuaba su derrota á Trípoli al parecer, aunque por una presa sabía el número de naves y galeras que estaban en los Gelves.

En efecto, ocho días habían sido suficientes á Piali-Bajá para armar 74 galeras reforzadas, embarcar en cada una 100 genízaros y salir á la mar con fuerza de vela.

Esparcida la nueva por el campamento, empaquetaron por encanto los soldados sus efectos, corriendo á la playa en tropel y metiéndose en el agua por asaltar los esquifes. El desorden, la gritería, la obscuridad que comenzaba, daban á la escena un aspecto que no es fácil describir: nadie pensaba más que en su interés, en tanto llegaba el momento de pensar sólo en la persona. D. Álvaro de Sande dió acicate á los de la guarnición del fuerte

Biblioteca Nacional de España

para entrar más municiones y víveres por un lado, y para embarcar enfermos por el otro. El aplomo con que ordenaba y se hacía obedecer en medio del desbarajuste, de la confusión parecida á la de la ruína que en el guión tenía pintada el general, daba esfuerzo á los buenos (1).

No estaban más serenos los ánimos en la escuadra. Reunido el Consejo á bordo de la Real, sin pedirlo, manifestó Juan Andrea Doria que sólo iba á tratarse de la manera de salir cuanto antes de los bajos, y de dar la vela aprovechando el buen viento del Sur que felizmente estaba entablado. Las opiniones, como de ordinario sucede, no se concertaban; había, sin embargo, mayoría en la estimación de contar con unas doce horas antes de amanecer, en cuyo espacio se podía embarcar la tropa y salir con buen orden. D. Sancho de Leyva insistió en que enviados esquifes y barcas á tierra, y trayendo una barcada de gente, salieran á la mar las galeras: si no se descubría al amanecer la armada turca, volverían por el resto de los soldados; en caso de avistarla, procederían á lo que se decidiera. Debían quedar en el puerto dos galeras destinadas al General Duque de Medinaceli y su casa.

En punto á combate, el mismo Leyva, sos-

(1) D. Álvaro de Sande disponía las cosas á su gusto. (Cabrera de Córdova, lib. I, pág. 295.)

Biblioteca Nacional de España

tenido de Scipión Doria y pocos más votos, juzgaba que, bien combinadas las galeras con las naves, formaban fuerza no inferior á la de los turcos, ya fondearan en línea, interpolados, ya navegaran en grupos, pues sólo las naos, que eran 30, y los tres galeones habían de hacer con la artillería mucho daño. No prevaleció la opinión, sosteniendo, con Orsini, Juan Andrea Doria la suya, de que no teniendo el Rey Católico otra escuadra, era necesario ante todo conservarla para que junta con las galeras de España tuviera en respeto al gran Turco. Contra todos los medios indicados halló razones, ya en la poca agua que tenían á bordo las galeras, ya en el peligro de los bajos para las naos, ya en la imposibilidad real de que unas y otras navegasen ó combatiesen juntas y de concierto. Decía que los turcos llegaban descansados y fuertes, mientras en la armada cristiana estaban fatigados y enfermos de los trabajos pasados. Tenía por seguro que ningún hombre prudente se obstinaría en poner en aventura las fuerzas del Rey, y, por consiguiente, protestando de cualquiera otra opinión decidía valer más *una buena escapada que un combate en que evidentemente se perdieran* (1). Determinó en consecuencia que las na-

(1) *Un bel fuggire che un bravo combattere e perdersi á fatto.* (Antón Cirni Corso.)

Biblioteca Nacional de España

ves se pusieran en franquía desde luego y se preparasen para hacerlo las galeras.

Llegó en esto el Duque á bordo de la Real, con lo que se prolongó el Consejo: Juan Andrea se felicitaba de la circunstancia que consentía practicar su plan, pues nada impedía ya que las galeras marcharan desde el momento; el Duque observó que lo impedían los soldados, pues no los quería abandonar, y á pesar de la insistencia de Doria y de las protestas de seguridad de la armada, se volvió á la playa, dejando acordado un viaje de los esquifes y la permanencia en el puerto de dos galeras ligeras para que el General embarcara con los últimos al amanecer.

Arrepentido de la condescendencia, Doria hizo en la Real señales de levar pasada la media noche: había ocurrido una mudanza en el viento que trastornaba todos los supuestos. De Sur que empujaba el viaje hacia Malta, había saltado al NE., justamente por la proa.

En tierra habló el Duque con D. Álvaro de Sande, imponiéndole de lo ocurrido y de su propósito de embarcar por la madrugada. Al Gobernador del fuerte dejó instrucción de cómo se había de manejar con el jeque; á los Oficiales dijo que si pensase que la armada turca viniera contra el castillo, se quedara con ellos; pero que siendo la armada la que estaba

Biblioteca Nacional de España

en peligro, se iba á correrlo en ella. Con esto y haber conferenciado con el Rey de Caraván y con Mazaud, asegurado de sus buenas disposiciones, se embarcó con D. Álvaro en una fragata que les llevara á la galera.

Empezaba á clarear el día, y á este tiempo, á fuerza de remo contra viento y mar, se había desatracado de la costa Andrea Doria cosa de siete millas. Unas tres á sotavento se descubrió la armada turca bien unida y haciendo camino por la cristiana. Piali, desde la isla de Gozzo á la Lampadosa y de ésta hacia la costa, había sufrido vientos contrarios que le obligaron á tomar el fondeadero de Seco de Palo. Tuvo allí noticias de las fuerzas de mar y tierra con que contaba el Duque, acaso un tanto exageradas, y receloso del encuentro quería esquivarlo, limitándose á poner en tierra el socorro de soldados para Trípoli; pero tanto le instó Uluch-Alí á verificar un reconocimiento á que personalmente se ofrecía, como tan práctico de los Gelves, que consintió en que se hiciera con una galeota ligera, en que fué también Cara Mustafá, Virrey de Mitilene. La suerte les deparó la presa de una embarcación pequeña, por cuya gente supieron cuanto podían desear, siendo ya fácil á Uluch-Alí decidir á su jefe al ataque de un enemigo descuidado y en desorden.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

En la tarde anterior había fondeado por fuera de los Gelves, á 17 millas de distancia, pensando emprender el ataque, como lo hizo, al amanecer.

En la vanguardia cristiana iba Scipión Doria con tres galeras; y como fué el primero en descubrir las turcas y no tenía instrucciones, arribó hacia la Real, señalando la presencia del enemigo con el disparo de una pieza. Ninguna disposición ordenó Andrea Doría: arribó también con la Real en dirección del fondeadero de que había salido, con precipitación y aturdimiento, que aumentaba la poca claridad del alba. Calaba mucho la galera, que era hermoso buque; se tomaron mal las enfilaciones del canal, y quedó varada en un cantil. Entonces, plegando el estandarte, se fué á tierra Doria con el esquife, abandonando el bajel á los forzados, que no tardaron en ponerlo á flote y unirse á las fuerzas de Piali.

Fácil es calcular la influencia que el ejemplo del General tendría en las escuadras. Indecisos los jefes un momento, no existiendo acuerdo ni prevención para el caso, tiró cada cual por su lado, con dispersión y desorden tan grande, que ni aun á huir acertaban. Cinco de las galeras de Juan Andrea arribaron como él hacia tierra, y lograron ponerse bajo la artillería del fuerte; otras encallaron en los

Biblioteca Nacional de España

bajíos en número de ocho ó diez. De las que tomaron la mar, cargadas de vela algunas, sin medir la gran fuerza del viento, partieron los palos ó las entenas, después de separarse de las que formaban grupo.

Los turcos dividieron su armada en dos secciones, dirigidas respectivamente hacia los que escapaban por mar ó tierra. En éstas, que habían varado en los bajos, hubo escenas vergonzosas: la gente se tiraba al agua sin pensar en la resistencia, habiendo galera que fué tomada por un bergantín ó un esquife con ocho ó diez turcos. De las que tomaron el largo, las de Scipión Doria, de Antonio Maldonado y tres de Florencia, escaparon por pies, defendiéndose; Flaminio de Anguillara, General de las del Papa, resistió peleando bizarramente con tres enemigas; D. Sancho de Leyva reunió cuatro de su escuadra, con las que hizo inútil, pero honrosa resistencia. Cuatro veces rechazó el abordaje de las enemigas, castigándolas (1), y hubo al fin de sucumbir al número.

Aparte esta defensa y el voto marinero de combatir á la armada turca bien al ancla, bien á la vela, combinadas las galeras con las naves, decisión que hubiera producido muy dis-

(1) Carrelières, *Histoire de l'entreprise.*

Biblioteca Nacional de España

tinto resultado, las más de las relaciones atribuyen á D. Sancho de Leyva mucha parte del fracaso. Píntanlo de carácter díscolo, opuesto por sistema á lo que otros, principalmente superiores, proponían. Por él escaparon las dos galeotas de Uluch-Alí; por él se retardaron los trabajos del fuerte, en que no quiso tomar parte, ya que lo hiciera para entorpecerlos; por él se retrasó el embarco de soldados, teniendo ocupados los esquifes en llenar sus galeras de aceite, lanas, frutas, ganados, con que se prometía comerciar y lucrarse, y con lo que las abarrotó y embarazó, imposibilitando la defensa en el combate, con mengua de su reputación, de su nombre y de lo que debía á su autoridad de General de las galeras de Nápoles.

Á las naves bien artilladas no osaron los turcos, contentándose con las que en aquel desorden les eran abandonadas, acreditando la experiencia la razón con que algunos jefes habían sostenido en el Consejo que en la unión de las fuerzas cristianas consistía su salvación. Si al menos hubieran hecho todos lo que Anguillara; si las galeras se mantuvieran juntas, no tuviera la derrota tan grandes proporciones: hacía falta para ello que el General estuviera en su puesto, y antes de combatir, celara las disposiciones del combate, lejos de lo

Biblioteca Nacional de España

cual apareció que las galeras de particulares, por no desperdiciar tan bella ocasión, estaban también cargadas, hasta no poder más, de los frutos cogidos en los Gelves.

Fueron apresadas (1): de Juan Andrea Doria, *La Real Signora*, *Condesa*, *Pellegrina*, *Presa*, *Divitia:* total, 6.

Del Papa, *La Capitana*, *San Pedro*, *Toscana:* 3.

Del Duque de Florencia, *La Elbigiana:* 1.

De Nápoles, *Capitana*, *Patrona*, *San Jacobo*, *Leyva*, *Mendoza:* 5.

De Sicilia (2), *Capitana*, *Patrona*, *Galifa*, *Águila*, *Capitana*, del Marqués de Terranova; *Patrona*, de id.; *Capitana* y *Patrona*, de Mónaco: 8.

De Antonio Doria, *La Fede*, 1; de Bandinelo Sauli, 1; de Starti, 1; de Marí, la *Patrona*, 1: total, 4.

De modo que, sin sangre, se hicieron dueños por entonces los turcos de 27 galeras y 14 naves, salvándose 17 de las primeras, que llegaron á Trápana, y 16 de las otras en varios puertos (3).

(1) Según Cirni Corso, único que recogió pormenores.

(2) La escuadra de Sicilia siguió el ejemplo de la Real, embarrancando en los Gelves y rindiéndose sin resistencia.

(3) Herrera, lib. II, cap. II, sube á 25 las naves apresadas. Otros anotan 28 galeras, una galeota y 27 naves apresadas. Castillo refiere que se perdieron en el combate 19 galeras, á saber: 4 de

Biblioteca Nacional de España

D. Álvaro de Sande acudió con arcabuceros á la playa con el fin de proteger á los muchos que, desnudos, llegaban nadando, mientras el Duque, Juan Andrea y el Comendador de Guimarán conferenciaban acerca de lo que se hubiera de hacer, sin ocurrir á los dos últimos otra cosa que salir como se pudiera de la isla.

La iniciativa era de Doria, razonando que para lo pasado no había remedio; que los sucesos de la guerra están sujetos á la fortuna, y que habiendo de acudir al remedio de mayores males, era bueno que el Duque marchara inmediatamente á Sicilia para asegurar las plazas, juntando dineros y gente. En cuanto á su persona, decidido estaba á marchar de noche en una fragata, reunir las galeras que se hubieran salvado y dar orden en el armamento de otras tres que en Sicilia y Malta se hallaban.

El Duque, remiso en embarcar en la armada sin los soldados, bien que entendiera que nada tenía que hacer en los Gelves, no quiso tampoco determinar por sí ni aceptar el consejo de Juan Andrea Doria, sin que otros je-

Juan Andrea Doria, 5 de Nápoles, 2 de Sicilia, una de Mónaco, 2 del Papa, una del Marqués de Terranova, 2 de Florencia, una de Antonio Doria y una de Mario. No incluye en el número otras siete galeras que, acertando con el canal, se refugiaron por el pronto bajo los cañones del fuerte; mas al fin se perdieron con éste.

Biblioteca Nacional de España

fes deliberaran sobre lo que ante todo convendría á la honra; y como todos juzgaran que debía acudir á su obligación en Sicilia, venció la repugnancia.

Quiso llevar consigo á D. Álvaro de Sande, que tampoco tenía obligación que cumplir en los Gelves: con todo, díjole éste que, considerando si le era mejor hacer compañía á Su Excelencia ó quedar donde se hallaba, entendía convenir lo último al servicio de Dios y del Rey y á su propio respeto, porque habiéndose salvado mucha gente de las galeras y siendo de diferentes naciones y calidades la acogida al fuerte, era menester persona de mayor cargo que el Maestre de campo Barahona para tenerla á raya y cuidar de la economía del agua y bastimentos. Ofrecía, pues, la suya con la certeza de sucumbir en el fuerte, porque no podía hacerse ilusiones en cuanto al socorro que hubiera de darle la armada de S. M., deshecha y desmoralizada; pero contaba entretener á la del Turco en el asedio todo el verano, y librar, por consiguiente, á Sicilia y Nápoles del gravísimo peligro de tener sobre sus costas á los mahometanos victoriosos.

Oídas estas razones, autorizó el Duque la generosa resolución de optar por las miserias que amagaban á los infelices de los Gelves; y llegada la noche, los generales de tierra y mar,

Biblioteca Nacional de España

acompañados de algunos íntimos, aprovecharon la distracción de los turcos, ocupados en marinar y saquear las presas para escapar en varias fragatas. Llegaron en salvo á Malta en *bel fuggire*, consiguiendo libertad; pero el iniciador Juan Andrea á costa de la honra, que dejaba en lengua de marineros y soldados.

Para el Duque fué más benévolo el juicio de los contemporáneos: las condiciones de caballerosidad de su persona y la deferencia y agrado con que trató á los capitanes y jefes extranjeros de la expedición, suavizaron la consideración de las condiciones de caudillo que le hacían falta. Dijeron, sí, que era más apto para lucir en los salones de la corte el fausto de su arrogancia, que para dirigir en campaña una hueste. Más severos los que se encontraban lejos del peligro, los que para nada tenían en cuenta la situación del General derrotado, ni del padre que sacrificaba á su propio hijo, dieron fácil sentencia, si hemos de admitir la que condensó en estas frases el palatino cronista Cabrera de Córdova (1):

«Increíble parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máqui-

(1) *Felipe II*, tomo I, pág. 296.

Biblioteca Nacional de España

nas, bajeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la victoria tan sin sangre alcanzada, con infamia de los cristianos; porque si las naves y galeras esperaran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó les costara la victoria tanto que no se atrevieran á sitiar el fuerte, y se salvara la guarnición. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿y qué no pone en confusión? ¿y qué no mete en peligro la ambición, la satisfacción, la poca práctica, como la del Duque, de lamentable memoria para España?»

Justicia ante todo: la ambición, la satisfacción, la ineptitud militar del Duque, si se quiere, fueron poderosas causas del desastre; pero si el temor, como parece cierto, lo produjo multiplicando las proporciones, no influyó en el ánimo del General del ejército; turbó la mente y empequeñeció el corazón del General de mar, en cuyas manos puso el destino aquel día y los siguientes la suerte de la jornada. Juan Andrea Doria, temeroso también en Lepanto, cuyo triunfo estuvo á punto de comprometer, responde ante la historia del tremendo fracaso de los Gelves, si bien Monsieur Jurien de la Gravière, siempre juicioso y benévolo, como quien ha sentido sobre los hombros el peso enorme de la responsabilidad, lo tiene dicho: «Vencer á los turcos en la mar en el siglo XVI, era tan difícil como derro-

Biblioteca Nacional de España

tar á los ingleses en los días de Abukir y Trafalgar.»

El turco Piali desembarcó su gente; ordenó á Dragut le acudiera con la de Trípoli y con artillería de batir, y antes de abrir trincheras ofreció por el fuerte buenos partidos á D. Álvaro de Sande, que contestó no pensara haberlo á tan poca costa como la armada (1). Entonces comenzaron las operaciones de uno de los sitios más dignos de memoria por las circunstancias que más que de los enemigos afligían á tanta gente inútil acogida en el fuerte, á consecuencia de los sucesos de la armada, por falta de agua que darles, y por el plan certero de Piali de cerrar todo acceso y dejar al tiempo el resultado, sin asaltos ni aproches.

Es de observar cómo en las expediciones y armadas del siglo XVI, lo mismo en África que en América ú Oceanía, cualquiera que fueran el objeto, el término y las dificultades, iban mujeres españolas decididas á compartir los trabajos del soldado, sin aspiración á la gloria que pudiera caberle. D. Álvaro de Sande se encontró en el fuerte con muchas de estas mujeres, que hacían subir el número de bocas á más de 5.000, cuando las raciones estaban cal-

(1) Herrera, lib. II, cap. II.

Biblioteca Nacional de España

culadas para 2.500 en mes y medio. Para la provisión de agua discurrió uno de los soldados evaporar la del mar, y recogiendo las vasijas de cobre construyeron 18 alambiques que al principio daban 30 barriles diarios, disminuídos luego por escasez de leña (1). Mezclándola con la salobre de los pozos del castillo y distribuyéndola en cortísimas raciones, se fué prolongando la distribución con malestar indecible. Mucho tenía que ser el del hambre, cuando hubo en la guarnición quien la mitigara acudiendo al remedio en los cadáveres de turcos; mas de todo punto se hacía irresistible el tormento de la sed en aquella abrasada tierra, en el rigor de la canícula, trabajando durante la noche con picos y azadones, peleando durante el día sin reposo de un momento. Muchos perecieron en tan atroces suplicios; muchos, no resistiéndolos, se arrojaban de la muralla, buscando en el campo enemigo la esclavitud á trueque de un sorbo de agua; solo al fin, D. Álvaro de Sande pretendía que la humanidad no fuera flaca, presenciando horrores con tal de ver por un sol más

(1) Corrales dice que un siciliano, que se llamaba el capitán Sebastián, ofreció destilar agua del mar, por lo que le prometió Don Álvaro 500 ducados en dinero y 200 de renta. Diego del Castillo amplía que el inventor siciliano se nombraba Sebastián Poller, y conforma con la utilidad que reportaron los alambiques, produciendo 25 barriles diarios de agua, mientras hubo combustible.

Biblioteca Nacional de España

flotando al aire en el fuerte el estandarte de Castilla.

Llevada la resistencia hasta fines de junio, ó sea á los ochenta y un días de la llegada de los turcos; cuando quedaba, según se creyó, para dos la insuficiente ración de agua, no teniendo los baluartes ningún cañón en uso; después de caer sobre ellos 12.000 balas y 40.000 flechas; reducida la gente á 800 hombres de armas tomar, les animó el General á una salida desesperada que había de verificarse en dos columnas. Llevando la cabeza de una pasó dos trincheras, arrolló las guardias enemigas... mas no á todos inflamaba su ánimo: vió con dolor que capitanes y soldados arrojaban las armas; vióse abandonado, teniendo que correr hacia las galeras amparadas bajo el castillo con ánimo de resistir todavía, y para lamentarse de la suerte, que le puso al cabo en manos de Piali. ¡Con qué dolor refirió al Rey en el Memorial la extremidad, en que no le acompañó la entereza ni la consideración de todos sus capitanes!

Hubo, no obstante, quien pensó malignamente que la salida no era más que un pretexto estudiado por D. Álvaro para dejar honrosamente el fuerte y escapar en una fragata que había mandado alistar de antemano. Corrales lo insinúa en su relato; otros debieron decirlo

Biblioteca Nacional de España

con más claridad, pues Diego del Castillo se creyó en la necesidad de desmentirlo escribiendo [1]:

«Después de la última salida, cuando Don Álvaro, por no poder entrar en el castillo, se tuvo que meter en las galeras, creyendo que se queria ir, fué una persona principal á decirle:—«Señor, yo vengo á suplicaros que me llevéis con vos.»—Le respondió con rostro severo y airado:—«¿Soy yo, por ventura, hombre que había de huir y dejar á mis amigos y compañeros? Yo os prometo de no desampararlos hasta que todos hayamos un mismo fin, y estoy muy maravillado que personas como vosotros hayáis pensado una cosa tan indigna de mí y tan fuera de toda razón y posibilidad; porque aunque yo quisiera irme, ¿cómo lo podría hacer, pues agora ya debe de saber el Bajá cómo yo estoy aquí, y debe de haber mandado tomar los pasos, de modo que sería imposible salir de aquí bajel ninguno? Yo iré al fuerte y castigaré los que esta noche han hecho tan gran falta al servicio de Dios y de su Rey y de sus propias honras desamparándome vilmente en tal trance, sin estorbarles el enemigo el seguirme, y probaré otra vez nuestra ventura de día, que quizá viéndonos los

(1) Pág. 274, en el citado tomo de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos.*

Biblioteca Nacional de España

unos á los otros, la vergüenza hará hacer á algunos lo que esta noche pasada no han hecho. Y ya que la fortuna nos niega la victoria, no nos quitará á lo menos el morir peleando como soldados, que vale harto más que vivir siendo esclavos destos crueles é inhumanos bárbaros, y seremos ejemplo á nuestros sucesores á estimar más las honras que las vidas.»

Rendido el fuerte, rendidas las galeras, los enfermos y heridos pasaron por la espada turca ó fueron vendidos en almoneda á las gentes de Trípoli; los baluartes que abrigaron á los defensores, arrasados con la tierra; quedó con ello pujante en la mar la armada turca; las costas de Nápoles y Sicilia sufrieron las consecuencias, tanto en la retirada de Piali, como después en las acometidas de Dragut, habiendo formado escuadra de 40 velas, sin que Juan Andrea Doria, con 17 galeras y 7 galeotas, á que fueron á juntarse las de la escuadra de España mandadas por D. Juan de Mendoza, se atreviera á hacerle frente, antes cayeron en manos del corsario ocho de las de la escuadra de Sicilia, tres de ellas del Rey y cinco de particulares, en sorpresas y combates parciales.

Piali Bajá celebró el triunfo entrando en Constantinopla el 27 de septiembre de 1560,

Biblioteca Nacional de España

en cabeza de su armada. Seguían á la Capitana las galeras de fanal, en fila; iban en pos las presas, con las banderas y estandartes por el agua, lo de abajo arriba, cerrando la marcha las galeras sencillas turcas, empavesadas y embanderadas, haciendo disparos de artillería.

El día 1.º de octubre llevaron en procesión á los cautivos al palacio del Sultán: D. Álvaro de Sande, D. Berenguer de Requesens y Don Sancho de Leyva iban á caballo; detrás marchaban los Capitanes de tres en tres, y seguían los soldados mirando tristes cómo les precedían, arrastrando por el suelo, sus estandartes y banderas, cuyas santas imágenes servían de escarnio á los mahometanos. Acabada la fiesta y ceremonia, separaron á los cristianos por categorías, llevando á D. Álvaro de Sande á un castillo con juramento del Sultán de que no haría más la guerra, porque en la prisión había de morir sin que hubiera para él rescate por ningún dinero. Los demás fueron destinados al remo en las galeras; y como al oirlo se dejara vencer de la pena un Capitán, díjole D. Alvaro: «Llore quien se ha perdido mal, que yo como hombre me perdí (1).»

(1) Diego del Castillo emplea la misma frase, pero en distinto lugar. Dice que en la retirada de la armada turca tocó en un punto de Sicilia llamado la Brúxula, entre Cabo Passaro y Augusta, por hacer aguada, y el Capitán español Sayavedra, que allí se hallaba,

Biblioteca Nacional de España

Muchos de los prisioneros de los Gelves murieron en el cautiverio ó lo soportaron largos años: algunos de los significados debieron la libertad á la favorable ocasión de las treguas ajustadas por el Emperador Fernando con Solimán el año 1562, pues gracias á la gestión del Rey Felipe II se asentó entre las cláusulas del tratado el canje ó entrega de los principales, sin que alcanzara, sin embargo, el beneficio á Sande por el juramento que decían el

fué con salvoconducto á la galera Real del Bajá, con propósito de hacer algún rescate. Vió allí á D. Sancho de Leyva, D. Berenguer de Requesens y D. Juan de Cardona, que le recibieron con lágrimas en los ojos, y mirando á D. Álvaro de Sande, vió que con alegre semblante reía. Preguntándole el Capitán Sayavedra cómo, estando en aquella prisión, estaba con tan buen ánimo, le respondió: «Señor Capitán, llore quien se ha perdido mal, que yo, si he perdido la libertad, he conservado la honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversidades y trances de fortuna.»

Otra especie consigna Diego del Castillo: que los Bajás que asisten en el Diván prometieron á D. Álvaro honores y riquezas si se quería volver turco, y de no ser así, que sirviese al gran Señor contra el Sofí, sin dejar la ley que tenía; y viendo la poca estima que de ellos y sus promesas hacía, condenáronle á cortar la cabeza, y le sacarou luego á caballo muy acompañado de ejecutores; pero el Sultán dió contraorden, mandando llevarle á la torre del Mar Negro, donde estuvo con un criado y un capellán hasta que Dios fué servido darle libertad.

Corrales asegura que en una historia de la jornada que D. Álvaro escribia en la torre, auxiliado de este capellán, llamado Carnero, tenía puesto que le ofrecieron el gobierno de Egipto con 50.000 ducados de salario, si renegaba de la fe cristiana. *Créaselo quien quisiere*, añadía. Lo cierto es que en el memorial dirigido al Rey nada escribe D. Álvaro de esto.

Biblioteca Nacional de España

gran Señor tenía hecho al Profeta, y cosa es digna de referir cómo unos pocos consiguieron librarse por sí mismos.

El año 1564 andaba en Constantinopla una galera llevando materiales para la fábrica del palacio del harem: movían los remos 200 esclavos cristianos, entre ellos 16 Capitanes del Rey Católico, prisioneros de los Gelves, á saber: ocho españoles, cinco italianos y tres alemanes; y buscando oportunidad, armados de piedras, mataron á los turcos de guardia y se alzaron con el bajel, llegando con felicidad á Sicilia. Hicieron cabeza Juan Bautista Doria, genovés, y Antonio de Olivera, castellano, Gobernador que fué del castillo de la isla después de la muerte del Maestre de campo Barahona.

Por último, muerto Solimán, instó el Rey D. Felipe á Carlos IX de Francia para que empleara su influencia en favor de la soltura de Sande. Hízolo, comisionando especialmente á Francisco Salviati, Caballero de Malta, por embajador; y aunque en un principio se negó Selim á tratar del asunto, por ser la primera cosa que pedía su aliado al ascender al trono, la otorgó, y D. Álvaro fué á Francia en compañía de Salviati, y se restituyó á su casa.

Bien mereciera este soldado estudio especial de sus compatriotas más extenso, aunque

Biblioteca Nacional de España

no fuera tan entusiasta como el que le dedicó el extranjero Brantome, contemporáneo y admirador de sus condiciones, ó el del P. Haedo en la mención que hizo en su *Historia de Argel*, reseñando las campañas de Italia y Francia en que tomó señalada parte, reinando el Emperador; la batalla de Muhlberg, en que fué principal instrumento de victoria; el socorro de Malta, donde pagó á los turcos la deuda que con ellos tenía, y el gobierno de la plaza de Orán, fin de su carrera.

D. Luis Zapata le dedicó un capítulo de la *Miscelánea*, en que algo difiere respecto al rescate, diciendo (1):

«D. Álvaro de Sande, claro por mil hechos y mil jornadas, que siendo tesorero de Plasencia, como Aquiles dejó las faldas largas y empuñó la espada y lanza, y saltó en ser soldado, siendo cercado en los Gelves de una poderosísima turquesca armada, defendió el hechizo fuerte tres ó cuatro meses, sin se le poder entrar con muchos y muy terribles asaltos, en los que mató infinitos turcos que quedaron por ahí tendidos en el campo. Mas no siendo socorrido y siendo espantable y rabiosa la sed y la hambre, que comieron las cosas viles que comen otros cercados hasta acabarlas,

(1) *Memorial histórico español*, publicado por la Real Academia de la Historia, tomo XI: Madrid, 1859, fol. 43.

Biblioteca Nacional de España

y bebían el agua salada de la mar, sacada aún en poca cantidad por alquitaras, de lo que ya toda la gente enfermara; de las cuales tres cosas, teniendo la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, rendir la plaza era vileza, defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio, que fué salir y morir peleando como un caballero tan señalado. Habla y anima á su gente; confiesan y comulgan todos; dan fuego á sus alhajuelas, que no les quedó otra cosa sino las armas, y salen á los enemigos con ellas en la mano; hieren y matan cuantos pueden, y al fin quedó preso D. Álvaro con mucha sangre de ambas partes, y el fuerte de los enemigos, no fuerte, antes flaco hecho, en los secanos y sirtes de Berbería. No se perdió reputación ninguna; otra cosa se perdió, si no la hechura, por no ser de ningún peso ni importancia, como parece por este soneto hecho por un valiente soldado, del que pongo los cuatro versos primeros por no hacer más á nuestro caso:

¿Quién eres tú que espantas sólo en verte?
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fabricados
Contra toda razón me llaman fuerte.

»De allí D. Álvaro de Sande y D. Sancho de Leyva fueron llevados tras Constantinopla, á la torre del Mar Negro, en donde el que

Biblioteca Nacional de España

entra jamás sale; mas ellos salieron por gran milagro: D. Sancho, trocado por otro turco principal que había cautivo acá, y D. Álvaro, averiguando ser criado del Emperador D. Fernando, casado con dama suya, con el cual Emperador el gran Turco tenía treguas por ciertos años.»

Si se compara el desastre de los Gelves con el de la *Armada invencible*, ocurrido en 1588, parecerá algo menor la pérdida de material en el primero, sin otra consideración que el valor comparativo de construcción de galeras y naos, y el mayor número de piezas de artillería que las últimas llevaban; la diferencia no es, sin embargo, de mucha importancia, y se nivelaría á tomar en cuenta el valor intrínseco de los esclavos y cautivos perdidos que andaban al remo. En la moral fué por de pronto más grave la derrota de los Gelves, por dejar en absoluto dueños y señores de la mar á los turcos, y entregadas á su estrago no sólo las costas de Italia, sino también las de España, mientras que el fracaso de Inglaterra poco afectaba á estas costas ni á su navegación ultramarina, como se vió en las desastrosas expediciones de los ingleses á la Coruña, Lisboa y Azores. La más sensible pérdida de personas excedió con mucho en la jornada de Trípoli á la de Inglaterra. Varían bastante las ci-

Biblioteca Nacional de España

fras recogidas por los historiadores; mas tiene fundamentos la de Cirni Corso, que fija en 18.000 los hombres consumidos en la fatal empresa de Berbería, mientras no pasaron de 10.000 en la otra.

Coincidencia singular: los Duques de Medinaceli y de Medinasidonia dieron amparo á Cristóbal Colón; y rivalizando en cierto modo con la Corona, pretendían alistar por su cuenta naves con que se resolviera el problema del camino del Catay, y se asentara el cimiento de la preponderancia marítima de España. Nietos de aquellos Duques, y Duques también de Medinaceli y de Medinasidonia, D. Juan de la Cerda y D. Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, presidieron con paralela falta de aptitud é igual desgracia á las dos más grandes desdichas que registra la historia naval, como que con ellas acabó aquella preponderancia.

Antón Francesco Cirni Corso formó lista de las personas principales que sucumbieron en la triste jornada de los Gelves. No es completa esta lista, pues por Ulloa y otros escritores se citan nombres no comprendidos en ella: acaso hay también equivocaciones en la ortografía italiana de que se valía el autor; pero á falta de otra, bien merece que por testimonio de estimación se reproduzca adicionada.

Biblioteca Nacional de España

CAUTIVOS EN LA ARMADA Y EL FUERTE.

General, D. Sancho de Leyva, con sus hijos
Juan de Leyva.
Diego de Leyva.
General, D. Berenguer de Requesens.
Juan de Cardona.
Fadrique de Cardona.
Gastón de la Cerda, hijo del Duque de Medinaceli (1).
General, D. Álvaro de Sande.
El Obispo de Mallorca.
Maestre de campo, Bernardo de Aldana.
Ingeniero, Antonio Conde.
Médico del Duque, el Licenciado Bernardo.
Capellán de D. Álvaro, Carnero.
Baltasar Mediavilla.
Alfonso de Pallar.
Sargento mayor, Maroto.
Coronel, Pedro del Más.
Capitanes, Sciana Smeraldo.
Francisco Enrique.
Orejón.
Simón, florentino.
Montes de Oca.
Tomaso, italiano.

(1) Murió en Constantinopla.

Biblioteca Nacional de España

Íñigo Hurtado.
Francisco de Casale.
Nicolo de Casale.
Lope de Figueroa.
Juan Bautista Doria, genovés.
Antonio de Olivera.
Monsalve.

MUERTOS DE ENFERMEDAD.

Coroneles, Quirico Spínola.
Diego de Ávalos.
Capitanes, Álvaro de Sande, sobrino del General.
Alonso de Hita.
Jerónimo Imperatore.
Aquilante de Castillo.
Andrea Grifo.
Antón Cicala.
Francisco de Cárdenas.
Giacopo Gallupoli.

MUERTOS EN COMBATE.

General, Flaminio dell' Anguillara.
Per Álvarez Golfín.
Juan de Ovando.
Cristóbal Pacheco.
Alférez, Gil de Oli.
Sebastián Hurtado.

Biblioteca Nacional de España

Íñigo de Soto.
Nuncibay.
Juan Pérez de Vargas.
Francisco Ortiz.
Salazar.

QUEDARON EN EL FUERTE Y NO CONSTA LA SUERTE QUE TUVIERON, SI BIEN LOS MÁS MURIERON.

Coronel, Stefano Leopart.
Sargento mayor, Martín de Lequeque.
Capitanes, Bernardino Álvarez de Mendoza.
Federico Mazzalotte.
Juan Osorio de Ulloa.
Rodrigo Zapata, que entregó el fuerte.
Juan de Funes, que capituló.
Juan del Águila, idem.
Jerónimo de la Cerda.
Juan de Gama.
Sebastián Poller, inventor de los alambiques.
Maestres de campo, Alonso Padilla.
Miguel de Barahona.
Jerónimo de Piantanigo.
Capitanes, Bartolomé González.
Adrián García.
Pedro Vanegas.
Alonso de Guzmán.

Biblioteca Nacional de España

Pedro Bermúdez.
Antonio de Mercado.
Gregorio Ruiz.
Juan de Vargas.
Carlos de Haro.
El Conde Galzano Anguisciolo, florentino.
Diego de la Cerda.
Luis de Aguilar.
Álvaro de Luna.
Jerónimo de Sande.
Juan Ortiz de Leyva.
Frías.
Martín Galarza.
Alonso Escobar.
Alonso Golfín.
Bravo.
Gaspar de Tapia.
Juan Paulo.
Pedro de Aguayo.
Juan Daza.
Francisco Rota.
Francisco Collazos.
Álvaro de Luna.
Clemente, siciliano.
Gabriel Girardo.
Georgio, siciliano.
Stefano Palavicino.
Charles de Vera.

Biblioteca Nacional de España

Mos de Indón.
Mos de Lampujada.
Álvaro de Lara.
Julio Malvesín.
Gaspar Peralta.
Juan Antonio Spínola.
Jerónimo de Montesoro.
Constantino Sacano.
Giuseppe Tremarchi.
Juan Andrea Fantone.
Pedro de Vida.
Pedro de Juan.
Lucas Calabres.
Pedro de Almaguer.
Juan de Zayas.
Perucho Morán.
Juan de Zayas.
Juan de Castilla.
Luis de Aguilar.
Diego de Santa Cruz.
Pedro de Vargas.
Bernardino de Velasco.
Sebastián.
Bernardo de Quirós.
Piantanigo.
Borja.
Guillén Barbarán.
Garay.
Fuentes.

Biblioteca Nacional de España

Juan Pérez de Vargas.
Diego de Vera.
Antonio Dávila.
Alférez, Sedeño.
Herrera.
Beltrán.
Serrano.
Pedro Ginovés.
Hidalgo.
Francisco Ortiz Zapata.
Diego de Castilla.
Martín de Ulloa.
Andrea Espinguel.
Rodrigo de Cárdenas.
Valdés.
Comisario, Pacheco.
Contador, Juan de Alarcón.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE I

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RELACIÓN

de la jornada que hicieron á Trípol de Berbería las armadas católicas, años 1560 *y* 61 (1).

FRAY Parisote, Maestre de los Caballeros de San Juan, codicioso de adelantar y ennoblecer su religión, como buen administrador della, teniendo siempre ante los ojos la perdición de Trípol, con deseo de recobrarle, aunque no se había perdido en su tiempo que él gobernaba, sino en el del Maestre pasado, ansí por enmendar el daño que los turcos habían fecho en cosas de la Religión, como por el mal y desasosiego que daban á Malta los cosarios que en Trípol se recelaban, viendo la paz y hermandad que de nuevo había entre los Reyes de España y Francia, parecióle oportunidad para anteponer la impresa, comunicándolo primero con el Duque de Medinaceli, que al presente estaba en el gobierno de Cicilia, porque á él como Visorrey de aquel reino tocaba ser General de la impresa cuando se hobiese de hacer.

(1) Academia de la Historia, Colección Salazar, *G-64*.

Biblioteca Nacional de España

Al Duque paresció muy bien lo que el Maestre procuraba, porque allende del beneficio grande que venía al reino quitando un tan mal padrastro, de cabo él por su parte desearía hacer alguna cosa en Berbería, digna de memoria, como lo había hecho el Visorrey pasado Joan de Vega en la tomada de Africa, y ansí acordaron de escrebir los dos al Rey sobrello, encargando la solicitud del negocio al Comendador Guimarán, que se hallaba en la corte.

No pareció mal al Rey lo que el Maestre y Visorrey demandaban, por amparar y favorecer una religión de tanta antigüedad y nobleza, con el amor y afición que lo había hecho la buena memoria del Emperador, su padre, y los Reyes de España, por el beneficio y quietud que resultaría á sus vasallos.

Trató el negocio con los que se hallaban allí en corte, que lo entendían, y no contento con esto dió parte dello al Príncipe Doria, para no hacer cosa sin consejo y parecer de un hombre de tanta reputación y que con tanta afición y lealtad había servido siempre, y de más experiencia en semejantes cosas más que otro alguno.

En este medio, el Maestre y el Duque tornaron á escrebir sobre el mismo negocio á S. M. Estaba de partida para España, y viendo la respuesta del Príncipe, escribió al Duque de Medinaceli que hiciese la jornada con el consejo y parecer del Príncipe Doria y del Maestre y Duque de Florencia, que había de enviar sus galeras. Para ello mandó al Duque de Alcalá, Visorrey de Nápoles, que

Biblioteca Nacional de España

diese la infantería española de aquel reino, y que D. Alvaro de Sande, coronel della, la llevase, con la que el Duque de Sesa, gobernador del estado de Milán, daría. Escribió ansí mismo á Joan Andrea, General de la mar, que fuese á servir en la jornada con sus galeras, sin apartarse de lo que el Duque de Medinaceli hobiese menester del armada. Á D. Sancho de Leyva, General de las galeras de Nápoles, escribió mandándole que llegados en Berbería saliese en tierra con el Duque, y en el progreso de las cosas de guerra le aconsejase, como prudente, todo lo que hobiese de cumplir, y al Duque escribió que no hiciese cosa sin dar parte á D. Sancho.

El Visorrey, vista la orden de S. M., avisó al Maestre para que toviese en orden las galeras y gente que había de servir en la jornada, y por su parte entendió en buscar dinero para las provisiones que eran menester, y para pagar los soldados españoles de la isla, que se les debían catorce pagas, y para hacer de nuevo gente envió á Caldes, caballero de la Orden de Santiago, á Nápoles, á demandar la gente y artillería que le habían de dar.

Al Duque de Alcalá no le pareció, en tiempo tan sospechoso, quitar los presidios de las tierras de marina, estando como estaba el armada del gran Turco á la Belona y teniendo la nueva que tenían de la muerte del Rey de Francia, que por este mismo respeto el Duque de Sesa había suspendido el licenciar la gente, por no estar bien acabada de confirmar la paz.

Biblioteca Nacional de España

Todos los ministros de S. M. estaban á la mira si con el nuevo Rey hobiese nuevo acuerdo en lo de la paz, y ansí acordaron en Consejo que Don Alvaro de Sande viniese á Mesina, como vino; y hallando quel Visorrey daba priesa á las provisiones, con deseo de llevar adelante la empresa, y viendo esta determinación, por no perder tiempo, partió D. Alvaro con las galeras á Génova, para ir de allí á Milán por la gente.

Severino fué por pagador, con los dineros, y dió la paga en Génova, de manera que anduvo después en pleito con los maestros racionales, que no se le daban por bueno, aunque daba por excusa que D. Alvaro se lo había mandado hacer ansí.

Mientras D. Alvaro fué á Milán, el Duque despidió capitanes para que hiciesen gente en Sicilia y Calabria y repartió por todas las tierras de la isla, que cada una diese tantos gastadores. Destos hicieron compañías con sus capitanes y banderas.

Entre tanto que la gente de guerra se recogía á Mesina, se entendía en embarcar la artillería y municiones y vituallas. Todo esto era tan bueno y en tanta abundancia, que sobraba para doblado ejército del que había de ir. Deslucióla todo la poca maña que el Comisario D. Pedro Velázquez tuvo, ansí en el embarcar, como en el repartir; y si flojamente se pasó en esto, muy peor lo hizo en tomar muestra á los soldados españoles de la isla y á los calabreses y sicilianos. Dió lugar, por ser mal plático, á que los capitanes se aprovechasen á su placer. Tomaba la muestra en la iglesia mayor, abiertas todas las puertas, y muchas veces de no-

Biblioteca Nacional de España

che, y ansí, cuando pensamos llevar 15 ó 16.000 hombres, hubo pocos más de 10.000. El mismo engaño de las pagas hubo después en las raciones.

D. Alvaro volvió de Milán de mediado el mes de septiembre y trajo 18 banderas de españoles, tan pobres de gente, que no pasaban de 800 ó 900 soldados, y tres de tudescos, en que había otros 800, sin otra que se hizo después, y 16 banderas de italianos, en que había hasta 3.000, muchos dellos franceses y gascones. Desde á pocos días después de llegado se echó bando, que duró una hora el publicarle, y entre muchas cosas que decía mandaba que ningún soldado fuese á correr en Berbería ni tomase ropa ni esclavo á otro, so pena de la vida. Fuera harto mejor mandar que no talasen los morales y olivos de que muchos pobres ciudadanos mesineses se mantenían, sin que cada día los teníamos en arma con las muertes y revueltas que á cada paso se hacían, por venir muchos foragidos del reino de Nápoles y Sicilia, con salvoconducto para servir lo que durase la jornada.

El Duque y D. Alvaro entendían en hacer escuadrones y escaramuzas en el Brazo de Sarranela, que dieron harto que reir á muchos y perder la esperanza de que saliesen bien con lo comenzado.

En estas escaramuzas y niñerías acaeció que un soldado español que se decía Herrera dió un bofetón á un caballero ginovés, hijo de Antonio Doria. Pesóle á toda nuestra nación en el alma, por tener tanta afición á su padre, estando este caballero á pie mirando cómo escaramuzaban los de á caballo. El soldado, por huir de los caballos que

Biblioteca Nacional de España

venían torneando el escuadrón, vino á topar con él y ponérsele delante, y sobre hacerle apartar, le dijo palabras quel soldado se descomedió á darle el bofetón. Metieron todos manos á las espadas, y llegaron allí luego el Visorrey y otros muchos. El soldado se desapareció por la mucha gente que había, y se fué á salvar en una casa donde estaba bien secreto si no le vendieran. Diéronse tan buena maña el César Doria y sus hermanos, con espías y sobornos, que vinieron á saber dónde estaba, y con mucha gente armada entraron de noche y lo mataron y lleváronlo arrastrando á la marina, mostrándolo de galera en galera con un esquife. De ahí lo llevaron á la plaza del castillo, donde pasaba el Visorrey, haciéndole guardia hasta el día, para que le vieran los que salían y entraban. Esto indinó muy mucho la gente de guerra, por lo que sucedieron muertes y se vinieron á poner carteles, sin que se hiciese castigo ni demostración dello.

Entrando el mes de otubre con gran lluvia y tempestad de vientos, á todos los que se les entendía algo de cosas de mar, les parecía desvarío partir en tal tiempo una armada tan grande como aquélla, mayormente dándose la poca priesa que se daban á embarcar lo que era menester, que, según la torpeza y flojedad que en esto usaban, no acabarían por todo aquel mes.

Juan Andrea Doria perdió una galera y un esquife de otra, allí en el Faro, y decía públicamente que si las galeras que traía fueran del Rey, como eran suyas, que no fuera á la jornada, aunque el

Biblioteca Nacional de España

Rey se lo había mandado; pero que iba porque no pudiese nadie decir que dejaba más la ida por temor de perder su hacienda, que por lo que cumplía al servicio de S. M.

D. Berenguer de Requesens, General de las galeras de Sicilia, fué siempre de parecer que no se fuese á Trípol, y ansí lo decía públicamente y lo escribió al Rey, por lo que vino el Duque á desabrirse con él y á no tratar con alguno de los que contradecían la ida. Con D. Alvaro solamente consultaba y comunicaba todo lo que se había de hacer.

De aquí comenzó la discordia entre los que mandaban, y con este buen principio, á los 25 de otubre de 1560, hizo vela del puerto de Mesina la nave *Emperial*, que iba por capitana de todas las demás, que serían hasta 40. Iba en ella por Comisario general Andrea de Gonzaga, Coronel y Maestre de campo general de toda la gente italiana, y las naves anduvieron ocho días en bonanzas, dando bordos, sin poder pasar de Zaragoza, donde se entraron el 1.º de septiembre por el mal tiempo. Este mismo día llegaron allí las galeras con el Visorrey, y dende á pocos días se acabaron de recoger las galeras de Cigala y otras naves que faltaban, con gente y municiones.

Por todo el mes de noviembre no se pudo partir de Zaragoza por los malos tiempos. Hízose muy gran daño en la campaña, cortándole los olivos y viñas y árboles fructíferos della para quemar, robándoles las maserías, sin dejarles buey ni oveja en ellas, ni cosa de comer.

Biblioteca Nacional de España

Primero de diciembre partió de aquí la armada para Malta, y ya otra vez habían salido y vuéltose al puerto de 20 millas de allí. Esta segunda vez llegaron las naves y galeras á Cabo Páxaro, 60 millas de Zaragoza, y de allí se engolfaron en el canal de Malta. Las galeras pasaron adelante y llegaron otro día á Malta, donde fueron recibidos del Maestre y Caballeros con mucha fiesta. Las naves volvieron aquella noche á Cabo Páxaro con viento contrario, y las dos galeras de Mónaco con ellas, que no pudieron proejar para tomar la isla con las demás por estar largas á la mar. Dieron fondo todas á Cabo Páxaro; y temiéndose de unas burrascas que comenzaron de media noche abajo, disparó la Capitana á levar, y algunas dellas, por darse más priesa, se dejaron las áncoras y se fueron todas á Zaragoza. Después perdieron algunas las barcar por enviar por las áncoras. Deste mesmo puerto salieron otras tres veces, y tantas se tornaron sin poder pasar á Cabo Páxaro.

En esto comenzó la gente á enfermar y morir á más furia quel mes pasado, y los de la ciudad, desdeñados del estrago que se les había hecho y hacía en la campaña, no querían acoger los enfermos, y ansí murieron muy muchos por dejados, como los dejaban á la marina al agua y sereno. Primero que se determinase á darles recaudo, fueron tantos los muertos, que hubo banderas desarboladas y nave en que no quedaron 20 hombres.

Viendo esto Andrea de Gonzaga, envió una fragata á dar aviso al Visorrey de lo que pasaba y de la poca gente que había, porque, sin los muertos, se

Biblioteca Nacional de España

huían cada día muchos soldados y marineros, tanto que había muchas naves que no podían navegar por falta dellos. Pasaron veinticinco días que no tuvimos aviso de las galeras ni se supo dónde estaban. Andrea Gonzaga estaba con determinación de no partir de allí sin tener respuesta del Duque.

Á los 20 del mes se comenzó á publicar una nueva, sin cierto autor, que las galeras habían pasado á los Gelves sin haber reposado en Malta, mas de tomar gente y municiones. Esta nueva debieron de inventar los zaragozanos ó los de aquellos contornos, por hacer ir de allí las naves. Como esto se comenzó á divulgar entre los soldados, todos deseaban ser ya allá, y ansí daban priesa en la partida, y hubo Capitanes que se quisieron ir sin aguardar la Real, por lo que acordó Andrea Gonzaga partir la noche de Navidad, y otro día, en amaneciendo, al salir del puerto, llegó D. Pedro Velázquez, Comisario de la armada, en una galeota y dió nueva que estaban en Malta.

Más adelante se descubrieron 22 galeras que traía el Comendador Guimarán para hacer ir á las naves y pasar á Mesina por dineros. Llegadas estas galeras á Zaragoza, hicieron lo que solían en las posesiones della. Cargaron de leña para Mesina, y lo mesmo hicieron á la vuelta para Malta. Las naves siguieron su camino con poco viento, y ansí tardaron ocho días y más en recogerse todos á Malta, donde habían llegado otras naves con siete compañías de infantería española del reino de Nápoles, sin otras cuatro que habían venido

Biblioteca Nacional de España

primero á Mesina. Estas 11 banderas trajeron harto más gente que las de Lombardía. Como iban llegando las naves, les salía á dar orden una fragata que se fuesen á Puerto Xaloque, ocho millas de allí. Después las mandaron venir, y trayendo algunas á jorro las galeras, se metió un temporal tan fuerte, que las galeras las desmampararon y se tornaron á Malta. Las naves corrieron la vuelta de Sicilia hasta llegar á Cabo Páxaro, donde surgieron para volverse con el primer buen tiempo. En una de ellas, en que iba un Gregorio, tocó una compañía de calabreses. Antes que llegase al Cabo, tomando la vuelta para entrar en él, se amotinaron los soldados y dejaron ir la nave en popa, la vuelta de Calabria, hasta llegar al Cabo de Espartivento, y teniendo ligado el Capitán y sus Oficiales, maltratándoles, se hicieron echar en tierra y se fueron á sus tierras.

En el galeón de Cigala iba una compañía de sicilianos del Capitán Lope de Figueroa y otra de gastadores. En viéndole surto, hicieron lo mesmo que los calabreses, y aún más, porque mataron al Sargento y llevaron al Alférez ligado en tierra, y trataban de tirarle con las escopetas. El Capitán de la compañía había quedado en Malta. Primero que salieron del galeón enclavaron el artillería porque no les tirasen con ella, y no pudiendo caber todos en las dos barcas, quedaron de los amotinados hasta 24 ó 30. Los marineros y muchos soldados que no habían sido en el motín, se juntaron y prendieron éstos, y dieron aviso á una nave questaba allí junto, donde estaba el Capitán

Biblioteca Nacional de España

Artacho, que traía á cargo las siete compañías del reino de Nápoles. Envió por ellos y trájolos á Malta, donde ahorcaron tres de los más culpantes y siete desorejaron y echaron á galera.

Llegados ya todos á Malta tornó la gente á morir, mucho más que en Zaragoza: la causa de esto era el mal pasar de tanto tiempo por la mar, y para los grandes fríos que hacía estar la gente desnuda y sin pagas, trayendo, como traían, mucha ropa de Génova y Milán. Dejaron morir muy mucha gente de frío por no darles á tiempo de vestir. Estaban los monasterios é iglesias llenos de enfermos, que era la mayor compasión verlos morir por aquellos suelos, sin darles recaudo, hasta que el Obispo de Mallorca demandó un casal en que estuviesen, y otras casas en el Burgo, donde los recogió y gobernó lo mejor que pudo.

La solicitud deste Obispo fué parte á que no muriesen muy muchos más de los que murieron. D. Sancho de Leyva hizo adereszar otras casas en que recogía los enfermos que cabían, y los hacía curar y gobernar muy bien de sus dineros, visitándolos él cada día, mandando á los que los tenían encargo que no les dejasen faltar nada. Fué obra para en Malta de gran caridad y de harto más provecho para los pobres que nadie podrá creer, sino los que vieron la necesidad que allí pasaron enfermos y sanos.

Con toda esta mortalidad no faltaban cada día en casa del Maestre máscaras, danzas y fiestas de damas, y torneos y sortijas, con tanto placer y re-

Biblioteca Nacional de España

gocijo como se pudieran hacer al tornar de la jornada con victoria.

Aquí se tomó muestra á la gente italiana en la campaña, contándolos en el escuadrón por hileras, y diciendo el Duque de Vivona que había pocos más de 3.000, en los que allí había, que aún faltaban naves por desembarcar su gente, el Duque de Medinaceli le dijo que no dijese que eran tan pocos, de manera que lo entendiese nadie, como si los que salían á verlo no miraran lo mesmo que el Duque, y algunos Capitanes, creyéndose que se hacía la muestra para darles dineros, recogían criados de caballeros que trajeron allí. Conociéndolos algunos que iban con el Duque, se los mostraron y no hizo caso dello; y vista la poca gente que había en las naves, hubo grandes contrastes sobre si se iría adelante ó no. Todos eran de parecer que se tornasen; D. Álvaro sólo tuvo fuerte en que se fuese, tratando de pusilánimos á los que contradecían. El Duque deseaba en extremo salir con lo que había comenzado, viendo que un hombre de tanto valor y experiencia como D. Álvaro, en cosas de guerra, mayormente en Berbería, donde había hecho tantas y tan buenas cosas, facilitaba tanto la empresa, tenía esperanza de salir con ella, y ansí acordó de enviar capitanes á Sicilia y Nápoles á hacer gente de nuevo, dándoles orden que nos viniesen á hallar en Trípol.

En este medio tornaron las galeras que habían ido á Mesina. El Visorrey, fastidiado de haberse detenido tanto en Malta, dió priesa á la partida, y

Biblioteca Nacional de España

á los 9 de hebrero se salió de casa del Maestre sin despedirse dél ni hablarle, se fué á embarcar. El Maestre quisiera tornarle aquella noche á casa y no pudo.

Otro día se partió con toda la gente y armada; las galeras sacaron fuera las naves que habían de ir. Licenciaron algunas ansí por la falta de gente como de vituallas, y pudiera licenciarse más, que hubo nave que fué con 200 quintales de bizcocho, sin gente ni otro cargo. La licencia que dieron á los pobres patrones fué para acabarlos de echar á perder, porque allende de no pagarles lo servido, les tomaron las gumenas y áncoras y marineros, para darlos á los que iban á servir, y sobre todo esto, compuso muchos dellos el alguacil real de Joan Andrea, como hizo á otros en Mesina.

Dióse orden á todas las naves que siguiesen la capitana, sin decirles dónde habían de acudir si acaso se perdiesen unas de otras, como suele acontecer. La general llevaba orden de ir á Cabo de Palos; caminaron todo aquel día y la noche con viento próspero; después se les volvió el tiempo de manera que vinieron á descaecer á los Secos de los Querquenes, donde surgieron, aunque no todas, que algunas habían perdido la Real por un mal temporal que duró poco.

Las galeras partieron de Malta ya tarde, el mismo día que las naves, y llegadas al paraje de una isla que se dice la Lampadosa, donde se había de hacer agua y leña, por la falta que hay della en Berbería, pasáronse sin tomalla, caminando derechas á la isla de los Gelves, donde llegaron sobre tarde.

Biblioteca Nacional de España

Antes de llegar descubrieron dos naves: fueron D. Sancho de Leyva y Cipión de Oria, y tomó cada uno la suya; la gente dellas se huyó en tierra. También descubrieron dos galeotas en la Cántara. Según se ha entendido de los esclavos dellas, estaban ya los turcos para huirse en tierra si vieran que iban nuestras galeras á ellas. Debiéronlo dejar por ser ya tarde. Ellas se huyeron aquella noche y hicieron harto daño. Tomaron algunos bajeles pequeños que se habían perdido de las naves, y fué el Truchalí, que las traía, á Constantinopla á solicitar la venida de la armada. Nuestras galeras se recogieron todas á la Roqueta, y otro día por la mañana echaron gente en tierra para hacer agua; y como los de la isla habían descubierto las galeras el día antes, acudió mucha gente de pie y caballo: pusiéronse en unos palmares allí cerca. El Visorrey tenía en tierra hasta 3.000 hombres, y hecho el escuadrón, mandó salir arcabuceros que fuesen á escaramuzar con los enemigos. Trabóse de manera la escaramuza que duró cinco ó seis horas, y tan reñida, que vinieron hartas veces á las espadas. No osaban los nuestros alargarse mucho del escuadrón por la caballería de los enemigos. Muchos soldados pelearon este día muy bien. Hubo muertos y heridos de todas partes, aunque pocos. No se tomó ninguno para lengua, que fué harto mal para nosotros no saber lo que había en la isla antes de partir della.

Después quel Duque entendió que las galeras habían hecho su aguada, por ser ya tarde mandó

Biblioteca Nacional de España

retirar la gente del escaramuza, y al recoger, que se recogían al escuadrón, comenzaron á cargar los enemigos, con la grita y alarido que suelen, y acercáronse tanto, que hirieron algunos en el mesmo escuadrón.

Á D. Álvaro dieron este día un arcabuzazo, andando á caballo. No le hizo mal. Anduvo muy bueno este día en dar orden, y todo lo demás que se debía á su cargo y reputación. Toda la gente se embarcó, sin que los enemigos hiciesen más mal, aunque al embarcar, por darse algunos más priesa que era menester, hubo alguna desorden.

Aquella misma noche se fueron las galeras y vinieron el día siguiente á hallar las naves surtas en los Secos. Proveyeron de agua á muchas naves que les faltaba, que con la priesa del partir de Malta no habían tomado el agua que habían menester. De allí partieron todos juntos á Cabo de Palos, donde llegaron otro día.

Al salir de Malta quedaron nueve galeras que no partieron con la Capitana: las ocho dellas partieron aquella misma noche: la patrona de Cigala se quedó en el puerto: las ocho siguieron el mismo marinaje que las primeras: llegaron á los Gelves con dos horas de día á la misma Roqueta donde las otras habían estado, y teniendo necesidad de tomar agua, juntáronse los Capitanes de infantería española; fueron á hablar al Duque de Vivona, que venía en la Capitana de Florencia, para ver si la hacían; el Duque les dijo que iba allí como hombre particular, que no tenía cargo para dar orden; que ellos, como hombres de guerra, viesen

Biblioteca Nacional de España

lo que era menester, que él les favorescería con su persona y criados, y ansí determinaron los Capitanes de salir en tierra con sus Oficiales y hasta 300 hombres, hecho un escuadrón. Dellos apartaron hasta 30 arcabuceros, y pusiéronlos en un alto, cerca del escuadrón, para que tirasen de allí unos moros de á caballo para que no se acercasen á estorbar el hacer del agua, y ansí estuvieron todo el tiempo que duró el hacerla. Hecha el agua, se comenzaron á embarcar algunos soldados, y con ellos el Capitán Joan de Funes, y el Capitán Joan del Aguila había harto que había embarcado diciendo que no se sentía bueno. Los otros cinco Capitanes no se quisieron embarcar hasta los postreros. En esto se levaron unas galeras para mejorarse á otro puerto á donde descubriesen los moros para tirarles. Como los enemigos les vieron vueltas las popas y retirarse los arcabuceros que les tiraban para irse á embarcar, cerraron con ellos y rompiéronlos. Entrando dentro en la mar, secutándolos, mataron y prendieron hasta 150 hombres; los presos fueron muy pocos; murieron todos cinco Capitanes peleando muy valerosamente delante sus soldados. El Capitán Adrián García, Pedro Vanegas, Pedro Belmudes, Antonio Mercado y D. Alonso de Guzmán. Éstos se perdieron de buenos, que bien se pudieran embarcar si quisieran. Tuvieron por mejor morir que no desamparar sus soldados. Los demás se recogieron á las galeras, quién á nado, quién en los esquifes. Partiéronse luego de allí con este buen suceso, y vinieron á Cabo de Palos. A todos dió pena esta desgracia.

Biblioteca Nacional de España

En Cabo de Palos se supo de unos jeques de alarbes que vinieron á ofrecerse de servir contra los turcos, como Dragut quedaba en los Gelves con 400 caballos y hasta 1.500 hombres de pie entre turcos y moros, y quél era el que había escaramuzado con los nuestros al agua, y el que había hecho el daño en la gente de las ocho galeras, y quel día antes que llegasen nuestras galeras había peleado con la gente de la isla, al paso, y roto y muerto muchos moros gervinos, y robado y quemado los casales y haciendas de los que no eran de su parcialidad. Por no darnos maña el día de la escaramuza de tomar lengua ni meter un moro de los que llevábamos en tierra para que supiese lo que había y lo que se sabía de Trípol, como era razón que se supiese, dejamos de prender allí á Dragut, que los mismos de la isla ayudaron á ello, y tomándole el paso, no podría en ningún modo escapar, y ansí hacíamos la jornada de Trípol y la de los Gelves con prenderle. Por eso dicen que no hay mejor adivino quel que bien piensa lo que hace, y ansí los que tienen cargo, mayormente en cosas de guerra, por muy discretos y avisados que sean, no han de hacer cosa sin consejo y parescer de muchos, lo que no se hizo en esta jornada, y ansí sólo ella se puede llamar guerra sin consejo.

En Cabo de Palos estuvimos todo el mes de hebrero sin poder pasar adelante por los malos tiempos. Aquí se perdió la nave *Imperial*, remolcándola las galeras de una parte á otra.

Salvóse la gente della y repartiéronla por las otras naves. Ahogáronse dos sacando el artillería

Biblioteca Nacional de España

de batir que traía. Perdióse harta pólvora, balas y cuerda y muy muchas vituallas. Aquí comenzaron algunos de nuevo á quejarse del Visorrey, diciendo que no hacía caso de nadie ni llamaba á Consejo los Oficiales de S. M., que eran diputados para ello, y muchos señores y caballeros que venían á servir, por lo que comenzaban á suceder mal algunas cosas, y ansí acordaron pedir lista de la gente que había á los Capitanes de los soldados que cada uno tenía, porque se dijo que había muchos enfermos.

Vista la poca gente que había, se determinaron en la ida de los Gelves, de Cabo Palos; escribieron al Bajá del Caruán, y enviaron un moro á Trípol por espía para saber la gente que tenía Dragut dentro y ver si se fortificaba. Diéronle tres escudos, y no volvió con la respuesta. También asoldaron unos jeques de alarbes para que viniesen á servir en los Gelves. Vinieron á tiempo que no fueron menester.

Primero de marzo, al hacer del alba, hicimos vela para los Gelves con muy buen tiempo, donde llegamos aquella misma noche, y reforzó tanto el viento, que fué muy gran ventura no perderse muchas naves al tornar de los Secos. Los cinco días siguientes hizo una tormenta tan deshecha, refrescando el viento de hora en hora, que á hallarnos en playa, se perdía todo el armada sin remedio alguno.

A los siete días desembarcó toda la gente en la isla, á la parte de poniente, á una torre que dicen de Valguarnera, questá ocho millas pequeñas del

Biblioteca Nacional de España

castillo, lugar nada cómodo para desembarcar, porque las naves estaban cinco millas largas de tierra, y las galeras más de tres, y sin nada desto, por ser parte donde no había agua. Luego se puso diligencia en hacer pozos y no se halló agua, por lo que padesció la gente harta sed. Tardóse todo el día en desembarcar los soldados y artillería. Esta parte donde desembarcamos es la más estéril de toda la isla, y ansí no parescía hombre por toda la campaña.

Aquella tarde vino un moro viejo á caballo con otro de á pie con él, de parte del jeque y los gervinos, diciendo que no querían pelear contra la gente del Rey Felipe, antes se holgaban y se tenían por muy dichosos en estar debajo de su amparo y protección, y ofrescían de ayudar de muy buena gana á echar á Dragut de Trípol y de toda Berbería. El Virrey le recibió alegremente, agradeciendo al jeque y á los de la isla la voluntad que mostraban al servicio de S. M., y ansí él les ofrescía hacerles todo buen tratamiento, que en el castillo tratarían lo que cumplía á todos.

El viejo era hombre de bien: se partió muy contento; pero el que venía con él no era todo bueno; pero bien lo pagó, que lo mataron otro día en la escaramuza. Este tuvo cuenta con la poca gente que venía, y con ver que mucha della estaba flaca y maltratada. Dió de todo relación á los moros, persuadiéndoles que nos diesen la batalla y peleasen antes que hacer acuerdo alguno con cristianos.

Otro día bien de mañana comenzó á caminar el

Biblioteca Nacional de España

campo, marina á marina, en muy buena orden, la vuelta de los pozos, donde habíamos de alojar. Estaba un poco más de cinco millas de allí. Andrea Gonzaga iba de vanguardia con un escuadrón de italianos: la Religión, tudescos y franceses iban con otro escuadrón de batalla; la infantería española iba de retaguardia, cada tercio por sí. En su orden cada escuadrón llevaba delante piezas de campo y mosquetes, y ansí caminamos hasta los pozos sin descubrir moro que nos diese empacho. Desde los pozos se descubrían muy muchos moros entre unos palmares, bien adelante al paso por donde se iba al castillo.

Llegada la vanguardia á los pozos, se entendió en limpiarlos, y sin aguardar en su orden hasta que llegase la batalla, salió el Coronel Spínola con algunos arcabuceros italianos hacia los palmares. Como los moros vieron caminar esta gente adelante, alteráronse, paresciéndoles que no se afirmaba el campo aquella noche en los pozos, sino que pasaban al castillo, questaba poco más de dos millas de allí, donde tenían los más facultosos las mujeres y hijos y haciendas; y como entre ellos había muchos de la parte de Dragut, amigos de alteraciones y revueltas, que no venían bien en que se hiciese paz, con esta ocasión comenzaron á decir á los demás: «Ya veis que los cristianos pasan al castillo con desinio de tomar nuestras mujeres y hijos por esclavos: lo mismo querían hacer de nosotros; mejor es que muramos peleando por nuestra libertad, que no dejarnos engañar con palabras y ser esclavos, cuanto más, que sien-

Biblioteca Nacional de España

do como somos doblada gente que ellos, sanos y rebustos, haciendo lo que debemos, no hay duda sino que será nuestra la vitoria, siendo los cristianos tan pocos y muchos dellos enfermos y malparados. Por eso, determinaos á pelear y acometámosles luego, porque ya que no les podamos romper, vienen tan cansados y tan embarazados con las armas que traen, que nos saldremos dellos y nos volveremos, sin que nos puedan alcanzar ni enojar. A lo menos no nos quejaremos de nosotros mismos por haber dejado de probar nuestra fortuna.»

El jeque, que era nuevo y no tenía los de la isla tan á su devoción que pudiese estorbarles que dejasen de concurrir con los que procuraban alteraciones y desasosiegos, y así persuadidos de los demás, comenzaron todos juntos á dar voces y alaridos, tomando puños de tierra y echándolos en alto para adelante, ques señal entre ellos de querer pelear, y juntamente con esto dispararon escopetas á los nuestros, y ansí se comenzó la escaramuza.

En esto arribaba la infantería española á los pozos. Tardó tanto, por desempantanar una pieza de artillería que traían los de vanguardia. En sintiendo la arcabucería en los palmares, mandaron marchar la artillería y gente delante, y fué bien menester, porque de otra manera degollaban todos los que habían salido con el Coronel Spínola, por ser pocos y haberse alargado más de lo que era razón.

El escuadrón los recogió y afirmóse poco más

Biblioteca Nacional de España

de cien pasos de las primeras palmas. Los moros cobraron grande ánimo en ver que los nuestros les habían vuelto las caras, y vinieron con gran ímpetu, hechos un horror á acometer el escuadrón. Su cuerno derecho cerró animosa y determinadamente con la arcabucería questaba por guarnición del lado izquierdo de nuestro escuadrón á la parte de la marina; pero no con menos valor resistieron los nuestros el ímpetu y furor de los enemigos, sin tornar paso atrás, disparando una vez los arcabuces, no teniendo lugar para tornar á cargarlos, por estar ya revueltos con los moros. Vinieron con ellos á las espadas; los hicieron retirar huyendo, quedando dellos 43 muertos en el mismo lugar que embistieron, sin otros muchos que mataron en el alcance. El otro cuerno izquierdo suyo, que venía á dar por la parte derecha del escuadrón nuestro, y la media línea, que venía á dar con el frente dél, viendo el mal suceso de los primeros, se retiraron sin osar llegar á las manos.

En este medio jugaba nuestra artillería por todas partes, que ponía gran temor en los enemigos. Tornóse de nuevo á otra escaramuza; sustentáronla gran rato el Capitán Gregorio Ruiz y Bartolomé González, reparándose con los fosos de unas viñas, de donde hicieron harto daño en los moros, hasta que llegó de nuevo con más gente el Capitán Joan Osorio de Ulloa, y pasó tan adelante, que faltó poco perderse él y los que le seguían. Viendo los enemigos tan pocos, y que de mal plá-ticos habían disparado los arcabuces todos juntos,

Biblioteca Nacional de España

dieron sobre ellos y hiciéronlos tornar con más priesa de la que habían traído. Fueron causa éstos, con su mal orden, que los dos Capitanes que hasta allí se habían mantenido bien, desamparasen los puestos y se retirasen, y hirieron en el alcance á Gregorio Ruiz de una lanzada, de que murió dende á pocos días. Perdióse gente en esta retirada, y perdiéranse todos si el escuadrón no marchara á socorrerlos.

Las retiradas vergonzosas que hicieron este día los arcabuceros italianos y los nuestros, fueron por ir más adelante de lo que debían, sin llevar picas que los amparasen. El Duque, para la poca plática que tenía en semejantes cosas, anduvo este día muy bueno, alegrando y animando la gente, acudiendo á todas partes, dando la orden que convenía; lo que no hicieron otros que eran más obligados á ello, con quien tuvieron muy gran cuenta los soldados.

Los pocos caballos que teníamos, que serían hasta 20, que los demás no eran desembarcados, sirvieron bien. Á D. Luis Osorio, Maestre de campo de la gente de Sicilia, mataron el caballo y matáranlo á él si no lo socorrieran, y peleó como muy buen caballero este día, y todo lo que duró la jornada hizo lo que debía. Los moros tenían 5 ó 6 caballos, en que andaban los que los gobernaban; pero serían 13 ó 14.000 hombres de á pie; los nuestros podrían llegar hasta 7.000.

Murieron este día, de nuestra parte, 30 hombres; pocos más saldrían heridos, y casi todos de lanza y espada, porque tenían muy pocas escopetas. De

Biblioteca Nacional de España

los moros, entre muertos y heridos, pasaron de 500, según dijeron ellos mismos.

Después de acabada de recoger la arcabucería de la escaramuza, por ser ya tarde y estar la gente fatigada del trabajo y sed, que hubo hombres que cayeron en el escuadrón muertos de sed, mandó el Duque retirar la gente al alojamiento, que estaba hecho á los pozos, donde se halló poca agua y mala.

Estando este día en la furia de la escaramuza vino á faltar la pólvora y cuerda; y yendo á pedirla á Aldana, General de la artillería, respondió que enviaba por ella á las naves. Vino bien que era ya tarde, que podía ya durar muy poco la escaramuza, y si mal recaudo dió el Comisario en las municiones del artillería, harto peor fué en las vituallas, que salimos tan bien proveídos, que á tornar cuatro ó seis días de mal tiempo, como los pasados, pereciéramos de hambre.

Toda aquella noche se oyeron muy grandes llantos de las moras que andaban retirando los muertos. Tardamos allí cuatro días mientras las galeras hicieron agua y desembarcaron vituallas de las naves. No se consintió salir estos días á escaramuzar con los moros, aunque ellos venían á demandar escaramuza. Harto mejor hubiera sido haberlo excusado el primer día, hasta ver si los moros estaban en la determinación que habían dicho.

Xama y otro moro, que servían en la compañía de Suero de Vega, salieron una noche por la isla á tomar lengua y trujeron un moro.

Biblioteca Nacional de España

Desde á dos noches tornó á salir Lope Osorio, teniente de la misma compañía, y dió en unos casales, cerca de su campo, y trajo siete moros y moras y mató algunos que se defendieron. Hecha la paz dió el Duque libertad á todos y los pagó á los soldados. No por ello nos dieron ellos los esclavos cristianos que tenían en la isla.

Desde á tres días vino un moro á caballo, viejo, y llegó á un tiro de arcabuz de nuestras trincheras, donde se apeó y hincó un palo en tierra. Dejó allí una carta y alargóse. Fueron por ella y trajéronla al Duque. Dijeron que era para tratar de nuevo la paz, y tarde vino un moro viejo con una carta de crédito de D. Alonso de la Cueva en que le abonaba por hombre de verdad. Este fué con demandas y respuestas, y no concluyéndose nada, determinó el Duque pasar adelante.

A los 12 del mes mandó echar bando para la partida, mandando, so pena de la vida, que ningún soldado se empachase en tomar prisionero ni ropa mientras se pelease. Toda la gente iba muy alegre y contenta en oir el bando, teniendo por cierto que se pelearía. La infantería española iba de vanguardia; los franceses, alemanes y Religión, en batalla; los italianos, de retaguardia, todos en sus escuadrones en muy buen orden. D. Luis Osorio iba delante de los escuadrones con una manga de arcabuceros españoles, y ya que la vanguardia llegaba cerca de los enemigos questaban al paso, salió el mismo moro que solía venir á nuestro campo. El Duque mandó hacer alto á la gente por ver lo que quería el moro. Demandó un cristiano

Biblioteca Nacional de España

por rehén y trujo un moro criado del jeque en cambio suyo. Estos estuvieron detenidos hasta que concluyeron los patos, y fueron quel jeque daría el castillo y la isla quedaría por el Rey, y que enviándole un salvoconducto vendría á verse con el Visorrey y á tratar lo demás que le pedían; y que por cuanto él y algunos de sus moros tenían en el castillo sus mujeres é hijos, y sacándolos, estando allí los soldados, podría haber alguna desorden, le suplicase que por aquella noche solamente se volviese á los pozos, quel prometía su palabra dar desembarazado el castillo por todo el día siguiente.

El Duque holgó complacer al jeque en aquello, y mandó volver la gente al alojamiento, publicando que era hecha la paz, de lo que pesó muy de veras á los soldados, yendo, como iban, ganosos de pelear, teniendo por tan cierta la victoria. Un soldado de la compañía de Orejón, diciéndole que era hecha la paz, vino en tanta desesperación, que se dió dos puñaladas por los pechos, de que murió dende á pocas horas. Sobre el mal contento que los soldados llevaban, llovió toda aquella noche y lo más del día siguiente. Hizo esta agua muy gran daño en la gente, porque no había tiendas en tierra en que se reparasen, sino de algunos caballeros y Oficiales. Desto vinieron después á adolecer y morir muchos. El jeque entregó el castillo, como lo prometió, y fueron otro día á poner el estandarte real en él, y dende á dos días fué el Duque y otros muchos señores y caballeros por mar á él, y disinaron el fuerte. Andaban tan si-

Biblioteca Nacional de España

guros entre los moros, que se pudieran hallar burlados, porque tuvieron oportunidad para prenderlos sin que nadie se lo estorbara.

Á los 18 partió todo el campo para el castillo. Este mismo día se comenzó la fortificación dél. Alojóse todo el ejército á rededor dél. Los italianos á la parte de Poniente; la Religión, alemanes y franceses al Mediodía; los españoles á la parte de Levante. Desta manera teníamos torneado el castillo por la parte de tierra: todo lo demás era mar. Los moros traían provisiones de pan y carne en abundancia, porque lo vendían como querían, que en esto nunca hubo orden ni en tierra de amigos ni enemigos. Compramos la leña y el agua, cosa no vista jamás en el campo, y tan cara, que se vendía al principio una carga de agua por cuatro asperos, que son tarín de la moneda de Sicilia, que vale doce tarines un escudo. Después calaron á dos asperos, y á este precio se bebió siempre. Pozos hartos había, pero amargos y salados. Dos que había buenos, del uno se servía el Visorrey y del otro tomaba quien podía. Con toda esta carestía, no se dió paga entera á los soldados desde que partimos de Mesina hasta que se perdió el fuerte, sino dos escudos en tres veces que les dieron socorro, y así murieron muy muchos por no tener dineros con que gobernarse.

Desde que se entró en la isla hasta mediado de abril, enfermó y murió muy mucha gente de fiebres contagiosas. Hubo día que murieron 50 y 60 hombres, hasta que comenzó la gente á hacerse al aire de la tierra, ques muy sano. El Visorrey en-

Biblioteca Nacional de España

vió á decir al jeque que viese cuándo querían venir á tratar lo que había dicho, quél enviaría el seguro. Él se resolvió en no querer venir, diciendo que á su padre habían muerto turcos por fiarse dellos; que no quería que le sucediese á él lo mismo con cristianos, y ansí acordaron que se viesen un día en la campaña. El jeque vino acompañado de más de 4.000 moros, y firmóse una milla del castillo. D. Alvaro salió á él con muchos caballeros, por ver si le podría hacer entrar en el campo, pero no aprovechó nada con él.

Viendo que no quería pasar adelante, volvió D. Alvaro y llevó al Duque, y llegando, se saludaron el uno al otro con mucho amor, y apartados de la gente hablaron un rato por una lengua que tenían consigo, y dende á poco se despidieron y se volvió el Virrey al campo y el jeque á su casa, questaba dentro en la isla, 10 ó 12 millas de allí, y dende á pocos días vino el Papa del Caruán. El Visorrey lo recibió y hospedó honrosísimamente.

En este medio todos trabajaban á porfía en levantar el fuerte, aunque muchos eran de parescer que no se hiciese allí, por la falta que había de agua y por no poder dar socorro á los navíos que le vernían á vituallar. Cuanto más lo contradecían, tanto más priesa se daban en la obra. Unos traían fajina, otros palmas, otros entendían en la fábrica, otros abrir el foso. Esto hacían los tudescos porque se lo pagaban muy bien. Todo lo demás hacían los soldados por no haber ya gastadores: todos eran muertos de mal pasar, y harta parte dellos

Biblioteca Nacional de España

en Sicilia: en las mismas cárceles en que estaban depositados moríanse por no darles de comer.

La obra del fuerte crecía cada día cosa no creedera, por andar como andaban trabajando en él los soldados á porfía. El gran Comendador de Francia, General de las galeras, á cuyo cargo venían los 1.000 hombres que la Religión daba entre caballeros y soldados, viendo que se atendía solamente á la fortificación de la fuerza, sin tratarse más de ir á Trípol, que era para el efeto que daba la Religión aquella gente, sin cinco galeras y una galeota y dos galeones y seis piezas de artillería de batir, sin otras piezas de campaña, con el recaudo de municiones que convenía para todas, demandó licencia y se fué con ellas, y mucha gente y caballeros enfermos.

Por la misma causa se pudieran licenciar todas las naves que allí estaban detenidas, con los soldados que no eran menester y gente inútil, reservando los que habían de quedar en el fuerte y los que pudieran ir en las galeras, y mandar asimismo á Sicilia para que despidiesen la gente que se había mandado hacer desde Malta, y no hacerla venir, como vino, sin ser menester. No solamente no se hizo esto, ni aun nos acordamos de dar aviso nunca de lo que hacíamos ni dónde estábamos, porque desde los 10 de hebrero que partimos de Malta hasta de mediado de abril, no supieron allí ni en Sicilia de nosotros. Con este descuido teníamos á todos con pena, temiendo no fuésemos perdidos por los malos tiempos que habían corrido los meses pasados.

Biblioteca Nacional de España

En esto llegó un Caballero de la Religión en una fragata que inviaba el Maestre á buscarnos. Éste dió aviso que estaban en Malta naves detenidas con gente y municiones, por no saber dónde nos venían á buscar, y así se acordó de inviar á Cigala con 10 ó 12 galeras á hacer venir estas naves. Vinieron á la fin de abril con muchas municiones y cuatro compañías de sicilianos. No desembarcaron todos, por estar, como estábamos, de partida. Con Cigala volvieron tres galeras de la Religión, que por la mucha gente que les había enfermado y muerto, habían desarmado las dos.

En este tiempo vino al Visorrey un moro gervino y le dijo que venía de Trípol y que hacía saber que teniendo Dragut nueva cierta que la armada del turco era en viaje para venirle á socorrer y que la nuestra estaba para partir, había mandado llamar á él y á otros moros de la isla y dícholes que viniesen á los Gelves, encargándoles muy mucho que procurasen con los moros de la isla y alarbes, hacer alguna revuelta con los cristianos para entretenerlos que no partiesen tan presto, hasta que llegase su armada, certificando este moro al Visorrey que el armada sería allí dentro de ocho ó diez días; y cuando no hallase ser verdad lo que decía, se pondría en prisión con dos hijos que tenía, para que les cortasen las cabezas. El Duque le agradeció mucho el aviso y le mandó dar diez escudos.

Dende á dos días sucedió la revuelta de quel moro había avisado, en el zoco, donde ellos se ajuntaban á vender el día de mercado. Fueron

Biblioteca Nacional de España

alarbes los que comenzaron, pero no ganaron nada. En ella murieron dellos más de 50, sin otros muchos que se tornaron en prisión. Acertóse otro día á ahorcar un ladrón que estaba días había condenado. Los moros se dieron á entender que era por la revuelta, y así tornaron á la contratación como de primero. El jeque ahorcó otro moro de los que habían sido origen del alboroto. El Duque mandó soltar todos los prisioneros y volverles lo que les habían tomado, y envió con su secretario Monreal al jeque, siete esclavos negros que se habían huído de sus amos para venir á ser cristianos. Paresció mal á todos, porque cuando quisieran complacer al jeque y á sus dueños, pudieran pagárselos. No tuvo tanto cuidado el jeque de inviarnos los que se iban á él de nuestro campo á tornar moros, que fueron tres ó cuatro mozuelos mal informados. No solamente no los inviaba, pero teníaselos en su casa públicamente, que los viesen todos los cristianos que iban á negociar con él. Dende á dos días tornaron á tocar arma á las compañías questaban de guardia fuera del campo, sin haber otra cosa más.

En esto llegaron dos fragatas de Nápoles, en que venía Hernando Zapata de parte del Visorrey, á dar aviso cómo era fuera el armada turquesca, y á dar priesa á D. Sancho de Leyva y D. Álvaro de Sande y al Maestre de campo Aldana, que se fuesen con la gente que allí había de aquel reino. Juan Andrea había días que daba priesa á la partida, por estar ya el fuerte en defensa, que no le faltaba más que el parapeto, y el

Biblioteca Nacional de España

caballero que él había tomado á cargo le había ya hecho. Lo demás, la gente que quedaba de guarnición lo podía hacer, pues no le faltaba otra cosa, estando ya las dos cisternas llenas de agua.

Á los 25 de abril se había determinado que partiésemos, y pudiéramoslo hacer, quedando el fuerte de la manera questá dicho. Con toda esta solicitud de Joan Andrea y la furia que había de nuevas de armada estábamos tan de reposo como si tuviéramos certinidad que estuviese en el atarazonal de Constantinopla, sin considerar la falta que hacía al reino de Nápoles la gente que allí teníamos suya y haber dejado á Sicilia empeñada y sin un hombre de guerra, habiendo traído parte de los pocos soldados que tenían los castillos y dejando á muchos dellos sin pólvora ni municiones, y estando allí los más de los Capitanes darmas de las tierras de marina y los Sargentos mayores de las milicias del reino de Sicilia.

Después de haber hecho muchas visitas el secretario Monreal al jeque, trajo los capítulos del concierto, y contenían que los moros de la isla diesen á S. M. cada un año, en reconocimiento de vasallaje, 6.000 doblas y ciertos halcones, y con ellos otros animales pequeños del tamaño de cabras salvajes, que tienen la piel pintada, á manera de gamos. Esto se pregonó por bando público, mandando que tratásemos y tuviésemos los zervinos por leales vasallos de S. M. Tanto duró su lealtad cuanto comenzó el armada turquesca á parecer.

Al principio de mayo comenzo á embarcarse la

Biblioteca Nacional de España

gente. Á los diez en la tarde, á hora de vísperas, llegó una fragata de Malta que inviaba el Maestre, y dió aviso cómo el armada del turco había hecho agua en el Gozo, isla ocho millas de Malta, y había partido de allí tres días había, cuatro horas antes que esta fragata partiese. Á esta isla del Gozo vino el armada desde Modón sin dar nueva de sí ni tocar en otra banda. Llevaba la proa á Trípol, y el tiempo los hizo descaer á Malta. Allí, en el Gozo, tomó la armada un maltés que había poco que faltaba de los Gelves, y fué tan ruín y tan mal cristiano, que porque le prometió el Bajá libertad, dió nueva de nuestra armada y le dijo de la manera que estaba, y le dió orden para que se pudiese aprovechar mejor de nuestras galeras. Después le dijo otro moro de los Alfaques lo mismo, certificando lo que el maltés había dicho, diciéndole que había discordia entre el General de la mar y el de la tierra sobre el partir. Estos le dieron ánimo de venir á buscar nuestra armada, y viniendo hacia los Gelves costeando la Berbería, Luchalí y Caromostafá venían tres ó cuatro millas del armada y descubrieron unas naves nuestras á la vela, que salían de los Gelves ya tarde á puesta de sol. Hicieron humo desde las galeras para que el armada amainase, que iba á la vela, y así viendo la señal amainaron. Este Caromostafá y Luchalí vinieron aquella noche en una barca á reconocer nuestras galeras, y dieron nueva al Bajá cómo las dejaban surtas.

Cuando la fragata de Malta llegó, la más de la gente estaba embarcada; y como se entendió nue-

Biblioteca Nacional de España

va cierta quel armada turquesca teníamos tan cerca, los que hasta allí se burlaban de las nuevas pasadas, diciendo que eran cosas fingidas con invidia, para poner miedo, porque dejase de dar fin á una cosa tan principal como la que se hacía, conosciendo su error y mal gobierno, andaban como fuera de sí, caminando de una parte á otra sin hablarse unos con otros, ni publicar la nueva, ni dar expediente á lo que en semejantes casos suelen hacer los prudentes.

Juan Andrea Doria llamó á su galera los Generales y Capitanes de galeras y les dijo la nueva que la fragata había dado, para que viesen lo que se debía hacer. En estas juntas y consejos de mar, habiendo propuesto Juan Andrea el caso, el primer voto era el del General del Papa; tras éstos hablaban D. Sancho y D. Berenguel, y el del Duque de Florencia, Cigala y Scipión Doria y los demás.

Flaminio del Angilara dijo que se entendiese en la partida, porque ya quel enemigo hobiese pasado á Trípol, como se tenía por cierto, no podía faltar de venir presto á buscar nuestras galeras.

D. Sancho de Leyva dijo que partiesen luego las naves, pues las hacía buen tiempo para salir á la mar, y entre tanto que cargaban las naves tuviesen los esquifes de las galeras en tierra para que se embarcase el Visorrey y toda la más gente que pudiese venir, y se fuesen con las naves sin apartarse dellas, porque yendo juntos no era parte á enojar las 64 ó 66 galeras que los enemigos traían; y pues el fuerte quedaba tan bien artillado, no era

Biblioteca Nacional de España

mucho que en un tiempo como aquél le quedase más gente de los 2.000 soldados que se había acordado dejar en él, que después vendría á tomarlos.

Cigala dijo que era poca vergüenza y poca reputación embarcarse el Visorrey sin la gente que había de ir, y que parescería que iba huyendo. Que si el armada hubiera tomado el camino de los Gelves aquel día hobiera amanecido allí, habiendo partido del Gozo antes de la fragata que trajo el aviso, y que se fuesen las naves y esperasen con las galeras á tomar la gente que quedaba por embarcar y hacer su aguada.

Scipión Doria fué del parescer de Cigala y algunos otros que allí estaban.

Estando en el Consejo, vinieron el General de la Religión y Sicilia, y fueron del parecer de Don Sancho. En estos dos pareceres se resolvieron todos, aprobando unos el parescer de D. Sancho y otros el de Cigala. Á Joan Andrea paresció bien lo que D. Sancho había dicho, y llamó al patrón de la fragata de Malta y demandóle con qué tiempo había venido y por dónde. Después de habérselo dicho, se aseguraron todos más diciendo que pues el armada no había parescido aquel día, sería ida á Trípol.

El Comendador Guimarán se halló presente á esto. Fué requerido que dijese su parescer, y no quiso, diciendo algunos que no tenían agua para sus galeras y que por esto que no se debían de partir tan presto, por lo que se tornó á altercar sobre los paresceres.

Dijo Scipión Doria que se saliesen 10 ó 12 mi-

Biblioteca Nacional de España

llas á la mar, y si al día no descubriesen larmada, volverían por la gente y harían su aguada. A todos paresció bien el consejo deste mozo. Acordaron de hacerlo así. Guimarán, aunque no había hablado hasta allí, viendo esta determinación, decía que era muy mal hecho hacer embarcar al Virrey tan arrebatadamente.

Este Guimarán era favorito de Juan Andrea y medio ayo suyo, aunque era harto más discreto el Juan Andrea que él. Este fué siempre torcedor á que tardase allí tanto el Juan Andrea, por complacer al Virrey, porque los Maestres y los Caballeros de Malta han menester tanto los Virreyes de Sicilia, que no pueden vivir si no los tienen contentos. El Cigala, que era de la misma opinión, andaba por reconciliarse con el Virrey, porque aunque al principio aprobaba la empresa, diciendo que no era menester para ella más que pan y paciencia, después anduvo remontado con los demás; y viendo ya que estaban al cabo y que le había menester en Sicilia para cobrar el sueldo de sus galeras, ya siete, y el Guimarán por no tener designio á más de lo que les cumplía, fueron parte á hacer perder el armada.

Guimarán se fué á tierra y dió parte al Virrey de lo que pasaba en las galeras. El Duque vino á las galeras, pasadas dos horas de noche, y dijo que le faltaban por embarcar los tudescos; que les había dado su palabra de no ir sin ellos, y que le diesen los esquifes de las galeras para embarcarlos. Juan Andrea mandó á todas las galeras que inviasen todos los esquifes en tierra, y que si él se levase an-

Biblioteca Nacional de España

tes que viniesen, que le siguiesen sin aguardarlos, y que todos guardasen muy bien el agua que tenían.

Juan Andrea se levó, pasadas tres horas de noche y más, para salir á la mar, como habían acordado, sin aguardar los esquifes, y fué causa que se dejase de salvar mucha gente principal que se embarcara en ellos de las galeras que encallaron.

Dende á poco se metió viento de afuera y mar, que no les dejaba pasar adelante, por venir por proa, y por no cansar la chusma dió fondo bien cerca de donde el armada turquesca estaba surta, sin que nuestras galeras ni Scipión, que era de guardia, las descubriesen hasta que era ya el día. Algunas galeras nuestras acertaron á dar fondo junto al armada, y en descubriéndola hicieron trinquetes y se metieron en huída, y así vinieron otras muchas á hacer lo mismo, de mano en mano; y siendo ya todas á la vela, trabajaban por salir á la mar, teniéndose á la orza cuanto podían, por hallarse muy dentro y sotavento del armada de los enemigos.

Como los turcos vieron huir nuestras galeras tan derramadas, sin orden ninguna, hicieron vela sobre ellas, y como venían en popa, ganábanles mucho camino, y la Real, viéndose tan dentro á tierra que no podía salir á la mar, hizo el caro para entrarse por el canal al fuerte. Siguiéronla 26 ó 27 galeras y las 4 galeotas. Tomaron dellas los turcos las 18 ó 19. La Real encalló tan lejos del fuerte, que no se pudo favorecer dél. Las ga-

Biblioteca Nacional de España

leotas y otras tres galeras ligeras se entraron por el canal hasta surgir en el reparo, sin perder nada. La patrona de Sicilia y otras dos galeras de las de aquel reino se perdieron muy ruinmente por desampararlas, así los capitanes dellas, como los de infantería que iban allí con sus soldados, aun encallado tan cerca del fuerte que no podían llegar á ellas sino con esquifes, porque la artillería dél hacía estar á largo las galeotas de los turcos que las habían seguido. Como las desampararon, huyéronse los más de los esclavos y forzados dellas y saqueáronlas. Ayudáronles á ello los mismos marineros con muchos esquifes y fragatas que entendían en este servicio, sin haber quien se lo estorbase ni castigase. La *Condesa*, que había encallado junto á éstas, combatió todo el día muy bien, disparando artillería á las galeotas y á la Real, que estaba ya por los turcos. Á la tarde, con la creciente, se entró ésta con las demás en el reparo, y salieron dos galeotas de las nuestras por ver si podían recobrar una galera; y después de haber disparádose artillería de una y otra parte, se tornaron sin osar llegar á las manos. A una galera del Marqués de Terranova, que la habían desamparado como las otras, se metió fuego, porque no se aprovechasen della los turcos. Estaba llena de olio soto, cubierta y embarazada con lana y mercancías. Desta manera iban las más de nuestras galeras, que tuvieran trabajo escapar puestas en caza, aunque las de los enemigos eran tales, que no había en todas 20 galeras ligeras para poderlas alcanzar.

Biblioteca Nacional de España

Las galeras que se tuvieron á la mar se escaparon. De las naves se perdieron nueve de las más pequeñas; parte dellas había ya desamparado la gente, y pasádose á los galeones y naves gruesas que iban bien artilladas. Nenguna destas se perdió, ni de otras que quisieron pelear. Una nave arragucesa peleó muy bien: dió un cañonazo á una galera que la seguía, que le llevó 19 remeros y cinco soldados, y viendo esto los demás, se alargaron della. Á otra daba caza el Bajá, después de haber tomado una galera. Disparó un cañón que le pasó por entre los fanales, que espantó á Dramuxo, Arráiz y Cómitre Real, y le dijo qué quería hacer de aquélla, si quería perder de gozar de la victoria que había habido. Los galeones fueron siempre disparando artillería á las galeras que los seguían, haciéndolas estar bien largas dellos, sin perder de hacer su camino.

Perdiéronse nuestras galeras tan ruinmente, que entre todas sólo dos ó tres pelearon. La *Mendoza* de Nápoles quedó sin gente: toda murió combatiendo. Murieron en ellas el Alférez Gil de Oli y el Alférez Sebastián Hurtado y otro Alférez que se decía Iñigo de Soto, peleando como muy buenos soldados. Aunque en las demás no se peleó, no por eso dejaron de matar los turcos mucha gente en ellas, paresciéndoles que no era vitoria si no la ensangrentasen.

Á Flaminio, General del Papa, mató una bala de artillería. Prendieron á D. Sancho de Leyva, General de las galeras de Nápoles, con dos hijos suyos, D. Juan y D. Diego. El D. Juan venía en

Biblioteca Nacional de España

la *Leyva* con gente de su compañía, y sólo él tomó armas para los enemigos, y se fué á la proa de la galera con una espada y una rodela para defender que no entrasen los turcos.

Prendieron á D. Berenguel, General de las galeras de Sicilia, con D. Juan de Cardona, su yerno. Estos se perdieron por hacer lo que debían en seguir al General. Prendieron á D. Gastón de la Cerda, hijo del Visorrey de Sicilia, y al Obispo de Mallorca, y D. Fadrique de Cardona, y el Maestre de campo Aldana y otros muchos caballeros y Capitanes. Salvóse Juan Andrea en una fragata. Estaba muy flaco de una recaída. Había llegado dos veces á morir, y como llegó en tierra, vinieron algunos á consolarle; respondió que se contentaba de haber perdido la hacienda y no la honra, como otros, aunque de esta vuelta no se le puede dar honra alguna ni loar su buen gobierno, pues dejó de salir con tiempo á la mar, y desamparó las naves, que no lo había nunca de pensar. Había de entender que los queran de opinión que se fuesen de por sí las naves, no tenían gana de pelear ni hacer lo que debían; solamente lo hacían por ir escapulos para huir, y ya que se determinaran á ir sin ellas, si quisieran, pelear con las 45 ó 46 galeras que tenían, y cuatro galeotas tan buenas, que pasaban por galeras, sin muchas fragatas y bergantines.

En teniendo nueva de los enemigos, tomaran más gente, que en esto pudieran llevar la ventaja que ellos tenían de más galeras; hiciéranlos estar día y noche con las armas en la mano y no llevar-

Biblioteca Nacional de España

las en cubierta como las llevaban. Debieran tomar ejemplo de Faser Bay, renegado corso, General de Rodas, el cual, teniendo nueva que el gran Prior de Francia andaba por aquellas mares con cinco galeras de la Religión y una fragata, pudiendo armar más galeras, armó solamente cuatro y le fué á buscar, y hallándolas en la isla de Candía, combatió con ellas y les tomó una galera.

Podrá decir el Rey nuestro Señor por el suceso de estas galeras, lo que dijo la buena memoria del Emperador su padre por lo de la Previsa: «que donde no está su dueño, ahí está su duelo.»

Disparando este día una pieza de artillería de lo alto del castillo á unas galeotas, reventó y hirió y mato siete ó ocho hombres. Erró muy poco de matar al Duque. De los heridos y muertos, los cuatro ó cinco eran criados suyos.

Aquella noche se embarcaron el Duque y Juan Andrea secretamente en sendas fragatas para ir á Sicilia. No les hizo tiempo para partirse: fuéronse la noche siguiente. No se tuvo nada bien el Duque, ya que se iba, irse sin hablar á la gente. Fueron cinco ó seis fragatas juntas, en que iban el Conde de Vicar, D. Pedro de Urrias y otros muchos caballeros.

Tratándose aquel día si los enemigos metiesen gente en tierra ir á estorbárselo, preguntó D. Alvaro al Duque qué armas llevaría. El Duque le respondió que allí tenía armas y un volante; pero que no iría, por quedar en el fuerte á dar orden de lo que era menester. D. Alvaro dijo que tampoco saldría él. Este mismo salieron de la isla el

Biblioteca Nacional de España

Papa del Caruán y el Infante de Túnez y el jeque con los moros de su parcialidad.

El Bajá se recogió dende á dos días con las galeras que allí habían quedado: era la mayor parte de la armada, porque hasta con 30 fué dando caza el Bajá á las galeras y naves. Dispararon mucha artillería las unas y las otras. Al juntarse tuvimos miedo no hubiesen tomado las fragatas en que iban el Virrey y Juan Andrea: dende á pocos días supimos cómo habían llegado á Malta en salvamento, donde hallaron algunas de las galeras que se habían escapado.

D. Alvaro de Sande, después de ido el Duque y los que iban con él, comenzó á cortar dellos, y inviando D. Enrique de Mendoza, uno de los que se habían ido, por una armadura que había dejado, dijo D. Alvaro que llevasen las armas del conejo. Quejábase ansí mismo de D. Pedro Velázquez, diciendo que por culpa suya, sin 200 botas de vino y más, sin otras vituallas que se llevaban las naves, por no haber dado orden que lo desembarcasen. En esto tenía muy gran razón, aunque por lo que él estaba más mal con él, era por no haberle querido dar dineros de la corte á cuenta de su salario, y porque había dicho el Duque que no se fuese de la fuerza hasta que se fuese Don Alvaro. No decía mal en conservador, porque si el Duque no se iba, hacía lo que debía á buen caballero y buen Capitán, quedándose á favorescer la gente que había traído consigo, para morir con ellos, y nunca el fuerte se perdía, que todavía se diera orden á pelear; el jeque se viniera con él al

Biblioteca Nacional de España

castillo y el Papa y el Infante no se fueran, y no osaron los turcos meter gente en tierra, sino vieran idos éstos; ni el Rey de Túnez diera las vituallas con que se entretuvo el armada, si el Visorrey desde allí le escribiera agradeciéndole lo que le había inviado á ofrecer, reconciliándole con Don Alvaro de la Cueva, alcaide y General de la Goleta.

Cinco días después de perdidas las galeras, nos estuvimos mano sobre mano mirándonos unos á otros sin trabajar en el fuerte. Después se comenzó á traer fajina, que era menester pelear para tomarla. En muy pocos días se hizo el parapeto del fuerte, y el lienzo de la marina, questaba á la parte de poniente, se detuvo, por ser de piedra. Tornóse á hacer de fajina y tierra, porque se pensó que los enemigos batieran por aquella parte. En esto llegó de Trípol Dragut con sus galeras, y determinóse el Bajá á echar gente en tierra, y envió á Monsalve, uno de los que se habían preso en las galeras, con una carta suya para D. Alvaro; pero no la quiso tomar ni ver: trató mal de palabra al Monsalve, y dijo que si no mirara al amistad que tenía con el Capitán Monsalve su hermano, le hiciera un castigo ejemplar, y así le invió luego con su carta diciéndole que dijese al Bajá que pues Dios les había dado una tan gran vitoria en mar, sin pelear, que viniese á probar su ventura en tierra.

Á muchos Capitanes pesó oir esta respuesta, así por no haber hecho caso dellos, como porque les paresció que se pudiera ver la carta entre to-

Biblioteca Nacional de España

dos y responder con el comedimiento que era razón, pues la crianza y cortesía no impidió jamás el combatir. Un esclavo cristiano que escribió la carta, dijo que el Bajá inviaba por ella á pedir el fuerte, ofresciendo en cambio todo buen partido que le pidiesen.

Con esta ocasión pudiéramos entretener algunos días el armada en demandas y respuestas, para que mientras ellos perdían tiempo en esto, tuviésemos lugar de fortificarnos mejor, y Sicilia y Nápoles proveer sus marinas y estar más apercibidos, porque cuanto más se detuvieran en esto, menos tiempo tuvieran para sitiarnos, y así no se pasara en el asedio el trabajo y necesidad que se pasó de agua.

D. Alvaro mandó llamar los Capitanes que allí habían quedado, aunque no todos tenían allí sus compañías, y díjoles que él había quedado allí para guardar aquel fuerte; que hiciesen todos como él y jurasen de no lo rendir hasta morir todos en la defensa. Los Capitanes dijeron todos que eran muy contentos. Dende á tres días los tornó á juntar diciéndoles que entre ellos eligiesen seis Capitanes para que uno de ellos gobernase si acaso matasen á él y al Gobernador Barahona. A esto dieron por respuesta que hiciese él la elección de los seis Capitanes como mejor le pareciese.

Los turcos asaltaron de noche nuestras galeras: no pudieron llegar á ellas por el reparo que tenían en torno de árboles y antenas; y así se retiraron luego sin la jornada, porque les tiraban del fuerte y de las mismas galeras.

Biblioteca Nacional de España

Los turcos estaban muy confiados que las espías que traían en nuestro campo harían lo que les habían prometido. Fué de esta manera. Que teniendo Dragut nueva cierta que nuestra armada venía sobre él, invió un portugués y otros renegados á Italia á saber lo que se hacía. Algunos dellos, como hombres pláticos en la lengua, entraron por soldados en las compañías que venían á servir en la jornada: éstos dieron siempre aviso en Trípol á Dragut, y en los Gelves iban cada noche á hablarle. Uno se ofreció á quemar las municiones; otro, de atosigar el agua de las cisternas; otro, de dar fuego á las galeras. Con las promesas destos persuadió Dragut al Bajá que intentase tomar el fuerte. También inviaron algunos renegados que animasen y ayudasen en ello. Decían éstos que se huían de los turcos por tornarse á la fe, que los habían hecho renegar por fuerza siendo niños.

Vínose á descubrir el tratado una tarde. Puestas ya las guardias, estando unos soldados apartados un poco del campo, vieron ir uno hacia el de los enemigos. Llamáronle: él, por disimular más su bellaquería, esperó; llegaron á él y prendiéronle. Fué de tan poco estómago, que por el camino comenzó á turbarse y confesar su maldad. Prendieron algunos de la liga: otros, en ver prender sus compañeros, se pusieron en cobro. Los presos confesaron la traición, y así los ahorcaron de los pies como á traidores.

La noche primera que saltaron en tierra, que fué á los 16, vino un renegado á nuestro campo y di-

Biblioteca Nacional de España

jo cómo los enemigos tenían en tierra ocho piezas de artillería por encabalgar, y que habían con ellas salido pocos más de 2.000 hombres, y que los demás se desembarcarían el día siguiente, y que en los de tierra había muchos desarmados, de los que venían por remeros en la armada, que habían salido para gastadores. Fueron muchos con él á D. Alvaro, diciéndole que pues había tan buena oportunidad para romper aquellos turcos que eran en tierra, que saliesen aquella noche á ellos. D. Alvaro respondió: «Dejadlos llegar, que yo haré de las mías.»

Esta noche se pudiera hacer harto daño en los enemigos. Excúsase D. Alvaro con decir que lo dejó, temiéndose de los moros de la isla no cargasen sobre nosotros al retirar, no sucediendo bien la salida, y los turcos por la otra parte, de manera que no pudiésemos resistir á todos. Teníamos la retirada marina á marina, llana y descubierta, y no era lejos del fuerte más de dos millas el lugar donde los turcos habían desembarcado, que era en los mismos pozos donde nosotros habíamos estado diez días, y teníamos más de 70 caballos, con los de la compañía, y los caballos que había dejado el Visorrey y otros caballeros, no teniéndolos los enemigos ni los de la isla caballos con que enojarnos, porque aún no eran llegados los caballos alarbes que esperaban; y si se dejó por entretener allí la armada, porque no fuese á hacer mal en Sicilia ó en el reino de Nápoles, el mejor entretenimiento fuera matarle la gente, de manera que no la pudiera echar en tie-

Biblioteca Nacional de España

rra, y tuviera harto que guardar sus galeras con los que llevaba. Los enemigos sacaron su artillería y municiones en tierra sin que les diésemos empacho, más que tocarles algún arma.

Otra noche invió D. Alvaro á un caballo ligero que se llama Miguel de Huerta, buen soldado, que fuese marina á marina y mirase si hallaba siete barriles pasada una mezquita que estaba entre el campo y el fuerte. Halló cinco barriles; caminando adelante por ver si toparía con los otros, halló dos medias botas. Volvióse á decirlo á D. Alvaro, y invióle á que lo dijera á Quirós, Capitán de caballos. Aquella noche estaba la gente y caballos á punto para salir fuera. Debía de haber concierto con algún renegado, y faltó el designio, pues se dejó de ir.

La noche siguiente inviaron al mismo por ver si estaban allí los barriles; no hallándolos, pasó adelante; vió salir del campo de los enemigos nueve caballos con dos antorchas encendidas; metiéronse adentro, en la isla; él se acercó á sus trincheas sin que nadie le sintiese ni viese; había gran silencio en el campo; parescióle que dormían todos; tocóles arma y vió que acudían todos á la marina huídos.

No partió de los pozos su campo hasta tener encabalgada la artillería y que llegasen los caballos y gente de pie que esperaba Dragut. Entre tanto caminaban por la isla muy á su placer, haciendo daño en las casas y posesiones de los que se habían ido con el jeque. Tomaron de su casa media culebrina y otras piezezuelas pequeñas de bronce.

Biblioteca Nacional de España

Venían cada día los turcos á reconocer el fuerte desde unos palmares que estaban á tiro de cañón dél. De allí tiraban á la gente que estaba de guardia á los pozos, donde había cada día escaramuzas, donde había muertos y heridos de todas partes.

Mucha gente de la que se había escapado de las galeras perdidas y de la que se había quedado por embarcar, se iba cada noche á Sicilia en fragatas y barcos por no tener que comer, que no les daban ración á éstos ni á otros muchos que morían de hambre, y la que daban á los soldados era tan poca. Cuando tuvimos agua nos faltó el pan, y cuando volvió á faltar el agua, lo daban de sobra. Para esperar asedio, como esperábamos, no se acertó á dejar ir esta gente. Harto mejor fuera estivar las galeras, fragatas y barcos, y de toda la gente inútil y heridos inviarlos á Sicilia, y retener los sanos y gobernarlos de manera que se sustentaran para poder servir. Desta manera se aventuraban á salir las galeras y se deshacía de la gente que empachaba.

Luego que los enemigos fueron en tierra, mandó D. Alvaro entrar en el fuerte todos los españoles, dejando fuera los alemanes, italianos y franceses, llegados bien al fuerte y reparados con muy buena trinchea. Comenzóse á murmurar desto, y así los metió á todos dentro y mandó salir fuera banderas de españoles. Dende á pocos días mandó desamparar aquellas trincheas y metió toda la gente dentro. Estábamos tan estrechos, que no se podía andar por el fuerte. En el con-

Biblioteca Nacional de España

traescarpe del foso quedaron hasta 400 soldados, y dende á poco los fueron á quitar porque se iban á los turcos. Dentro, en el fuerte, mudaban cada día compañías de una parte á otra, y con esta inquietud anduvimos hasta el cabo.

Los enemigos comenzaron á caminar la vuelta del fuerte diez días después de desembarcados, y firmáronse entre unos palmares, donde estuvieron tres días. Aquí se pudiera salir bien á hacerles daño, por estar tan cerca, que podía haber una milla entre su campo y el fuerte. Alcanzaba allá nuestra artillería.

Salieron una noche, estando allí los enemigos, hasta 150 soldados, y antes que llegasen á las trincheas de los turcos eran descubiertos, y así se volvieron sin hacer nada. De aquí comenzaron los enemigos á hacer trinchea para venir cubiertos con su artillería, sin que la nuestra les pudiese hacer mal.

Salían del fuerte cada día cuatro compañías á la guardia; la que más lejos estaba, serían 500 pasos del fuerte: una de la parte de poniente, donde los enemigos venían; las dos compañías, á los pozos; la otra, á las casas de Dragut, que estaban á la marina por la parte de levante. Teniendo bien reconocido los turcos la poca gente que había en ellas y el mal reparo que tenían, el último de mayo á medio día coménzaron á venir por la parte de poniente y á los pozos, dando muestra de querer escaramuzar como otras veces solían. Viendo que comenzaban á salir los nuestros á la escaramuza y retirábanse por alargarlos más, asegurán-

Biblioteca Nacional de España

dolos desta manera, cerraron con ellos de tropel más de 3.000 turcos y los caballos alarbes, que eran los que más daño hacían en los nuestros y mejor peleaban. Nuestra gente era tan poca, que ni los que estaban de guardia ni otros que habían ido á escaramuzar, pudieron resistir la furia de los enemigos, y así se retiraron con ruín orden y harta pérdida de buenos soldados que se hallaron delante en la escaramuza. Nuestra caballería no pareció nada á la de los enemigos; estúvose hecha alto sin osar salir á favorescer nuestra infantería. Los caballos de los enemigos que salieron á esto, serían hasta 100; los demás venían con otros 4 ó 5.000 turcos que venían atrás caminando con la artillería. Pelearon tan bien estos pocos caballos de alarbes y tan valerosamente, que vinieron entre los soldados hasta llegar á las propias trincheas que tenía por reparo la gente que alojaba fuera del fuerte, sin temer la arcabucería y artillería que se les disparaba dél. Si nuestros caballos lo hicieron ruinmente este día, muchos hubo entre los de á pie que, por tenerles compañía, huyeron muy sin vergüenza, y Capitanes con quien se tuvo gran cuenta.

D. Alvaro de Sande los trató muy mal de palabra, diciéndoles que renegaba de la parte que tenía de caballero, si ellos lo eran. Viendo la carga que los enemigos venían dando á los nuestros, acudieron muchos soldados por aquella parte para salir á socorrer. No lo pudieron hacer tan presto que ya los nuestros no fuesen recogidos en las trincheas, y queriendo de nuevo salir á los ene-

Biblioteca Nacional de España

migos, se puso delante el Gobernador Barahona y los hizo tornar. Los turcos se quedaron en las trincheas viejas donde se solía alojar nuestro campo, y pusieron en ellas muchos estandartes y banderetas.

Los alemanes pelearon este día muy bien; mataron muchos turcos, favoreciendo las compañías que eran de guardia á los pozos. La compañía que estaba á la marina de levante, se retiró á su salvo sin recibir daño ninguno. Todo lo que quedó del día se entendió en tirar escopetas y arcabuces de una parte á otra, no cesando nuestra artillería de disparar á donde veía que podía hacer mal.

Aquella misma tarde, acabado de recoger su campo, comenzaron á tirarnos con dos piezas de artillería por la parte de poniente. Tomaban de una marina á otra en torno del castillo, ocupando harto más sitio del que podían guardar con la gente que ellos traían. En tanto que ellos estuvieron desta manera, hobo grande oportunidad para aprovecharnos dellos, si en nosotros hobiera juicio y valor para intentarlo, teniendo como teníamos gente para poder darles la batalla, aunque fueran hartos más de los que eran, porque sin la gente que había de quedar en el fuerte, quedaron los tudescos y compañías de italianos y españoles que estaban por embarcar, sin otros muchos que habían salido de las galeras que se perdieron y la gente que tenían las siete galeras y cuatro galeotas que allí estaban. Con todo esto nos sitiaron, y ganaron los pozos aquel día.

La pérdida de estos pozos fué toda nuestra ruí-

Biblioteca Nacional de España

na, porque si los manteníamos, como era razón que se hiciera, no se nos muriera la gente de sed ni se huyera á los enemigos. Fué muy gran bajeza perderlos, teniendo gente demasiada para guardarlos, estando tan cerca como estaban del fuerte y tan descubiertos para favorescer la gente que allí estuviese, con la artillería dél, estando, como estaban, quinientos pasos del fuerte. D. Bernaldino de Velasco dió voces sobre que se guardasen; el Capitán Clemente, siciliano, que es un valiente soldado, y de los que mejor entienden la fortificación, se obligaba á guardarlos con 500 hombres. Pudiéransele dar 2.000 y quedar el fuerte con más gente de la que había menester, y cuando bien éstos se perdieran, viniérales á faltar á los enemigos gente y tiempo para poder sitiar la fuerza: como no se sintiera en ella la falta de agua que hubo, no eran parte seis tantos turcos á tomarla. Toda la gente que allí había quedado se pudiera muy bien entretener con las municiones que quedaban en el castillo, de comer, porque para 2.000 hombres que allí habían de quedar en la fuerza, les quedaba de comer para diez y ocho meses, y dos cisternas de agua, la una con 18.000 barriles y la otra con 13.000, sin palmo y medio que tenía ella de agua cuando se comenzó á hinchir. Esta más pequeña estaba dentro del castillo. Sin tener más agua que ésta nos encerramos, con darse de ordinario 5.500 raciones, sin mucha otra gente á quien no se daba ración.

El Capitán de las galeotas del Duque vino á D. Alvaro á pedirle de comer para la gente dellas

Biblioteca Nacional de España

ó licencia para irse. Respondióle que no tenía que darle, y en lo de la licencia hiciese lo que quisiese, que él no entendía cosas de mar ni era marinero. Hallándose allí acaso Charles de la Vera, le dijo que pues al Duque no había quedado otra cosa que aquellas galeotas, que las remediase, porque no fuesen á perderse. Respondióle muy enojado que las remediase él; que el Duque se había ido y dejádole allí; que era un hombre remiso y su secretario flojo, no acababa nunca de concluir cosa, y así fué discurriendo por el mayordomo y los demás, tachando á cada uno de lo que le parescía.

Viendo esto el Capitán, que ya no había donde hacer agua, se fué otro día con sus galeotas y otras dos que había allí: una de D. Luis Osorio y la otra de Federico Stait. La de Stait se perdió por no seguir la conserva, habiendo ya escapulado el armada. Fué mal empleada la pérdida en su patrón, porque fué el que mejor se trató de cuantos sicilianos vinieron á ella. Dende á pocos días, queriendo hacer lo mismo la *Condesa* del Príncipe y otra de Vindinelo, y alistadas ya y puestas en orden para partir, se les fué un esclavo y dió aviso á los enemigos, por lo que se dejó la ida.

A 2 de junio, primero día de Pascua de Espíritu Santo, salieron por la parte de Levante 600 hombres de todas naciones, y llegados á las trincheas de los enemigos, se las ganaron, matando y hiriendo muchos, hasta hacerles desamparar el artillería. Enclaváronle dos piezas della, con punteroles, por no llevar recado de otra cosa. Pudié-

Biblioteca Nacional de España

ranles quemar la pólvora: no osaron hacerlo por no quemarse ellos también. Pasaron adelante secutando la vitoria hasta llegar cerca de la tienda de Dragut. Entrando en otra que estaba junto á ella, mataron muchos turcos, entrellos un hombre principal. Súpose después que era el Sanjach Bay de Negroponte. Todos iban huyendo, si no por unos turcos principales que los hicieron volver á cuchilladas, diciéndoles la poca gente de que huían, porque aún no habían llegado todos los que habían salido al efeto; y de los que entraron, hobo algunos que por embarazarse á robar, dieron lugar á que los enemigos se rehiciesen y degollasen muchos de los nuestros, los que mejor habían peleado y más se habían adelantado siguiendo los enemigos, y así ellos, al retirarse, que se retiraron los nuestros, los siguieron animosamente hasta meterlos en el fuerte, donde quedaron muchos turcos muertos á la marina, junto al muro del caballero Gonzaga. Murió este día el Conde Galván, placentín, y el Capitán Carlos de Haro, peleando como muy valerosos Capitanes. También murió Uncibay, Alférez de Galarza, con muy buenos soldados de su compañía, que entraron con él en la tienda del Visorrey de Negroponte. Era un muy valiente hombre este Alférez, y así peleó este día como tal.

Esta salida se conoció claramente el efeto que se hobiera hecho á haber salido 2 ó 3.000 hombres á pelear con los enemigos, porque si este día reforzaran con otros 1.500 ó 2.000 hombres más, no hay que dudar sino que era nuestra la vitoria.

Biblioteca Nacional de España

Después de retirada esta gente, dijo D. Alvaro al Capitán Galarza que se había dejado ganar la mano derecha de Carlos de Haro al estar por las trincheas de los turcos; que no había guardado la orden que le dió. El Galarza respondió que ninguno podía decir con verdad que había pasado á pelear delante dél, ni ganádole la mano; y á lo que decía de guardar la orden, que no le había dado orden ninguna. D. Alvaro le dijo que se fuese y que no respondiese otro día tan aficionadamente.

Esto de la orden paresce que se conforma con lo que dicen los soldados que salieron aquella mañana. Estando ya á la trinchea de los enemigos, se afirmaron un poco. Viendo esto los soldados, dijeron á los Capitanes: «¿Qué hacemos que no pasamos adelante? Asaetearnos han aquí los turcos, habiéndonos descubierto.» Respondió Carlos de Haro que no tenía orden para más. No pensó D. Alvaro que esta gente llegara donde llegó, ni que pasasen de las trincheas, pues no les tuvo socorro para pasar adelante. Este Capitán Galarza era un buen soldado, y sacó dos arcabuzazos en la rodela, y dende á pocos días le mataron en el caballero de San Juan de un arcabuzazo.

Desta salida comenzaron los enemigos á recogerse más y fortificarse con trincheas altas de tierra y fajina, y enviaron caballos y gente de pie al paso de la Cántara, por donde se entraba de tierra firme á la isla, creyendo que esperábamos socorro del jeque ó del Rey de Caruán.

A los 3 de junio hizo un calor tan excesivo y ardía tanto el sol, que teníamos por cierto que era

Biblioteca Nacional de España

fuego que los enemigos habían puesto á la campaña; y como había cuatro días que eran perdidos los pozos y no habían aún comenzado á dar agua de ración, padescióse tanto de sed, que murieron más de 50 hombres, sin más de 300 que quedaron muy al cabo, tendidos en tierra, dando voces por agua. Verdaderamente fué inhumanidad grande de Barahona dejar morir aquella gente, pudiéndola remediar con bien poca de agua.

Deste día hicieron principio de pasarse muchos á los turcos, y vinieron tantos á desvergonzarse tanto en la ida, que se habían huído más de 500 y muertos otros tantos y más de sed, porque los que no tenían ración, y algúnos que no les bastaba dos cuartuchos de agua que daban, iban á beber á una gruta de una agua salada que había en ella, que mató á todos los que la bebieron. Corrompíalos, quitándoles la gana de comer, y los ponía secos, y así se iban consumiendo sin poderles dar remedio.

Ibamos cada día retirando y estrechando tanto, que perdimos un pozo de agua amarga que estaba junto á las trincheas donde estábamos, no 30 pasos de ellas. Este pozo tenía agua en abundancia, y aunque amargaba, mataba la sed y no hacía el daño que la salada hizo. A haber sustentado este pozo, remediara mucho la necesidad que se pasaba, y no se nos morían los caballos de sed, por no querer nunca beber de la salada. Cincuenta ó sesenta pasos deste pozo estaban otros dos de la misma suerte de agua.

Un siciliano que llamaban el Capitán Sebastián

Biblioteca Nacional de España

se ofreció á sacar agua dulce para beber de la de la mar. D. Alvaro le prometió 500 ducados en dinero y 200 de renta. Hiciéronse muchos alambiques y henchíanlos de agua de la mar y les daban fuego, y destilaba agua dulce y muy buena, sana, sin ningún sabor de sal. Hacía 40 barriles della, que bastaban á dar ración á 700 hombres. Cada Oficial, sin esto, hizo su alambico para su casa, y muchos vivanderos hicieron los suyos, con que sacaban agua para vender. Vendíanla al principio á un real el cuartucho; después fué faltando leña, y vino á valer á dos reales el cuartucho, ques media azumbre de la medida de España.

Esta agua fué muy gran parte á que no muriese mucha más gente de la que murió. La cisterna que estaba fuera del castillo, tuvo muy poca. No se dió á un mes entero ración della. O se salía, ó por el mal recado que pusieron en ella, porque la hallamos rota. Una mañana que habían sacado agua della, temióse no la hobiesen abierto para atosigarla. Súpose que lo habían hecho soldados por robar el agua.

Viendo ya al cabo esta cisterna, en quien más confianza teníamos, se comenzó á hacer la mezcla de la salada. Á dos barriles de agua de la cisterna y uno de los alambiques, se echaba otro barril de salada. Esto hizo mucho daño á la gente, que con saber á la sal, no solamente no quitaba sed, pero daba más. Los calores eran tan grandes, y así padescían los soldados más de lo que se puede encarescer; puestos todo el día al sol, sin beber agua que les matara la sed, y esa miseria de ración

Biblioteca Nacional de España

que se daba, quitaban parte della algunos Capitanes á sus soldados, por lo que vino D. Álvaro á tratarlos muy mal y deshonrarlos. Otros vendían el agua. Hubo Capitán en prisión por esto. Por otra parte, se hurtaban tantas raciones, que fué hasta causa que nos perdiésemos, porque por ello vino á faltarnos el agua tan presto, de que estaba D. Álvaro desesperado en ver la bellaquería y poco miramiento de los Capitanes en un tiempo de tanta necesidad, habiéndoles tomado juramento que dijesen los soldados que tenían, aunque harto mejor fuera tomarles muestra.

Diciendo á Juan Daza que cómo era posible que viniese á faltar tan presto el agua, le mostró cómo se daban 4.000 y tantas raciones. Esto fué ya al cabo de la jornada. Probóse de hacer pozos en el fuerte, de que se sacó agua en abundancia, tan salada, que no se podía beber.

Tratándose de tomar lengua para saber cómo estaban los enemigos, se acordó que saliese un soldado por la parte de levante de las galeras y se fuese la vuelta de las trincheas de los enemigos, como que se pasaba á ellos, como lo hacían otros cada hora, para salir con los caballos y tomar alguno de los que saliesen á tomarlo, que estaban ya tan arregostados los turcos de los que se iban, que en viendo ir uno la vuelta de las trincheas, no salían 20 á tomarle. Como éste partió de las galeras antes que se diese aviso en el fuerte para que le tirasen, salieron unos á él y hobiéranle de matar si no se acogiera á una barca. Después salió otro y salieron á él siete ú ocho turcos; como fue-

Biblioteca Nacional de España

ran un poco en la mar, él se iba deteniendo por alargarlos más. En esto salieron seis caballos y cortáronles el paso; alancearon dos dellos que no se dejaban prender, y dieron con uno en tierra dos veces, hasta que llegaron soldados de pie y lo prendieron. Los otros se escaparon: uno dellos hirió un caballo y otro tomó la lanza á otro de caballo. Este prisionero dijo cómo habíamos perdido de haber vitoria aquella mañana que se salió á ellos; que todos iban desbaratados, y que á importunación de Dragut estaba allí el Bajá. Que eran pocos más de 6.000 hombres, y que para sacar éstos había sido menester desarmar las galeras. Que cada día iban turcos á ellas á hacerles guardia, temiéndose no fuesen sobre ellas los cristianos, y que estando como estaban, 40 ó 50 galeras que viniesen las tomaban todas, por estar con tan pocos turcos y tan llenas de cristianos.

Otras muchas veces se salió á tomar lengua y no se pudo, porque todos se dejaban matar por no venir en prisión. Por la parte de poniente salieron cuatro Capitanes italianos á caballo haciendo lo mismo que los primeros, y mataron algunos turcos y trajeron á uno vivo. Estos dos solos se prendieron en todo el tiempo que duró el asedio. Este último dió aviso cómo los enemigos tenían desino de tomar las galeras.

Otra vez se ordenó inviar un soldado que tuviese el primer moro que le llegase á tomar, hasta que llegasen soldados á socorrerle, porque en este tiempo no había caballos. Este soldado salió y lo había hecho tan bien, que dos turcos que llega-

Biblioteca Nacional de España

ron á él juntos los detuvo asidos entrambos un gran rato, y fueron tan de poco los que habían de socorrerle, que no salieron y lo dejaron matar de los turcos.

Á los 6 comenzaron á batir con seis piezas de artillería el lienzo de la puerta del castillo, desde la misma puerta hasta el turrión de la mano derecha, donde teníamos las municiones, porque no pretendían hacer otro, sino quitárnoslas. Nosotros trabajamos en repararlas y mudarlas donde estuviesen en seguridad. Mudaban luego la batería donde sabían que las habíamos puesto. De los que se iban sabían todo lo que hacíamos; pero no hicieron daño en ellas con la artillería, ni cosa en el fuerte de pensar que estar por batería, más que derribar alguna marama del castillo y desencabalgar algunas piezas de artillería nuestras. Pasaron después la artillería adelante y batieron el turrión de la marina del castillo. En éste hicieron más batería que otro ninguno. Pusieron dos piezas á la marina con que batieron las galeras hasta meterlas en fondo, que no se podía estar soto cubierta, que de lo demás, ya ellas estaban en seco en pasando la creciente.

En las galeras mató mucha gente la artillería, que de 3.000 balas que tiraron mientras duró el cerco, el mayor daño que hicieron fué en las galeras. Al Capitán D. Diego de la Cerda, estando de guarda en ella, le mataron una yegua en que iba y á él le cortaron una pierna, de que murió. Viendo los turcos que la guardia que metían de noche á las galeras salía el día en tierra, acordaron venir

Biblioteca Nacional de España

á tomárnoslas con desino de batir dellas el fuerte, porque lo más flaco dél era á la marina. Á los 22 de junio por la mañana aguardaron la menguante y salieron de sus trincheas por la parte de levante hasta 2.000 hombres, trayendo algunas escalas. Iban tres dellos delante con estandartes en las manos, corriendo hacia las galeras. Tocóse luego arma en el fuerte y comenzaron á salir soldados, á quien más presto podía, por la puerta de la marina, y por una escala que estaba al caballero de San Juan. La gente iba de muy buena gana, unos de meterse en las galeras para defenderlas y guardarlas; otros para pelear con los enemigos para estorbarles que no llegasen á ellas hasta que los nuestros estuviesen dentro, haciéndoles retirar por dos ó tres veces, hasta que unos turcos que andaban á caballo les daban de cuchilladas. Estos caballos pasaron dos veces por nuestra gente, entre el fuerte y las galeras, haciendo carrera entre los nuestros como si hobieran de jugar cañas, tanto que dieron lugar á que los turcos metiesen las banderas sobre dos galeras que estaban sin gente. La una había servido de hospital y habían sacado la gente y heridos della por la artillería que les hacía daño. La otra estaba medio deshecha.

Poco les duró estar en ellas; echáronlos desde las otras luego á arcabuzazos. Retiráronse los turcos con hartos heridos y muertos. De los nuestros murieron algunos, y los más dellos mató nuestra artillería por andar mezclados con los enemigos. Peleóse muy bien este día: era cosa de ver cuán reñida pelea fué. No dejaron salir mu-

Biblioteca Nacional de España

cha gente del fuerte, porque estaban los turcos con aparencia de querer arremeter, y creíase que aquella gente que era fuera, en venir como venían con escalas, diera en el fuerte por la parte de la marina.

Al retirar que se retiraban los que habían venido á las galeras, arremetieron otros por la parte de Levante, hasta llegar junto al fuerte. Pusieron banderetas junto al contraescarpe del foso. Retiráronse luego por el daño que hacía en ellos nuestra arcabucería. Salió herido este día el Gobernador Barahona de un arcabuzazo de que murió dende á pocos días, en público contento de todos, porque era mal criado y demasiadamente cruel: con todo esto era solícito y valiente. También murió el Capitán Diego de Aguayo desgraciadamente de una pieza de artillería nuestra que tomó fuego de un barril que se quemó.

Aquella noche se puso fuego en las dos galeras donde habían estado los turcos. Harto mejor fuera deshacerlas y aprovecharnos de la leña dellas. De ahí adelante se metió muy buena guarda en ellas, sin partir dellas de día ni noche.

En este medio se pasaba mucha gente á los turcos y morían muchos, así por la falta de medicinas como por el mal gobierno que había en el hospital, que aun para enterrar los muertos no nos supimos dar maña, sino echarlos de la muralla abajo, para que entendiesen los enemigos lo poco que podíamos durar, porque huyéndose y muriendo tantos, no podía faltar de verse presto el cabo de nosotros.

Biblioteca Nacional de España

Algunos que se huyeron del armada de los enemigos dijeron á D. Alvaro les habían dicho unos renegados, que se espantaban de nosotros, cómo no salíamos á ellos á medio día, que eran idos todos por aquellos jardines á sestear. Lo mismo decían los cristianos esclavos que salían á trabajar á las trincheas, y nosotros los víamos ir cada día desde el castillo.

No aprovechaba nada con D. Alvaro que dejase salir á ellos, antes reñía con los que salían alguna vez á escaramuzar. Todo el día se le iba en decir mal de Capitanes y soldados; lo mismo hacían ellos dél. Uno que deseaba la enmienda desto, le echó una carta del tenor siguiente:

«Iltre. señor: Los que se desvelan y ponen toda su felicidad en ser tenidos y tratados de ilustres, debríanse preciar de serlo, así en obras de buenos cristianos, como de animosos caballeros.

»Digo esto, señor, porque se dice públicamente de vos que vivís como gentil y gobernáis como tirano, y que si hobiérades hecho la centena parte de lo que habéis dicho, pudiéramos caminar de aquí á Constantinopla sin topar con enemigos. Tratándose un día á la tabla del Maestre de Malta que había poca gente para jornada, por la mucha que había muerto, dejistes: que cuando se determinasen todos á no ir, vos solo iríades con la galeota de Estait á tomar á Trípol, y que os echasen con una fragata en Berbería, que con una espada y una rodela la conquistaríades toda, diciendo que eran cobardes y hombres nacidos en

Biblioteca Nacional de España

hora menguada los que ponían dificultad á la ida.

»Tratándose otro día delante el mismo Maestre que faltarían vituallas, porque había cuatro meses y más que se comía de las que habíamos embarcado, dejistes que no eran menester, que de las piernas de turcos comeríamos (paréceme que nos aliñamos mal á cortarlas, agora que fueran bien menester, teniendo la falta que tenemos de carne), y que respondió el Maestre, como sabio, diciendo que tenía por mejor llevar pan que no ir en aquella confianza.

»Antes que el armada metiese gente en tierra, publicábades que daríades á saco vuestro pabellón el día que viésedes que sacaban artillería, porque se la habíades de ganar y tomar en prisión á Dragut y otros turcos, para cambiar con D. Gastón y demás que allí tienen nuestros.

»Ya salieron dos millas del fuerte harto pocos turcos sin que saliésemos á ellos, y viniéndonos cada día á buscar, pocos y sin orden, no consentíades que se saliese á escaramuzar con ellos.

»Perdistes los pozos en un día, pudiéndolos muy bien guardar, sabiendo que importaba la vida de todos mantenerlos, habiendo dicho muchas veces al Duque que no tenía la fuerza mucha necesidad de agua, porque los 2.000 hombres que habían de quedar en ella bastaban á defender los pozos á toda la potencia del gran Turco, y que con aquellos soldados os atreviades vos á ir por tierra de aquí á Turquía.

»Harta más gente se ha perdido entre los que han muerto de sed y huídose á los turcos, que se

Biblioteca Nacional de España

podían aventurar en haber guardado los pozos, como fueron muchos de parecer que se hiciese.

»Respondéis á lo que os dicen que mandéis dar recado á los heridos, que los dejen morir, porque no coman las vituallas. Buena manera es ésta de animar á los sanos á pelear.

»Decís mal del Duque, que es un hombre remiso y que se fué de miedo; que para vos se guardan semejantes empresas que ésta. El día que se ofreció pelear, el Duque, para la poca experiencia que tenía en cosas de guerra, lo hizo tan bien, que echó en vergüenza á los muy pláticos y bravosos. Su venida aquí, y la estada que hizo y la ida de agora, todo ha sido por consejo y parescer vuestro.

»Decís que ya no hay soldados que peleen, y que ningún Capitán se os viene á ofrecer de querer salir á los enemigos, porque no hay alguno que tenga valor y ánimo para ello, y que echáis en más cargo al Rey en guardarle esta fuerza con tan ruín gente, que Antonio de Leyva en guardarle á Pavia y Milán con tanto buen soldado como tenía. Con éstas y otras cosas que estarían mejor por decir, tenéis desdeñada toda la gente de guerra, y dicen que si vos gobernásedes y peleásedes como el Sr. Antonio, que tenéis Oficiales y soldados que harán lo que los suyos, y que si en ellos hobiese la falta que decís, no se os habrían echado á los pies suplicándoos que los dejásedes salir á pelear fuera, como lo han hecho, el Coronel Mas, el Capitán Alvaro de Luna, Jerónimo de la Cerda, Rodrigo Zapata, Galarza, Juan Ortiz de Leyva y

Biblioteca Nacional de España

otros Capitanes y Oficiales y soldados particulares.

»Dábables por respuesta que se dejasen gobernar, y ansí dicen que en vos solo está la culpa; que os estáis encerrado siempre sin dar una vuelta al fuerte ni consultar con nadie lo que cumple, ni dar orden á nada, y sobre todo, mandáis agora de nuevo echar agua salada en las raciones que se dan á los soldados, que los destempla y quita el comer á todos, de modo que en pocos días los pondrá tales que no se hará provecho dellos.

»Si os teméis de largo asedio, acometed luego los enemigos, porque cuanto más lo dilatáredes, menos gente ternéis para ello, y la que hobiere estará tan débil y flaca, que no podrá pelear. Así que, señor, mirad con tiempo en esto y juntad vuestros Capitanes; dadles parte dello y deliberad lo que más cumple á todos; porque os hago saber que todas las naciones que aquí hay os dan culpa del mal suceso de las galeras, diciendo que por odio y rencor que teníades con algunos, fuísteis cabsa que tardasen aquí más de lo que era menester. Todos piensan avisar al Rey, tanto de lo pasado como de lo presente.

»Héoslo querido, señor, decir, porque deseo que salgáis con honra de aquí, por lo que debo al servicio de Dios como cristiano, y al de S. M. como vasallo suyo, para que trabajéis de hacer algún buen hecho en enmienda de lo pasado, pues hay tanta oportunidad para ello, siendo los enemigos tan pocos y estando tan repartidos y derramados, que es muy gran bajeza de los que aquí

Biblioteca Nacional de España

nos hallamos habernos dejado sitiar de otros tantos turcos como aquí éramos soldados.

»En el fuerte de los Gelves á los 28 de junio, año de 1560.»

De allí adelante comenzó D. Alvaro á salir y acariciar los soldados, mandando dar dineros á los que hacían algún buen hecho ó buen tiro con el arcabuz, y á los 4 de julio, teniendo determinado salir á los enemigos, como la mañana de Pascua, se dejó porque se fueron aquella noche á dar aviso á los turcos siete ú ocho bellacos, y así se mandó echar bando que cualquiera que matase al que se pasaba á los enemigos, le darían seis escudos.

Hubo hartos que ganaron el precio, porque con la golosina del dinero hacían mejor guardia. Todavía salieron de día á una trinchea que venía á la gruta, donde mataron algunos turcos. Los demás la desampararon. No pasaron adelante los nuestros por ser pocos. Las veces que se salió á estas cosas y á escaramuza, inviaban tan pocos, que nunca se hizo cosa que luciese, porque en lugar de reforzarlos y ayudarles con gente, cuando iban ganando tierra á los enemigos, apenas eran llegados á las manos cuando los mandaban retirar, y hacíanlo de manera que siempre dejaban allá los mejores soldados, por no ir á la vanguardia á dar la orden que se retirasen, sino darla en la retaguardia, y así venían á quedar solos los que iban delante. La culpa de esto estaba en los Sargentos mayores.

Biblioteca Nacional de España

A los 6 tornaron los enemigos por la misma parte á acometer á las galeras, aunque no con tanta gente como la primera vez, ni duraron tanto en el combate por el daño que rescibían dellas y del fuerte. Así se volvieron, á pesar de los que los mandaban: no bastó palos ni cuchilladas á hacerlos volver.

No salió gente á ellos este día del fuerte por estar bien proveídas las galeras esta vez segunda que vinieron por tierra. Entraban por la parte de Poniente muchos turcos; pero no se acercaron como los otros, porque debían de ir con más gana de robar que de pelear.

Viendo los enemigos que no podían con las galeras, se habían determinado dar asalto al fuerte, y un mal cristiano que se pasó á ellos aconsejó que no lo hiciesen, diciéndoles que estábamos muy apercibidos con ingenios de fuego esperándolos, cargada el artillería con dados y cadenas, que si arremetían recibirían gran daño y no harían nada.

El consejo deste les hizo dejar el desiño que tenían: pasaron dos piezas de artillería al campo de los pozos, y continuaron una trinchea que tenían comenzada que venía á dar al caballero Doria. Después de haber combatido por tierra dos veces las galeras, tentaron por la mar, y á los 8 vinieron del armada con hasta 130 esquifes y barquetas y algunos bergantines empavesados con piezas de artillería pequeñas y mosquetes y ingenios de fuego, con mucha gente de pelea en ellos. Los que traían la artillería y mosquetes combatían con

Biblioteca Nacional de España

las galeras, mientras los demás trabajaban con hachas y sierras y otros instrumentos romper la palizada y cadenas que nuestras galeras tenían por reparo, de manera que con más de 20 pasos no se podía acostar ningún bajel á ellas. Mientras los enemigos entendían en combatir y romper la palizada, no perdían tiempo los nuestros, tirando á unos y á otros, haciendo gran daño en ellos por tenerlos cerca y á caballero, tirándoles de mampuesto, seguros con los reparos que habían hecho para ello, porque las galeras estaban muy bien abestionadas por la parte que las batían y empavesadas por todas partes. El artillería del fuerte hacía gran daño en los enemigos; echóles á fondo dos esquifes y una barca y matóles mucha gente: con todo esto pelearon hasta hora y media de día, porfiando de romper la palizada, y viendo que no podían, se retiraron con pérdida de más de 300 entre heridos y muertos.

Fué de ver el combate este día. Duró dos horas y media y más, porque vinieron una hora antes que amaneciese sobre las galeras. De los nuestros salieron hasta 30 heridos y los muertos no llegaron á 10. Pelearon muy bien. Halláronse este día en las galeras el Coronel Mas, caballero francés de la Orden de San Juan; el Capitán Fantón, Piantanido y Almaguer. Todos estos Capitanes se señalaron esta jornada como buenos soldados en todo lo que se les encomendó.

Este mesmo día esperábamos que diesen asalto al fuerte, porque estaban los turcos en arma con demostración de querer arremeter. Harto mejor

Biblioteca Nacional de España

fuera de acometerlos nosotros, pues estaba entendido que el estar así recogidos era de miedo, por ser pocos, que les faltaba aquella gente que combatía en las galeras, porque saliendo por la parte de Poniente pocos soldados de los nuestros, comenzaron á huir los turcos y desamparar las trincheas, y llegáronse con los del montón.

Aquella noche se metió fuego á las dos galeras por tener menos que guardar, y para lo que después sucedió, fuera mejor quemarlas todas, por quitar desinios que nadie se fuese á favorescer en ellas, y porque hiciera más servicio en el fuerte la gente que se ocupaba en guardarlas, y por estar ya los turcos tan cerca del fuerte, que no se podía entrar ni salir á ellas sin gran riesgo, y así mataban cada día los más de los que les llevaban agua y de comer, tanto que no se osaba ya ir de día á proveerlas; y viendo los turcos que iban de noche, aguardaban á un barcón que estaba cerca dellas, al paso, y allí prendieron muchos en veces, así de los que iban á llevar la provisión, como de los que entraban y salían de guarda.

Como los turcos vieron que no podían nada con las galeras en cuatro veces que habían probado de combatirlas, tornaron de nuevo á trabajar en la trinchea que solían, hasta llegar á la gruta para quitárnosla, creyéndose que con ella nos entreteníamos, sin tener otra agua para beber.

Viéndolos venir tan cerca con esta trinchea, fueron algunos á decir á D. Alvaro que era mal hecho dejar venir los enemigos tan adelante. Respondíales que los dejasen llegar. Por la marina

Biblioteca Nacional de España

de Levante vinieron también con otra trinchea hasta llegar al parapeto del foso, y arrimados á él levantaron un turrión con palmas y tierra. Lo más de entorno del fuerte, que era piedra, que á 200 ni 300 pasos no se podía hacer trinchea. Cuando llegaban á estas partes, la hacían de noche con tierra y fajina. Era cosa de admiración la solicitud y atrevimiento que tenían en arriscarse á trabajar donde tantos morían.

Este turrión que comenzaron á levantar descubría todo el caballero de Gonzaga. El Capitán Juan de Funes estaba de guardia en él; fué á Don Alvaro y díjoselo: respondióle que tenía miedo de los enemigos y por eso venía con ese mensaje. El Juan de Funes le dijo que ya él sabía cómo él peleaba, y salióse enojado diciendo que no entraría más en su casa ni le daría aviso de nada. D. Alvaro le mandó llamar; comenzóle á acariciar diciéndole: «Vos no sabéis que habemos de venir con los enemigos á las manos: dejadlos; lléguense cuanto quisieren.»

En pocos días levantaron otros tres turriones, que no aprovechó para que los dejasen de hacer tirarles mucha artillería y salir á quemárselos. Éstos descubrían los caballeros y todo el fuerte, de manera que no se podía andar por él ni estar en las tiendas, que por todo llovía balas y flechas. Mataron al Capitán D. Luis de Aguilar y á Tapia, y á Alvaro de Luna hirieron, de que murió.

Después del armada, éste se puede alabar que sirvió extremadamente bien, aunque no tenía allí su compañía. Daba cada día cinco ó seis vueltas

Biblioteca Nacional de España

al fuerte, lo que no hacía Capitán ni Oficial ninguno.

A los 19 acometieron dar asalto por todas partes y cargaron á la parte de la gruta y ganáronla. Perdióse en ella el Alférez Juan Pérez de Vargas con siete soldados. No llegaron por otra parte alguna á pelear. Ganada la gruta, caminaron por el foso hasta llegar al caballero Doria, y comenzaron á cavar y sacar palmas dél, y hobo turcos tan animosos que subieron arriba hasta el parapeto, donde los mataron. Los de abajo cavaban todavía en el caballero, por no haber través donde les hiciese mal.

De arriba les echaban trompas y ollas de fuego artificial y barriles de pólvora, con que quemaron muchos, mas no para que se les quitase de cavar.

No se podía descubrir nadie en nuestra muralla que no los asaeteasen desde sus torreones y desde el mismo parapeto de nuestro foso, donde se había puesto su escopetería, porque había días que lo había mandado desamparar D. Alvaro por los muchos que se iban de allí á los turcos, que desde el día del gran calor hasta que nos perdimos, siempre se fueron, pocos ó muchos. Todos los que se fueron eran italianos y españoles, que de los tudescos y franceses hubo muy pocos ó ningunos que se fuesen, y esos que se iban no eran de su nación, sino que andaban entre ellos por saber la lengua. Fuéronse algunas mujeres tudescas, y así se pueden loar estas dos naciones no haber caído en una tan gran maldad.

Viendo los enemigos que tan á su salud los de-

Biblioteca Nacional de España

jaban cavar en el caballero, sin salir á estorbárselo, se llegaron aquella noche á los demás, y hicieron lo mismo, y en tres días los pusieron de manera que se podía subir á caballo por ellos. Cuando los enemigos vinieron á esto, teníamos muy poca artillería de que servirnos, que mucha había reventado y otra por encabalgar, y para las piezas pequeñas no se hallaban ya balas. Esto fué por la mala orden que tuvo al principio el Gobernador Barahona, que antes que nos sitiasen no se descubría el turco una milla que no le hacía tirar 20 piezas, y así sin provecho gastó los cañones y vino á faltarnos cuando más lo hobimos menester.

Como los enemigos iban trabajando en cavar y derribar los caballeros, íbamos por la parte de dentro cortándolos y fortificándonos lo mejor que podíamos. No se entendía en otro todas las noches, porque de día no se podía trabajar por estar, como estábamos, descubiertos. Del campo de los enemigos se echaron flechas escritas y otras con pólizas de avisos para que estuviésemos apercibidos que querían dar asalto.

Un renegado entró muchas veces á hablar con D. Alvaro; no se supo lo que trataba con él: algunos quieren decir que era echadizo, y así los renegados que hablaban cada noche desde sus trincheas con los nuestros decían que nos guardásemos, que nos engañaba aquel renegado, que estuviésemos avisados que quería huirse D. Alvaro del fuerte, que nos rindiésemos con tiempo, que nos harían todo buen partido. En esto se huyó un cristiano del armada: dijo la falta que tenían de

Biblioteca Nacional de España

vituallas, por lo que tenía por cierto que se irían muy presto.

A los 23, ya tarde, arremetieron por la parte de Levante al caballero de Gonzaga y á la cortina que estaba hasta el de La Cerda, y teniendo tan buena entrada, no tardaron de subir arriba. Menos tardaron los nuestros en echarlos abajo, peleando animosamente, hiriendo y matando en los enemigos, haciendo lo mismo todas las veces que porfiaron á subir. D. Alvaro anduvo este día como muy buen caballero, haciendo lo que debía, así á buen General como á buen soldado, con un crucifijo en las manos, animando á todos, mostrándole el Capitán en cuyo nombre combatían.

El combate este día fué bien reñido y duró más que ninguno de los pasados, y durara mucho más si el día diera lugar á ello, porque los turcos que mandaban daban palos y cuchilladas á los que se retiraban de la batería, y reforzaban cada hora el combate. Estos días hobo muchos heridos y muertos de los turcos. De los nuestros muy pocos. Murió el Capitán D. Jerónimo de Sande, sobrino de D. Alvaro, peleando como buen caballero. Dió luego su compañía D. Alvaro al Sargento della, que se llamaba Francisco Ortiz, un muy valiente soldado. Matáronle dende á dos días en el mismo lugar. Al Alférez Salazar mataron nuestros soldados por tirar á unos turcos con quien peleaba. Desta manera murieron muchos esta jornada por la poca plática de nuestra arcabucería. Los enemigos mataron desde su campo, dentro en el fuerte, el tiempo que duró el asedio muy mucha gente, y

Biblioteca Nacional de España

entre ellos Capitanes y Oficiales de todas naciones muy valientes y animosos, que por no saber sus nombres los dejo de nombrar. Al Coronel de tudescos hirieron de un arcabuzazo en la cabeza en el caballero de la Cerda, de que murió dende á pocos días. Pesó á todas naciones la muerte deste Coronel, que era muy valiente y muy bien quisto. Tomó D. Alvaro la Coronelía para sí y puso un Teniente en ella. A Piantanido, Maestre de campo de los italianos, mataron el día de la gruta en el caballero de San Juan de un arcabuzazo: murió luego en cayendo. Era un muy valiente soldado y solícito y muy bien entendido en cosas de fortificación. El mismo día mataron al Capitán Juan Ortiz de Leyva, muy buen soldado. Al Capitán Escolar habían muerto dos días había.

La noche que se había dado el asalto al turrión de San Juan, llegó una fragata de Sicilia con cuerda, que era bien menester, y medicinas, de que había tanta necesidad, que hobiera dado la vida á muchos á venir antes. Dende á dos días estaba despedida para irse. Impidióla D. Alvaro, y mandó al Capitán Pedro y á su hermano que pusiesen en orden otra fragata de un trapanés que estaba allí por la corte desde que el Duque se fué.

Viendo los turcos lo poco que ganaban en venir á las manos con los del fuerte ni galeras, acordaron de esperar á que acabásemos el agua, porque de los que se huían tenían cada hora aviso de la poca agua que teníamos, y los que se iban, por cubrir su bellaquería y por complacer los turcos, publicaban más necesidad que la que había.

Biblioteca Nacional de España

Muerto el gobernador Barahona, que tenía cuenta con el agua, se dió el gobierno del fuerte y el cargo de la cisterna al Capitán Antonio de Olivera; y estando herido de un arcabuzazo, se dió cargo del agua á Juan de Alarcón, Secretario de D. Alvaro, que servía de Contador en la fuerza. Éste engañó á D. Alvaro dándole á entender á los 28 de Julio que no había agua para más de tres ó cuatro días. D. Alvaro, sin ir á ver la cisterna, llamó algunos Capitanes y particulares amigos suyos y les dijo la necesidad que había de agua, y que se determinaba salir aquella noche á los enemigos á ganarles los pozos.

Publicando esta determinación, invió los Sargentos mayores á todos los Capitanes, mandándoles que diesen la gente que tenían para pelear, dándoles á entender que por estar el fuerte tan abierto por todas partes y haber poca gente para guardarle, por los muchos que se habían ido y iban á los enemigos, y por la falta de agua, quería salir á la campaña con los que quedaban. Asimismo lo hizo entender á todos los particulares. Mandó que se diese aquella tarde á cada soldado un cuartucho de agua sin mezcla y medio de vino.

D. Alvaro fué aquella noche á la tienda de Olivera y á la del Capitán Piantanigo, que por la muerte de su hermano le había hecho á él Maestre de campo, que también estaba herido. Á éstos dijo la determinación que tenía; que se entrasen en el castillo por si no sucediese bien la salida y viniesen los enemigos á entrarse por las baterías, que ellos hiciesen desde allí sus partidas.

Biblioteca Nacional de España

Estando ya todos recogidos, dos horas antes del día, se fué D. Alvaro con ellos á la puerta de la marina y la mandó desabestionar, que estaba cerrada con piedra y tierra. D. Alvaro iba armado de un peto fuerte y una celada, con una rodela acerada, á prueba de arcabuz, y una espada desnuda en la mano; y en llegando á la puerta, dijo que le hacía mal el peto y quitósele. Tomóle Don Bernardino de Mendoza y dióle á guardar á Francisco Ortiz Zapata, sargento de Rodrigo Zapata, que estaba herido en la tienda, y díjole que no lo diese á otro que á él ó á quien le asiese el dedo pulgar.

La puerta estaba tan abestionada, que tardó un rato en abrirse, y con tanta dificultad, que no podía salir más de uno en uno por ella. Comenzando á salir, se dió por nombre *Jesús*, dando á entender á todos que no había agua y que era menester romper los enemigos y ganar los pozos. Dende á poco que comenzaron á salir, preguntó D. Alvaro, que estaba sentado á la puerta, si serían fuera 200 hombres. Algunos dijeron que sí: uno que los había contado le dijo que fueran pocos más de 100. Á éste dijo D. Alvaro que contase hasta 250 ó 300 hombres y le avisase.

Viendo que eran ya fuera hasta este número, mandó que le llamasen al Capitán Pedro Nicardo, de su tienda, que estaba allí junto, y diciéndole que era fuera á la marina, dijo que le dijesen á él y á un hermano suyo que no se apartasen dél un paso. Estos dos hermanos tenían á cargo las barcas y fragatas del fuerte como guardianes del

Biblioteca Nacional de España

puerto, y el Pedro había poco que entendía en la artillería. Llamábanle Capitán porque había ido en corso con una galeota. En saliendo los 300, salió D. Alvaro de la puerta y tornó á llamar los dos hermanos.

Entre los que iban con D. Alvaro, había caballeros y Oficiales de más calidad que ellos. Pesábales ver que se tuviese tanta cuenta con el Pedro y su hermano, pareciéndoles que fiaba más en ellos que en los demás. La segunda vez que los llamó, le dijo un caballero sardo, que se decía D. Guillén Barbarán, que iba á su lado: «Aquí imos Corrales y yo con vuestra señoría.» D. Alvaro le respondió, medio enojado, que le dejase y volviese á los soldados que eran fuera, para ir de vanguardia, questaban de rodillas arrimados al caballero de San Juan, y mandólos arremeter, que ya eran descubiertos de los enemigos, y así comenzaron luego á caminar adelante. En pasando el foso, volvieron sobre la mano derecha, por fuera del parapeto, haciéndole desamparar á los enemigos que le tenían. Los cuatro Capitanes que iban de vanguardia, con hasta 20 particulares que fueron con ellos y algunos soldados que les siguieron, pelearon valerosamente, diciendo á grandes voces:—«¡Vitoria, vitoria!» que hicieron desamparar las trincheas á los turcos y llevaron reculándolos hasta pasar el torreón que estaba sobre el turrión de San Juan, de donde tiraban los enemigos artillería y fuegos artificiales. En alargándose un poco los que habían salido de vanguardia, comenzó D. Alvaro á caminar con los

Biblioteca Nacional de España

suyos que tenía delante, con unos pocos que tenía consigo, marina á marina, hacia la parte donde batían las galeras.

Sin aguardar á que saliesen los que quedaban en el fuerte, D. Guillén y otros tres, con hasta 20 soldados, llegaron á la primera trinchea, que estaba delante de la en que tenían la batería, que la habían dejado los turcos antes que ellos llegasen, y recogiendo gente de la que salía del fuerte para ir adelante, vieron que los que habían salido de vanguardia se retiraban al fuerte con harta más priesa y poca orden que era menester, porque los enemigos los seguían, ni tiraban tanta escopetería como solían y flechas, como otras veces.

Viendo esto los que habían ido por la mar, se retiraron, porque no los tomasen en medio los turcos, si cargaban sobre los nuestros. Llegados á ellos, trabajaron por hacerlos tornar: no fueron parte para ello por ir la gente de arrancada.

A todo esto no eran fuera del fuerte las dos partes de los que estaban recogidos para el efeto, por salir uno á uno por la puerta, pudiendo salir por los caballeros todos juntos y dar sobre los enemigos antes que se apercibiesen. Estando debajo de los caballeros, como estaba toda la gente, se tornó á entrar dentro en el fuerte, quién por la puerta, quién por la muralla, con dos moros que se vinieron entre ellos, sin saber cómo se habían entrado entre los cristianos. Esta priesa se hizo aquella mañana. Murió el Capitán Bravo, que había dos días que lo era. De aquesta compañía mataron tres Capitanes en cinco días. Mataron al Ca-

Biblioteca Nacional de España

pitán Golfín y algunos soldados; á Moroto, Sargento mayor del tercio de Nápoles, tomaron en prisión.

Antes que la gente acabase de entrar en el fuerte era ya día claro, y yendo á ver si había entrado por algún caballero ó si estaría en su tienda Don Alvaro, llegó el Capitán Pedro Nicardo y dijo que lo dejaba en las galeras. Luego llegó un soldado de la compañía de D. Gastón, que se llamaba Varón, con una carta. Estando este soldado para echarse al agua, le dijo D. Alvaro: «Decí á los Capitanes del fuerte que se tengan por todo hoy, si fuere posible.» Y aún no era la gente que se había salido á pelear de dentro del fuerte, cuando algunos Capitanes y otros particulares se recogieron al castillo.

El Capitán Joan de Funes, Juan Pérez de Vargas, Collazos, Jerónimo de la Cerda, Diego de Vera, el Sargento mayor de Sicilia, Antonio Dávila, D. Bernaldino de Mendoza, Pacheco, Comisario de la Religión (estos dos no tenían cargo). El castellano Fuentes, recogidos éstos y otros amigos suyos, rompió la escala y comenzó á bestionar la puerta del castillo.

Viendo esto el Alférez Sedeño y el Alférez Herrera, y Beltrán, Maestresala del Virrey, comenzaron de abajo á darles voces, llamándoles de traidores, que desamparaban el fuerte y se alzaban con las vituallas.

El encerramiento destos Capitanes y el ausencia de D. Alvaro desanimó mucho la gente, viendo que los enemigos podían entrar por las bate-

Biblioteca Nacional de España

rías, y dijo el Alférez Serrano, que tenía cargo del artillería á estos Capitanes, que por qué no se iban á la batería con sus soldados. Respondióle Juan Pérez de Vargas que fuese él. Dende á poco salieron fuera y anduvieron en concilios de una á otra sobre lo que harían, sin resolverse en nada. Antonio de Avila fué á D. Juan de Castilla de parte de algunos Capitanes, diciendo que le habían estado esperando para que dijiese su parecer, para darle el cargo del gobierno de aquel fuerte. D. Joan le respondió que por no dejar la batería sola no había ido. El Antonio de Avila prosiguió diciendo que todos holgarían que acetase el gobierno, que por estar el fuerte de manera que no se podría defender, ni había gente para ello ni agua que beber, que alzase una bandera para tratar partidos con el Bajá. D. Juan respondió que si él acetase el gobierno, había de ser para defender el fuerte y no para rendirle: que si para esto querían, que él tomaría el cargo. El Antonio Dávila se fué con esta respuesta.

Juntáronse esta mañana en la tienda del Capitán Zapata, que estaba en la cama herido de una flecha, y acordóse entre los que allí se hallaban de escribir una carta á D. Alvaro dándole á entender cómo su ida había alborotado toda la gente; que viniese á dar orden de lo que había de hacer; donde no, que ellos harían lo que viesen que cumplía. Hecha esta carta y firmada de muchos, no la enviaron por parecer á algunos que tardaría en venir respuesta para sus disinios, que era rendir el fuerte, temiendo que los enemigos diesen asalto.

Biblioteca Nacional de España

Tratándose en la misma tienda que era bien ver el agua que había en la cisterna para gobernarse por ella, dijo Juan de Funes que en lo del agua no había que tratar, que no había para más de aquel día. Corrales les dijo que no era posible porque él había tenido cuenta del agua que se había echado en la cisterna y con los días que se bebía della; que había agua para más de quince días. Acordóse que los dos, con D. Guillén de Barbarán y el Sargento Hidalgo, fuesen á verlo en presencia de muchos soldados, y hicieron entrar en la cisterna un moro que se llamaba Xama, que era de los que les pesaba de ver que se tratase de rendir el fuerte, porque era muy valiente y había mucho que servía en nuestra caballería, en la Goleta y Sicilia, y habiendo salido de la isla á acompañar al Infante de Túnez, le dejó en tierra firme y se volvió á meter en el fuerte, diciendo que, pues en tiempo de paz había llevado el sueldo del Rey, quería venir á servirle en la guerra.

El agua que tenía la cisterna daba á este moro, con ser alto, cerca de la horcajadura. Después entró otro y lo midió con una cana de la medida italiana, y halló tres palmos y medio de agua, ques una vara de España, y más la cisterna tenía cuatro canas de hueco. Cada cana verná á ser dos varas y una tercia de la medida de España.

Como el Joan de Funes vido el agua que había, comenzóse á santiguar diciendo: «Buena casquetada han hecho hacer á D. Alvaro.»

Los mismos que fueron á ver la agua llamaron á Pedro Ginovés, que repartía las raciones por la

Biblioteca Nacional de España

lista que tenía, y demandáronle que menguaba cada día la cisterna, y dijo que no llegaban á tres dedos; de manera que, dando las raciones que se daban, había agua para quince días; y si se tomara reseña de la gente que había, para que no se diesen raciones demasiadas, como se daban, había agua para mucho más; y sin nada desto, los alambiques solos de la munición y los de particulares bastaban á sustentar 800 hombres y más cada día, dándoles ración sin mezcla de agua salada y darles un tercio más de agua que se les daba.

En esto iba por el fuerte un capellán de Don Alvaro, que se decía Carnero, animando los soldados, diciendo que los que se habían ido lo habían hecho de cobardes y ruínes. Iba muy alborotado porque le habían dicho que se juntaban en la iglesia muchos Oficiales y soldados, donde él tenía las conservas quél había retirado del hospital porque no hicieran mal á los enfermos, y los dineros que habían dejado los muertos á quien él era amigo. De cuán flojamente se pasó con los enfermos, porque se dió mejor maña á ser albacea que á hacerles curar, que si los que morían dejaban algunos dineros á los clérigos y frailes que allí les servían, se lo tomaba. Hallando en la iglesia muchos Capitanes que se habían recogido para tratar lo que habían de hacer, les dijo mirasen que estaban en la casa de Dios, donde se había de tratar verdad y lo que cumpliese á su servicio y al de Su Majestad, y á la honra y provecho de todos, que era morir por la fe de Jesucristo. Después vino al castillo á reñir con el Gobernador Olivera y el Cas-

Biblioteca Nacional de España

tellano, exhortándoles lo mismo. Si los Oficiales tuvieran el ánimo y determinación deste clérigo, no viniéramos á lo que hemos venido.

El Capitán Pedro y el Secretario Alarcón fueron en una barca á las galeras, donde llevaron agua y bizcocho y los remos y velas de una fragata. Fueron en esta barca el Coronel Mas y Mos. de Indón, diciendo que iban á traer á D. Alvaro, pero no volvieron más al fuerte. A medio día se tornaron á juntar los Capitanes y hicieron Gobernador del fuerte al Capitán Rodrigo Zapata, que se había levantado de la cama. Después de haberle elegido le dijeron los mismos Capitanes que por estar el fuerte como estaba no se podía defender; sería bien alzar una bandera para tratar partidos con el Bajá. Respondió que no había acetado el cargo para rendir la fuerza, sino para morir en ella defendiéndola; por lo demás, acudieran á Olivera, Gobernador, y ansí fué el Capitán Collazos á hablar á Olivera de parte de todos. Respondióles que hiciesen una carta quél la firmaría, y daría por bien todo lo que hiciesen.

La carta se escribió en la misma tienda y llevóla á firmar el sargento de Francisco Henríquez. No la pudo firmar Olivera por la herida que tenía en la mano. Envióles á decir que la firmase uno por él, que daría por bueno todo lo que los Capitanes hiciesen; con todo esto, el Zapata salió de allí y fué dando orden por toda la muralla que todos tomasen sus armas, porque los enemigos estaban de manera de querer dar el asalto. Los tudescos estuvieron todo aquel día en orden sin par-

Biblioteca Nacional de España

tirse del cuartel que tenían á cargo, diciendo que harían lo que los españoles y italianos y franceses. Ansí Oficiales como soldados se fueron con las armas á sus postas, ofreciéndose de guardarlas ó morir en ellas: muy buenos soldados.

Andando en esto, encontró con el Sargento mayor Antonio Dávila, que venía hacia el castillo, y díjole que se fuese por 30 soldados y los llevase al caballero de la Cerda. Respondióle que, pues había Gobernador nuevo, hiciesen Sargento mayor también. Mientras el Zapata andaba por la muralla, se juntaron en la tienda de Juan Osorio de Ulloa, que estaba en la cama malato, cuatro Capitanes: Joan de Funes, Joan del Aguila, Zayas y Borja. Estos trataron que se rindiese el fuerte y enviaron al Zayas á hablar á Zapata de parte de todos para que hiciese alzar bandera. El Zapata le dió por respuesta lo mismo que había dicho en la tienda de Joan Pérez de Vargas. Viniendo todos juntos á persuadírselo, porfiándole que lo hiciese, respondió que nunca Dios quisiese quél acabase de perder lo que otros habían comenzado. Joan de Funes respondió que ya no era tiempo de aguardar más; que los enemigos estaban para dar el asalto; quél tenía orden de D. Alvaro de lo que se había de hacer; que D. Alvaro no había salido del fuerte con disinio de volver más á él.

Dende á poco fueron Zayas y Joan de Funes y hicieron á un soldado, llamado Villacis, que arbolase una bandera en una pica. Éste lo hizo luego. Viendo esto los turcos, arbolaron una toca, y ansí se fué el Villacis y los dos Capitanes tras

Biblioteca Nacional de España

él. Joan del Aguila se echó por otra parte, y ansí se fueron todos al Bajá, de su propia autoridad.

Mientras ellos hablaban con el Bajá, se llegaron muchos turcos junto al fuerte. Los soldados estaban con sus armas á la muralla diciéndoles que se alargasen. Dragut envió á llamar á Zapata, questaba en el caballero de San Joan, y no quiso ir, diciendo que no tenía licencia de sus compañeros.

El Bajá tuvo nueva aquella mañana, de un italiano que se huyó, cómo D. Alvaro estaba en las galeras, y mandó volver dos piezas de artillería que les tirasen. Primero había sabido que faltaba D. Alvaro del fuerte, del Sargento mayor Moroto, que era de los que iban con él á las galeras. Acertáronle á prender. Desta manera, estando un turco que escapó de la galera de Joan Andrea, llamado Uzaín, á quien hizo Alí Portu Capitán de fanal, su Lugarteniente, por ser turco principal y buen marinero, cavando en el caballero de San Joan y sacando palmas dél con otros turcos, oyendo las voces y arcabucería de la otra parte del fuerte, salieron á la mar por descubrir lo que era, y vieron la vuelta de las galeras cuatro ó cinco hombres. Creyendo que eran de los que solían llevar provisión, los siguieron hasta pasar de un barcón questaba junto á las galeras, y llegaron cerca del reparo que las galeras tenían en torno. De allí se retiraron porque la guardia de las galeras comenzó á tirarles. Este Uzaín prendió al Moroto, que venía un poco atrás. Como vió que los demás seguían á D. Alvaro, no supo decir si era vivo ó

Biblioteca Nacional de España

muerto, y ansí le hizo el Bajá mostrar algunas cabezas para que viese si era alguna la de Don Alvaro.

A él y al Capitán Pedro recogió el Capitán Clemente y metió en su galera. Aunque oían voces junto al barcón que decían: «Ríndete á buena guerra,» como no veían los que eran con la obscuridad que hacía, no se atrevían á salir de las galeras, creyendo que los turcos lo hacían aposta por hacerles salir.

Estando los Capitanes fuera del fuerte, llegaron muchos esquifes que venían del armada, y tomando la vuelta de las galeras, el Capitán Clemente, que estaba por cabeza de la gente que allí estaba, mandó que tomasen todos las armas. Viendo esto D. Alvaro le preguntó qué quería hacer. El Clemente respondió que pelear y defender las galeras. D. Alvaro le dijo que no haría nada, estando como estaban los del fuerte. Que tratase él también partidos. Clemente le respondió que no acostumbraba á tratar partidos, sino pelear, y pues él era de aquel parecer y era su General, que tratase lo que quisiese, que él le tenía como la persona del Rey, y así acordó que el Coronel Mas tratase partidos con los enemigos; y tardaron tanto en ello, que dieron lugar á que los esquifes llegasen y rompiesen la palizada y saqueasen las galeras, donde tomaron á todos en prisión.

Darmux Arráez, Cómitre real, llevó á D. Alvaro en su esquife al Bajá. Joán de Funes volvió al fuerte, dando á entender que había tratado con el Bajá que dejase ir libres á los Capitanes con 25

Biblioteca Nacional de España

soldados por compañía. Entrando en el castillo le dijo Diego de Vera: «¿No habemos de saber en qué ley vivimos ó cómo nos rendimos?» Respondióle no quisiese saber más de que él y sus amigos iban libres. Después fué el castellano Fuentes á rendir el castillo y el municionero Joan Daza á ofrescer el dinero, que tenía á cargo, del Rey, pues no faltaba otra cosa, que la sangre y libertad nuestra ya la habían rendido.

Los primeros, Joan del Aguila, se fué de armada; Zayas volvió con Villacis y un renegado que se decía Mamy, diciendo que el Bajá y D. Alvaro mandaban que toda la gente se entrase á puesta de sol en el castillo; que les diesen un moro que se llamaba Sayte y el hijo del jeque que habíamos traído de Sicilia para hacerle señor de la isla, con otros tres rehenes que habían dejado los alarbes que habían venido á servir. Á todos quebró el corazón ver llevar éstos en prisión, porque se tenía entendido las crueldades que los turcos harían con ellos. Por sólo esto habíamos de morir primero todos, que darlos, pues habían dejado de irse con los de su ley, por el amor y afición que tenían con nosotros.

El mandar entrar la gente en el castillo fué por dar lugar á que los jenízaros y turcos saqueasen el fuerte, aunque ellos se dieron tanta priesa á entrar, que mataron y prendieron muchos fuera del castillo. Todos los enfermos y heridos que hubo por las tiendas degollaron, que era gran compasión. Aquí prendieron al Capitán D. Joan de Castilla; ni fué nunca de parescer que se rindiese

Biblioteca Nacional de España

el fuerte: siempre dijo que quería morir peleando y defendiendo la parte que le tocaba con sus soldados, y ansí le mataron muchos dellos.

Los del castillo, viendo lo que pasaba fuera, se abestionaron y pusieron sus guardias porque no entrasen los turcos. Aquella noche llamaron dos turcos á la puerta; la guardia les preguntó qué querían: dijéronles que les llamasen un Capitán cojo y otro que tenía las narices rajadas, que los llamaba el mayordomo del Bajá. Entendiendo que lo decían por Joan de Funes y Zayas, se los llamaron. Vino con ellos Diego de Vera. El mayordomo les dijo que se los encomendaba el Bajá; que estuviesen de buen ánimo, quél cumpliría con ellos lo que les había prometido, y quellos cumpliesen con él lo que le habían mandado. Los Capitanes fueron á Joan Daza á pedir dineros para el mayordomo, diciendo que era su libertad. Dióselos en plata y con firma de todos 250 escudos: llevóselos el castellano Fuentes.

Otro día por la mañana se sentaron el Bajá y Dragut en el muro de la marina con muchos jenízaros y espayes, con sus arcos y escopetas en las manos en torno dellos; mandaron salir primero los Capitanes, después todos los soldados. Embarcábanlos como iban saliendo; llevároнlos todos á escribir á la galera del Bajá; de allí los repartieron por las otras galeras. Toda la gente que se recogió al castillo serían hasta 1.000 hombres; los demás se perdieron fuera dél.

Aquí hizo fin la mal fortunada jornada que se comenzó para Trípol, que de haber tenido ruín

Biblioteca Nacional de España

principio y peor medio, vino á acabar tan vergonzosa y vilmente como acabó. Si ruinmente lo hicieron los de las galeras, muy peor lo hicimos los del fuerte, como si anduviéramos á porfía unos de otros sobre quién haría mayor error, y ansí fué desde el principio de la empresa, que parece que estudiábamos para no acertar en nada. Es salir de juicio pensar los desvaríos y mal gobierno nuestro, y ansí no hay que decir sino que quiso Dios castigar nuestra soberbia para darnos á entender que Él es el que guarda las tierras y el que vence las batallas, y que no hay poder que pueda sino el suyo.

Rustán Bajá, yerno del gran Turco y Vicario general suyo, dice una cosa muy acertada, como hombre sabio y valeroso: que los cristianos nos veníamos á perder por querernos sacar los ojos unos á los otros, por rencor y odio particular que tenemos, como hombres de poca fe, y por fiar más en nosotros que en Dios.

Plegue á Él, por S. M., que cese aquí el flajelo de su pueblo, y sirva esta desgracia para despertador de los Reyes y Príncipes cristianos, para que unánimes, con el amor y hermandad que se debe á nuestra fe y religión, miren con tiempo por el beneficio y aumento de la cristiandad. Los turcos mismos que se han hallado en esta empresa están espantados de lo que han hecho, diciendo que no saben á quién atribuirlo sino á la buena fortuna del gran Señor. No se les quite al Bajá y á los que se hallaban con él de haber hecho la más principal y más señalada cosa que han he-

Biblioteca Nacional de España

cho mahometanos después que comenzó su imperio.

Como el Bajá se entregó en la fuerza, tardó ocho días allí hasta que llegaron cinco galeras que habían ido á Túnez por bizcocho. Fuese luego á hacer agua y tomó el camino de Trípol, donde entró con gran gazara y grita, colgados nuestros estandartes y banderas, lo de abajo arriba, en las popas y entenas de las galeras. Disparóse mucha artillería dellas y del castillo, y de las galeras de la presa no disparó ninguna. Entraron demostrando el descontento que todos traíamos en vernos llevar á Trípol tan al contrario de como pensábamos ir á él.

La armada tardó allí tres días: de aquí licenció el Bajá dos fragatas que había días que tenía. Eran venidas á rescatar cristianos. Tratóse si se engolfarían de allí para Levante; y por la falta que tenían de vituallas, Cara Mustafá fué de parescer que viniesen por la vía de Malta y Sicilia y costa de Calabria, por respeto del agua, por la mucha gente que llevaban. Poniéndose á atravesar un golfo de 700 millas y más, aventuraban perder mucha gente de sed, y así acordaron de venir á Malta y hicieron agua en el Gozo y todo el daño que pudieron en la campaña, matando todas las bestias que hallaron para comer y las de servicio, sin cuatro ó cinco hombres que prendieron.

Otro día echaron gente en Malta y volviéronse luego á embarcar con pérdida de gente, por estar los de la isla apercibidos y con caballería, ques lo que más temen los turcos. El Bajá tiró luego á re-

Biblioteca Nacional de España

coger y se levó. Pasó junto al castillo, de donde tiraron muchas balas. Las galeras de Malta salieron á hacer lo mismo, pero no hicieron daño ninguno.

El Bajá porfió á engolfarse desde allí, y habiendo caminado un día y una noche se volvió un temporal contrario que les hizo volver á Sicilia. Amaneció á Cabo Páxaro y Zaragoza, y pasó tan junto á esta ciudad, que le tiraron mucha artillería, pero no que le hiciese daño. Metióse aquella noche en un puerto questaba entre Agusta y Zaragoza. Aquí echaron menos seis ó siete galeras que se habían apartado del armada.

Otro día salieron á hacer agua ocho millas de allí, y en tomándola se hicieron á la vela: se fueron su camino. Como fueron 20 millas en mar comenzaron á meterse unas burrascas con viento contrario, por lo que se tornó al mismo puerto. Esta vuelta fué por mal de Agusta, que fueron otro día de mañana á ella y saquearon lo que hallaron dentro y metiéronle fuego por muchas partes. La gente toda se había huído. Aquí y donde se hizo el agua se perdieron algunos turcos por haber entrado mucho en la isla.

Tornó una fragata, que había venido al pasar de Malta la armada, á tratar rescates de unos sobrinos del Maestre en cambio de otros turcos que la Religión tenía.

A los 21 de agosto partimos de Agusta, y diciendo que habían de ir á la Fosa de San Juan á rescatar, la armada pasó á vista de Catania y aquella noche llegó á Cabo de Espartivento. Se fué sin de-

Biblioteca Nacional de España

tenerse, costeando la Calabria, hasta Cabo Blanco, de donde se engolfó sin hacer agua, aunque había galeras que tenían necesidad dello.

A los 25 tomó tierra en la isla de Paesa, que está entre la Previsa y Corfú. Otro día por la mañana envió 22 galeras á Lepanto por bizcocho, y con las demás se fué el Bajá á la Previsa, donde entró con la solenidad que en Trípol. De aquí envió el escribano del atarazonal al gran Turco á darle aviso de su venida y de la vitoria. Aquí hallamos las galeras que se habían perdido del armada. Aquí despalmaron todas las galeras, y á los 2 de septiembre partieron. Otro día vinieron á la isla de Chefalonia y de allí al Zante, mostrando la vitoria que traían. De allí vinieron á Modón, donde estuvimos dos días esperando las galeras que habían ido por el bizcocho, y como tardaban, nos partimos sin aguardarlas. En el camino tuvo nueva el Bajá de las galeras de cristianos. Apartóse con hasta 30 galeras en busca dellas: las demás se fueron costa á costa sin perder camino. Juntáronse con ellas otro día las que venían con el bizcocho, y al Cabo de Santángel, dende á cuatro días, se tornó el Bajá á juntar con ellas sin haber visto galeras de cristianos.

De aquí vinieron á los castillos á los 13, donde se hizo muy gran fiesta ansí en los castillos como en las galeras. De aquí fuimos á Galipol, donde licenció el Bajá las galeras de Rodas y de Metelín. Envió á Alí Portu con 15 galeras por guardia del Archipiélago.

En viniéndole la orden, se partió para Constan-

Biblioteca Nacional de España

tinopla, donde entramos á los 27 de septiembre. Entró la Real delante, con todas las galeras de fanal en su hilera, con muchas banderas y estandartes arbolados, arrastrando los nuestros como solían. Tras éstas venían todas las galeras de la presa. Todo el resto de la armada venía de retaguardia.

Como llegaron al paraje de las casas del gran Turco, que nos vía venir de una ventana, dispararon todas mucha artillería, ansí las de la presa como las otras, dando los turcos muy gran grita y alarido. Dende á un rato tornaron á disparar toda la artillería. Otro día por la mañana vino el gran Turco en una fragata á ver las galeras y hiciéronle muy gran salva.

Martes 1.º de octubre llevaron á D. Alvaro y á D. Sancho de Leyva y á D. Berenguer de Requesens á caballo, con los más de los soldados que se habían perdido, á pie, tras ellos, y armados muchos con coseletes, poniéndolos por orden de tres en tres, asidos de las manos. Los llevaron á casa del gran Turco. El Quiaya del atarazonal y Sufaga iban delante de todos, á caballo. Llevaban los estandartes de galera los mismos esclavos, arrastrando por el suelo. Lo que más se sintió de aquel triunfo, y lo que más enterneció á todos los cristianos que allí íbamos, fué ver arrastrar un estandarte que llevaba la figura de Cristo.

Llevados á casa del gran Turco, los metieron en un patio grande donde había muchos jenízaros y espayes muy lucidos, puestos en su orden. Más adentro estaban muchos turcos de condición y

Biblioteca Nacional de España

bajaes. Llevaron á D. Alvaro á hablar á Rustán Bajá; después de haber detenídole un gran rato, salió.

Dice D. Alvaro que toda la plática fué persuadirle que se tornase turco, questuvo siempre de rodillas. Su capellán le ayuda por pagarle el mal que dijo dél cuando se fué á las galeras. Que le prometían el gobierno de la provincia de Ejito con 50.000 ducados de salario, porque se tornase turco, y que D. Alvaro le había respondido que aunque todos los Reyes cristianos de toda la cristiandad se tornasen turcos, él solo quedaría á morir por la fe de Cristo, y ansí lo tiene escrito de su mano en una historia que tienen hecha los dos del progreso desta jornada. Creáselo quien quisiere.

Dende poco metieron estos tres Generales y los pasaron delante del gran Turco, con algunos Capitanes, yendo el Bajá delante, á presentallos, con 70 piezas de brocados y rasos que dió con ellos. De allí los llevaron á las prisiones, donde están.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RELACIÓN

breve y verdadera de la jornada de los Gelves, desde el día que arribó el armada turquesca hasta quel fuerte fué tomado por los turcos, sacada de italiano en español (1).

Estando la Excelencia del Duque de Medinaceli, Virrey de Sicilia y Capitán general de la empresa de Berbería, de día en día para embarcarse, habiendo ganado á los Gelves con grandísima reputación y en gran servicio de Dios y de Su Majestad Católica, y hechas todas las provisiones y expediciones necesarias para el fuerte y para la guardia dél, habiendo señalado 2.000 infantes escogidos entre italianos, franceses y españoles, y algunos alemanes, y por su Gobernador á Miguel de Barahona, el cual había sido Maestre de campo de un tercio de españoles, y queriendo Su Excelencia con el resto de los señores y capitanes y soldados irse á

(1) Biblioteca de Marina, Colección Navarrete, *T*-4, núm. 13.

Biblioteca Nacional de España

Sicilia para proveer las otras fuerzas más necesarias y de más importancia, y para tal efecto se había ya embarcado gran parte del ejército, y todavía se embarcaban, sino que, por desgracia y mala ventura, los soldados se revolvieron con los moros en el Zoco y hobieron una gran cuestión, la cual fué causa que la embarcación se suspendió por tres ó cuatro días, de lo cual Su Excelencia estaba con gran pesar; mas todo lo remedió con su prudencia é hizo que fuese adelante la dicha embarcación.

Á los 10 de mayo, á hora de Vísperas, llegó Fray Copones, inviado por el gran Maestre en una fragata con la nueva que la armada turquesca había estado en el Gozo, que pluguiera á Dios que tal nueva no llegara, que ciertamente fué causa de la perdición que sucedió al armada de los cristianos, que otramente, todos estaban seguros y firmes, y jamás acaeciera semejante desgracia; y según esta nueva, todos hacían cuenta que dentro de dos días á lo más largo la armada turquesca parecería, y así Su Excelencia hizo toda la diligencia posible para embarcarse aquella noche con todo el resto, y no fué posible hasta el día, porque los alemanes le daban gran pesadumbre y trabajo, que no estaban aún determinados de quedar en el fuerte, ni se habían podido acordar; y entendiendo ellos que Su Excelencia quería ir á hablar con el señor Juan Andrea Doria á las galeras, para dar la mejor expedición que acordasen, los sobredichos alemanes tomaron la palabra á Su Excelencia que sin ellos no se fuese, y fué fuerza que Su Excelencia

Biblioteca Nacional de España

se lo prometiese y la cumpliese después, cosa por cierto muy conviniente y de gran valor, que un Príncipe cumpla aquello que promete, mayormente no habiendo sospecha de contrario suceso; y así Su Excelencia se embarcó y fué á donde estaba el señor Joan Andrea Doria, dejando en tierra á Alvaro de Sande para que diese órdenes en las cosas que fuesen menester, el cual dicen que se echó en la cama á reposar.

Vuelto que fué Su Excelencia en tierra, poco antes del día, dió orden de aquello que se había de hacer, y entonces se tornó á embarcar en un esquife, él y D. Alvaro, para irse á la galera *Condesa*, del Príncipe, que para este efecto los esperaba, porque el señor Joan Andrea, Capitán general del armada imperial, se había hecho á lo largo para descubrir la mar, y había llevado consigo el resto de las galeras y enviado todos los esquifes á tierra para embarcar la infantería y otros señores del Consejo y Capitanes que habían quedado con Su Excelencia en la orilla.

Volviendo los dichos esquifes cargados de soldados y otras gentes, fué descubierta la armada turquesca, y como los mismos turcos dicen, con poca satisfacción y contentamiento de haber sido vista del armada de cristianos, y luego se pusieron á hacer consejo, con muestras de temor, para tomar mejor acuerdo, creyendo que la armada cristiana quisiese combatir, porque ellos no tenían orden del gran Turco de irla á buscar, sino de ir á darle socorro á Trípol, y dudando asimismo que las galeras de España estuviesen allí, de las cua-

Biblioteca Nacional de España

les especialmente tenían gran miedo, y decían que, por estar en Micina las dichas galeras de España el año antes de la dicha impresa, las galeras turquescas no pasaron más adelante de la Belona, y así entonces estaban con esta sospecha, y en este medio no hacían otro que preguntar unos á otros si las dichas galeras estaban allí, y D. Juan de Mendoza, su General, con ellas. En este punto la armada de cristianos se levó con la mayor desorden que jamás se ha visto y se puso en huída, y se rompió ella misma de suyo.

Viendo el Bajá una cosa tan vergonzosa, hizo vela y comenzó á seguir la armada de cristianos, y toda la desbarató sin pelear, y Su Excelencia, que á esta sazón se hallaba en la mar con un esquife, con D. Alvaro de Sande, en que se iba á embarcar, viendo que la armada turquesca daba caza á la cristiana, con el mismo esquife se tornó en tierra, y así hicieron todos los otros señores capitanes y soldados que pudieron hacer lo semejante, cosa de gran compasión, de ver el señor Juan Andrea Doria embestido con su galera en tierra, la cual encalló, y todos fueron presos, y él se fué con su esquife al fuerte.

Parte de las otras galeras se perdieron por haber encallado; parte se retiraron cerca del fuerte, á un tiro de cañón. Estas fueron siete galeras y cuatro galeotas; del resto se perdieron de 28 hasta 30 galeras de cristianos, entre las cuales se perdió la Capitana de Sicilia, donde se halló D. Gastón de la Cerda, hijo segundo de Su Excelencia, y D. Berenguer de Requesens, Capitán general de

Biblioteca Nacional de España

las dichas galeras de Sicilia; D. Juan de Cardona, su yerno, y otros muchos gentiles-hombres de casa de Su Excelencia, y una señora dueña, la cual tenía cargo de tener cuenta del dicho D. Gastón, y por este efecto se hallaron en la dicha jornada sus personas y sus galeras y sus hijos.

Perdióse también la Capitana del Papa con su General, el señor Flaminio Ursino, el cual fué vendido por 150 cupros, que son tres escudos, estando herido. Murió de ahí á cuarenta días. Se perdieron asimismo la Capitana de Terranova y la Capitana de Monacho, todas, como Dios sabe, ruinmente, con gran número de Capitanes y de soldados y gentiles-hombres particulares.

La una parte de las galeras turquescas quedó cercana al fuerte, y las otras fueron siguiendo á las naos y galeras de cristianos que huían, y tomaron hasta ocho ó nueve naos. El galeón de Cigala peleó bien, y el Bajá con su galera y otras 17 le combatía, y á todas hizo tenerse á largo: lo semejante hicieron dos naos arragocesas que se defendieron valientemente. Las galeras de Malta, con las de Cipión de Oria y Cigala, se salvaron, y viendo los turcos que no las podían alcanzar, se tornaron á los Gelves á juntarse con su armada, y como arribaron, el Bajá hizo hacer grande alegría y salva, y tres días arreo hicieron lo mismo, dando gracias á Dios y á su Mahoma por haber alcanzado la victoria contra cristianos.

Después desta desgracia, habiendo estado Su Excelencia dos días en el fuerte y dado orden de lo que se había de hacer, fué muy apretado é im-

Biblioteca Nacional de España

portunado del Consejo, que continuamente le protestaba que se fuese á Sicilia á proveer lo que era necesario en tal coyuntura. Siendo Su Excelencia forzado hacer lo que era más conveniente al servicio de Su Majestad, se hubo de partir, hablando con los hombres de cargo muy amorosamente y esforzándoles con prometerles que procuraría con todas sus fuerzas de volver con socorro muy presto. Otro tanto hizo el señor Juan Andrea de Oria, y se embarcaron en 11 fragatas, con otros señores del Consejo y alguna otra gente particular, y se fueron de noche y pasaron junto al armada turquesca, con más peligro que aquéllos que quedaron en el fuerte. Llegaron á salvamento por la gracia de Dios.

Quedó en el fuerte por su Lugarteniente el señor D. Alvaro de Sande, Coronel de la infantería española, y así habiendo quedado con él todos los capitanes y soldados muy alegres y contentos por hallarse en semejante empresa contra los infieles enemigos de Jesucristo, y esperando la victoria con el ayuda de Dios, y de cobrar lo perdido.

Viendo D. Alvaro que había tanto número de gente, deseaba mucho poder enviar á Sicilia 2 ó 3.000 hombres en aquellas galeras que allí estaban metidas en aquel canal, y había crecido mucho el número de la gente entre mozos de soldados, marineros y otros soldados que escaparon á nado y estaban sin armas y desnudos; y no pudiéndose hallar otro remedio, se hizo lo mejor que se pudo, teniendo por entendido que tenellos

Biblioteca Nacional de España

allí era la destruición del mundo dellos y de sí mismos.

Como el Bajá con toda su armada se puso al derredor del fuerte esperando la venida de Dragut, el cual llegó con 16 galeras y galeotas de Trípol, y trajo 2.000 hombres, entre turcos y renegados y moros, y su artillería y municiones y vituallas, y en llegando se comenzaron á desembarcar, dos millas lejos del fuerte, hacia Poniente, con gran desorden, y así estuvieron dos días, hasta que se acabó de desembarcar todo lo que habían de sacar en tierra, en esto el Sr. D. Alvaro ha perdido gran ocasión, por no hacer lo que todos los capitanes y soldados deseaban, que eran de parecer de salir á pelear con ellos, porque ciertamente los rompían.

En este medio el fuerte se reparaba, porque aún no estaba acabado de fortificar, y los turcos comenzaron á marchar al frente; y viendo esto el Sr. D. Alvaro, hizo parlamento á todos los capitanes, esforzándolos y dando orden cómo se habían de hacer las guardias, y fué de esta manera.

De fuera, en la campaña, al pozo del agua, que estaba un tiro de cañón lejos del fuerte, hacia la parte del Zoco donde los moros hacían el mercado, pasó una compañía de arcabuceros para hacer la guardia hasta la marina, que ni más ni menos tenía su socorro cuando hobiese arma. A la banda de Poniente, hacia el campo de los turcos, estaba otra compañía; á ésta le tocaba la guardia por orden del Sargento mayor, con su socorro también, como los otros. Esta compañía se ponía cer-

Biblioteca Nacional de España

ca de una mezquita de moros, y poco lejos della se ponían las centinelas hasta la marina. En el foso del fuerte estaban de guardia de día y de noche 1.500 soldados de todas nasciones, y de aquellos viejos que habían venido de Piamonte. El resto todo estaba dentro del fuerte, cada uno en su guardia, y todos esperando á los enemigos con gran regocijo.

El segundo alojamiento que los turcos hicieron fué por derecho de la dicha mezquita, de la parte de Poniente hacia el palmar, donde los turcos se reparaban por miedo de la artillería del fuerte, que les hacía gran daño, y desde allí iban el Bajá y Dragut con gente de pie y de caballo á reconocer el fuerte y el alojamiento que tenían los nuestros, y continuamente se hacían buenas escaramuzas con gran daño de los turcos.

Al último de mayo, estando al pozo del agua el capitán Juan Osorio con su compañía de arcabuceros, que tenía 120 soldados con que hacía la guardia allí, y á la parte de Levante cerca de la casa de Dragut hasta la marina, estaba el capitán Galarza con su compañía de 150 arcabuceros. A la vuelta de Poniente, á la parte del campo de los turcos, acerca de la mezquita que se ha dicho, estaba el capitán D. Juan de Castilla con su compañía de coselétes, que tenía hasta 70 ú 80 soldados, y recelándose el dicho capitán D. Juan que podía ser roto de la parte de la marina, de los caballos, envió 12 soldados del cuerpo de guardia, con su cabo de escuadra, que estuviesen en la dicha mezquita, porque allí descubrían á todas partes, y dió-

Biblioteca Nacional de España

les orden que avisasen siempre de lo que viesen hacer á los turcos; y si los apretasen mucho, que escaramuzando se retirasen con buena orden hacia donde él quedaba, que con el resto de su compañía saldrían á dalles socorro.

Los turcos aquel día estaban determinados de hacer algún efecto, por el trato y concierto que tuvieron dentro del fuerte, y esperaban la señal que les habían prometido de quemar la pólvora del castillo; y no saliendo esto en efecto, determinaron de ir á ganar el agua y acometer de todas partes á los nuestros, porque estaban puestos á punto para hacello, y así, por estar más cercana aquella guardia de Poniente que las otras, enviaron hasta 300 ó 400 turcos á la vuelta de la dicha mezquita, los cuales rompieron el cuerpo de la guardia que allí estaba de los 12 soldados, y ellos escaramuzando se retiraron á la vuelta del fuerte, no aguardando la orden de su Capitán porque la carga fué muy grande y no pudieron volver como los habían mandado. Viendo el dicho D. Joan de Castilla que éstos sus soldados volvían las espaldas, salió fuera con el resto de su compañía é hizo rostro á los turcos y trabó la escaramuza con ellos y mataron algunos de los turcos, y de sus soldados pocos fueron heridos; y viendo los turcos el daño que rescebían, se retiraron á la vuelta de su campo, y ansí el dicho Capitán recogió á los dichos sus soldados sin perder ninguno. Allegándole en esto socorro del fuerte, dieron carga sobre los enemigos; y viendo esto los turcos, salió todo el campo fuera, á pie y á caballo, por todas partes,

Biblioteca Nacional de España

con determinación de romper todas las tres guardias que estaban fuera en campaña, y así ganaron este día el pozo del agua.

El dicho capitán D. Joan de Castilla, con los otros que le vinieron á socorrer, recibieron la carga de los enemigos, y escaramuzando valientemente, como se hacía por todos cabos alrededor del fuerte, se retiraron más debajo del artillería, y allí se entretuvieron hasta la noche, matando muchos turcos, y vinieron á las manos á pica y espada con ellos. Los turcos eran tantos de número, que ganaron el sitio donde estaba el capitán Juan Osorio, el cual se retiraba escaramuzando la vuelta del fuerte, y llegó á socorrelle el capitán D. Jerónimo de Sande con su compañía de arcabuceros; mas tornando á cargar los turcos, ganaron por fuerza el primer sitio del pozo, y viendo D. Alvaro de Sande trabada la escaramuza tan bravamente, que siempre crecían los turcos con algunos moros que venían con ellos, dió orden á los dos Capitanes que se retirasen á la vuelta del fuerte, y lo mismo puso el capitán Galarza, el cual escaramuzaba en la posta de su guardia sin haberse retirado, porque allende del socorro que le había llegado, el sitio era aparejado para poderse defender. Entonces se retiraron escaramuzando hacia el fuerte, y así los turcos pusieron su campo desde aquella guardia hasta la otra de Poniente y ganaron el pozo de Su Excelencia; y luego los turcos arbolaron más de 480 banderetas y gallardetes, y comenzaron á hacer las trincheras, aunque la mayor parte hallaron he-

Biblioteca Nacional de España

chas, porque los cristianos las hicieron como llegaron en aquel lugar donde se hizo el fuerte para su defensa y repararse de los moros de la isla, y así las habían desamparado de la parte que el gran comendador Tigeres, General de las galeras de la Religión, con todos sus Caballeros de San Juan, que eran bien 300 ó 400 y más de 1.000 napolitanos de los bravos, todos arcabuceros, con sus morriones y plumas, y el resto del campo de los cristianos, parte se había embarcado y parte se retiraron en el fuerte, de modo que no tuvieron tiempo de deshacer sus trincheras viejas, y por eso los turcos hallaron esta comodidad y aparejo; y como las rehicieron, luego á la hora plantaron ocho piezas de artillería gruesas á la parte de la casa de Dragut, y comenzaron á batir el castillo, creyendo que echarían á perder toda la munición y vituallas y la cisterna del agua que eran dentro del castillo; mas el coronel D. Alvaro de Sande hizo cortar las murallas del castillo y terraplenarlo y puso encima artillería, con la cual hacían gran daño; mas por aquélla de fuera les fué quitada, porque tiraron más de 3.000 pelotas de cañón; pero las municiones y vituallas estaban bien guardadas y reparadas y debajo de tierra, tanto que en esto los turcos no hobieron el intento de su desiño ni de la traición que tenían concertada dentro el fuerte de quemar la pólvora y atosigar el agua de la cisterna y otros tratos, hasta enclavar la artillería, como se hizo, aunque había buena guardia del resto. Todo se descubrió y ahorcaron de los pies más de 50 hombres.

Biblioteca Nacional de España

Viendo los turcos que todos sus desiños les salían en vano, comenzaron á desmayar y á perder la esperanza que tenían de ganar el fuerte, y el Bajá se quiso levantar de sobre él é irse con Dios, y estaba descontento de Dragut porque le había hecho desembarcar la gente, y los jenízaros estaban medio amotinados contra él porque mataban dellos cada día; y viendo Dragut tan enojado el Bajá y á los jenízaros y soldados que estaban mal contentos y se quejaban dél, les dijo que tuviesen buen ánimo y se sufriesen porque él había hecho las cisternas que estaban en el castillo y sabía bien cuánta agua podía caber dentro dellas y cuánto tiempo podía durar, y que sin pelear ni dar el asalto ni perder un hombre más, quería tomar el fuerte y prender á los cristianos en menos de quince días, y cuando no, que el gran Turco le hiciese cortar la cabeza.

Con estas palabras y otras tales entretenían al Bajá, que en ninguna manera se quería entretener más allí, porque los cristianos desharían su armada, y estaba á gran peligro; y si como entonces se entendía de los mismos renegados, si 25 ó 30 galeras de cristianos bien en orden parecían, no solamente bastaban á dar socorro al fuerte, mas cobraban todo lo que se había perdido, con mucha honra, y desto tenía gran temor el Bajá, por tener toda su gente en tierra, así los soldados como la chusma, y así sus galeras como las que tomaron á los cristianos estaban todas desarmadas, que no tenían 50 hombres por galera, y tenían los remos y timones en la mar, temiendo que los esclavos

Biblioteca Nacional de España

cristianos se alzasen con las galeras, y así los cristianos perdieron en esto una gran ocasión, que á lo menos debían parecer y hacer muestra que eran vivos, que tocando solamente una arma en la mar, bastaba para hacer embarcar el Bajá con todos sus turcos, sin esperar más, y por lo menos el fuerte era socorrido y quedaba libre, porque los cristianos podían salir fuera á tomar agua y otros refrescos, y á deshacer las trincheras y reparos de los turcos. Allende desto, el Bajá estaba con gran recelo y duda de detenerse allí, y se quería embarcar, porque había entendido que dentro del fuerte los cristianos hacían agua dulce del agua de la mar, sacándola por alambiques, como en efecto era verdad que se hacía, mas no bastaba para dar recaudo á todos los cristianos, y así Dragut deshacía todas estas cosas diciendo que los españoles eran mañosos y cautelosos, y que daban á entender que hacían esta agua, mas que no era verdad, ni menos podía ser, y así hacía detener al Bajá, según se entendía dentro del fuerte por vía de un renegado, el cual venía muchas veces de noche á hablar con D. Alvaro, y le traía avisos de todo cuanto se hacía en el campo, y esto también se entendía por pólizas que otros renegados tiraban con las flechas y caían dentro del fuerte, y éstos no osaban venirse á él, dudando de la falta que después hobo del agua, que al fin habían de venir á perderse y que á ellos les harían pedazos.

En este medio, viendo los turcos que no les salían los ardides que probaban por tierra, acordaron una noche dar el asalto á las galeras y galeo-

Biblioteca Nacional de España

tas de cristianos que estaban cerca del fuerte retiradas, y combatiendo, las hallaron que estaban bien á recaudo, porque tenían muy buena guardia de soldados viejos de todas naciones, y el Coronel D. Alvaro, con los esquifes que estaban en tierra, luego á la hora les envió socorro con el capitán D. Juan de Castilla, y así los turcos se retiraron, con gran daño dentrambas partes de heridos, porque las galeras, cuando les fueron á dar el combate, se hallaron con las tiendas puestas; mas tenían lejos, un tiro de piedra, una cadena de árboles y entenas para que no se les pudiese llegar barca ninguna sin que se sintiese, y esto les hizo gran provecho.

De ahí á pocos días se fueron cuatro galeotas á la vuelta de Sicilia, con orden de llevar gran parte de la gente inútil del fuerte; mas ellas hicieron lo que les pareció que era más á su provecho y ganancia: las tres fueron á salvamento; la una vino á poder de los turcos. Las otras siete galeras que quedaron fueron combatidas otra vez á una hora de día, á tiempo que el agua iba menguando, porque allí, entre día y noche, crece y mengua el agua dos veces; y así por la parte de tierra las dieron combate 3 ó 4.000 turcos y moros, y el resto de su campo quedaba en las trincheras, dudando de aquello que podía fácilmente acaecer, como los capitanes y soldados querían tomallos en medio, que los otros estaban en la mar combatiendo con las galeras y con el socorro que había salido del fuerte, que ciertamente era una hermosa cosa de ver combatir los cristianos con los turcos dentro

Biblioteca Nacional de España

del agua hasta la cinta, y por habérseles mojado la pólvora dentro de los frascos no se podían aprovechar de los arcabuces, y así peleaban con las espadas y picas, y fueron muertos y heridos muchos turcos, porque el artillería del fuerte y mosquetes y arcabucería, allende de la que tiraban de las galeras, los tomaba por través y les hacía gran daño, y así se retiraron los turcos con gran pérdida, y de los cristianos hobo pocos heridos, entre los cuales dieron un arcabuzazo en una pierna al Maestre de campo Miguel de Barahona, porque él había salido fuera con el socorro, y de ahí á pocos días murió de la herida.

La mañana de Pascua de Espíritu Santo, el coronel D. Alvaro de Sande dió orden al Maestre de campo de los italianos, Hierónimo de Piantanido, milanés, que con los capitanes Galarza y Carlos de Haro, que habían de llevar sus compañías, él tomase hasta cumplimiento de 600 hombres, entre españoles é italianos, de la mejor gente que tenía, y fuese á acometer las trincheras de los turcos y procurasen de enclavar la artillería, y que para este efecto hallarían en compaña á Estéfano, coronel de los alemanes, y al capitán Olivera con su compañía de españoles, los cuales tenían 400 coseletes entre alemanes y españoles, que les harían espaldas para cuando se hubiesen de retirar, no hallando ocasión para pasar adelante; y con esta orden, los dichos Maese de campo y Capitanes salieron dos horas antes del día y acometieron á los turcos, los cuales estaban en arma, porque habían sentido el ruido; mas no obstante esto los

Biblioteca Nacional de España

acometieron, hicieron volver las espaldas y mataron muchos dellos, entre los cuales fué muerto el Agá de los jenízaros por mano de un alférez español que se llamaba Nuncibay, que era alférez del capitán Galarza y un muy valiente soldado, y jamás quiso tomalle por prisionero, sino matalle, y ansí siguiendo la victoria llegaron hasta la artillería y enclavaron parte della; y viendo los turcos que eran tan pocos los cristianos que les habían acometido, tornaron á rehacerse y encomenzaron á dalles la carga, de manera que siendo tan poco número de soldados, les fué forzado retirarse escaramuzando y recibiendo la carga de lo mejor que podían, hasta el lugar donde estaba el coronel Estéfano con los 400 coseletes, que para este efecto aguardaban allí.

Como los turcos vieron aquel cuerpo de guardia en aquella parte, no osaron pasar adelante, y los cristianos, no teniendo otra orden, se volvieron todos al fuerte, y al retirarse mataron al capitán Carlos de Haro y al alférez Nuncibay, porque la escaramuza fué muy trabada; y si este día, por lo que se vió, salieran 2.000 infantes, como los capitanes y soldados lo deseaban y decían públicamente, desbarataban todo el campo de los turcos, y así lo decían ellos mismos, y la jornada fuera acabada; pero D. Alvaro de Sande nunca quiso ni tuvo por bien de hacello, movido por ciertos respetos que á él le parescieron.

Hecha que fué esta facción, los capitanes y todos los soldados viejos de todas las naciones que allí se hallaron, deseaban cada día ir á combatir

Biblioteca Nacional de España

con los turcos, teniendo por cierta y segura la victoria con la ayuda de Dios, y todos pedían esta impresa; mas D. Alvaro no solamente no quiso otorgársela, mas los hizo retirar de tal suerte que jamás consintió en ninguna manera que se saliese faera á escaramuzar con ellos. Hizo retirar á toda la guardia que tenía en el foso y metella dentro el fuerte, dejando guardia ordinaria de día y de noche en el dicho foso y en la gruta donde se sacaba alguna poca de agua, y de esto estaban muy desdeñados y con gran pesar todos, porque encomenzaban á pasarlo mal de sed y enfermaban muchos y se morían, y los heridos no podían ser bien curados, de manera que cada día venían á faltar y á ser menos, y los turcos se aumentaban y se acercaban más al fuerte con sus trincheras, mudando la artillería en más partes; y por hacer más daño dentro el fuerte, como cada hora se hacía, comenzaron á hacer ciertos garitones á modo de plataformas, tan altos como los caballeros del fuerte, y aun algo más levantados, donde ponían escopeteros que mataron muchas gentes dentro, porque descubrían á los que estaban en el fuerte hasta los pies, y estaban tan cerca que la artillería no les podía hacer daño.

Entonces los soldados, queriendo hacer por la parte dentro reparos para quitar estos garitones en la artillería, D. Alvaro les decía que los dejasen hacer, que él los quería que se acercasen más, y así no quiso dar orden de otro recaudo ninguno, tanto que los turcos, poco á poco, fueron ganando hasta dentro el foso donde estaba la gruta del agua

Biblioteca Nacional de España

salada, sobre la cual se hizo grande estrago de una parte y otra, hasta que se perdió del todo, porque de los traveses de los caballeros no podían defender nada el foso y los turcos podían estar seguros en él á su placer; y teniendo este aparejo y buena ocasión, comenzaron á cavar los bastiones á medio día sin estorbo ni embarazo ninguno, si no era algunas veces que arrojándoles fuegos artificiales quemaron muchos dellos y los hicieron apartar. En lo demás no recibían otra pesadumbre ni daño, porque estaban tan arrimados al fuerte, que si no era con gran desventaja de los cristianos, no se les podía hacer daño, y por esto no podían salir fuera á estorbarles que no cavasen, é ya desto no se daban mucho, deseando venir á las manos, y por esto tampoco reparaban las baterías (1), que eran de 70 ú 80 pasos y más, y tan llanas que podían entrar por ellas carros cargados. La una de ellas era dentro del caballero de Su Excelencia y la otra en el caballero del señor Andrea Gonzaga, y con todo esto los turcos aún no osaban dar el asalto.

Antes de noche se retiraban á sus trincheras y desamparaban el foso y las baterías, y de día muchas veces arremetían con gran furia y voces, tirando piedras y escopetazos, y muchos dellos llevaban picas de las que tomaron en las galeras de los cristianos, y se mostraban encima de la batería todos descubiertos, y asimismo los cristianos, y se combatían de manera que los turcos jamás podían

(1) Brechas.

Biblioteca Nacional de España

pasar adelante ni ganar palmo de tierra, que siempre los hacían volver y retirarse con daño.

En esta sazón los cristianos comenzaban ya á pasallo tan mal en todas cosas y á padecer tanto, que no se puede decir ni creer, porque había mes y medio que no tenían agua, si no es dos cuartuchos y medio de ración al día á cada soldado, y otro tanto de agua á cada Capitán, y esta agua era repartida de esta manera: una parte de agua de la cisterna y otra agua salada y la tercera parte de la que se sacaba por alambiques y alquitaras, y así toda mezclada se daba por ración, como se ha dicho.

Este ingenio de sacar agua de la mar lambicada, lo hizo un siciliano, hombre de buen juicio y entendimiento, y era buena agua y delicada. A las mujeres que se hallaron allí, se les daba un cuartucho de ración, y á los mozos medio, y á muchos otros no les daban nada; y viéndose morir de sed muchos dellos, se huían al campo de los turcos, que fueron más de 700 personas, entre los cuales se iban también soldados de todas las naciones, y algunos dellos, que eran de confianza, que los ponían á la guardia fuera, en el foso, y también de dentro el fuerte se huyeron algunos dejando la guardia, y hobo otros que se echaban de noche por la muralla y se fueron á los turcos.

Viendo D. Alvaro este gran desorden, hizo echar bando que cualquiera que matase uno destos que se iban al campo de los turcos, le diesen seis escudos, y así mataron algunos, y así no se huían tantos, y acaeció alguna vez que yendo á matar á los

Biblioteca Nacional de España

que se iban huyendo desta manera, los que iban tras ellos con sus armas para matallos, se huían también y se pasaban á los turcos, y había muchos que deseaban esta ocasión para huirse; y como los turcos vieron que los cristianos mataban aquéllos que se pasaban á su campo, en saliendo alguno, venían prestamente á defenderle, y al que tomaban á la hora le vendían, y ningún día había que entre día y noche que así de las galeras como del fuerte no se huyesen de 25 hasta 30 hombres, y destos, porque los turcos tenían relación cada hora de lo que se hacía de dentro del fuerte y en las galeras, y habían de mar y tierra aviso de todo, y la causa porque se huían era porque no les bastaba el agua que les daban, y porque era salada y les ponía más sed, y eran forzados de escoger este partido de irse con gran peligro de su vida á beber del agua de la gruta, la cual asimismo era salada, mas tan fresca, que con todo eso bebían hasta hartarse; mas pocos de éstos escapaban, y tenían por menos mal éstos ser captivos, que verse morir sin tener otro remedio, y no había día que por falta del agua de los enfermos y heridos no muriesen 25 ó 30 personas, y vinieron á comer los asnos y los caballos de una compañía que allí quedó, de la cual era capitán Bernardo de Quirós, y asimismo comieron los camellos que habían tomado á los moros, y una gallina se vendía por siete escudos, y no se hallaba, para los enfermos y heridos, y un cuartucho de agua de la cisterna se vendía, vez había, por medio escudo ó uno de oro.

Biblioteca Nacional de España

Algunos soldados, en lugar de alquitaras, lambicaban el agua en los morriones y la vendían escondidamente por aquello que querían, porque la orden del Sr. D. Alvaro era que no se pudiese vender más de dos reales el cuartucho: será esta medida poco menos de cuartillo y medio de azumbre de Castilla.

Las medicinas para los enfermos y heridos estaban asimismo estragadas y corrompidas, así por el calor que allí hacía, como por ser viejas y haber venido por mar, y aquéllas que se habían de hacer de nuevo el agua salada las estragaba, y la tela y el lienzo con que se curaban los heridos se lavaba con esta agua, y por esta causa se morían, por poca herida que tuviesen, que no escapaba de ciento, uno, y habiendo de hacer pan fresco de la harina que tenían, era necesario hacerlo con la misma agua salada, y asimismo para guisar cualquiera cosa, así en potaje como de otra manera, y por esto lo pasaban muy mal, aunque tenían provisión de legumbres y arroz.

Los turcos tenían aviso ya de lo que padecían, y así por apretallos más, á los 8 de junio, al alba, el Bajá había mandado poner en orden todos los esquifes del armada y algunas fragatas armadas y barquillas con esmeriles y mosquetes y banderetas, con 2.500 turcos, y así vinieron á la vuelta de las galeras, y Dragut envió por tierra otros 4.000 turcos y moros, porque en aquella sazón menguaba el agua, y así dieron el combate á las galeras por un gran rato, sin poder llegar á ellas, porque estaban muy bien proveídas de soldados france-

Biblioteca Nacional de España

ses, italianos y españoles, los cuales las defendieron muy valientemente, y mataron é hirieron más de 400 turcos, entre los cuales fueron muertos más de 25 á 30 capitanes de galeras y arraezes, como ellos se quejaban y decían públicamente.

Este día se halló en las dichas galeras por cabeza de los italianos el capitán Fantón, siciliano, bien entendido y valiente soldado; de los franceses el coronel Masa, caballero de la Orden de San Juan; de algunos españoles, el sargento del Capitán Orejón; y así viendo los turcos que allende del daño que les hacían de las galeras, que del fuerte también habían echado á fondo algunos esquifes llenos de turcos, y que ya los esmeriles y arcabuces de la muralla los mataban por través, acordaron de retirarse con gran pérdida.

Estando este ruido y hervor de combate, pareció en el fuerte una paloma blanca con algunas pintas, la cual, entre tanto que pasó el dicho combate, andaba volando alrededor del fuerte; y como los cristianos hobieron la victoria, se fué, que no la vieron más después, ni primero la habían visto, si no es aquel día. Los soldados, habiendo tenido ésta por buena señal, alababan á Dios y decían que les enviaba el Espíritu Santo, que les había traído la victoria, como en efecto fué gran milagro, y luego D. Alvaro de Sande hizo decir una misa cantada del Espíritu Santo con *Te Deum laudamus*, y todos los capitanes y soldados cobraron gran esfuerzo y más que antes tenían, y en este propio día se entendió que el Bajá se quería ir dejando la empresa, y así lo hicieran si no

Biblioteca Nacional de España

por Dragut, el cual con grandes ruegos y haciendo grande instancia se ofrecía de fenecella, diciendo que sin combate por mar ni por tierra ni perder un hombre más le quería dar el fuerte en las manos, porque de nuevo había entendido por muy cierto que en el fuerte no había más agua, como era verdad.

Pasado que fué esto, D. Alvaro hizo poner fuego á tres galeras de las que había en el canal, y la guardia que estaba en ellas la hizo venir al fuerte, porque tenía bien menester della, estando seguro que las cuatro galeras no serían más acometidas, porque eran bastantes para guardarse y tener el paso de la mar para que las fragatas que viniesen de Sicilia y Malta pudiesen venir y tornar, y que las galeras y otros bajeles de los enemigos no se pudiesen acercar al fuerte ni dalles nenguna pesadumbre. Las dichas cuatro galeras que quedaron estaban bien proveídas de soldados.

En el fuerte, en tanto estrecho y extrema necesidad de agua, determinó á los 29 de julio de salir fuera con todos los capitanes y soldados que estaban para poder pelear, é ir con ellos á dar la batalla al campo de los turcos y desbaratallos ó quedar allí muertos todos. Eran muy pocos los cristianos, que entre todos los que se hallaron para poder tomar armas, no llegaban á 800 soldados, y todos flacos y maltratados y consumidos de la hambre y sed y mal que padecían; los demás estaban heridos y enfermos, que serían 1.500 escasamente, y así, dejando en las dos baterías y en toda la otra muralla hasta 200 soldados, con el

Biblioteca Nacional de España

resto, dos horas antes del día, D. Alvaro, sin haber dicho palabra á los Capitanes, que quería hacer tal efecto de salir fuera, ni menos habiendo antes de eso querido comunicar cosa alguna con nadie ni consentido que ninguno viniese á decille su parecer, haciendo todas las cosas de su cabeza, sin tratallas con algunos, bien que los Capitanes y soldados pláticos entendían que se podía hacer de otra manera mejor que se hacía, y le dejaban hacer por la autoridad que tenía, siendo Coronel de toda la infantería española y Lugarteniente de Su Excelencia, y así cada uno estaba callado, que no osaba hacer otra cosa, y también le valió mucho para esto el crédito que en lo pasado había tenido de buen soldado, según todos dicen.

Esta vez salió fuera con muy mala orden, que al parecer de buenos soldados, por el caballero de Su Excelencia, que estaba todo batido y abierto, y muy cercano á la trinchera de los turcos, y por el caballero del señor Andrea Gonzaga, que asimismo estaba deshecho y derribado, podía salir Don Alvaro, haciendo dos partes de toda la gente, y en la una ir él, y dar otra á algunos buenos y plátícos Capitanes, los cuales tomasen la vanguardia, y salir todos juntos de golpe y á un tiempo, con orden y concierto de venirse á encontrar en medio del camino, donde había plaza para quedar los que salían en retaguardia, en escuadrón, y marchar los demás, pasando á cuchillo á todos cuantos turcos topase en estrecho, é ir en escuadrón con buen concierto, siguiendo la victoria, que la tenían desta manera, con la ayuda de Dios,

Biblioteca Nacional de España

muy segura y cierta, y así sucedía muy mejor de lo que fué; pero D. Alvaro dentro, y creyendo que fuese muerto ó preso, estaban muy confusos y alborotados, y algunos capitanes y gentileshombres particulares, desampar[ando] sus cuarteles y la muralla, se metían dentro del castillo con determinación de curarse y abestionarse dentro, y hacer sus partidos y conciertos para salvarse, teniendo ya por perdido el fuerte, no acordándose de lo que eran obligados hacer por su honra ni la salvación de sus compañías ni de los otros soldados que habían dejado fuera al cuchillo de los enemigos.

En este medio llegó nueva que D. Alvaro enviaba á tomar vestidos para mudarse y á que llevasen los remos y vela que estaban dentro el castillo de una fragata que era venida de Mesina pocos días había, con intención de irse en siendo de noche; y como se entendió esto, los capitanes y soldados comenzaron á alborotarse y á no consentir que le llevasen la vela y remos, y entre los otros D. Guillén Barbarán, caballero sardo, dió de cuchilladas á aquéllos que los llevaban, é hízoselos dejar.

Viéndose todos en tales términos, que D. Alvaro había desamparado el fuerte, y con determinación, según se entendía, de no volver más á él, habiendo tanta falta de agua, que de lo demás tenían bastimento para muchos días, sabiendo que fuera, en el caballero de Gonzaga, se hallaba el capitán D. Juan de Castilla con su compañía, que ninguna otra cosa había quedado fuera del

Biblioteca Nacional de España

castillo, y tenía consigo las compañías del capitán Juan de Funes y del capitán Olivera y Ortiz, el cual había muerto un día antes, las cuales compañías estaban señaladas para la guardia del dicho caballero y batería, que todo estaba abierto y llano, y estas compañías con la mayor parte destos oficiales y todos los soldados se hallaban allí para su defensa, y no llegaban á 80 hombres; demás destos tenían orden de socorrellos cuando fuera menester, el capitán siciliano Jorge Siciliano y otro capitán milanés que se llamaba Juan Paulo, y era izquierdo; todos eran buenos capitanes y valientes, y se hallaron con el dicho capitán D. Juan de Castilla, entrambos con hasta 30 soldados de los suyos y un lugarteniente de alemanes de la guardia de D. Alvaro de Sande, con otros 30 soldados tudescos. También se hallaron allí algunos gentiles-hombres de la casa de Su Excelencia, los cuales asimismo tenían orden de acudir á este caballero cuando quiera que se tocara arma, y todos lo hicieron muy bien, entre los cuales se halló un gentil-hombre que se llamaba Beltrán, que era maestresala de Su Excelencia, y éste se señaló más que todos peleando hasta que el dicho caballero fué tomado, porque todos éstos que habemos dicho no sabían nada de cosa que se hacía dentro el fuerte, antes pensaban que todos estuviesen en sus postas y en los lugares que les habían señalado para que guardasen, y que los otros capitanes y gentiles-hombres particulares que faltaban era por otra causa y no por haberse huído y retirado al castillo.

Biblioteca Nacional de España

En esto arribó Antonio de Avila, sargento mayor del tercio de Sicilia, y en presencia de todos llamó al capitán D. Juan de Castilla y le dijo de parte de todos los capitanes y soldados que Don Alvaro se había metido en las galeras con intención, según decía, de irse en la fragata en siendo de noche, y que los otros capitanes se habían retirado en el castillo, por lo cual le rogaban que quisiese tomar el gobierno de aquellos soldados y del fuerte, y que hiciese arbolar una bandera de paz y rindiese el fuerte, y hiciese con los turcos los mejores partidos que pudiese para salvar aquella gente que allí estaba, la cual se tenía ya por perdida.

El dicho capitán D. Juan de Castilla dió por respuesta que, aunque D. Alvaro y todos los otros capitanes hobiesen faltado de cumplir con lo que eran obligados, que él era cristiano y buen caballero, y soldado como todos ellos, y que no haría falta de lo que cumplía al servicio de Dios y de Su Majestad y á su honor, y que se maravillaba mucho dellos que tuviesen dél tan mala opinión que le enviasen á decir semejante embajada, que hobiese de hacer cosa tan vil y vergonzosa como era rendir el fuerte; y así les envió á decir que, si ellos querían defenderse y morir por la fe de Nuestro Señor Jesucristo y por servicio de su Rey, y por la honra y reputación de cada nación de las que allí había, que él tomaría el gobierno dellos y del fuerte, y que lo ternía por gran favor y honra que le hacían, y que esperaba de Dios de tener tan buen orden, que se habría la victoria, porque

Biblioteca Nacional de España

tenía aviso por una carta que había tirado un renegado con una flecha, aquella propia mañana, que les había de dar el asalto, y que ninguno se parase á pensar en la falta que había de agua ni de ninguna otra cosa, sino que cada uno atendiese á pelear y defender el fuerte y á sí mismos; y con esta respuesta envió al dicho sargento mayor, y que no queriendo así que ni él ni aquellos otros dos capitanes italianos con el resto de los soldados y de otros amigos suyos no querían sino pelear y morir antes que hacer cosa que fuese menoscabo de su honra, y no tornando dicho sargento mayor, los dichos capitanes de ahí á poco querían hacer consejo entrellos, y enviaron á decir á D. Juan de Castilla con un caballero de la orden de San Juan, que se llama Garay, que viniese á hallarse en consejo, y él, viendo que los turcos se ponían en orden y se juntaban, envióles á decir cómo los turcos estaban juntos en gran número en las trincheras y que tenían las armas en las manos, y que ya no era tiempo de otro consejo ni acuerdo sino de estar cada uno en su lugar como él y otros lo hacían, que servían al Rey, y que lo tuvieran por excusado, y que les rogaba que hiciesen lo que debían; y esto les envió por respuesta con el dicho caballero, el cual se lo dijo así á los dichos capitanes, y con esta resolución ellos hicieron su consejo y eligieron por gobernador al capitán Rodrigo Zapata, y así, de allí á un poco, en el caballero de Su Excelencia se arboló una bandera blanca de paz, y viéndola los turcos, saltaron fuera de las trincheras y comen-

Biblioteca Nacional de España

zaron á venir hacia el fuerte á parlamento, y buena parte dellos, con muchos de pie y de caballo, se fueron la vuelta de las galeras, porque habían oído decir que D. Alvaro de Sande estaba dentro dellas, y los que había en su guardia, viendo el fuerte en aquel término y creyendo que fuese ya perdido, se rindieron sin pelear, y Don Alvaro de Sande fué tomado por Barmuzo, cómitre real del armada turquesca, y fué llevado con una fragata en tierra, en la tienda del Bajá, el cual y Dragut también estaban en sus trincheras esperando la respuesta de lo que los del fuerte querían hacer.

En esto los capitanes y soldados arriba nombrados, que se hallaban en el caballero de Gonzaga, pensando que los turcos querían dar el asalto, comenzaron á tocar arma y tiraron arcabuzazos y poner en orden las minas de fuego y otras cosas que tenían hechas para su defensa, y del caballero de la Cerda les dieron voces que no tirasen, porque estaba ya arbolada la bandera de paz. Y así, viniendo al caballero de Gonzaga el gobernador Rodrigo Zapata y el capitán Diego de Vera, como los vió el capitán D. Juan de Castilla, quiso reñir con ellos y díjoles bien alto, que lo oyeron todos, que á qué venían allí y qué querían, y yéndose ellos les envió el alférez del capitán Olivera, al cual encargó que dijese al dicho gobernador Rodrigo Zapata que D. Juan de Castilla se protestaba de parte de Su Majestad y de Su Excelencia que no hablase ni dejase hablar á ningún soldado con los turcos, ni hacer otro pacto

Biblioteca Nacional de España

ni concierto con ellos, porque no se lo cumplirían ni guardarían, sino que procuraran de defender el fuerte, que aún estaban á tiempo de poderlo hacer, y á esto no respondieron cosa ninguna; que á esta sazón el capitán de Funes y el capitán Juan de Montiel de Zayas y el capitán Juan del Aguila, habían salido á parlamento fuera del fuerte, con el Bajá y Dragut; y el capitán Juan de Funes, por orden del Bajá, después que hobieron hablado largamente, volvió dentro en el fuerte diciendo que serían salvos y libres todos los Oficiales y 25 soldados por cada compañía, y con este recaudo y resolución le enviaba el Bajá, y con él dos turcos para escrebir y tomar por letra los dineros, moniciones y vituallas, y el número de la gente que se hallaba dentro.

El capitán Juan de Gama se salió fuera y se fué de su propia autoridad y sin orden de ninguno á la tienda del Bajá y allí se rindió á buena guerra, por no faltar de su costumbre, y después con el tiempo y su poca vergüenza, le dieron libertad, y se fué con los otros capitanes que habían rendido el fuerte, en libertad, los cuales, ni más ni menos, habido la libertad por este insine servicio que hicieron al Bajá, sin ningún temor de Dios ni vergüenza de la cristiandad.

Los turcos decían que los dineros pasaban de 50.000 ducados, mas tiénese por cierto que no sea verdad y que no fuesen aun la mitad. Y viendo esto el capitán D. Juan de Castilla, y habiéndole avisado un paje de Su Excelencia, llamado Calveti, que los soldados hablaban con los turcos y

Biblioteca Nacional de España

que tomaban pan y agua y fruta que les daban, hizo retirar y puso de guardia en la dicha batería á su alférez D. Diego de Castilla, su hermano, y al sargento del capitán Olivera, que se llamaba Valdés, y éste quedó después captivo en Trípol, y entrambos á dos eran muy valientes soldados, y dióles orden que no dejasen llegar á nadie á la batería, ni menos que tomasen cosa alguna de los turcos, y él entre tanto entendía en repararse y apercibir y poner en orden á los soldados que allí tenía para defenderse, determinado de hacer todo lo posible hasta la muerte; y así mandó á su alférez que quemase la bandera, y á sus criados que rompiesen y echasen en el fuego unos reposteros suyos, porque tenían el escudo de sus armas, y esto hizo á fin que los turcos no podiesen hacer triunfo con su bandera como hicieron de las otras que ganaron de los nuestros, colgándolas de las entenas de sus galeras, y así dió á saco lo demás de su ropa y no quiso salvalla dentro del castillo, como lo hicieron otros Capitanes y gentiles-hombres; también quería que quedase allí su ropa y lo que tenía.

Y como los turcos hobieron asegurado un poco á los del fuerte, mostrándoles buen rostro y el semblante alegre, dé allí á dos horas, al poner el sol, estando todos bien descuidados desto, arremetieron por todas partes y sin mucha resistencia entraron dentro y encomenzaron á matar á cuantos hallaron en aquella primera furia, y así murieron muchos, especialmente aquéllos que estaban enfermos y heridos, y la mayor parte de aqué-

Biblioteca Nacional de España

llos se hallaron en el caballero del señor Andrea Gonzaga, porque no se querían rendir sino peleando, se defendían cuanto podían, y así los que escaparon con la vida, fueron tomados con sus armas defendiéndose, y éstos fueron los que estaban bien armados, y así acabaron todos muy honrosamente, como valientes y esforzados capitanes y soldados.

Luego los turcos se pusieron al derredor del castillo, y este día no lo tomaron, hasta otro que el Bajá y Dragut se hallaron á la puerta del castillo, como salían los capitanes que se habían encerrado y retirado dentro, por miedo que tuvieron de perder la vida, y asimismo otros capitanes y gentiles-hombres particulares que estaban heridos, que entre todos serían pocos menos de 1.000 hombres, y los escribían á cada uno por su nombre, y fueron consignados por captivos del gran Turco, y donde los pobres quedan con poca esperanza de haber libertad, y éstos creyendo salvarse en el castillo acertaron mal, porque fué peor para ellos, que los otros que fueron presos en el fuerte quedaron en poder de particulares, los cuales con el tiempo podrán haber la libertad, ó por rescate ó por otra manera, y algunos se rescataron muy presto y otros huyeron y se salvaron.

Así miserablemente se perdieron aquéllos que quedaron en el fuerte y en las galeras. Dios se lo perdone á quien fué causa de tan gran pérdida y destrozo y tan universal daño de la cristiandad, porque si al tiempo que la armada turquesca llegó estaban quedos y firmes así los de mar como los

Biblioteca Nacional de España

de tierra, no les podía faltar más seguro partido y mejor suerte, y no murieran tantos pobres hombres y desdichados heridos y dolientes, que era la mayor piedad y compasión del mundo vellos hacer pedazos sin poder tomar armas para defenderse, y con tanta crueldad ser muertos.

Dios dé gloria y reposo á sus ánimas, y concordia á los cristianos para que puedan vengarse deste daño que recibieron de los enemigos de Jesucristo, que ciertamente esta victoria ha ensoberbecido de tal manera á aquellos infieles, que no estiman más á los cristianos que si no estuviesen en el mundo, y si Dios no provee, se harán de contino más grandes y poderosos.

Todo esto que he dicho ví por mis propios ojos y aun podría contar otras particularidades; mas me remito al que quisiere tomar la mano que sea de mejor juicio, y por lo pasado y porvenir, sea loado el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

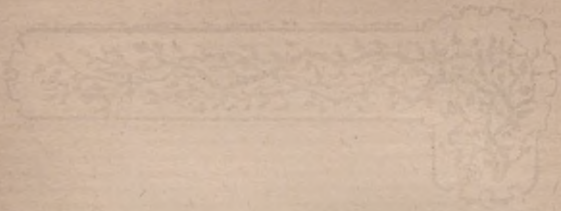
Hállase esta traducción, de letra del siglo XVI, en un códice en 4.° de *Misceláneas* que se halla en la biblioteca alta del Escorial, *iij*-23, y tiene el original 17 hojas. Confrontóse allí mismo á 10 de noviembre de 1791.—Martín Fernández de Navarrete.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE II

Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España

CARTA

de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Celi, fecha en Mesina á 7 de enero de 1564, remitiendo al Dr. Páez, Cronista de S. M., la relación que D. Alvaro de Sande había dado á S. M. acerca de la jornada de Berbería, con anotaciones suyas (1).

Muy magnífico Señor: Los otros días me enviaron de la Corte la copia de una relación que dió D. Alvaro de Sande á su maj. del progreso de la jornada de Berbería, ó por mejor decir, de nuestra tragedia; sobre la cual me paresció apunctar algunas cosas de que tenía memoria pontual por hauerlas encomendado los mismos días que sucedían á la escritura; la qual solamente con lo que tenía vestido saqué del fuerte, y vna pequeña ymagen de plata de nra. Sra. en el gueco de la qual hauia ciertas Reliquias que mis padres tenían en mucho, por deuoción y compañía de los peligros del

(1) Original en la Academia de la Historia, Colección Velázquez, *T*-36, est. 22, gr. 4, núm. 75.

Biblioteca Nacional de España

viaje de la fragata, y porque los papeles acabassen conmigo si assí nro. Sr. lo quería, los quales se están todavía en borrador assí porque juzgándose comunmente los hechos por los fines no merecían sacarse en limpio, como por las ocupaciones deste cargo, y también por no Renouar los dolores, y digo pues Sr. que lo que apuncto en la dicha Relación es la pura verdad, y que si quisiera escribir historia, ó en aquel lugar conviniera que en cada cosa me pudiera dilatar mucho, assí sobre lo que apuncto como sobre lo que queda omiso en algunos lugares, porque mi intención ha sido apunctar lo que á D. Alvaro no se acuerda y declarar algunos motivos y causas que me mouieron á las Resoluciones que tomé desde el comienço de la jornada hasta que dexé aquel castillo en su poder. Y porque no menos me tienen cansado los juicios que sin oir las partes he entendido que en diuersos cabos se han hecho del discurso de este viaje y del fin del que su adverso succeso no pensaua tratar más dél: sino satisfacerme con enterrallo yo de mi parte, aunque otros lo tengan al ayre. Todauía por lo que se deue á la subcessión, pues nro. Sr. ha sido seruido de dármela, pienso hurtar algún tiempo á las horas de Reposar de los trauajos ordinarios y sacar en limpio las notas que hize, y embiaroslas Sor. las quales sino fueren por el estilo ó orden que á buen orador conuiene, no será menester pedir que nos cause admiración, pues se sabe que no estudié, lo qual fuera bien apropósito haberlo hecho para esto, si tubiera tanto fin á que paresciera bien lo que se hizo, como

Biblioteca Nacional de España

de que sepáis la verdad, para lo qual hubiera menester buscar suficiente ayuda, lo qual no Requiere mi intento, porque es la Verdad vna coluna tan firme que no puede ser rota jamás, y tan clara y tersa que no puede durar mucho en ella la mancha y escuridad. Acceptarlo eys Sor. quando fuere y agora esta Relación para hazer della lo que os paresciere, que aunque sólo sirua de que la veays, es demasiada satisfacción para mí que vn tan mi amigo sepa en esto lo mismo que yo y que considere en todo el discurso que lo que la fortuna no quiso que se hiziesse lo pedí en la ocasión á cuyo cargo libremente estaua, que lo que se perdió no me hallé en ello en persona ny en consejo, y que no faltó cosa de lo que tocó á mi prouisión como los Retratadores del viaje proponían, y que perdí más hacienda, más amigos, más criados y mi propia sangre, y lo ganado y las esperanzas dello, lo cual no caresce de misterio, y todo para que conozca á Dios, el qual, quién sabe si me ha guardado para alguna cosa de mayor importancia de su seruicio y de my Rey, lo que me tiene con esperanza entre cíclopos en no pequeña penitencia, y tal que por lo que yo deuo holgar de escribiros Sor. siquiera por gustar de vuestras Respuestas y hazello tan raras vezes, la podeys muy bien juzgar, y si la ocupación es pequeña ó fastidiosa. Guarde nro. Sor. vra. muy magnífica persona como Sor. deseays, de Mecina á vij de enero 1564.

A lo que v. m. mandare.—D. Juan de la Cerda.

Sobrescrito.—Al muy magnífico Sr. el Sr. Doctor Paez, Coronista de su Majestad.

Biblioteca Nacional de España

COPIA

de la relación que D. Aluaro de Sande dió á su Maj. de la jornada de Berbería de los años 1559 y 60, con algunos apuntamientos en la margen de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Cely, sobre las cosas en que su persona se halló.

S. C. R. M.

1. D. Alvaro de Sande, digo, que yo vine á esta corte á besar las Reales manos de V. M., y por su ausencia he estado aguardando aquí algunos días, en los cuales he entendido que algunas personas, con particulares respectos é invidias, han querido informar á V. M. de cosas que en la jornada de Trípol y fuerte de los Gelves me quieren cargar injustamente y en contrario de la verdad, é aunque estoy cierto que V. M. no habrá dado crédito, ni dará á sus parlerías, todavía he querido dar á V. M. relación por escrito de todo lo que en la dicha jornada pasó, desde el principio hasta el fin, la cual es la siguiente, y suplico á V. M. sea servido verla.

2. Habiendo vuelto de Nápoles de Lombardía el año de 1559 por el mes de junio, de tomar la posesión de los cargos en que allí V. M. me mandó servir, y hallándome en Pauín [así] con mi mujer y casa, determinado en reposando algunos días

Biblioteca Nacional de España

venir en Spaña á besar á V. M. las manos y pedille merced por mis servicios, llegó á Milán el Comendador Guimarán con una su orden para el Duque de Sessa, para que de la infantería española que allí había diese mil y quinientos hombres para que fuesen á servir á la empresa de Trípol, que V. M. mandaba se hiciese, y á mí me mandó servir y ordenó que tomase la dicha gente y que con ella y con otros 2.000 españoles de los de Nápoles, del cargo de mi coronelía, que mandaba al Duque de Alcalá me diese, fuese á servir en la dicha empresa, y que en Génova, por su orden, se adrezarían naves en que pasase la gente de Lombardía.

3. Succedió en este tiempo la muerte del Rey Enrique de Francia, y aunque el Duque de Sessa estaba determinado dar los mil y quinientos hombres que V. M. le mandaba, y andaba procurando el pagamento della para expedirla, parescióle que de la muerte de Enrique podrían nascer algunas novedades, é que no era bien hasta tener otra orden de V. M. desguarnecer aquellas plazas y estado, y así el dicho Duque tomó esta resolución conmigo.

4. Paresciéndome que en el medio que llegaría la nueva orden de V. M. yo podría ir á Nápoles y Sicilia á entender de los Virreyes de aquellos reinos, del de Nápoles, si era su voluntad dar la gente, y del de Sicilia, para saber dél lo que mandaba, vista la dificultad que el Duque de Sessa ponía en dar la suya, y así lo puse por obra y fuí á Nápoles, adonde hallé á D. Sancho de Leyva y

Biblioteca Nacional de España

al Comendador Caldes, que había ido de parte del Duque de Medina á solicitar la ida de la infantería y á pedir cierta artillería, municiones é vituallas, y habiendo tratado algunas cosas en este particular, él me respondió que daría la gente, que no la diese el Duque de Sessa, y con una galera que me mandó de las del dicho D. Sancho, pasé luego en Sicilia, y hallé que el Duque de Medina Cely, Visorrey della, y á quien se había cometido la dicha empresa, tenía ya hechos muchos aparatos para ella, así de vituallas, artillerías y municiones, como fletado muchas naves para que sirviesen en ella, y me había despachado un correo para que con la infantería española que había de llevar de Lombardía llevase asimismo dos mil y quinientos italianos y procurase recoger dos mil alemanes de los que entonces se licenciaban y los llevase también, el cual despacho no me halló en Milán ni topó en el camino, por haberle hecho yo por mar. Hallé asimismo que el dicho Duque de Medina había mandado levantar gente en Sicilia y Calabria, y paresciéndome quél estaba ya determinado hacerla y que lo mucho que se había gastado y los preparamientos que estaban hechos forzaban á que se prosiguiese en ella, y que para aceptarla y que hubiese buen efecto convenía llevar más gente vieja y plática de la que entonces veía, que era sola la de Lombardía y tres ó cuatro compañías de la de Sicilia (1) y muy poca de la de Nápoles, apro-

(1) Al margen dice el Duque: «Las compañías del tercio de Sicilia eran doce, y los soldados más de dos mil.»

Biblioteca Nacional de España

bé la orden que el dicho Duque me había enviado de levantar y traer con la infantería española de Lombardía la alemana y italiana, y con esta determinación y orden volví á embarcarme y fuí á Nápoles y Génova, y de allí pasé á Milán, donde hallé que ya el Duque de Sessa le había llegado nueva orden de V. M. para que diese los dos mil é quinientos infantes, y en el medio que los pagaban, yo hice levantar tres mil italianos y setecientos alemanes en tres banderas, y con ella y la española fuí á Génova, donde, así porque no estaban adrezadas las naves en que habían de pasar los alemanes é italianos, como por contrarios tiempos, me detuve diez y ocho días.

5. Ordenó el Duque de Sessa que la paga de la infantería española se fuese á hacer en Génova, por evitar que no se quedasen algunos soldados después de la paga; y como en aquélla se quisieron reformar las ventajas y se trató de que hubiese algún perdón ó suelta de pagas, la gente se alteró y amotinó, y lo mejor que pude lo pacigué y aquieté, y después de haberla pagado la embarqué en las galeras de Sicilia, con las cuales estaba allí D. Berenguel de Requesens para aquel efecto (1).

(1) Al margen dice el Duque: «Este motín fué uno de los principales disturbios que hubo en esta jornada, porque se detuvieron estos soldados sin embarcarse quince ó diez y seis días, que cierto no era tiempo de hacer nuevos capítulos con ellos, pues al fin de la jornada bastara que se hicieran, y fuera más seguro y más á provecho de su Maj. por los muchos que suelen faltar en la guerra, de más que con la ganancia que se esperaba, ó con no habellos menester, se hiciera mejor lo que se pretendía dellos, así de las pagas ordinarias como de las ventajas.»

Biblioteca Nacional de España

É porque en este medio había hecho partir las naves con los alemanes é italianos, por no perder tiempo, por una borrasca é temporal que tuvieron, volvió al puerto una en que iba parte de la infantería italiana, algo mal tratada, é para repararla é hacerla partir con brevedad, hice que el dicho Don Berenguel se partiese con la infantería que tenía embarcada en sus galeras, dejándome á mí una de las suyas con otra que allí estaba del Príncipe Doria, con las cuales, dejando ya reparada la nave y á cargo del Príncipe Doria y el Embajador Figueroa que la mandase partir con el primer tiempo, me partí dos días después que el dicho D. Berenguel y llegué á Mecina algunos días antes quél, á primero de xbre., y después llegaron todas las dichas naves á salvamento sin haber disturbado á nada la dilación de su llegada.

6. Partió de Mecina el Duque con toda la armada á primero de noviembre, y no pudiendo pasar de Zaragoza por los contrarios tiempos, estuvo allí hasta primero de diciembre, que partió para Malta, donde llegaron todas las galeras, y las naves volvieron á Zaragoza; por la extremidad de los malos y contrarios vientos tardó muchos días en junctarse toda la armada y hubo grandes dificultades en ello, y en el medio que se junctaba, el gran Maestre y todos los pláticos de la costa de Berbería fueron de parescer que el armada, con el tiempo que partiese de allí, fuese al Seco del Palo, que es en la costa de África, en Trípol, y la isla de los Gelves, 85 ó 90 millas distancia de lo uno y de lo otro, y que los navíos que primero

Biblioteca Nacional de España

llegasen esperasen allí á los otros, y con esta resolución, con el primer tiempo, que fué á los 10 de hebrero, se hizo el armada á la vela y las naves siguieron su derrote al Seco, y las galeras fueron á los Gelves para hacer allí agua; donde allegaron fueron descubiertas dos naves turquescas surtas, la una adonde llaman la Cántara, y la otra junto á la Roqueta, y para tomarlas, algunas galeras se adelantaron, y entre ellas la Capitana de D. Sancho de Leyva, que llegó primero que nadie, y la una dellas la tomó sin haber hallado en ella persona ninguna, é aunque la nave se había entrado por una canal donde con mucha dificultad podía entrar galera ninguna, entró D. Sancho, porque llevaba consigo un Chuzamuza, cosario turco que él tenía preso, y era muy plático en aquella costa. Arrimándose la armada á ella, descubrimos dos bajeles de remos que estaban surtos en la Cántara, en parte donde les era imposible huir. Estaba Juan Andrea muy malo, y envióle el Duque á decir que ordenase á D. Sancho que fuese á tomar aquellos bajeles, que á lo que se podía juzgar parescían galeotas. No sé si le ordenó; pero sé que nadie fué á tomarlos, y que se supo que eran una galeota y una galera sotil, é que estos navíos fueron á Constantinopla, y en ellos Luchaly á pedir el socorro de Trípol y á dar la nueva de la allegada de nuestra armada; y si se tomaran, como se ordenó y fácilmente pudiera, no solamente el aviso le tuvieran tan brevemente en Constantinopla, de que tanto daño resultó, pero se supiera que estaba en la isla el Draguti y fuera posible, y

Biblioteca Nacional de España

aún no lo dudo que se tomara, y de su prisión nascía con muy poca dificultad la pérdida de Trípol y los Gelves, sin haber sucedido ninguno de los inconvenientes pasados.

6. *Aquí escribe el Duque.*—Y porque partiendo por el mes de noviembre á jornada que se había de ir por mar, habrá muchos, y no sin fundamento, que no les parezca buena determinación, es bien, para entender la verdad del todo, que se sepa que me movieron á partir las cosas siguientes. La primera, que la navegación era segura, porque de Mecina al puerto de Augusta hay 70 millas, el cual es capacísimo para recibir muy mayor armada. Del dicho puerto al de Zaragoza 30 millas, y desde Zaragoza á Malta 100, y de Malta á la Lampadosa 90, y de allí al Seco de los Gelves 170, y del Seco de los Gelves al Seco del Palo 50, que todos son puertos, y donde el armada se podía reparar, como se reparó, y aguardando tiempo en cada una destas partes para ir á la otra, no acaesce de ordinario en estas mares levantarse tan presto temporal que estorbe en tan poca distancia que no se tome puerto, como se hizo. También me movió á partir hallarme con casi 15.000 hombres de guerra en el reino de Sicilia y sin dineros para pagallos, de que tocaba una buena parte al Visorrey de Nápoles, pues si se despidieran sin pagas, se habían de alojar á discreción y fuera darles en prenda el reino, y esto es cosa tan nueva y recia para Sicilia, demás de la escabrosidad de la gente, que, certísimo, sucedieran grandes desórdenes y alborotos, como ya en tiempo de mis

Biblioteca Nacional de España

predecesores en este cargo acaesció diversas veces, especialmente cuando el motín de randazo, pues siendo tanto menos gente, fué desorden tan notable, que tal pudiera suceder de invernar tanta más y de diversas naciones, sino que en lugar de conquistar se destruyera la casa propia, como ya lo consideró D. Hugo de Moncada cuando tuvo alojados 15.000 españoles en la Fariñana, isla despoblada, aunque no se hizo de manera que Marsala no lo sienta hasta agora. Túvose atención á partir de Zaragoza á lo susodicho, y á que en Malta habría menos inconvenientes que en Sicilia se esperaban, porque la gente, no sólo estuviera fuera de la fertilidad de Sicilia, mas en una isla muy estéril, porque si cometieran alguna ruindad no podía dejar de salilles mal y de entregarse de hambre, pues teniendo por contrarios al Maestre y Caballeros, el Burgo y Castillos, juncto con las galeras y naves, y mi persona y gente principal que á la jornada iba, no podían meterse los soldados en parte en toda la isla que tuviesen de comer; y si partiéndose de allí en invierno no se pudiera llegar á Trípol por no haber puerto para nosotros, no sólo era de menos inconveniente invernar en Berbería con el ejército yendo tan bien proveído de vituallas, pero era mejor, por ser la región más sana y poderse hacer algo en los Gelves, como lo escrebí á S. M. antes que partiese de Zaragoza, ó en alguna otra parte, con que los soldados se entretuviesen y refrescasen, de más que se llevaba esperanza fundada en mucha razón, que los moros proveerían de vituallas frescas por

Biblioteca Nacional de España

dineros (como lo hicieron), á causa de la enemistad que tenían con Dragut, de que había mucha noticia, dejado aparte que es costumbre suya muy sabida, por su particular ganancia. Halléme obligado á esto, porque como se fué junctando la gente poco á poco y con muy gran esperanza de la que me habían de dar los Duques de Sessa y de Alcalá, había de ser cierta y presta como su Maj. mandaba, no hubo razón ni causa para que yo dejase de junctar la que á mí me tocaba, y hacer tan gran gasto como se hizo en esto y en la abundancia de vituallas y municiones que se llevaron, porque la infantería española de Lombardía se detuvo á causa de la muerte del Rey de Francia, como dice D. Alvaro de Sande, y del motín de Génova, y la de Nápoles, esperándola de hora en hora, tardó, de manera que habiendo de venir por orden de S. M. 2.500 hombres, no llegó el cumplimiento sobre los 600, poco más ó menos, que trujo D. Sancho en las galeras, hasta los últimos de diciembre que vinieron á Malta. Es así que se descubrieron las naves que dice D. Alvaro, y que la que saqueó D. Sancho de Leyva estaba metida por el canal una buena milla de donde dieron fondo las galeras, por no saberlo y tener por proa los secanos, donde invistieron algunas, y á D. Sancho le guió Chu Zamuza, arraez de una galeota que había tomado días había en la costa del reino de Nápoles, hombre muy plático de aquellos secanos, y así abordó la nave, que estaba sola, dejada de los moros, al cual siguió el Capitán Suero Feyjó con una galeota mía, y desde donde descubrie-

Biblioteca Nacional de España

ron dos galeras de turcos que se iban metiendo el canal adelante, cuanto más podían, hacia la Cántara, que quiere decir puente, por la cual se pasa de la isla á tierra firme; siéndole dicho á D. Sancho por el dicho Capitán Feyjó que se fuese tras aquellas galeras, no lo hizo, mas antes cortaron el cabo que tenía dado la galeota á la nave, y vino el dicho Capitán á la Capitana de Juan Andrea, donde yo estaba, y me dijo todo lo que había pasado. Estaba entonces Juan Andrea en la cámara de popa malo y en la cama, y hallándose en lo alto de la popa conmigo el patrón de la Capitana, Gasparín Doria, que era de quien más caudal hacía en el gobierno de las cosas de la mar, le dije y rogué, no una vez, sino muchas, que se entrase por aquellas galeras, á lo cual me respondió que para qué quería leñame, diciendo que la gente envestiría en tierra, y yo le dije que cuando así fuese sería muy bien quemarlas, porque cuando nosotros pasásemos á Trípol no podían dejar de salir á los navíos que venían atrás y hacernos daño en ello y en las vituallas que nos viniesen, cuanto más que podría ser tomarse alguna gente de la cual habríamos lengua de lo que en Berbería pasaba. Respondióme por última resolución que en ninguna manera convenía á la reputación de aquella armada que se entrase por leñame especialmente, que podría suceder algún peligro á alguna galera. Entonces le ofrescí que entrase mi galeota primero, descubriendo lo que había, y el canal, y no bastando esto, vista su pertinacia, envié á pedir á Juan Andrea con grandí-

Biblioteca Nacional de España

sima instancia, y con las mismas razones, que tuviese por bien de que se entrase por aquellos bajeles, y no le paresció; y como yo no llevaba mando ninguno sobre las cosas de la mar, como me desengañó bien en Mecina delante de D. Juan de Mendoza, y quizá por su consejo, hube de tener paciencia y por mejor lo que quería, que no porfiando con él ser causa de que sucediese algún disgusto y se volviese á Sicilia. Desde á poco vino D. Sancho de Leyva de saquear la nave, y subiendo á la galera de Juan Andrea le dije que cómo no había entrado tras las galeras, importando más tomar un bajel de remo que 50 naves, á lo cual me respondió que no era cosa de hablar en ello, porque era gran peligro, y que allí había estado el Príncipe Doria sobre Dragut y se le había salido con las galeras rastrando del otro cabo del puente ó Cántara, y le había dejado por escarnio en una torre que está allí y que teníamos á la vista, colgado un priapo de hombre, á lo cual yo le respondí que había muy gran diferencia de lo uno á lo otro, por la ventaja que había de todas las galeras de Dragut á aquellas dos sobre que habíamos amanescido con tal armada y á la imprevista y sin que pudiese haber defensa que estorbase la entrada, especialmente teniendo tan buen piloto como me había dicho que tenía en Chuza Muza, que le había guiado yendo en la proa de la galera hasta donde llegó. Finalmente, se resolvió en que no se entrase por las dichas galeras, las cuales, demás que fueron las que trujeron el armada del turco, estaban de manera que los turcos dellas no se

Biblioteca Nacional de España

acordaban de otra cosa sino de salvar sus personas á nado, y hubo muchos que entregaron su dinero á los cristianos que estaban á la cadena, como se ha sabido de hartos que han escapado y rescatado después acá, de los cuales se tomaba lengua, y tomada sitiábamos á Dragut en los Gelves y todas sus fuerzas, las cuales no podían salir en ninguna manera, ya que su persona saliera de noche en una barca, y se tomaban asimismo las dos galeras con más de 60 ó 70.000 escudos que tenía Dragut embarcados de la composición que había hecho en los Gelves aquellos días; y si quisiéramos saltar en tierra era de tener por muy cierta la victoria, por ser antes que nos faltase la mucha gente que se nos murió en el Seco del Palo, y porque la isla estaba mal con él, á lo menos la mitad della que se volviera en nuestro favor, y cuando quisiéramos pasar con aquella bonanza, que duró siete ú ocho días, le podíamos sitiar con tomalle la Cántara y las dos galeras y los más bajeles que hubiera por la costa alrededor de la isla, en un día, y dejar cuatro galeras de una parte y cuatro de otra, y irnos á Trípol y tomarlo sin muerte de un hombre, porque lo había dejado Dragut con solos 400 turcos poco más ó menos, viejos, cojos y mancos.

7. *Sigue D. Álvaro de Sande.*—Detuviéronse las galeras en saquear las naves casi todo lo que quedaba del día, y acordóse que el siguiente se fuese á hacer el agua de la Roqueta; y para asegurar á la gente que la había de hacer, el Duque sacó toda la infantería que iba en las galeras, y

Biblioteca Nacional de España

túvose la mayor parte del día una gruesa escaramuza con los moros de aquella parte, que son aficionados á turcos, y con más de 500 turcos á pie y á caballo que allí estaban con el Dragut, y á otro día sucedió por mala orden la desgracia á las ocho galeras que se habían quedado atrás.

8. El día siguiente las galeras partieron de allí é fuimos al Seco del Palo, donde hallamos algunas naves de las nuestras surtas, y fueron llegando de día en día las que faltaban, y las ocho galeras que arriba digo: así por la dilación de la llegada de las naves, como por ser los tiempos muy pésimos y contrarios, al Duque le fuerza estar allí muchos días, en los cuales, así porque la gente iba muy cansada y fatigada de la larga navegación y trabajo de aquel invierno, como por la mutación de los aires y ser las aguas muy suaves, se inficionó una enfermedad y pestilencia tan grande, que se echaban cada día gran cantidad de cuerpos á la mar; é visto esto, é que aún no habían llegado algunas naves en que iba infantería española é alemana é vituallas, é que el tiempo era contrario para ir á Trípol y las naves estaban con gran peligro de dar al través como había dado la nave Capitana, acordó el Duque de tomar parescer de todos los que éramos del Consejo, para que se viese lo que se había de hacer é mas convenía al servicio de V. M. é al bien de la empresa á que íbamos. Fué mi parecer é voto que dí que V. M. me había ordenado que fuese á servir en aquella empresa, é que estaba presto y aparejado para morir sirviendo en ella. Resolviéronse todos en que la

Biblioteca Nacional de España

empresa se hiciese, é que porque del estar allí nascía tanto daño, por la mortandad de la gente y la disminución de las vituallas, que con el primer tiempo, sin esperar las naves que faltaban, se partiese el armada; é que si el tiempo viniese contrario para poder ir á Trípol é bueno para volver á los Gelves, que por salir de allí se fuese á ellos, donde la gente podría desembarcar é refrescar é limpiar las naves, creyendo é teniendo por cierto que los moros de la isla eran amigos, porque en ella hay tres parcialidades: una amiga de turcos, y las dos enemigas; é porque éstas habían enviado á Sicilia á pedir ayuda para echarlos de la isla, y también porque sabíamos que el Dragut, después que tuvimos con él la escaramuza y entendió que íbamos á Trípol, se fué á meter en ella con todos sus turcos sin dejar ninguno en la isla, sino muy pocos en la guarnición del castillo, y que con el primer buen tiempo se embarcaría la gente é proseguiríamos nuestra jornada, y que asimismo recogeríamos allí las naves que faltaban y las vituallas que venían de Sicilia, y así con esta resolución y acuerdo pusieron todas las naves á pique para partir á donde el primer tiempo nos encaminase.

8. *El Duque*. — Si no hubiesen pasado por D. Álvaro de Sande tantos trabajos, maravillarme hía de que se le olvidase que su parecer no fué tan ambiguo, pues no obstante que lo que allí se resolvió fué lo más acertado, conforme á los tiempos y á la poca salud que el ejército tenía, y á la gente que nos había faltado, y de manera que yo me resolviera en ello, aunque no tuviera el Conse-

Biblioteca Nacional de España

jo y parescer de las personas que llevaba; pero no dudo de que cuando D. Álvaro vea estos apunctamientos le volverá á la memoria que especificada y abiertamente fué del parescer de todos, y que en público y en secreto lo trató diversas veces conmigo, inclinándose á la ida de los Gelves luego que se supo de las galeras que quedaron atrás que dejábamos á Dragut en los Gelves, de la gente de las cuales supo de nosotros, porque de la escaramuza no había tomado lengua, como asimesmo tampoco la tomamos nosotros; y fué más de esta opinión cuando supo que era ido á Trípol, en que yo me conformé por ver la falta que de la gente que sacamos de Sicilia había, y la que de cada día iba faltando, porque lo de Trípol se ponía en peligro y lo de los Gelves era cosa segura y hacía muy cierta la empresa de Trípol, por ser el principal sustento de aquella plaza y de los turcos que la guardan, como se podría discurrir largo y se ve por el gran esfuerzo que Dragut hizo en cobrarlos y el peligro en que se puso toda la armada del turco, quedando sin gente y sola, como quedó; dejado aparte que el tiempo no estaba para ir allá, y el temporal que nos trujo á los Gelves era viento por proa para Trípol, y de más de diez millas por hora, y duró tanto que se pudiera ir bien tarde á Trípol si se esperara en el Seco del Palo, y aun nunca á tierra de cristianos, pasando adelante la mortandad de la gente que cada día iba cresciendo, lo cual cesó en los Gelves, por ser la tierra muy sana y haber salido la gente de la mar; así que lo sobredicho no lo digo porque lo

Biblioteca Nacional de España

hice por parescer de D. Álvaro, pues yo lo hiciera y no se podía hacer otra cosa, sino por decir lo que á él se le olvida, pues lo que se hizo con deseo de servir al Rey nuestro señor y con toda la razón de guerra del mundo, y no sin pelear y peligro, como es ordinario en tales jornadas, no me paresce que es razón, porque la fortuna haya querido ser contraria, y que fuese adverso el fin, que quede por olvidado lo que fué bueno; y para tornar mejor á la memoria su parescer á D. Álvaro, no dudo de que se acordará que queriendo junctar otra vez el Consejo, como se hizo para tratar de nuestra ida y desembarcación y conquista de aquella isla, le dije que conociendo yo en D. Sancho de Leyva que todo lo que se proponía, paresciéndole que salía de él, lo contradecía, que me parescía que aquel día no se conformase conmigo, y que vería cómo tiraba á D. Sancho á todo lo que al servicio de S. M. convenía, y entonces fué cuando votó que él haría lo que yo le ordenase, cierto diferentemente de lo que concertamos, pues en lugar de dar desvío para traer á D. Sancho á lo que convenía y había tratado con él, se quiso poner en seguro de que yo huelgo mucho que lo esté; y digo que sea así, que yo lo determiné sin él, y que salió bien, y saliera mejor si las galeras no se perdieran al fin de la jornada, con que se perdió todo.

9. *Prosigue D. Álvaro de Sande.*—Quiso Dios que el día siguiente, que fué á 2 de marzo, no solamente se mejoró el tiempo para ir á nuestro viaje, pero refrescó tanto al contrario, que par-

Biblioteca Nacional de España

tiendo con él para los Gelves, conforme á la determinación que se había tomado, que en menos de diez días fuimos surtos al cabo que llaman de Valguarnera, que es lo último de la isla á la parte de poniente, y donde es la parcialidad más enemiga de turcos, y era la obstinación de los tiempos malos tanta, que estuvimos sin poder desembarcar cinco días; y contra la opinión que llevábamos, no solamente á los moros les pesó de nuestra ida allí, pero nos negaron las vituallas, y el día siguiente, que nos desembarcamos, que fué á los 8 de marzo, por defendernos los pozos, dieron la batalla; y acampándose juncto con nosotros, estuvieron cinco días, hasta que visto que el Duque quería volver á pelear con ellos, se rindieron y sometieron á la devoción de V. M., echando los turcos del castillo é entregándole, é con las demás condiciones que V. M. habrá visto.

10. Y paresciendo que pues aquella isla se había subjetado y atraído á la devoción de V. M., era bien de procurar de conservarla, y convenía hacerlo por lo mucho que importaba á la quietud de los reinos de Sicilia y Nápoles y navegación de ellos, por ser aquella isla tan vecina á ellos, donde se recogían muchos cosarios, así á vituallarse como á repararse é hacer navíos y invernar en ella y vender las presas que en los dichos reinos y costa de Italia hacían, que para esto era bien hacer un fuerte competente donde se pudiese meter guarnición de gente y artillería, porque habiéndole se quitaría la frecuentación de los cosarios y disturbaría mucho la contratación y paso de los

Biblioteca Nacional de España

turcos que pasan á Argel é poniente y se ponía la isla en perpetua subjeción, y podría servir de escala y de casa de munición para las empresas que en Africa se quisieran hacer, é para los navíos que quisiesen andar en corso contra turcos, y que el mejor sitio y parte donde se podía hacer era donde estaba el castillo, incorporándole en él, porque no se quería comenzar obra que pudiese disturbar á que, con el primer tiempo y llegado de Sicilia las vituallas y gente que se esperaba, no se pudiese partir el armada á Trípol, sino dejase la obra imperfecta; y porque la comodidad del castillo y haber en él lugar para poder meter vituallas y municiones y dos cisternas, y cerca tierra, leinmo, fajina y arena para poder edificar, hacían fácil é breve el edificarse el fuerte, é también parescía más conveniente hacerle allí que en otra parte, por ser el medio de la isla y donde los moros hacen sus mercados, contractaciones y ferias, é porque de más desto, en cualquier otra parte que se quisiera hacer era menester mucho tiempo, por no tener tan á mano los materiales, é por ser necesario hacer, allende de la fortificación, magacenes para las vituallas y municiones; y si se quisiera hacer en la Cántara, donde algunos dicen que se había de hacer, por haber agua, había en ello la dilación de tiempo que era contra lo que se tenia determinado, y quedaba subjeta la plaza á ser batida por mar, por haber en aquella parte mucho fondo, lo que aseguraba el castillo, que por ser secanos no se puede acostar armada á tiro de cañón, aunque por una canal estrecha pueden lle-

Biblioteca Nacional de España

gar fustas y galeotas é otros navíos mercantiles; ansí que, movidos destas cosas, se determinó que se hiciese allí el fuerte, y D. Sancho de Leyva tomó á su cargo el ir con Antonio Conde, ingeniero, y el Capitán general de la artillería Bernaldo de Aldana á designiar el fuerte, y ansí lo hizo, y por su disiño se comenzó á fortificar, tomando Juan Andrea Doria á cargo fortificar él un bestión con la gente de Quiroco Espínola, y de levantar otro se encargó el gran Comendador Jegieres con la gente de la Religión, y el Duque con la infantería española de otro, y el cuarto tomó á cargo Andrea Gonzaga con la infantería italiana de Lombardía, é yo le tuve de solicitar é ayudar á los unos y á los otros; y estando la fortificación en buen término, fué nueva que el turco enviaba armada para socorrer á Trípol, por la instancia que Luchaly había hecho, el cual le había ido á pedir, según dicen, en los dos navíos que arriba digo que se dejaron en la Cántara; y como de muchas partes se confirmase la venida de la dicha armada y el Duque, desesperando el poder hacer la empresa de Trípol é por desembarazarse de allí hizo dar gran prisa á la fortificación del fuerte, el cual fué en defensa el día de San Marcos, y de aquel día en adelante no se ocupó en trabajar más gente de la que allí había el Duque determinado que quedase. Habíase encargado D. Sancho de Leyva de hinchir la cisterna del fuerte, y dejóse de echar agua en ella estando llena no más que la mitad, y la cisterna que estaba dentro del castillo, que era pequeña, se hinchó con los forzados de

Biblioteca Nacional de España

dos galeras de Sicilia: había buen número de botas y tinajas para hinchirlas de agua, y no se hizo.

10. *El Duque.*—La isla quedó no sólo á devoción de S. M., pero por suya, y el jeque por su vasallo, con pagarle lo que pagaban al turco, y el aduana rentará poco menos que hiciera de costa la guarnición. Y como comencé á fortificar, no esperé más poder ir á Trípol aquel verano.

Hubo otra calidad de importancia para fundar allí el fuerte, que fué que por razón de los secaños no se podía poner armada sobre él, porque habiendo de echar la gente en tierra seis millas de donde había de quedar, era entregalla á la de S. M. si viniera á salvamento, como se esperó, aunque por otro cabo parescía inconviniente para avituallarlo con una nave, lo cual se remediaba proveyéndole con carabelas armadas ó otros bajeles pequeños y de poco fondo.

D. Sancho pretendió que se hiciese en la Cántara el fuerte, y no convenía porque no había agua ni cisternas, como en el castillo, y se vió cuando Dragut estuvo allí encerrado de Andrea Doria, que enviaba á veinte millas á hacerla, como el veedor Hierónimo Sedeño lo vió por vista de ojos, habiéndole enviado entonces Andrea Doria á la isla y á su casa á negociar con el jeque. Yo ví los cordeles para designiar el fuerte en la mano á D. Sancho de Leyva. Verdad es que el designio estaba hecho por quien lo entendía mejor, y se había estrechado casi dos tantos de lo que D. Alvaro había platicado. D. Sancho nunca ayudó á poner una piedra, ni con una espuerta de tierra

Biblioteca Nacional de España

ni un haz de fajina, teniendo muchos buenos esclavos y forzados, aunque yo se lo pedí y hice pedir con toda la instancia del mundo, y es cierto que hiciera más la chusma de una galera que cuatro banderas de infantería, porque se tardó el doble en partir. Antes ocupó la gente en cargar las galeras de lana y aceite para llevar á Sicilia y á Nápoles, y de vacas á Pysciota, y esto es verdad, y la causa porque perdió todas las de su cargo sin poder huir, y así las tomaron sin pelear.

También Juan Andrea, habiendo tomado á su cargo un baluarte y hecha maravillosa obra en él, pretendiendo ir con las galeras á Sicilia y dejarnos á todos allí, no paresciéndole al Consejo, sin faltar ninguno sino D. Alvaro, que no declaró su voto, sino dijo que lo que se había de hacer que fuese luego, con que D. Juan de Cardona se conformó, habiéndole contradicho siempre, alzó el dicho Juan Andrea la mano del bestión, en que se perdió más de diez días de tiempo.

No sé si D. Sancho se encargó de hinchir las cisternas, porque á Juan Andrea pedí que lo mandase á los de su cargo de la mar, y él lo mandó, creo, á D. Sancho y D. Berenguel; pero sé que, como cosa que tanto importaba, estuve muchas y diversas veces todas las horas del día á verlas hinchir, y que venían muchos barriles con la mitad del agua, que fué causa de dilatarse la estada allí, y la verdad es que se hincheron, aunque de espacio, y que la de fuera del castillo se vació dos palmos y cerca de tres, y con todo esto, si nuestra armada no se perdiera, que quedaba demasiada

Biblioteca Nacional de España

agua para la gente que dejaba, hasta las primeras del invierno, demás que no osara la armada desembarcar su gente, como dicho es, y si lo hiciera se perdiera, lo cual lo confiesan los mismos turcos.

11. *D. Álvaro de Sande.*—Estaba en este tiempo muy malo Juan Andrea Doria, y envió algunas veces con Plinio de Bolonia á decir al Duque que mandase que se embarcase la gente y las otras cosas que habían de ir en cristiandad, y si también que el Duque mandó dar 200 escudos de su casa á Agustín Febo, alguacil real del armada, porque solicitase la embarcación de la manera que Juan Andrea pedía que le embarcasen y el Duque que lo embarcasen: las causas que hubo para lo que quería el uno y el otro no se hiciese, se pueden bien saber y á mí no toca decirlas.

11. *El Duque.*—Las causas que yo me puedo acordar que hubo para dilatarse la embarcación fueron: la primera, mucho embarazo que nos dieron los soldados que habían de quedar en el fuerte, con esconderse y irse á los navíos y con las quejas de sus capitanes. La otra por la flojedad que hubo en enviar esquifes para embarcar la gente, ocupándolos en llevar mercadurías á las galeras, especialmente á las de D. Sancho de Leyva, porque esto yo lo ví. Tanto que los camellos que iban y venían á la marina llevándolos á embarcar, me acuerdo que nos desasosegaban vellos pasar por muy cerca del altar donde oíamos misa en el campo. Y hubo persona de crédito que me ha dicho que llegando esquifes de D. Sancho de Leyva á la marina y pidiendo á los hombres que

Biblioteca Nacional de España

venían en ellos que tomasen soldados para llevar á las galeras, no lo quisieron hacer, diciendo que habían de llevar primero un caballo. También nos embarazó que paresciéndole al Maestre de campo Barahona que el foso del castillo en la parte de Levante no quedaba tan bien como él quisiera, lo desbarató un día para dejallo más ancho, de manera que lo puso llano, y se hubo de andar tratando con los tudescos que lo aderezasen; y demás de todo esto, lo más principal fué el ruido que se tuvo en el zoco de los moros entre ellos y los cristianos sobre un albarcoque que tomó un cristiano á un moro sin pagárselo, de que hubo hartos muertos y presos de los moros y de algunos cristianos, á cuya causa, y por dejar el castillo en paz con la isla y que quedase por subjecta como lo era, se hubo de dilatar la embarcación dos ó tres días; y es verdad que D. Alvaro de Sande me dijo que nos embarcásemos luego, y poco después de sucedido este ruido, y yo le dije que parescería que nos embarcábamos de miedo de los moros, de que no ganaría nada el castillo ó fuerte embarcarnos de aquella manera sin asosegar la isla primero y capitular con el jeque, demás de la reputación, y no tener por tan cierta la venida tan presta del armada, antes estar en opinión de hombre de experiencia y marinero, que no vernía por todo mayo, el cual había muy poco que llegó de Sicilia.

12. *D Álvaro de Sande.*—Había el Duque acordado de dejar al Maestre de campo Miguel de Barahona por gobernador del fuerte hasta que V. M. proveyese otra cosa, y que por aquel verano

Biblioteca Nacional de España

quedase en él 2.000 hombres, incluyéndose en este número los soldados y la demás gente necesaria, así para el servicio de la artillería y municiones, como para el de todas las cosas necesarias, y hobiese embarcado á los 10 de mayo toda la gente que había de venir en cristiandad, excepto alguna parte de los alemanes y muy italianos, que entre todos no habían 400 hombres, que con facilidad con dos barcadas con los esquifes de galera se embarcaron todos.

13. Llegó este propio día, tres ó cuatro horas antes que anocheciese, una fragata con dos despachos del Gran Maestre, el uno para el Duque y el otro para Juan Andrea, en que les avisaba que el armada turquesca había hecho agua en el Gozo. Fué el Duque á verse con Juan Andrea y halló que estaba en Consejo con los capitanes de la mar tratando de lo que se debía hacer, é yo quedé en el fuerte, y no sé lo que pasó en el Consejo; mas de decirme el Duque que había determinado y se habían resuelto de no pelear, sino salvarse, y que dos ó tres habían sido de parescer que peleasen, junctándose con las naves, é que aquella noche saldrían de los Secos, y que como fuesen fuera, eran seguros, y que dejarían la galera *Condesa* en aquél, é los que con él estábamos nos pudiésemos ir, y que enviarían á tierra los esquifes de las galeras, porque no viniendo el armada ni paresciendo á la mañana, embarcarían la gente que faltaba de embarcar, é que con esta determinación salieron del Consejo.

13. *El Duque.*—La fragata vino, como dice

Biblioteca Nacional de España

D. Alvaro, antes una hora más tarde que más temprano, la cual vimos él y yo llegar á tierra y en ella el Comendador Guimarán y otro gentilhombre que en el vestir y la manera me pareció que venía de fuera, y luego lo dije á D. Alvaro, y que me parescía que debía de haber alguna nueva, y en esto caminé hacia los dos, y Guimarán se adelantó á mí y me dijo suso: «Vamos de aquí, que el armada es con nosotros;» y yo le dije: «¡Cómo!» Respondióme: «Este caballero que viene conmigo, que se llama Copones, es de mi tierra: viene con la nueva de parte del gran Maestre y avisa cómo el armada tocó en el Gozo y fué vista de todos, y se pasó un renegado español y dijo cómo venía á Trípol derecha, y que á la cuenta de la navegación que ella había hecho, llegaría aquella noche y otra podría venir á los Gelves.» Yo le respondí que cómo nos habíamos de ir; él me respondió que nos embarcásemos en aquella fragata D. Alvaro y él y yo, y que nos fuésemos á las galeras con Juan Andrea y los demás, los cuales estaban determinados de irse luego. Yo le dije que cómo era posible que pudiese hacer aquello dejándome en tierra los alemanes y otros soldados y gentes, que era casi en número de otra tanta como la que quedaba en el fuerte, y que para el agua que había era grandísimo inconveniente. En esto dije á D. Alvaro y á Guimarán y á Copones que fuésemos á mi tienda, y que no se dijese nada por no alterar el campo, y así se hizo, mostrando Don Alvaro que tenía gran esfuerzo y que no vendría allí el armada en dos ó tres días, diciendo que se

Biblioteca Nacional de España

repararían en Trípol y tratarían con Dragut, y otras cosas, y quiso que nos sentásemos á cenar; y yo, porque mi diligencia no paresciese menos ánimo que el suyo, hice lo que quiso y enviamos á Guimarán á que procurase con Juan Andrea que me enviase los esquifes, pues parescía que no convenía que yo me embarcase y dejase la gente que había de ir, especialmente siendo tanto daño quedando el agua limitada, y á la verdad, como no me puse á cenar con gana ni con sosiego, no lo pude sufrir y dije á D. Alvaro: «Dejemos esto, señor; entendamos en lo que hemos de hacer; no es tiempo de cenar con reposo;» y así, hice llamar á mi secretario, entre tanto que Guimarán volvía, y firmé y despaché algunas cosas necesarias, y hice embarcar en los pocos barcos que había á mi hijo y á la mayor parte de mi casa, y ordené á la gente que había de embarcarse que estuviese á puncto á la marina, esperando los esquifes, pudiendo venir todos como vino él en uno, siendo tan necesario desembarazar aquella plaza de la gente sobrada por razón del agua, y dijo cómo Juan Andrea y los otros caballeros y capitanes de galeras se habían juntado en Consejo, y resuéltose que las naves se levasen y se fuesen, y partirse ellos aquella noche, porque cuando el armada viniese el día siguiente de Trípol, donde presumían que estaría, no les hallase allí; y que no había para qué enviar los esquifes, sino que yo y Don Alvaro nos metiésemos en el que él venía y que nos fuésemos, porque no esperaban otra cosa que á mi ida, y que D. Sancho de Leyva decía que no

Biblioteca Nacional de España

era razón que yo por dejarme de embarcar pusiese en peligro que se perdiese aquella armada de S. M.; y acordándome yo que había dado mi palabra como caballero de no dejar en Berbería á los tudescos, y de ponerlos en tierra firme y de cristianos, envié á llamar al Coronel y á los otros oficiales y díjeles lo que me enviaban á decir de la mar y el término en que estaban las cosas, y que viesen lo que de mí querían, que el armada se podía ir muy bien sin mí, y no yo sin cumplir mi palabra. Ellos se resolvieron que querían los esquifes. Visto esto, me trujeron á puncto todos los que allí estaban, y pienso que D. Alvaro, que permitirían que yo fuese á pedir los esquifes á Juan Andrea con que yo diese mi palabra de volver con sí ó con no. Yo fuí, y así fué Guimarán conmigo, solos, y hallamos á Juan Andrea y á Plinio en la cámara de popa de su galera, que á mi parecer sería á hora y media ó dos de noche, y entrando que entramos en la cámara dijo Juan Andrea suso: «Leva, vamos.» Yo le dije: «Óigame V. S. primero, porque no vengo para poderme ir desta manera; y contéle lo que había pasado con los alemanes y lo que con ellos había tratado, y pedíle los esquifes. Respondióme muchas cortesías, diciendo que por mi persona aventuraría las galeras, y que no se iría sin mí. Yo le respondí otras semejantes, diciendo que así aventuraría yo y pondría por él todo lo que tenía, y que si lo decía por sus galeras, que yo aceptaría el ofrecimiento como entre amigos; pero que si lo decía por el armada de S. M. que tenía á su cargo, que en ninguna manera la

Biblioteca Nacional de España

aventurase por mí, sino que hiciese aquello que le paresciese mejor para su salvación, y que yo volvería á cumplir mi palabra con los tudescos, y que todavía me podían dar los esquifes con que traer los que estaban en la marina, que sería cumplir con todo. Ordenó que se diesen, y dijo que viniesen los tudescos presto porque le hallasen allí, y que él pensaba hacerse á la mar aquella noche; y si descubría á la mañana á la armada hacer su camino de Sicilia, y si no que volvería por los tudescos y la otra gente á recogerlos, si no hubiesen llegado antes que partiese, y que dejaría allí la galera *Condesa*, que era la mejor que él tenía, para que esperase todo lo posible para recogerme si quisiese irme; y con esto volví al fuerte y dí orden que se embarcase toda la gente que se pudiese en los esquifes, especialmente los alemanes, y fuímonos á la marina á embarcar D. Alvaro y Guimarán y D. Pedro Velázquez y yo, donde por ser bajamar y no poder llegar á la orilla una fragata en que habíamos de ir todos á las galeras, pasamos á ella D. Alvaro y yo en un barco muy chico con orden que volviese por el Conservador y por Guimarán, á los cuales, ó por no haberlos hallado allí, ó no haber vuelto á ella el barco, no vinieron á nosotros, y paresciéndonos gran vergüenza irnos sin ellos, los esperamos hartas horas; y en comenzando á crescer el agua, ya cerca del día, nos allegamos á tierra, y preguntando por ellos nos dijeron que había gran rato que eran idos, con lo cual nos fuimos, entendiendo que habían pasado de largo por no habernos

Biblioteca Nacional de España

hallado en la posta que estábamos, y así nos amaneció en el camino y reconoscimos que toda el armada era levada, y la víamos que iba lejos, y mucho más adelante otras velas que juzgamos ser nuestras naves, y parte eran algunas dellas y la mayor el armada del turco. Vimos en la posta de las galeras á la que nos había dejado Juan Andrea, y llegando casi cerca della nos salieron al encuentro Guimarán y el Conservador en un barquillo, y nos dijeron que las velas que juzgábamos ser nuestras naves era el armada enemiga, la cual revolvía sobre la nuestra, que iba bien descuidada, á lo que yo puedo juzgar de toparse con ella, pues si esto se pensara, se hubiera abrazado con las naves ó pasado por el Canal de los Querquenes, como dice un piloto maltés de la religión de San Juan, que se llama Tomé, que lo aconsejó; de manera que no reprobando ni loando el consejo que en la mar tuvieron, porque si se fundó en la relación del renegado, el suceso fué vario, con el cual el pueblo siempre tiene cuenta. Como quiera que sea, digo, que por suerte ó por cualquiera otra cosa que fuese, yo no me hallé en él, ni pasó más ni menos de lo que he dicho. Y tornó á decir que si por D. Alvaro no hubiesen pasado los trabajos que han pasado, que me maravillaría mucho de que no se le acordase cómo pasó este negocio, pues lo supo de muchos y de mí, y solía tener buena memoria. Es bien que se entienda que ni por partirse á la hora que vino Coponés, ni mucho antes ni después, nuestras galeras dejaban de topar los enemigos, porque las lleva-

Biblioteca Nacional de España

ban por proa; y si habían de pasar sin ser vistas por aquel camino que determinaron y no por el Canal de los Querquenes, había de ser de noche, como partieron, y según paresce, por un griego levante que se levantó algo furioso, me paresce que dieron fondo aquella noche y estuvieron surtas dos ó tres horas entre el armada turquesca y tierra, de manera que no se excusaba la destinada pérdida, y fuera mayor, porque al amanescer se hallara más cerca de los enemigos, para no poderse escapar las que vinieron á Sicilia, y más lejos del fuerte, para salvarse por entonces las que vinieron á él. Por donde yo juzgo que no fué sin misterio las causas que hubo á no embarcarme, por lo que á mi persona toca, y querer nuestro Señor, por cumplir mi obligación, no sólo que no me perdiese, pero que no me mojase el pie, pues no se pudo juzgar entonces cuál fuese más segura, la mar ó la tierra; pues si lo era la tierra, no embarcara mi hijo, y si la mar, el quedarme en tierra fué por hacer lo que debía. Así que reconoscido muy bien la vuelta que habían tomado nuestras galeras y la caza que les daban los turcos, y que algunas venían á dar en tierra, recogimos los esquifes que tras mí iban con los tudescos y otras gentes á embarcarse, nos volvimos al fuerte.

14. *D. Álvaro de Sande.*—El Duque vino en tierra y despachó todo lo que tenía que tratar con el rey de Caruán, que era poco. Ordenó al gobernador del fuerte lo que con el jeque había de hacer, é todas las otras cosas convinientes á la guarda

Biblioteca Nacional de España

y conservación de la isla, y dos horas antes del día se embarcó en una fragata é yo con él, para ir en la galera que se había ordenado que quedase allí para tomarle, que estaba á cargo del Comendador Guimarán, el cual estuvo esperando casi hasta el día, y él había pasado á su galera sin haber visto al Duque por la escuridad de la noche. Con la claridad del día el Duque mandó que la fragata fuese la vuelta de la galera, é bien fuera de pensar que las demás estuviesen donde las halló, porque lo habían acordado, que como digo era salir de los Secos; y como el día fué claro, descubrimos el armada turquesca é volvimos al fuerte.

15. Visto que nuestra armada era rota y desbaratada y que toda la gente de las galeras que habían encallado, y las que habían venido á la vuelta del castillo, se echaban á la mar é venían nadando, quién con barril, quién con pavés y quién á fuerza de brazos, y que cada uno se daba priesa á tomar tierra á lo menos cerca, creyendo que los moros que parescían en la marina, que no eran pocos, eran amigos; pero como vieron el armada turquesca victoriosa, y que para disculparse de lo que habían jurado pocos días había, que era vasallaje y fedelidad á V. M., era bien poner las manos en los cristianos, lo comenzaron á hacer de manera que fué menester que el Duque me mandase que fuese con gente á socorrer á los que venían á salvarse á tierra. Fué gran número de gente la que se recogió y de diversas naciones y estados. Visto por el Duque una cosa tan impensada, como

Biblioteca Nacional de España

era ver perdida nuestra armada, envió á decir al jeque de la isla y al rey de Caruán el ruín suceso y á esforzarlos á estar de buen ánimo; pero como vieron ellos el armada desbaratada y conoscieron los ánimos de los moros, pusiéronse en salvo, é lo mismo hizo el tío del rey de Túnez, con quien el Duque les había enviado á hablar.

16. Juan Andrea, habiendo dado en los Secos con su galera, se recogió al fuerte y dijo al Duque que él se quería ir en una fragata á Sicilia á recoger las galeras que se habían salvado y á dar orden como se armasen otras tres que en Sicilia y Malta habían quedado, y asimismo dijo al Duque que él hiciese lo propio, porque pudiese poner recaudo en las plazas y fuerzas de Sicilia que quedaban tan sin gente y desproveídas. Mandónos el Duque á D. Pedro de Urríes y al Comendador Guimarán y á otros que nos juntásemos á tratar de lo que nos parescía que se debía hacer. El mío fué que el Duque había de hacer lo que Juan Andrea le aconsejaba, porque su persona no era tan necesaria en aquel fuerte cuanto en Sicilia. Dijo el Duque que no se le diese consejo teniendo respecto á su salud, sino á su honra y á lo que convenía al servicio de V. M.; y como todos fueron del propio parescer, se decidió á hacerlo, diciéndome á mí que me pusiese á puncto para irme con él, pues quedaba allí el Maestre de campo Barahona, que era soldado que daría en todo buen recaudo, y que quedaban otros que le ayudarían.

Respondí que no obstante que en Barahona había las partes que S. E. decía, y en mí no más

Biblioteca Nacional de España

obligación de quedar allí de la que tenían los que iban con él, que porque veía que para gobernar la gente que allí quedaba, por respecto de la mucha que se había salvado de las galeras, y ser de diferentes naciones y calidades, era menester persona de mayor cargo que el dicho Barahona, y que para ello yo ofrecía la mía é quería quedar en aquel fuerte, para que en los reinos de Sicilia y Nápoles se pudiesen proveer é reparar del peligro en que estaban, ansí por estar desproveídos de gente, como por lo que podía el armada hacer yendo tan victoriosa é poderosa, é que me parescía que ninguno podría hacer esto mejor que yo, é que así para ello hacía elección de mí propio y suplicaba á S. E. lo tuviese por bien, y también porque el agua y las demás vituallas eran pocas y era menester desde luego mandarlas dar con gran orden, especialmente el agua, que como digo era muy poca, y acabada, se acababa la empresa á los turcos, é que entendía bien cuán á peligro de perderme quedaba, é que para no serlo hallaba uno de tres remedios, y eran: ó que los turcos por abreviar su empresa diesen una gruesa batería y asalto, ó que nuestro Señor nos socorriese con unos turbiones de agua que en verano suele haber en Berbería, ó que V. M. nos mandase socorrer, que, cierto, sola la fama de que se juntaban galeras en Sicilia ó Malta bastara á hacer que los turcos se alargaran de la empresa, ó la abreviaran procurando tomarnos por fuerza y no por asedio, porque por tener la gente en tierra tenían las galeras desarmadas, y la parte

Biblioteca Nacional de España

donde ellos tenían su armada, eran secanos, y tan lejos de tierra, que con mucha dificultad un esquife de galera podía hacer más de dos viajes en un día; y si tuvieran nueva que se junctaban algunas galeras, les era fuerza, por guardar las suyas, embarcar la gente y tenerla en el armada, por la dificultad que, como digo, había de poderla embarcar brevemente y dejarnos á los del fuerte desembarazados, y para esto bastaban 30 ó 40 galeras, porque no embarcados, les podían tomar y quemar su armada, é queriéndola guardar nos dejaban en la isla libres, y siempre tuve esperanza que se haría, por no ser muy difícil, y que no embargante que entendía que me podían faltar cualquiera destas cosas, ó todas, yo quedaba allí por entretener aquel cuerpo muerto, que por tal se podía juzgar habiendo asedio, y que en esto quería hacer servicio á V. M., no poniéndoseme adelante ni mirando otro particular que éste, y también que no quisiese Dios que yo me salvase viendo quedar perdidos los que me habían sido compañeros en aquella jornada, y algunos dellos en otras muchas, y que S. E. fuese cierto que si los enemigos me quisiesen tomar por asedio, no podía dejar de perderme; pero que le prometía que cuando á estos términos llegase, y el agua me faltase, saldría á perderme dando la batalla, y que hasta esta extremidad yo procuraría entretener el fuerte é los turcos en aquella empresa, como después hice lo uno y lo otro. El Duque, oídas las razones que para quedar allí le había dado, túvolo por bien, y con la comodidad

Biblioteca Nacional de España

que tuvo, que fué harto peligrosa, se fué en Sicilia, donde nuestro Señor fué servido que llegase á salvamento.

16. *El Duque.*—D. Alvaro quiso quedar en el fuerte, como dice; pero no quedó tan desesperado de defenderse, y las vituallas y municiones fueron en demasiado número, y no siendo socorrido, de necesidad se había de perder por falta de agua, teniéndose dentro la gente que salió de las galeras, á lo menos la inútil; y esto se ve claro, pues nunca se perdió por fuerza, sino por desfallescer las fuerzas á la gente que estaba dentro, que, como demasiada, se bebió el agua antes de tiempo, y no tanto antes que no se tuviesen tres meses.

Sobre lo que después sucedió hasta la pérdida del fuerte, porque no sé cosa sino de oídas, no me paresce apunctar ni tractar aquí dello.

17. *D. Álvaro de Sande.*—Dicen algunos que la salida que hice la última noche fuera mejor hacerla cuando los turcos desembarcaron, que éramos más, y más enteros y fuertes podíamos pelear con ellos con 2 ó 3.000 hombres ó más: éstos hablan como mal pláticos ó mal informados, ó demasiadamente apasionados, porque allende de que mi intento principal fuese entretener allí el armada, y sólo este particular me había hecho quedar allí, por las causas dichas, no había de salir temerariamente á perder aquella gente y hacer á los enemigos breve su empresa, sin poderles hacer daño; porque ellos se desembarcaron y alojaron en el propio alojamiento é fuerte que nuestro campo tuvo después de ganada la batalla cuando

Biblioteca Nacional de España

en aquella isla saltamos con el ejército, que ultra de estar cuatro ó cinco millas del fuerte, estaban ellos no menos fuertes en él que nosotros en el nuestro, y no sé cómo paresciera ó con qué razón se podía hacer ir con 2 ó 3.000 hombres que entre buenos y malos podía sacar, dejando el fuerte desamparado, no solamente á combatir con 12.000 turcos que estaban tan lejos de donde me podía retirar, y en un alojamiento muy fuerte y atrincheado, con 20 piezas de artillería, pero con todos los moros, que siendo nosotros 7 ó 8.000 hombres cuando saltamos en aquella isla, sin ayuda ninguna de turcos nos acometieron á dar batalla é pelearon de manera que tuvimos la victoria dudosa, y se habían puesto y alojado á nuestra mano izquierda, y por las espaldas teníamos los árabes que habían entrado en la isla por orden del Dragut, que serían 1.500 caballos; é ultra de todas estas dificultades, había otra que no era menor, y era, para haber yo de acometer á los turcos en su alojamiento, me era fuerza ir de marina á marina, donde ellos con sus galeotas, fustas é bergantines me batían por costado; así que de salir á buscar los enemigos é irlos á combatir á su alojamiento, no podía suceder sino la pérdida de todos los que saliéramos y de los que quedaran en el fuerte. Dicen también que después que los turcos se me llegaron, salí menos veces de las que debiera, y éstos, si se hallaron allí, se acuerdan mal, ó si no lo estuvieron, están mal informados, porque ultra de lo que creo yo que ninguna tierra que haya asediada y combatida ha echado tantas veces gente

Biblioteca Nacional de España

fuera ni con mejor orden, no se deben acordar que siempre que la eché volvieron huyendo con pérdida, é de que una vez que entre las otras, estando los turcos combatiéndonos las galeras, por disturbarlas y parescerme que se les podía hacer algún daño en aquella conjunctura, mandé á dos capitanes que con 300 soldados españoles é italianos saliesen asaltar las trincheas de los enemigos por la parte del Poniente, é que no solamente lo hicieran, pero que después de salidos, sin pasar del foso ni hacer ningún efecto, se volvieron al fuerte huyendo, y de que muchos que la quise echar, teniéndola á puncto é para salir, se iban las propias centinelas á dar aviso á los turcos; y también se les debe de haber olvidado que se me fueron á los turcos más de 1.000 hombres, de su propia voluntad, así por la mucha sed como por flaqueza de ánimo, é que no había hora ninguna de las del día ó noche que los enemigos no supiesen ni fuesen avisados de los nuestros propios de lo que dentro del fuerte se hacía, sin haber bastado remedio ninguno á que pudiese dejar de ser, buscando los que fueron posibles, porque para este particular tuve guardia, y porque de la mesma que mandaba poner se me iban, hice echar un bando que cualquier soldado que matase ó prendiese al fugitivo se le darían seis escudos al que le trujese vivo y cuatro al que le matase, y esto se observó y cumplió; y mandé hacer justicia de muchos que se huían, sin haber perdonado á ninguno. Las necesidades que allí se pasaron fueron con extremo grandes, las cuales no quiero tractar aquí todas,

Biblioteca Nacional de España

porque sé que V. M. está informado dellas; pero diré algunas del agua salada dulce. Comiéronse los caballos y otros animales, repartiéndolos por raciones, y hubo algunos, y no es manera de decir, que comieron hígados de turcos; y se vió vender una gallina en 14 ducados, y muchas cabezas de cebollas, que llevó una fragata que fué con unos despachos de Sicilia, á ducado cada una, y cada cabeza de ajos un real, y á este respecto, y otras cosas que llevó. El pan se amasaba con agua salada; y como la munición era queso y tocino y otras cosas saladas que apetecían á beber y la ración de agua era limitadísima, se entretuvo la gente por temor de la sal muchos días con garbanzos y algún bizcocho que se les daba y dió, y muchos murieron de sola sed, y eran los caniculares y en Berbería: trabajaba la gente toda la noche y peleaba el día sin tener ningún reposo. En ninguna parte se peleó donde no me hallase: defendí por mi persona y con pocos amigos el bestión de Gonzaga, abandonado de los que lo guardaban, dándole el asalto por un fuego que tomó un barril de pólvora: fuí allí herido en una mano é matáronme delante de los ojos al Capitán D. Hierónimo de Sande, mi sobrino, é otros amigos é muchas personas.

18. Había ochenta y un días que el armada estaba allí, y viendo que ya me faltaba el agua y no la había para poder dar más ración que dos ó tres días, determiné de salir á dar la batalla, como lo había propuesto desde el principio, y ansí, dejando la parte por donde más fácilmente y sin pe-

Biblioteca Nacional de España

ligro de ser sentido podría salirme, paresció mandar abrir una puerta que estaba tapiada á la parte de la marina y sacar por allí la gente, porque bajando la mar había harta plaza para ponerla junta, y en aquella parte no hacían centinela los turcos, y por todas las otras partes las tenían pegadas con el fuerte y era imposible salir un hombre sin que fuese sentido, y dí orden que seis capitanes de todas naciones tomasen la vanguardia con 300 soldados, é que yo con la demás gente é capitanes é hombres particulares, que serían otros tantos, los seguiría, dejando algunos capitanes á la retaguardia con orden que hiciesen caminar adelante la gente y degollasen á todos los que se retirasen, y á mí el primero si lo hiciese, porque aquella salida no era para volver al fuerte sin victoria, y esto, poniéndome yo á una parte de la puerta y á la otra Maroto, Sargento mayor de la infantería española de Nápoles, lo estuvimos diciendo á toda la gente que salía. Ordené que la vanguardia acometiese y caminase drecho á las tiendas donde decían que alojaba el Bajá y Dragut, é que yo iría á una tienda grande que estaba más á la marina, donde los turcos hacían guardia á la artillería, é que rota aquélla me iría á junctar con la vanguardia, é todos en un cuerpo iríamos ejecutando la victoria degollando toda la gente que hallásemos hasta el caballero de San Juan, é que tenía por cierto que si acertábamos á degollar alguna de las cabezas, el campo se retiraría, é que si no, no se podía dejar de hacer tanto daño en los turcos que no fuesen forzados á recogerse

Biblioteca Nacional de España

más de lo que estaban, é darnos lugar para salir á tomar agua.

19. Estando sacando la gente dos horas antes que amanesciese, é que estaría del fuerte fuera más que la mitad, fuimos sentidos de los turcos y tocaron á arma, é por no dar lugar á que se recogiesen, ordené que la vanguardia partiese, é yo con obra de 60 hombres seguí el camino que había determinado, dejando atrás los capitanes que arriba digo, así para que hiciesen á la gente que iba saliendo que me siguiese, como para que hiciesen lo que tengo dicho, después de salida toda la vanguardia de á camino por donde le había yo ordenado, é rota la guardia de algunas trincheas, llegaron á las tiendas donde iban, é yo con la poca gente que me seguía rompí la guardia de la artillería, y pasando algunas trincheas para irme á junctar con la vanguardia, estando ya muy adelante, me dió voces Perucho de Morán Ricardo que dónde iba, que no me seguía nadie, é que la avanguardia se le iba dando la carga los turcos, y hallándonos solos el dicho Perucho y el Sargento mayor Maroto, que fueron los que no me desampararon, y estando irresolutos de lo que podíamos hacer, por ser imposible tomar el fuerte, por estar ya entre él y nosotros muchos turcos, el Perucho me dijo que le siguiera, que él me llevaría por parte que me pudiese salvar en nuestras galeras, é ayudándonos la escuridad de la noche lo hizo é me llevó á ellas, siguiéndonos algunos turcos, é peleando con ellos fué herido y preso el dicho Sargento mayor Maroto, y dél supo el Bajá

Biblioteca Nacional de España

Piali que yo estaba en las galeras, donde después, hasta que fuí preso, me dió una recia batería. Matáronme aquella noche al Capitán Alonso Golfín, que era mi primo hermano, yendo conmigo, y á otros caballeros muy deudos míos.

20. Como llegué á las galeras, envié un soldado que fuese á nado al fuerte para que diese aviso que yo estaba allí, y escribí al Contador Juan del Arcón que hablase á los capitanes y de mi parte les dijese que yo estaba en las galeras y que les rogaba se entretuviesen sin rendirse hasta que yo fuese, que lo haría en cresciendo la mar; y aunque es bien verdad que era imposible tenerse el fuerte y dejarse de perder aquel día ó el otro á más tardar, tengo con mucha razón queja de algunos capitanes que, no observando mi orden y sin darme parte, ni á algunos de los capitanes que estaban en el fuerte, no solamente eligieron y nombraron por Gobernador para que rindiese el fuerte al Capitán Rodrigo Zapata, que al presente está en esta corte, y él lo aceptó, pero aun por su orden, como paresce por unos carteles que el Capitán Juan de Zayas le ha puesto. Le salieron á rendir el Capitán Juan de Funes y otros, sin querer esperar lo que yo les quisiese dar, ni hacerme saber ninguna cosa, estando tan cerca dellos, y por ello el Bajá les dió libertad gratis, y después vinieron á esta corte y V. M. les hizo merced.

21. Después que fué rendido el fuerte, los turcos fueron á combatir las galeras en que yo estaba, é como del fuerte no me ayudasen, la gente dellas desmayó de manera que, echándose casi

Biblioteca Nacional de España

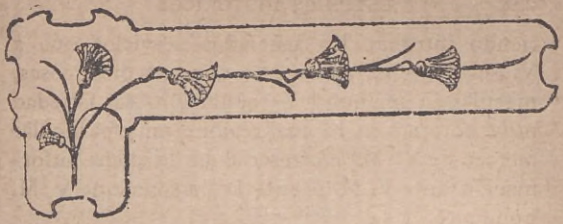
todos á la mar, no queriendo pelear, fuí preso sin poder hacer mucha resistencia. Habrá V. M. entendido sumariamente por esta relación las cosas de la jornada de Trípol que tocan á mi particular, de los cuales he querido informar á V. M. por las causas que al principio della digo; é para que entienda que en ello no hice cosa por la cual merezca reprensión, antes por el haber quedado en aquel fuerte sin tocarme, con sólo celo de servir á V. M. é por entretener todo el verano aquella armada que tanto daño pudiera haber hecho, como lo hizo, me paresce que todos los servicios que hice al Emperador nuestro señor y he hecho á V. M. no merescen la recompensa que sólo éste. É así yo venía muy confiado de que V. M. me haría mucha merced, considerando todo esto, y lo estoy de que informando y desengañándose de que en las cosas que se me han puesto hay más pasión que razón, me la hará, y estoy cierto que ningún asedio de tierra ha habido de muchos años á esta parte donde tanto se haya peleado, y que con tanta extremidad de necesidad y trabajos se haya entretenido tanto el enemigo, y así lo hallarán todos los que sin pasión lo quieran mirar y considerar.

Por tanto, á V. M. humildemente suplico mande hacer información de cómo es verdad todo lo contenido en ésta mi relación, y nombrar persona para ello que sea de confianza, para que por ella conste á V. M. ser verdad todo lo que en ella digo, y lo que algunas personas con dañada intención y malíbula voluntad de mí han dicho, que-

Biblioteca Nacional de España

riendo inturnar los señalados servicios que á V. M. he hecho, así en esto como en otras cosas, maculando mi honra é reputación, ser falsedad muy notoria, en lo cual recibiré muy particular merced de V. M., é ofrezco á dar la dicha información ante V. M. ó ante la persona que V. M. nombrare.

Biblioteca Nacional de España



EPIGRAMA

DEDICADO Á JUAN ANDREA DORIA [1].

PASQUIN. Marfodio, tuto vegno spaventato
e non so si en le spalle sto ferito.
MARFODIO. ¿Del traditor Paschin forse ay fugito?
PASQUIN. Non, ma di buona voglia ritirato.
MARFODIO. ¿Quanti inimici nostri ay ammazzato?
PASQUIN. Ni un con mano armata, ben coldito,
perche quel Mondo va tuto smarrito
per le prodese che con luy e fato.
MARFODIO. Non dico questo, ferma per Dio il [passo,
che anchora par che di paura fugi
e di me perche voltasti il fianco.
PASQUIN. Diro il vero fugir mi fe yl fracazo
li tiri, le bombarde li archibugi
ma sopra tute cose un moro bianco.

(1) Bibl. Nac., *M*-375. Obras de diversos recopiladas por D. Pedro de Rojas, 1582.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

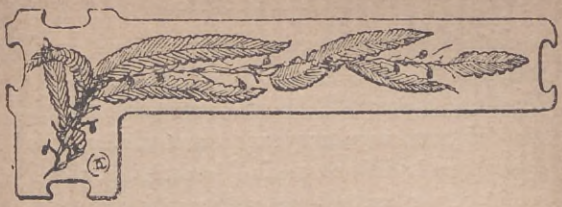
ANTONIO PÉREZ

EN INGLATERRA Y FRANCIA

(1591-1612)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España



Por muchos años el libro de *Relaciones, memoriales y cartas de Rafael Peregrino*, escrito con suma habilidad por el Secretario de Estado que fué de Felipe II para vindicarse de las acusaciones de los tribunales y darse por víctima paciente de injustas persecuciones, ejemplo lastimoso de la crueldad del sino, ha servido al juicio de su persona, andando de mano en mano impreso en todas las lenguas y en multiplicadas ediciones, no por apología hecha de puño propio, parafraseada y puesta en la trompeta de la fama por el autor mismo, antes por *Retrato al vivo del natural de la fortuna de Antonio Pérez*, como título que aplicó más tarde al libro, ya que pasaba sin objeción ni respuesta.

Siglos adelante vino á dársela, hasta cierto punto, el Sr. D. Salvador Bermúdez de Castro. Persuadido de que en las *Relaciones* «la verdad se halla frecuentemente alterada, el

Biblioteca Nacional de España

sentido histórico camina forzado á un fin, y son, más bien que narración imparcial, alegato jurídico en propia defensa,» acometió el estudio del personaje acopiando materiales de la época que le dió notoriedad desdichada, y bosquejó otro retrato (1) en que, si por algo asoma la pasión humana, se ve influída de la conmiseración que no dejan nunca de despertar en almas generosas los grandes infortunios.

Con ser mucho el mérito del cuadro, tiene aún algún otro defecto, notado, dicho sea en verdad, donde la facilidad de comunicaciones consentía la disposición de elementos que no estaban al alcance del primer investigador. El Sr. Bermúdez de Castro no sabía que ya desde el siglo anterior circulaban en Inglaterra importantes documentos de la historia de Antonio Pérez; las cartas confidenciales que había dirigido al Conde de Essex, conservadas entre los papeles reservados de Antonio Bacon (2). No pudo tampoco haber á las manos la correspondencia oficial de los embajadores de Es-

(1) *Antonio Pérez, Secretario de Estado del Rey Felipe II. Estudios históricos* por D. Salvador Bermúdez de Castro: Madrid, 1841. En 8.°, 409 páginas, incluso el Apéndice de documentos inéditos.

(2) Se publicaron en la obra titulada *Memoirs of the reign of Queen Elisabeth, particularly illustrated from the original papers of Anthony Bacon, and others manuscripts never before published*, by Thomas Birch: London, 1754. En 4.° Actualmente se hallan los documentos originales en el Museo británico.

Biblioteca Nacional de España

paña en Francia, sustraída del Archivo de Simancas; y como hallara en la marcha de los sucesos lagunas infranqueables, buscó en el criterio vehículo con que pasarlas; recurso criticado por M. Mignet, al advertir que los pormenores, á su parecer de pura invención, amenguan el valor y la autoridad de tan buen trabajo.

No son, sin embargo, de fantasía todos esos pormenores: bastantes de ellos se encuentran, en una ú otra forma, en las cartas familiares de Antonio Pérez, dando ocasión, cuando más, á la conjetura de haberles prestado fe *por familiares*, el mismo que desconfiaba de la veracidad de las *Relaciones*. Es fácil la comprobación, ya que la Colección de las *Cartas*, por rara, fué incluída en el *Epistolario español* que ordenó D. Eugenio de Ochoa (1).

El citado Académico francés M. Mignet, teniendo por base el estudio de Bermúdez de Castro, dispuso además del contingente de papeles conservados en los Archivos de París, que son muchos, contándose los referidos que pertenecieron al de Simancas y los de la Colección importante llamada de Llorente, llevados á Francia por el autor de la *Historia*

(1) *Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra. Epistolario español ordenado por D. Eugenio de Ochoa. Cartas de Antonio Pérez.* Tomo I: Madrid, 1850.

Biblioteca Nacional de España

crítica de la Inquisición, secretario que fué del Supremo Tribunal de la misma. Tuvo igualmente á su disposición la correspondencia encontrada en Flandes por el hispanófilo M. Gachard, y, por último, el registro del *State paper office* de Londres; valiosos recursos en manos de quien sabía utilizarlos con maestría.

El nuevo libro que dió á la estampa, tres años después que el de Bermúdez de Castro (1), es aceptado por la crítica cual *retrato verdadero*. Ha de ser permitido pensar, no obstante, que pudiera ser más acabada la pintura. Sea porque los artistas se satisfacen más de las obras á grandes rasgos; sea porque también en el ánimo del historiador extranjero vibró la cuerda simpática de la piedad, parando mientes en la inmensa desventura del expatriado, las sombras de la figura que presenta están desvanecidas ó atenuadas. Es Antonio Pérez sin género de duda; es, en conjunto, el privado de Felipe II, tal cual debe de estar en la historia universal: no es todavía el de la historia de España, más severa en el juicio, más obligada á discernir los motivos en que lo sustente.

Con posterioridad al libro de M. Mignet se

(1) *Antonio Pérez et Philippe II*, por M. Mignet: París, 1845. 8.° Se han publicado otras cuatro ediciones: la última del año 1881.

Biblioteca Nacional de España

han hecho en nuestro país investigaciones que van aportando más y más claridad á los sucesos del reinado de Felipe II (como á los otros), á medida que se desarrollan las colecciones de documentos inéditos. En no pocos de los que han servido á los estudios especiales; en el de *La Princesa de Eboli*, de D. Gaspar Muro, por ejemplo, hay piezas indispensables á la biografía ó historia definitiva de Antonio Pérez.

Algunas más, conocidas y aprovechadas por M. Mignet, mencionadas igualmente por el P. Le Long en la *Bibliothèque historique de la France*, dió á luz M. A. Morel Fatio al formar, con otros manuscritos interesantes de la Biblioteca Nacional de París, el tomo que tituló *España en los siglos* XVI *y* XVII (1). Los relativos á Antonio Pérez son 57 cartas: las siete incluídas en la serie dada á la prensa en vida de su autor, aunque limadas y compuestas con aquel cuidado que el ex-secretario de D. Felipe ponía en lo que había de andar á vista de todos; las 50 íntimas, en casi totalidad dirigidas al Condestable de Francia, Duque de Montmorenci, ó á su secretario. La circunstancia de estar todas éstas juntas en un volumen, encabezadas por cédula que el Rey Felipe II envió al Condestable anterior, ofrece presunción

(1) *L'Espagne au* XVI *et au* XVII *siècle:* Heilbronn, 1878.

Biblioteca Nacional de España

de haber sido sacadas del Archivo particular de la casa, al formar Béthune la Colección de documentos relativos al reinado de Enrique IV, en la que tiene el volumen el número 3.652.

M. Morel Fatio ha compuesto con ellas capítulo de su libro (1), emitiendo el juicio que de Antonio Pérez su autor tenía formado, sin que lo modifique la penosa impresión de las declaraciones que hace. «Las peticiones de favor y dinero al Rey; las protestas de adhesión dictadas por el hambre; las adulaciones bien pensadas en objeto y precio, no inspiran, dice, más que conmiseración. Si no puede estimarse del mismo modo la práctica de sacar partido de los secretos de Estado, no por ello debe juzgársele con demasiada severidad, porque el sentimiento harto complejo que definimos por la palabra *patriotismo*, no había nacido en el siglo XVI. No solamente el suelo, la raza, la nacionalidad, el medio, no representaban en aquella época lo que hoy representan, sino que el afecto á la patria se confundía entonces y aun se resumía en muchos conceptos, en el de la persona del soberano. El proceder de Felipe II no era de naturaleza para

(1) *Lettres d'Antonio Perez ecrits pendant son sejour en Angleterre et en France*, páginas 257 á 314.

Biblioteca Nacional de España

fortificar en su Ministro ese patriotismo personal. Perseguido en tierra extranjera, Pérez se consideraba desligado del juramento de fidelidad. Socorrido y protegido por Enrique IV, se creía obligado, como en efecto lo estaba, á conducirse como verdadero vasallo de éste, aun cuando las circunstancias del compromiso que le ligaba al Rey de Francia tuvieran la consecuencia de ir directamente contra los intereses de su antigua patria. Se cometería, pues, un anacronismo calificando de traición la conducta política de Pérez después de su salida de España. Permitido es lamentar que hombre de tan notable inteligencia se viera llevado por la fuerza de los acaecimientos á emplearla en beneficio de los enemigos de su país; mas no hay razón con que condenarle en absoluto, porque no tenía conciencia de los deberes que ni comprendían ni practicaban sus contemporáneos (1).»

El contemporáneo Gregorio Letti hizo estudio especial del patriotismo en España (2), que no abona semejantes consideraciones, sugeridas, bien se ve, por el mismo espíritu de compasiva benevolencia que blandeaba en Bermúdez de Castro y en M. Mignet la dureza del

(1) Morel Fatio, *loc. cit.*, pág. 263.
(2) En la *Vita di D. Pietro Giron, Duca d'Ossuna.*

Biblioteca Nacional de España

sentimiento de justicia, á favor del atractivo que mantienen los escritos de aquel maestro en las artes de la seducción y del artificio; acaso también por influencia inadvertida de ideas en paralelo.

Contemporáneos de Antonio Pérez impuestos en sus más secretos manejos, familiarizados con su conversación y confidencia, enemigos declarados de España y de su Rey, le juzgaron de otro modo. ¿Daremos crédito, con preferencia á las declaraciones de los antiguos, á la crítica más ilustrada de los modernos, ó habrá todavía que dejar la decisión á tribunal de *Más Señores?*

La prudencia no es opuesta á revista de autos; no vagará, no, la exposición más completa, eslabonando por antecedentes las cartas de la Colección Béthune (copiadas nuevamente de los originales con su misma puntuación y ortografía), con las de la Colección Birch (1); agregando tal cual papel inédito; citando de los conocidos los precisos al esclarecimiento tan sólo de lo que hizo Antonio Pérez fuera de España.

Manos á la obra.

(1) En las *Memoirs of the reign of Queen Elisabeth*, antes citadas.

Biblioteca Nacional de España

I.

Vencida la insurrección de Aragón, andaba oculto por la frontera de Francia Antonio Pérez, «como perro de fidelidad natural, que apaleado y mal tratado de su señor ó de los de su casa, no sabe apartarse de sus paredes (1).» Esperaba todavía que abriera Dios los ojos del entendimiento á quien podía remediar su situación; pero en tanto se aproximaban al último retiro de Sallent los soldados del ejército real, que se tendrían por afortunados poniéndole la mano encima.

Decidido á franquear los Pirineos por recurso único de salvación, despachó á su amigo Gil de Mesa con carta fechada á 18 de noviembre de 1591, en que pedía asilo y protección á Catalina de Borbón, hermana de Enrique IV, en términos discretamente dirigidos á mover juntamente la piedad y el interés de la Princesa de Bearn (2), y á medida de los deseos y las necesidades del momento, respondió la política tanto como la compasión á la demanda (3), brindándole acogida en Pau.

Allí se fraguó inmediatamente el intento de

(1) *Relaciones*, pág. 163. Edición de Ginebra, 1644. La misma de las citas de M. Mignet.

(2) La primera carta de la Colección Ochoa.

(3) *Relaciones*, páginas 167, 168.

Biblioteca Nacional de España

una invasión francesa que atizara la llama de la guerra de Aragón, yendo á vanguardia Gil de Mesa, Manuel Don Lope, los otros amigos y compañeros del emigrado, ya que él de su persona no fuera de ayuda, por ser hombre delicado (1), ó más propiamente dicho, por no ser hombre de armas tomar. La empresa fracasó, volviendo á pasar los montes, desbaratados y corridos, los invasores, con desencanto primero del instigador, consentido días antes hasta el punto de responder con altivez y amenazar (2) á las insinuaciones oficiosas de someterse á la autoridad de aquel amo de que se decía perro fiel, apaleado.

Pensó M. Mignet que desconcertado el Rey Felipe II en la venganza con la huída de Pérez; temeroso del mal que con la revelación de los secretos de Estado fuera capaz de hacerle, procuró volviera á España con engaño, fin de las referidas indicaciones; y ya que no lo consiguiera, intentó matarlo, ganando á las personas menos sospechosas á su natural suspicacia, como eran el genovés Mayorini, compañero de evasión, y el aragonés Gaspar Burces, también fugitivo (3). El literato francés se fun-

(1) *Relaciones*, páginas 167, 168.
(2) Colección Llorente. Cartas citadas por M. Mignet.
(3) M. Mignet, *Antonio Pérez*. Edición de 1881, páginas 314 á 317.

Biblioteca Nacional de España

daba en el dicho del mismo Pérez (1) y en algún precedente de ofertas hechas para su captura cuando estuvo en Sallent (2), no recordando, sin duda, otros de más importancia.

Sentenciado en rebeldía Antonio Pérez, el Capitán general de Aragón, D. Alonso de Vargas, dió pregón en Zaragoza ofreciendo 6.000 ducados por su persona, según uso jurídico que hoy todavía practica la culta Inglaterra. La suma era más que suficiente para despertar la codicia de aquéllos que en cualquier época y ocasión, desde la de Judas, hallan buena la ganancia en mercadería de sangre ajena. Tal creyó Bermúdez de Castro (3), y de creer es que Gaspar Burces, como cualquiera otro de los que amagaron á la vida del prófugo, obedecían al interés del lucro combinado con el de hacerse perdonar delitos propios, mientras que la credulidad resiste cuentos como el de *la hermosaza*, *galanaza*, *gentilaza*, *muy dama*, que, perdida de amor, vino á confesar á Pérez la celada que le tendían (4), ó los más cautelosos en que atribuye el interesado á D. Juan de Idiáquez y al Rey los intentos de

(1) *Relaciones*, páginas 169 á 173.

(2) Llorente, *Histoire critique de l'Inquisition*, tomo III, página 347.

(3) Bermúdez de Castro, *Antonio Pérez*, pág. 236.

(4) *Relaciones*, pág. 176. Miguet, pág. 313.

Biblioteca Nacional de España

borrarle de la lista de los vivos, por mayor realce de aquellos relatos de persecución nunca vista, de infortunios sin igual en *monstruo de la fortuna*, que le servían de pasaporte y bordón de peregrino. El papel de avisos enviados al Rey, que ahora sale á luz por vez primera (1), servirá de esclarecimiento.

De todos modos, temeroso de asechanzas, en el Bearn, Antonio Pérez (2), nada tenía que hacer. Su actividad, su espíritu intrigante, su ambición, y sobre todo el odio en que los otros estímulos se alimentaban, necesitaba teatro de acción (3), y el examen de la política europea le indicaba propicio á la satisfacción de la venganza el de Inglaterra. Tomó, pues, desde luego el plan de ensayarlo (4), no sin aprovechar el tránsito por Francia, porque el monarca Enrique IV, aunque de momento tuviera harto que hacer con la Liga, tanto como Isabel de Inglaterra era adversario tenaz de la política y del poder de Felipe II.

Preparado el terreno por medio de carta fechada en Pau el 9 de diciembre de 1591 y relación de los incomensurables infortunios (5),

(1) Núm. 1.º de los que acompañan á esta investigación, en el Apéndice.
(2) El mismo documento.
(3) Mignet, pág. 320.
(4) Documento citado, núm. 1.º
(5) Colección Ochoa.

Biblioteca Nacional de España

acompañando á la Princesa Catalina fué á encontrar al Rey en Tours, logrando largas entrevistas, auxilio pecuniario y la aquiescencia de los proyectos que iba madurando, por objetivo de intento. Enrique IV comprendió al punto la utilidad que le reportarían gestiones encaminadas á dar unidad é impulso á cualquier empresa contra España; recibiéndole, pues, desde luego á su servicio, como maestro de lengua española (1), tomó á cargo el viático hasta Londres, haciéndole acompañar por el Sr. Vidasme de Chartres, portador de carta autógrafa en que hacía á la Reina Isabel recomendación expresiva en punto á lo que podía prometerse de las revelaciones del ex-Ministro, utilizadas las cuales en lo que conviniera á sus intereses, pedía le despachara para emplearlo él con utilidad de las dos coronas (2).

Pérez, independientemente, había despachado por sí al precursor ó heraldo de siempre, Gil de Mesa, con otra carta á la Reina Isabel, repetición de los doloridos ayes de la persecución y la desventura, petición de amparo y deseo encarecido de servirla (3).

(1) Colección Ochoa, parte I, carta IV.

(2) *State paper office:* London. Reproducida por M. Mignet, página 321.

(3) Colección Ochoa, parte I, carta III.

Biblioteca Nacional de España

La primera noticia de la estancia en Inglaterra es la que da Bacon, de haberle visitado el Conde de Essex en Simbury; de allí se trasladó á Londres, alojándose en el palacio del mismo Conde, mientras se buscaba la habitación que ocupó luego en casa del Maestrescuela de San Pablo (1).

Poco tiempo necesitó la penetración del ex-Secretario de Estado para darse cuenta exacta de la política del reino, oyendo á uno de los que más la influían. El Conde de Essex, joven, impetuoso, popular, favorito de la Reina Isabel, en asuntos de gobierno tenía balanceada la influencia por la circunspección de los Consejos del lord Tesorero Cecil, barón de Burghley, antiguo y experimentado Ministro. Mientras el primero, deseoso de fama, procuraba el principio de una campaña ofensiva contra Felipe II, en estrecha unión con Francia, Cecil quería medir la asistencia que se diera á Enrique IV, por las ventajas positivas que produjera á cambio; y como precisamente por entonces, casi vencida la Liga, había abjurado el Príncipe de Bearne, aspirando á concluir con la conquista de la opinión lo que no había logrado del todo con las conquistas de las armas, Burghley pensaba no haber ra-

(1) Birch, *Memoirs*, tomo I.

Biblioteca Nacional de España

zón que aconsejara otros procedimientos que los apropiados á entretener la guerra en Francia y en los Países Bajos, alejándola de Inglaterra.

La Reina se inclinaba decididamente á la política del Ministro, así por la confianza que le merecía su saber, por tanto tiempo acreditado, como por responder de momento á las condiciones de prudencia, circunspección y economía de carácter propio. Antonio Pérez no tenía, pues, que vacilar: el interés de Enrique IV, á quien ya servía; el que el rencor le hacía mirar como personal suyo, estaban al lado del Conde ambicioso y decidido.

Puesto el empeño en granjearse la amistad y el concepto del magnate, por aquellos resortes flacos del corazón humano, fué dando interés á las entrevistas frecuentes y largas que á solas tuvieron en el palacio de Walsingham (1), hasta desarrollar por completo el plan que, hiriendo de muerte al Monarca católico, procuraría al caudillo británico gloria inmarcesible y cuantiosa riqueza (2).

Felipe II no había querido entender nunca que «el Príncipe que fuere señor de la mar, será monarca y dueño de la tierra;» tenía en

(1) Birch, tomo I, páginas 140 á 143.

(2) Idem.—Forneron, *Histoire de Philippe II:* París, 1882, tomo IV, pág. 265.

Biblioteca Nacional de España

abandono y sin defensa los puertos; flacas y necesitadas de todo las armadas, incapaces por el número de cubrir el vasto imperio de las Indias Orientales y Occidentales, y de asegurar la venida de los tesoros en que consistía el secreto de su poder. El día que los tesoros faltaran, faltaría necesariamente el nervio de la guerra: á impedir la llegada, apoderándose de ellos, había de dirigirse, por consiguiente, el cálculo del enemigo inteligente y activo, sin perjuicio de cualquier diversión preparatoria de un golpe bien dirigido á la reputación del poderío. Tanto más sensible y ruidoso sería este golpe, cuanto se aproximara más al centro de los estados del Rey; cuando se diera en una de las ciudades de la Península española, y la de Cádiz entre todas ofrecía probabilidad; seguridad, podía decir, de éxito cumplido.

Ni Pérez carecía de elocuencia con que hacer de este discurso semilla fructífera, ni le faltaban en toda especie datos estadísticos con que mostrar la perspectiva de la cosecha. El Conde le fué escuchando con agrado; acabó por aceptar completamente las ideas, estimándole oráculo en negocios de España (1), y á seguida las insinuó en la corte, mantenién-

(1) Birch, obra citada.

Biblioteca Nacional de España

dolas frente á la oposición de Burghley á empresas de aventura.

Con no ser nada escrupulosa la Reina Isabel, sentía repulsión por un hombre que de tal manera se servía de los secretos de su amo: no había sido bastante la carta autógrafa de Enrique IV para acordarle audiencia, ni se la había dado el Lord tesorero, teniéndolo desde un principio, naturalmente, por enemigo político y antipático agente, bien que no desconocía ser muy capaz para su intento (1). La insistencia del favorito Conde alcanzó, no obstante, que franqueara Pérez las puertas del palacio real, favor seguido de pensión anual de 130 libras (2), dejando al tacto y la imaginación del insinuante emigrado mostrar su reconocimiento y hacerse agradable á Isabel con la relación de aventuras galantes y cuentos de la corte de España (3).

Así referidos en los documentos del archivo de Bacon los primeros pasos de Antonio Pérez en Londres, debe rectificarse la relación que de los mismos hizo Bermúdez de Castro. Por principio consigna este escritor que Pérez se negó en París á admitir la pensión que le ofrecía Enrique IV; que pasando á Londres rehusó

(1) *A knave for his labour.* Birch, pág. 140.
(2) Birch, tomo I, pág. 193.
(3) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

igualmente, sin vacilar, la que la Reina deseaba asignarle al dispensar señalado y obsequioso recibimiento á su persona, asegurando que, aunque dispuesto á servir á tan generosa protectora, conservaba esperanzas de arreglar en España sus negocios, y no quería recayera en sus hijos la pena señalada por las leyes á los pensionados de Reyes extranjeros sin licencia del propio.

Antonio Pérez ocultó por conveniencia la verdad del caso; al Rey de Francia escribió «que le engañaban los que decían que gozaba pensión ni socorro de un franco de Rey ni Reina desde que salió de España, sino del pan que había comido de S. M. y de Madama su hermana. En el tiempo de Inglaterra, de la liberalidad del Conde de Essex había vivido (1).» Bermúdez de Castro lo creyó al pie de la letra, pues añade que, en vista de sus razones, mandó Isabel al Conde de Essex que le alojase en su ostentoso palacio, donde gozó de los placeres del favor y la opulencia.

Gustaba Isabel (sigue diciendo) de escuchar anécdotas de la corte, singularmente las de amores de Felipe II. El encanto particular de la conversación del Ministro, los hábitos y pláticas, con el distintivo de la elegancia, presta-

(1) Colección Ochoa, parte I, carta XIII.

Biblioteca Nacional de España

ban nuevo aliciente de curiosidad á los secretos que poseía. (1).

Un tanto amengua luego tan brillante situación, contando cómo las damas de Isabel le motejaban de traidor á su patria y á su señor con manifestaciones de desagrado que hubieron de obligar á la Reina á sincerarse de la acogida que tenía en palacio. «Mylores, dijo en presencia de sus cortesanos; no os maravilléis de que honre á este *traidor español*, porque guardo mucha obligación al Sr. Gonzalo Pérez, su padre (2);» y obligada debía de estar, en efecto, al Secretario de D. Felipe por las mortificaciones de que le libró reinando su hermana María, esposa del Príncipe de España.

Fuera de la corte no merecía mejor concepto Antonio Pérez. Si los allegados al Conde de Essex seguían naturalmente el ejemplo del magnate, los agasajos de uno de ellos, de Francisco Bacón, que le recibía á mesa y mantel en Twickenham-Park, dieron origen á un testimonio irrecusable. Lady Bacon escribía á su hijo Antonio estas frases:

«Lástima tengo de vuestro hermano, viendo que le acompaña en casa y en el coche ese Pérez, sanguinario, vanidoso, profano, dilapida-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 250.
(2) Idem, pág. 257.

Biblioteca Nacional de España

dor (1). Temo que semejante compañía desvíe la bendición del Señor Dios... Un miserable como él (2) no puede llevar otra mira que vivir á expensas de Francisco (3).»

Mas nada de esto quitaba al emigrado la satisfacción de ver en vías de hecho los vengativos proyectos dirigidos contra la patria, ya que no de otro modo pudiera alcanzar al objeto de la ira que le cegaba. En Walter Raleigh, en Drake, en Hawkins, en todos aquellos corsarios ansiosos de botín, tenía que hallar fáciles auxiliares; en el Conde de Essex estaba asegurado el impulso (4). Todavía tentaba la fidelidad de los prisioneros españoles para que sirvieran de guías á las expediciones (5), y desdichado el que, desechando las insinuaciones,

(1) That bloody Perez... a proud, profane, costly fellow.

(2) Such wretches as hi is.

(3) Birch, tomo I, pág. 143, transcrita por Mignet, páginas 329, 330. Lady Ann Bacon no era mujer vulgar: puritana influyente y literata, que poseía las lenguas griega, latina, italiana y francesa, se hizo principalmente notoria por las epístolas, que se imprimieron en colección, de la que está tomada la presente.

(4) «El que dirige el Consejo es el Conde de Esez, que tanto trato tiene con la Reyna, y éste se gobierna mucho por Antonio Pérez.» *Avisos de Inglaterra. Arch. de Simancas. Estado, Flandes*, leg. 609. Cit. por Mignet, pág. 328.

(5) «Un soldado aragonés declaró que había estado dos veces (en Inglaterra) con Antonio Pérez y con otros dos aragoneses, uno de ellos hermano de D. Manuel Don Lope, que le persuadían se quedase con ellos y le harían dar una compañía, y no quiso.» *Docum. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo XXXVI, pág. 332.

Biblioteca Nacional de España

caía por su cuenta. Por semejante falta había conseguido que le entregaran á un sargento de los de la Invencible, y teníalo en su casa sometido al más bárbaro tratamiento sólo por el placer diabólico de descargar en un español su encono (1).

Sin perjuicio de las gestiones activas, escribió por entonces las *Relaciones*, bajo el nombre de *Rafael Peregrino*, no por ocultar el suyo, transparente en las aventuras: por procurarle atractivo mayor en la curiosidad de las gentes. «El libro estaba formado con habilidad y soltura; es el estilo pesado para nosotros por la afectación continua de que se reviste y los giros que le adornan; pero en su tiempo era un modelo: la incesante digresión que rompe el hilo de las narraciones; las sentencias que, como Tácito, derrama la obra; la abundancia de conceptos y dulzura de las imágenes, encantaron á los hombres ilustrados (2).» «Dispuesta con arte magistral la exposición de aventuras, cautivando la benevolencia y la conmiseración en favor de su persona, hacía más odiosa la de su ingrato é implacable perseguidor (3).»

(1) Carta de un inglés confidente á D. Bernardino de Mendoza, Embajador de España en París, transmitida por éste al Rey: París, Arch. Nat., *Papiers de Simancas*, *K*-1.598, correspondiente á los años 1594-1596.

(2) Bermúdez de Castro.

(3) Mignet, pág. 330.

Biblioteca Nacional de España

Tradujo el libro al latín un español llamado Ciprián (1); se tradujo también al holandés (2), como arma política que avivara el sentimiento de insurrección en las Provincias Unidas (3), destinando al mismo objeto en Aragón otro libro titulado *Un pedazo de historia de lo sucedido en Saragosa de Aragón á 24 de septiembre de* 1591. Ambos fueron amparados por el Conde de Essex, y probablemente á su costa impresos, aunque la voz pública admitiera por editora á la Reina (4).

Las cartas de remisión con dedicatoria que envió Antonio Pérez á los principales personajes de Inglaterra, Burghley, Lord Southampton, Lord Montjoy, Lord Harris, Sir Robert Sidney, Sir Henry Unton, al mismo Conde de Essex (5), dicen lo satisfecho que había quedado de sus obras, y desautorizan otro de los

(1) Birch.

(2) *Cort-Begryp de stucken der geschiedenissen van Antonio Perez uit het Spaensch ghetoghen door Joost Byl:* Gravenhaghe, 1594.

(3) Mignet, pág. 331.

(4) «Antonio Pérez está muy estimado entre los del Consejo de la Reyna, y tenido por muy grande hombre de Estado, y les ha dado en sus demandas mucha satisfacción. Los libros que hizo fueron imprimidos á costa de la Reyna y han embiado un gran número dellos en Aragón para revolver aquel reyno.» *Avisos de Inglaterra. Arch. de Simancas. Estado. Flandes*, leg. 609. Cit. por Mignet, pág. 331.

(5) Véanse en la Colección Ochoa.

Biblioteca Nacional de España

conceptos de Bermúdez de Castro que debe rectificarse.

Consigna nuestro crítico que desde la llegada á Inglaterra usó Pérez para cerrar las cartas un anillo romano, en cuya piedra estaba labrada una virgen vestal con la lámpara encendida sobre la cabeza, y la inscripción DUM CASTE, LUCEAM, queriendo manifestar de alegórico modo, que sólo la reserva, la humildad y la modestia podrían libertar de naufragio á los que, peregrinos como él, vagaban por tierras extrañas (1). La declaración es de Pérez mismo (2), y tan incierta como las más que hacía.

Las cartas originales existentes en la Biblioteca Nacional de París, cuyas copias acompañan á la presente exposición, conservan el sello de lacre en que distintamente se ve *el laberinto cerrado* y *el Minotauro con el dedo en la boca;* emblemas que los señores ingleses atribuyeron al orgullo y el peligro de sus funestos amores; simbolismo apropiado á quien hacía del misterio condición utilitaria.

Á juicio de M. Mignet recreció la saña de Felipe II la aparición del libro de las *Relaciones*, que por toda Europa denunciaba sus per-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 254.

(2) *Aphorismos de las Relaciones de Antonio Pérez, Monstruum Fortunæ:* París, sin año. 8.°

Biblioteca Nacional de España

fidias y crueldades. El vengativo Monarca trató otra vez de deshacerse del autor por medio de dos irlandeses pagados por el Conde de Fuentes para matarle: les fueron ocupadas en Londres las cartas acusadoras, y confesado el intento, sufrieron la última pena (1). El Rey de España fracasó igualmente en el empeño de despertar contra el proscripto los recelos de la corte de Inglaterra (2).

El propósito de asesinato hizo realmente mucho ruido por entonces en Londres: varios historiadores, Birch, el mismo Pérez, lo consignan; pero es asunto, lo mismo que el de otros intentos contra la vida de Isabel, que dista mucho de la claridad y de las pruebas que harían falta á una afirmación cual la hizo M. Mignet. Á los irlandeses se les ocuparon papeles escritos en cifra en que únicamente aparecía evidente el nombre de Antonio Pérez: lo que decían no llegó á saberse; las declaraciones de los presos fueron contradictorias, si bien en el tormento acabaron *por confesar* haber sido despachados por el Conde de Fuentes con el fin de dar muerte al refugiado (3).

La segunda inculpación á Felipe II se apoya en basamento más flaco todavía: en una

(1) Mignet, pág. 331.
(2) Idem, pág. 332.
(3) Bermúdez de Castro, pág. 258.

Biblioteca Nacional de España

carta escrita por el interesado al Conde de Essex (1), y M. Mignet no paró mientes en que de palabra y por escrito repitió más adelante en Francia que en la tierra de *Egipto* (que así nombraba ya á su patria) *los Faraones* maquinaban sin cesar contra su crédito; con lo que se viene á descubrir ser táctica practicada, así para disimulación del doble juego de sus acciones, como al propósito de mantener en boga la idea «de los peligros y rugidos con que le cercaba la persecución (2).»

Así y todo, vivía en Inglaterra lo bastante bien para sentir que los riesgos por aquella parte se acabaran. Llamado por Enrique IV el mismo año de 1593, buscó en el mal estado de la salud, por causa de las penas y los trabajos, excusa de demora (3); dejó á favor de otros pretextos que transcurriera todo el año de 1594, oponiendo, á nuevos mandatos comunicados por el Embajador de Francia (4), protestas de adhesión, por la que había de ser el Rey Enrique último de sus amores, pensando descansar y morir á su lado (5), causas ó incidentes que fueron entreteniendo el tiempo (6), y

(1) Birch, tomo I, pág. 237.
(2) Colección Ochoa, parte I, carta XIII.
(3) Idem id., carta V.
(4) Idem id., carta X.
(5) Idem id., carta V.
(6) Idem id., cartas VI y VII.

Biblioteca Nacional de España

motivaron la embajada del Sr. Gil de Mesa, encargado en ocasiones semejantes de decir de viva voz lo que no era bueno quedara escrito (1). Sólo cuando Enrique, declarada la guerra á España, le escribió directamente con fecha 30 de abril, manifestando el deseo de hablar de asuntos de importancia, á cuyo fin rogaba á la Reina le consintiera hacer el viaje y al Conde de Essex que lo facilitara (2), se resignó á emprender la marcha declarando, y esta vez por escrito, al Conde, que separarse de él era tanto como morir, porque á su lado vivía (3).

Otra carta por demás curiosa, enviada por aquel entonces á Bacon por M. Standen (4), da á conocer las impresiones de despedida. Estando comiendo, dice, con mylady Rich (5), el Sr. Pérez y Sir Nicolás Clyfford, entró Sir Robert Sidney, determinando la asamblea que el siguiente día fuera el Sr. Pérez con el Conde á la corte, y que después se reuniera la compañía á comer en casa de Walsingham. También quedó resuelto que no marcharía el señor

(1) Colección Ochoa, carta XI.

(2) Se halla esta carta en la Bibl. Nac. de París, *Fr.*-3.652: la publicaron Bermúdez de Castro, pág. 259, y Mignet, pág. 332.

(3) Birch, tomo I, pág. 256.

(4) La copia Birch.

(5) Penélope, hermana del Conde de Essex, casada con Robert, Lord Rich, después Conde de Warwich.

Biblioteca Nacional de España

Pérez, porque el Conde había conseguido para su persona el mismo oficio que tienen los eunucos en Turquía.

Sentía el Peregrino salir de Londres, á juicio de Bermúdez de Castro, porque allí pasaba la vida lejos de los negocios, sin tentaciones para su lealtad, y eso no había de sucederle en París, centro de intrigas anti-españolas (1). ¡Juicio bondadoso! Sentía salir de Londres precisamente por ser el centro de maquinaciones anti-españolas que en Francia no había medio de igualar, y salía por la voluntad decidida del Conde de Essex de que allá le sirviera de instrumento, según le había servido hasta entonces. Tres cartas de recomendación le precedían, pidiendo el magnate inglés al Duque de Bouillon, á M. de Sancy y á M. Beavois le Noele, Embajador que había sido de Francia en Londres, que le ampararan y favorecieran. «Pues el Rey le ha llamado, escribía, es cuestión de honra de S. M. que quede satisfecho del recibimiento que se le haga; que no sólo se cuide de ponerle á cubierto de las asechanzas del enemigo, sino que encuentre apoyo en el arreglo de sus negocios; situación correspondiente á sus cualidades y méritos; empleo donde ejercite las facultades de hom-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 260.

Biblioteca Nacional de España

bre especulativo y su gran habilidad en la política. Sin estos cuidados harían su condición peor que la que disfrutaba en Inglaterra, y deberían devolverlo á esta nación, que no quería considerarle perdido para ella (1).»

Por efecto de mayor solicitud, si cabe, puso el Conde de Essex al lado del proscripto, en clase de criado, ó más bien de secretario, á un joven dependiente de la casa de Bacon, llamado Godfrey Aleyn, en razón á que Antonio Pérez no conocía los idiomas inglés ni francés; y si bien se hacía entender en castellano, lengua que por entonces poseía toda persona bien educada en ambos reinos, acudiendo á la latina en casos necesarios, era bueno tuviera á mano persona ejercitada en la escritura usual. Godfrey tenía instrucción privada de comunicar todo cuanto ocurriera á su nuevo amo: tal era la verdadera misión, á cuyo cumplimiento se deben las noticias que irán apareciendo.

Antonio Pérez se despidió de la Reina, dejando en su mano un memorial dictado en los términos conceptuosos de su estilo ordinario, y puesto en francés por mano propia de Bacon (2). Pedía en el documento que no confiara

(1) Birch, tomo I, pág. 267.

(2) Birch, tomo I, pág. 256. Acababa diciendo: «Pardonnez moi, pardonnez moi, Madame, car nul ne parle icy sinon le pauvre de l'imperatrice.»

Biblioteca Nacional de España

á nadie su cifra y correspondencia secreta, haciendo en cambio la promesa incalificable, que teniendo entendido iba á ser huésped del Secretario de Estado, Villeroy, procuraría sacar partido de la circunstancia en provecho del servicio de S. M.

Isabel no dejó de fijar la atención en una oferta que transparentaba del todo la moral del que la hacía (1).

También hizo Pérez memorial de despedida, escrito en latín, al Conde de Essex, recomendándole no demorase la expedición convenida contra Cádiz (2).

II.

Las cartas de Godfrey Aleyn á Bacon empezaron desde el momento de la partida de Inglaterra á narrar los sucesos. La primera, con fecha 2 de agosto de 1595, avisaba la llegada á Dieppe, cuyo gobernador recibió á Pérez con grandes atenciones.

Bermúdez de Castro confundió al funcionario con el Duque de Chartres: era el Comendador de Chaste, vencido en la isla Tercera por D. Alvaro de Bazán, que por entonces an-

(1) Birch, tomo I, pág. 265. Mignet, pág. 233.
(2) Birch, idem.

Biblioteca Nacional de España

daba en proyectos de expedición corsaria, por su cuenta, á las Indias (1); así podían serle de mucha utilidad la presencia y las noticias del viajero; mas éste se aburría en una ciudad en que apenas pudo saber algo de Flandes que comunicar á su buen amigo al otro lado del Canal, y queriendo trasladarse á Ruan (*Rouen*), le acompañó por el camino el referido gobernador, llevando escolta de 50 caballos (2).

Halló en el Duque de Montpensier, que regía la plaza, acogida no menos grata que en Dieppe; el Príncipe le salió al encuentro con 100 caballos; le sentó á su mesa, procurando hacerle agradable la estancia, como el Rey se lo mandaba, y confirmando las palabras tuvo Pérez carta datada en Lyon á 26 de agosto en que el mismo Rey le daba bienvenida.

«Como pienso ponerme en camino, decía, no quiero tengáis la molestia de pasar adelante, sino que me esperéis en *Rouen*. Hoy mismo escribo á mi primo el Duque de Montpensier que os dispense las consideraciones merecidas por vuestras virtudes, que yo siempre os he de dispensar. Sin embargo, si preferís ir á París, lo dejo á vuestra decisión: allí encontraréis en tal caso á mi primo el Príncipe de Conti, al Sr. de Schomberg y á los de mi Con-

(1) V. *La Conquista de las Azores por D. Álvaro de Bazán.*
(2) Birch, tomo I, pág. 283.

Biblioteca Nacional de España

sejo, que tienen prevención de recibiros y acojeros como lo haría yo mismo.» Consolábale á seguida del accidente mortal ocurrido al pobre D. Martín de Lanuza, recomendando se conformara con la voluntad de Dios, en la seguridad de que la suya no había de faltarle nunca (1).

Satisfecho podía estar el Peregrino si no nublara un tanto los auspicios favorables la diligencia del Sr. Gil de Mesa en comunicarle nuevas de otro género. Habíale mostrado el Ministro Villeroy avisos de Flandes de andar por París el señor de la Pinilla de Aragón, de quien se decía haber tomado 6.000 ducados de oro á cuenta de la vida del fugitivo, yendo en su compañía un fraile y un criado. Por otra parte, le anunciaban, con referencia al gobernador del Havre, que cuando él (Pérez) marchó á Inglaterra, un inglés llamado Burle propuso al dicho gobernador ganarse 100.000 ducados si entregaba vivo al pasajero, ó 50.000 si quería darlo muerto; proposición que rechazó indignado.

Estas confidencias, nada á propósito para tranquilizar el ánimo en quien no le tenía muy grande, templaron el deseo de encaminarse á París, mientras no lo hiciera un cuerpo de tro-

(1) La carta en el Museo Británico. Mignet, pág. 334.

Biblioteca Nacional de España

pa mandado por M. D'Incarville. El mismo Duque de Montpensier le aconsejó esperar esta ocasión, y aun agregó á la tropa varios oficiales del Rey que le dieran particular escolta.

Llegado á la capital el 10 de septiembre, le visitaron los señores del Consejo de Estado, confirmando las órdenes que del Rey tenían recibidas para velar, sobre todo, por la seguridad. Preguntaron si conocía al señor de la Pinilla; y como la respuesta fuera afirmativa, le propusieron alojamiento en la Bastilla, por ser lugar fuerte en que había perennemente guardia de soldados; pero si no le agradaba la mansión, estaban dispuestos á poner en la casa que eligiera cuatro guardias del Rey, que le custodiaran día y noche. Pérez optó por lo último: la visita de la Bastilla hecha el mismo día no le había satisfecho, y descansó en una posada elegida por M. D'Incarville. De ella escribió al Conde de Essex los pormenores que van referidos; agregó las noticias políticas que había recogido desde la separación, y contestando las recibidas de Londres manifestó su aprobación, así relativamente á los aprestos que se iban haciendo de la expedición contra Cádiz, como á los más atrasados de la jornada de Drake á las Indias. Sobre ésta en particular se extendía, tratando del partido que podía obtenerse de los indígenas; materia dispuesta

Biblioteca Nacional de España

á la rebelión, tanto por condición propia como por los agravios recibidos de los españoles (1).

Ocho días después le instalaron los del Consejo en una casa muy hermosa que había pertenecido al Duque de Mercoeur, sin que tuviera que ocuparse de nada; los guardias ofrecidos y el cocinero ocupaban sus respectivos puestos. Hecho por su parte acatamiento á Madama Catalina, la hermana del Rey, le llevó la Princesa en su carroza á ver la comedia, honra (escribía á Essex) que había sorprendido á mucha gente y á él le daba alegría y satisfacción (2).

Los términos de la carta suplirían por sí solos la última confesión, según pintan las impresiones de la vanidad satisfecha; sólo que duraron poco. La epístola inmediata trataba del complot descubierto contra su vida; de la prisión del señor de la Pinilla; de la inquietud que sentía: quisiera volver á Inglaterra, y no le vendrían mal algunos fondos (3).

El incidente de la prisión, que parecía justificar los temores y las precauciones, requiere consideración un tanto detenida, empezando por la narración de Bermúdez de Castro, que

(1) Birch, tomo I, páginas 295, 297.
(2) Idem id.
(3) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

vale tanto como decir la que hizo la pluma de Antonio Pérez.

D. Rodrigo de Mur, señor de la Pinilla, acompañado de un criado y de un fraile vizcaíno, de nombre Mateo de Aguirre, aparecieron en París, despachados por D. Juan de Idiáquez con expreso fin de matar al ex-Secretario de D. Felipe. Tres veces en una noche intentó D. Rodrigo penetrar en la casa del refugiado, pretextando necesidad de hablarle: otras tantas le negaron acceso los suizos de guardia, y recelosos de la insistencia le detuvieron en la última. Halláronle dos pistoletes cargados cada uno con un par de balas encajadas en cera, por seguridad de la puntería, y fuera de la ciudad le esperaba el criado con los caballos. Ante el tribunal confesó *su traición*, por lo que fué ajusticiado en la plaza de la Greve [1].

La exposición de M. Mignet se parece mucho, como procedente del mismo origen.

El Secretario Villeroy, lo propio que el Mariscal de la Force, tenían avisos de España [2] anunciando que el Barón de la Pinilla, el mismo que había tratado de prender á Pérez en Sallent, se había puesto en camino en compañía de otros dos hombres, uno de ellos fraile

(1) Bermúdez de Castro, pág. 264.
(2) Antes habían dicho que de Flandes.

Biblioteca Nacional de España

disfrazado de láico. Pinilla había recibido previamente 600 ducados de oro (1); hizo en París los preparativos para escapar después del golpe; pero fué detenido con uno de los cómplices, logrando el fraile ponerse en salvo. En casa de Pinilla se encontraron dos pistoletes cargados con dos balas cada uno: todo lo confesó en el tormento, de modo que, meses después, fué ejecutado en la plaza de la Greve (2).

El escritor francés apoya la aseveración en el libro de las *Relaciones* (3), en las cartas enviadas por el interesado al Conde de Essex (4) y en la siguiente noticia de un diario de París:

«El viernes 19 fué ajusticiado un español en la plaza de Greve de París, *convicto* de haber querido matar á D. Peres, Secretario del Rey de España, que sigue á la corte, siendo bien venido al lado de S. M., por haberle descubierto muchos manejos del Rey de España contra su persona y su Estado (5).»

Las pruebas no son de aquéllas que desvanecen dudas, no ya en asunto tan grave para el desdichado D. Rodrigo de Mur, para la opinión del Secretario de Estado D. Juan de

(1) Antes 6.000.
(2) Mignet, pág. 335.
(3) *Relaciones*, páginas 179, 180.
(4) Birch, tomo I, páginas 282, 299, 402.
(5) L'Etoile, *Journal de Henri IV*. Collect. Petitot, tomo XLVII, pág. 151.

Biblioteca Nacional de España

Idiáquez, y por ende de su amo, sino para cualquiera que interesara á la historia. Comparadas estas pruebas entre sí, ponen en claro que el señor de la Pinilla fué á la casa de Pérez, guardada por suizos; pidió á los mismos guardas entrada, é iba desarmado, pues los pistoletes en la posada se encontraron, no en la persona. Perspicaz sería el juez que con tales indicios descubrió intento de asesinato y prevenciones de huída.

Hay más: la colección de documentos de Birch, citada por M. Mignet, contiene algunos que valen la pena de registro. Uno dice que en el momento de llegar Pérez de Inglaterra á Dieppe, recibió cartas que le dirigía desde París el señor de la Pinilla (1). El contenido de las cartas no se expresa, y, sin embargo, tan vaga especie basta á la persuasión de que D. Rodrigo no vino de España á París á objeto expreso de encontrar á Antonio Pérez, pues que le precedió; al paso que demuestra no tener propósito de recatarse, antes de anticipar el deseo, acaso también la razón, de una entrevista.

Otro papel, escrito por el Secretario de Antonio Pérez (2), refiriendo la ejecución de Pini-

(1) Birch. Primera carta de Godfrey Aleyn á Bacon, fecha 2 de agosto 1595

(2) Carta de Edward Yates á Bacon, fecha á 6 de febrero de 1596.

Biblioteca Nacional de España

lla, consigna que hasta el momento del suplicio no confesó otra cosa sino que había venido á tratar con su amo; lo mismo que viene á declarar L'Etoile en el *Journal de Henri IV*, esto es, que murió *convicto*.

De qué iba á tratar; cuál era la comisión que de D. Juan Idiáquez se le suponía; por qué con tanta insistencia pretendía una entrevista, podrá entenderse por cartas cifradas que al mismo Secretario Idiáquez envió el Encargado de Negocios de España, D. Diego de Ibarra, al tener noticia inexacta de la llegada del proscripto. Decía:

«Antonio Pérez volvió de Inglaterra: no he olido lo que ha traído; pero él se topó cerca de este lugar con el Duque de Guisa y le habló en sus desventuras. Vea V. S. si con este hombre es menester hacer algo ó con D. Martín de Lanuza, que también anda con el Príncipe de Bearne, y ha llegado á las puertas de París, y dice desea reducirse. No se me ha respondido á lo que avisé de D. Manuel de Portugal, que me había escrito D. Martín de Guzpide, ni al particular deste pobre hombre, que muere de hambre, y así en ninguna de las dos cosas he hecho nada. El D. Manuel está con el de Bearne, y ha dicho á personas que me lo han dicho que desea echarse á los pies de S. M., y está aguardando respuesta de lo que de Roan

Biblioteca Nacional de España

se escribió. Aviso de todo á V. S. por si S. M. quisiere mandar algo, lo pueda hacer á tiempo.

.....

»Lo que me dijo el Duque de Guisa que le había pasado con Antonio Pérez, no fué así: hase sabido después que está todavía en Inglaterra, y que debió de ser alguno que se valió de su nombre (1).»

Con estos hechos, mientras las pruebas del proceso no aparezcan, hay, pues, motivo para relegar el supuesto intento de D. Rodrigo de Mur, en unión con el de los irlandeses de Londres y algunos más, á la categoría de cuentos intencionados, con la presunción de que los ejemplares de verdaderos atentados de la época servirían á la credulidad sin otro examen.

Reanudando la ilación de los sucesos, como la guerra con España no empezaba cual por allá desearan, llamó el Rey á Pérez á la ciudad de Chauny, cerca de la Fere, cuyo cerco iba á poner, para consultarle el plan de campaña por la parte de Flandes. La marcha de los sucesos le tenía alarmado. Hízole entender el Peregrino que sin la cooperación activa de Inglaterra, sin un acuerdo que aunara los esfuerzos contra el enemigo común, difícilmente llegaría á contrarrestar el impulso dado por

(1) Carta cifrada, fecha en París á 14 de agosto de 1593: París, Arch. nat., *Papiers de Simancas*, *K*-1589, *B*-78, piezas 52 y 62.

Biblioteca Nacional de España

el Conde de Fuentes metiéndose en Picardía y ganando una tras otra las plazas de la Chapelle, Catelet y Dourlens. ¿Mas era acaso fácil convencer á la Reina Isabel, alcanzar socorros de ella, cuando acababa de retirar los que envió contra los españoles de Bretaña al verlos en Brest, esto es, á las puertas de su casa?

Bien conocía Antonio Pérez la exactitud de la objeción, sintiendo en el despecho *no estar debajo de tierra* antes que ver á *la insolente fortuna de Felipe* sobreponiéndole á todos los enemigos, sin que sus consejos fueran escuchados ni su residencia allí produjera fruto (1). Debía de insistir, sin embargo, é insistía en inclinar al Rey de Francia á dar nuevos pasos que movieran la voluntad de la inglesa, de *Juno*, según la nombraba en la conversación confidencial, dando ejercicio á su prurito de aplicar sobrenombres, mientras por el lado del favorito de la Reina tiraba de los hilos de la intriga con que se tramara la misma tela.

Enrique IV no podía desconocer la excelencia del pensamiento ni la necesidad de acudir á realizarlo, empezando con el halago del consejero y agente; no escaseó, en consecuencia, las honras en la palabra, ofreciendo la dispensación de otras más efectivas, el collar

(1) Carta de Pérez al Conde de Essex. Birch, tomo I.

Biblioteca Nacional de España

de la Orden del Espíritu Santo, por ejemplo.

Godfrey Aleyn, que oyó referir á su amo en la mesa las distinciones de que había sido objeto, presumía que el Sr. Antonio las rehusaría sin más excepción que la de la Orden, y esto si podía proporcionarse las prendas que necesariamente deben de vestirse en la ceremonia. Hubiera rogado al Conde de Essex que le ayudara al efecto, si no estuviera cohibido por la consideración de los muchos favores recibidos. La celebración del Capítulo era el día primero del año próximo; la nota de las prendas y de su valor, pedida por curiosidad al sastre de S. M., adjunta (1).

Sirviendo Pérez á dos señores, natural era que se creyera con derecho á seguir disfrutando de las liberalidades del uno tanto como de las del otro. El más cercano le tenía á su lado en público; salió con él por el camino al marchar hacia la Fere, y dejándole en Chauny encomendó mucho á Villeroy cuidase de su persona, acompañándole cuando hubiera de ir á San Quintín, «porque no podía pasarse sin su compañía.» Todo esto era altamente honorífico sin duda; mas no lo que esperaba el Sr. Antonio, dándolo á entender, en ausencia del Soberano, con expresión repetida de no ser para

(1) Carta de Godfrey Aleyn á Bacon, de Chauny, noviembre. Colección Birch, tomo I.

Biblioteca Nacional de España

su genio el carácter de los franceses, entre los que no creía podría vivir mucho tiempo, y menos en los mezquinos alojamientos que le señalaban (1).

No lo dijo en balde: á los pocos días le instalaban en una de las mejores casas de la ciudad; llegaba á sus manos oferta nueva del Rey de conferirle las insignias de la orden consabida, con una plaza en el Consejo privado y las rentas de la primera Abadía que vacara, en espera de lo cual disfrutaría desde luego pensión de 4.000 escudos anuales (2).

Por complemento escribió el Rey al Conde de Essex (3), agradeciendo infinito lo que había hecho por Pérez, consejero digno de toda clase de miramientos, que le era muy querido y agradable. Sentía no poderle dar todo lo que deseara y él se merecía; aseguraba, sí, que participaría de la miseria de Francia con la buena voluntad del que la regía.

El interesado, en vista de la gracia y pensión señalada por el Monarca, *sin pedirla él*, hizo saber á Villeroy «que era perro y peregrino; pero perro peregrino en la fidelidad (4).»

(1) Carta de Godfrey á Bacon, de Chauny, noviembre. Colección Birch, tomo I.
(2) Idem, id.
(3) Del Real á 4 de diciembre 1595. Colección Birch.
(4) Colección Ochoa, parte I, carta LIV.

Biblioteca Nacional de España

Casi al mismo tiempo informaba á su amigo el Conde de Essex de haberse interceptado cartas de España por las cuales se venía en conocimiento de los proyectos del Conde de Fuentes en Flandes, así como de las miras de *Nabucodonosor*, que á toda prisa reunía ejército y armada. Desconfiando de los recursos de Enrique IV para resistir, y aun de que en Inglaterra dieran á sus enemigos la atención debida, le instigaba á despertar el espíritu público, temeroso de que les ocurriera lo que á las vírgenes de la parábola del Evangelio, que se acordaron tarde del aceite. El que espera siempre es vencido; de los audaces que atacan es el lauro. Si no querían oirle, determinado estaba á despedirse de Francia y de Inglaterra á la vez, al paso que nada igualaría á su satisfacción estando al lado de amigos buenos que con prudencia y energía siguieran sus advertencias (1).

Repetíalas sin cesar, manifestando las cartas sucesivas por qué procedimientos iba convenciendo al Rey de la necesidad de entenderse directamente con el Conde de Essex, tan interesado en sus progresos; utilizando avisos reservados de Flandes, de Venecia, de Milán, de la corte de Madrid y de la misma de Francia; teniendo que reservar á veces algunos de

(1) Antonio Pérez al Conde de Essex, fecha á 14 noviembre 1595. Birch, tomo I, pág. 318.

Biblioteca Nacional de España

estos últimos, pareciéndole que no le agradaría á Enrique saber que le eran conocidos. Recibíale el Monarca á todas horas, á solas, aun estando en la cama, no sin inconvenientes; que empezaban á manifestarse los celos de los palaciegos, y singularmente la envidia de Villeroy, por más que procurara adormecerla con lisonjas (1). Como defensa, había manifestado al Rey que mal podría subsistir allí si á las persecuciones y peligros de la triste fortuna se agregaba la malquerencia de sus Ministros (2): preciso sería, á falta de mayor favor y amparo, que buscara otro retiro; idea que afligió mucho á Enrique (3).

Lo que más costaba al consejero era contrarrestar el efecto de insinuaciones que partían de elevadas personas, del Secretario de Estado Villeroy entre ellas, en favor de la paz con España, recordada á cada nueva victoria de las del Conde de Fuentes. Urgía influir en opuesto sentido con el despacho de la expedición contra Cádiz, mucho más habiendo llegado á París un agente de *Roberto el Diablo* (Sir Robert Cecil) (4).

(1) V. en la Colección Ochoa las cartas al Sr. de Villaroel, XIX, XLVII, XLVIII, LI, LII, LIV, LXVI, LXVIII.

(2) Colección Ochoa, Cartas al Rey, VIII, LX.

(3) Antonio Pérez al Conde de Essex, diciembre de 1595. Colección Birch.

(4) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

Un incidente imprevisto estuvo á punto de poner á Pérez en apuro. Bacon abrió inadvertidamente una carta que Godfrey Aleyn (el criado suyo que dió por amanuense ó secretario al amigo español) enviaba á su padre, y despertando su atención que estuviera escrita en cifra, interpretó lo que sigue:

Godfrey manifestaba propósito de no continuar mucho tiempo al lado de su amo, vistas la inconstancia y rareza del carácter. No pudiendo sufrir sus originalidades, á pesar de hacer cuanto estaba en su mano para complacerle, aprovecharía una buena oportunidad tan luego como penetrara ciertas cosas que empezaba á conocer y que podrían serle de mucho provecho. Los trabajos de Pérez se encaminaban por todos lados á conseguir Liga estrecha y fuerte entre Francia é Inglaterra contra el Rey de España, convenciendo á las dos partes de que por tal medio lo hundirían. Procuraba al mismo tiempo, por medio de la Reina, la soltura de su mujer é hijos, detenidos en Madrid; pero tenía emulación con M. Edmondes, agente especial del Conde de Essex, estorbándose uno al otro: el Rey empezaba á cansarse de las singularidades de Pérez, y los más de los hombres con que esperaba contar le enseñaban ya los dientes.

Se vino á descubrir por esta misiva que ha-

Biblioteca Nacional de España

biendo aprendido Godfrey al lado del señor Antonio lo que valía un secreto, tomaba copia de las cartas más importantes que se enviaban al Conde de Essex, y hacía que fueran á manos del Rey de Escocia por conducto de su Embajador en París. Essex, muy alarmado, previno incontinenti al corresponsal, dándole tiempo de poner remedio, que fué el de su táctica probada. Anunció al Rey otra tenebrosa traza de los Faraones de Egipto, enderezada á perderle con la invención de cartas que pusieran en duda su lealtad, su amor, su adhesión, etc. Después, manifestando á Godfrey que era preciso enviar al Conde una clave nueva de escritura, comisión delicada que no quería fiar á otra persona, le despachó para Inglaterra, donde en el acto de poner el pie le echaron mano, encerrándole en la prisión de Clink (1). Le sustituyó Edward Yates, hombre de toda confianza, pagado como el otro por el Conde, y exclusivamente destinado á transmitir los despachos secretos que importaran á éste ó á la Reina (2).

Hay que dejar aquí en suspenso los manejos secretos, hasta referir someramente los efectos que producían en la política.

La Reina de Inglaterra, siguiendo los con-

(1) Colección Birch.
(2) Idem.

Biblioteca Nacional de España

sejos de los Cecil, padre é hijo, contrarios siempre á los del Conde de Essex, había negado á Enrique IV la cooperación activa en la guerra, y este Rey insinuó por medio de Embajador especial que, no contando más que con los recursos propios, se vería en la precisión de aceptar paz honrosa con España. Isabel, inquieta con las ventajas que en Francia iba consiguiendo el Conde de Fuentes, recibió la declaración con doble sentimiento, y comisionó inmediatamente á Sir Henri Unton para que con carácter de Embajador sondeara en París la verdadera disposición del Rey, haciéndole conocer la necesidad en que se veía el Gobierno de Inglaterra de proveer á la propia seguridad, amenazada en aquella isla y en Irlanda. Si Enrique IV se inclinaba en realidad á entenderse con Felipe II, el Embajador debía procurar impedirlo con ofrecimiento de alianza y auxilio efectivo: si en la indicación no había más que amenaza, ninguna modificación se haría en la marcha de las relaciones; pero á estas instrucciones oficiales opuso las suyas particulares el Conde de Essex, seguro de verlas cumplidas, por lo mucho que Sir Unton le debía; y contrariamente á lo que el Secretario de Estado le mandaba, había de sostener al Soberano de Francia en la afirmación de no continuar la guerra sin ayuda, aun-

Biblioteca Nacional de España

que en público y como Embajador diera á entender lo contrario.

Al mismo tiempo había de escribir Pérez cartas que se mostrarían á la Reina, para que la coincidencia de sus informes y los del Embajador influyera en el ánimo de Isabel. Las instrucciones del Conde decían: «Antonio me escribirá, en carta que pueda enseñarse, que la llegada de Sir Unton ha empeorado los negocios, y me preguntará por qué, conociendo el carácter del Rey de Francia y los asuntos del reino, no me he opuesto al envío del Embajador. Añadirá temores de que se haya dejado avanzar al Rey hasta un punto de que no pueda ya retroceder (1).»

Sir Henri Unton desempeñó perfectamente su papel; el Rey conferenció con Pérez, cuyas cartas completaron en Inglaterra el efecto de los despachos del Embajador (2).

Empezaba en esto el año de 1596 con descontento del Peregrino, que vino á mudar en pena, la falsa nueva de la muerte de Doña Juana Coello, su mujer. Un caballero de la Cámara de D. Felipe escribió á Génova *dícese* que se propagó de seguida por cosa cierta... (3).

(1) Colección Birch, tomo I, pág. 354.

(2) M. Mignet explana con bastante extensión estas intrigas, páginas 337 á 348.

(3) Colección Ochoa, parte II, carta CXVI.

Biblioteca Nacional de España

Antonio Pérez mostró gran sentimiento, escribiendo expresamente para el Conde de Essex necrología latina (1), y otra castellana más extensa destinada al público (2), por muestra de la inmensidad del infortunio. Gil de Mesa fué en su nombre á noticiar á la Princesa Catalina de Borbón, al Rey, á Villeroy la resolución de abandonar el mundo, entrando en religión; propósito que parecía muy bien al Secretario de Estado. Probablemente por vez primera se ofrecía con sinceridad á secundarle con su influencia para entrar en situación en que *podría hacer su fortuna y la de sus amigos*. No menos expresiva Madama de Borbón, prometió solicitar de su hermano una mitra ó un capelo que le proporcionaran dignidad en el estado religioso; por último, el Rey, después de enviar con pésame á M. D'Incarville, le hacía saber que iban á extenderse las cédulas de nombramiento de Consejero real, asignándole la sexta plaza; otra de inclusión en la lista de los que habían de recibir la Orden del Espíritu Santo, más la de Gentilhombre de Cámara en favor de Gil de Mesa (3).

Como reflejo de la situación del ánimo, re-

(1) Colección Birch, tomo I, pág. 366.

(2) Colección Ochoa, parte II, carta CXVII.

(3) Colección Birch. Cartas de Jacomo Bassadonua al Conde de Essex, enero de 1596.

Biblioteca Nacional de España

crecido el odio con la progresión de la desgracia, hacía para Essex estudio de los sucesos políticos cuya fuerza obligaba al Rey á inclinarse cada vez más á la paz. Instigábale más que nunca á que hiciera entender secretamente á Isabel el peligro gravísimo que amagaba. El Papa trabajaba con vehemencia; el Duque de Saboya no era obstáculo; la llegada á España de la flota de galeones consentía el refuerzo de ejército y armada. ¡Qué letargo el de Francia; qué negligencia en Inglaterra; qué dolor no haber interceptado los tesoros de las Indias, siguiendo el plan que él mismo entregó á la Reina! Sucumbiría en la empresa con la seguridad de no haberse equivocado; y como los oprimidos infunden compasión y los engañados risa, quería más ser objeto de piedad que de ridículo (1).

Trabajo le costaba discurrir sobre la ceguera del Gobierno inglés, desacertado en todo; el Embajador Sir Henri Unton, cortés en invitarle á su mesa, se reservaba de él y no se daba maña para influir con Enrique. ¡Ah! no querían ayudarle en la guerra *contra la bestia salvaje que se proponía trastornar los fundamentos de la tierra y la fe de los hombres...* no sabían

(1) Antonio Pérez al Conde de Essex 18 de enero 1596. Colección Birch, tomo I, pág. 372.

Biblioteca Nacional de España

gastar dinero sin dolor... tiempo llegaría de lamentarlo (1).

Por mortificación mayor sabía, gracias á los buenos oficios de D. Cristóbal, el hijo menor del Prior de Ocrato, que un agente español en Nantes decía sin reserva que había de morir antes de un mes, siendo cosa notoria que un *D. Rodrigo de Martilos (sic)* le asesinaría, como también al Rey de Francia. Por absurdo que el aviso debiera parecer, reprodujo en Antonio Pérez una de aquellas crisis temerosas alimentadas por la suspicacia del carácter. Se creía blanco de la enemiga de los Guisas por haber sacado á luz en las *Relaciones* los proyectos de confederación que formaron con D. Juan de Austria; presumía que la envidia de Villeroy le armara alguna celada, llevando la desconfianza al límite de entender que Gil de Mesa, su *alter ego*, le espiaba y vendía al Rey, y que éste, para alcanzar arreglo ventajoso con España, entregaría á D. Felipe la persona de su fugitivo secretario (2).

Exasperado, insufrible en el trato, encerrado en la casa de Coucy, negándose á ir con Enrique IV á la Fere, con pretexto de una caída sobre el hielo, desataba la lengua contra

(1) Colección Birch, tomo I, páginas 373, 375.

(2) Cartas de Nanton al Conde de Essex, de Coucy, febrero y marzo 1596. Colección Birch, tomo I, pág. 433.

Biblioteca Nacional de España

la informalidad de los franceses, que al parecer pretendían hacer con él lo que con un limón, que se arroja después de exprimido, á más de entorpecer sus asuntos y retrasar el pago de la pensión que le habían señalado (1). De no cambiar de sistema y seguir poniendo á prueba su paciencia, amenazaba con volverse á Inglaterra, donde viviría con dignidad y sin peligro, ó á cualquier parte, *á comer carbón*, antes que ser juguete de franceses, con ofertas que rechazaba con más grandeza que le eran hechas (2).

Si conferenciaba con el Embajador inglés, las quejas y las amenazas eran de otra naturaleza: entonces el lugar de retiro era Florencia ú Holanda (3); pero de cualquier modo, ni hablaba con sordos ni dejaba de pensar en el alcance de lo que decía. El Embajador transmitía las extravagancias, pero se allanaba á pagarle las deudas. Enrique IV no sufría con paciencia las libertades que se iba tomando el español en su presencia, enviándole no obstante la visita de Villeroy, y aun la de su médico cuando pretextó la dolencia de la caída (4). El Rey se le

(1) Colección Birch, tomo I, pág. 433.
(2) Idem id.
(3) Idem id.
(4) A la visita del médico alude en el documento XII del Apéndice. Tratan de ella también las cartas de Nanton. Colección Birch, tomo I, pág. 433.

Biblioteca Nacional de España

quejaba de que tuviera á Inglaterra más afecto que á Francia; pedíale *con abrazos y besos* que no le dejara, asegurando que en ninguna parte estaría más seguro que á su lado (1).

Otra más provechosa entrevista con la Princesa Catalina servía para preguntarle si se daría por satisfecho con un Obispado como el de Burdeos, por ejemplo, que valía 7.000 escudos anuales, con el número de beneficios eclesiásticos suficientes para sostener la dignidad de Cardenal, y con una guardia de seis ú ocho suizos que desvanecería todo recelo de atentado contra su persona (2), mientras de la parte de allá le anunciaban las cartas del Conde de Essex que, vencida por voluntad de la Reina la oposición de los Cecil, estaba resuelto y en vías de preparación el envío de una escuadra inglesa á las Indias, y el de la expedición contra Cádiz (3).

Acontecimiento inesperado, el asalto y captura de Calés (*Calais*) por el ejército español de Flandes, vino á decidir otra de las negociaciones en que andaba tan empeñado. El peligro de la vecindad se impuso á toda otra consideración en la política de Isabel, y he aquí

(1) *Me amplecteas et osculans.* Antonio Pérez al Conde de Essex. Colección Birch.

(2) Antonio Pérez al Conde de Essex. Colección Birch.

(3) El Conde de Essex á Antonio Pérez. Idem id.

Biblioteca Nacional de España

cómo Antonio Pérez, acompañando al Duque de Bouillon y con plenos poderes para negociar la alianza defensiva y ofensiva, se embarcó para volver á Inglaterra.

Ahora sí, pensaba el Embajador, que podré buscar retiro en que pasar tranquilo y sin peligros los días de vida que me queden, dejando á estas naciones que gocen de su amor, después de haber hecho oficio de sacerdote en la unión conyugal (1).

Encontró en Dover al Conde de Essex, que le consultó ciertos puntos de la expedición de Cádiz, á la sazón muy adelantada en los preparativos; encontró á Bacon constante en los amistosos sentimientos; en Londres halló, en cambio, la más cruel de las mortificaciones.

La nueva del fracaso completo de aquella otra expedición costosa enviada á las Indias, derrotada en Puerto-Rico, en Chagres, en Tierra firme, deshecha al fin sobre la isla de Pinos por la armada española de D. Bernardino de Avellaneda; la jornada que, según Pérez, había de llenar las arcas de Inglaterra con los tesoros de Felipe II, y que en la realidad costó la vida de los dos caudillos de mar más populares, sin mención del desastre, impresionó á la Reina contra el consejero insistente,

(1) Colección Birch, tomo I, pág. 434.

Biblioteca Nacional de España

en quien Lord Cobhan, Sir Robert Cecil y Henri Brook descargaban el peso de la responsabilidad, ya que contra su parecer se hizo. El mismo Conde de Essex, al ver el nublado, seguido de las quejas, reclamaciones y exigencias impertinentes de Pérez, marchó á Plymouth, haciéndolo por otro lado Bacon (1).

El tratado entre Inglaterra y Francia se firmó el 10 de mayo sin intervención del oficioso Embajador, desatendido, profundamente humillado en aquella corte de que hablaba sin cesar en París cuando quería dar la medida de su influencia (2). Dudando estuvo si volver á Francia, donde sería patente el desengaño, ó buscar asilo nuevo entre los rebeldes de los Países Bajos (3); pero como lo segundo fuera aventurado (4), desandó el camino de la Embajada, sin obtener la atención siquiera de que le avisaran la salida de aquella armada de 150 velas, conductora del ejército que al mando de Essex había de atacar á Cádiz (5), donde es-

(1) Colección Birch, tomo I, páginas 466, 473, 486.

(2) Idem id., tomo II, páginas 3, 4.

(3) Colección Birch, tomo I, pág. 473.

(4) Parece que Pérez tuvo también idea de retirarse á Escocia y tentó el recibimiento en carta dirigida al Rey Jacobo VI, que se halla junta con la contestación de Sir T. Parry en el Museo Británico, Calígula, *E*-VII, según *The English Cyclopædia:* London, 1857, art. Pérez.

(5) Apéndice, documento V.

Biblioteca Nacional de España

peraban, por lo contrario, al iniciador de la empresa (1).

III.

En los momentos difíciles se acreditan las condiciones de los hombres. El Peregrino, con su ordinaria sangre fría, se valió de la nueva de la agresión inglesa para explicar en Francia la razón de no figurar su personalidad en el tratado de alianza firmado en Londres, por aquéllas que recomiendan la ocultación del maquinista al mover en el teatro los hilos de mutación de las escenas, sin dejar de utilizar la noticia simultáneamente contra el mal efecto que al otro lado del Canal había causado, como dicho queda, la desdichada expedición de Drake. Al felicitar oportunamente á la Reina Isabel, acompañaba protesta de su constante adhesión, expresando que aún podría serle provechoso en otras jornadas (2).

Así lo iba entendiendo el Conde de Essex desque en la victoria descubrió la exactitud de los cálculos por donde se había alcanzado. Pérez era ciertamente instrumento útil. Á fin de conservarlo le escribió, por tanto, en 14 de

(1) *Documentos relativos á la toma y saco de Cádiz por los ingleses. Colección de documentos inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo XXXVI.

(2) Colección Birch, junio 1596, tomo II, pág. 42.

Biblioteca Nacional de España

septiembre de 1596, la carta más afectuosa, excusando lo ocurrido; pidiendo *que no le condenara sin oirle* (1); refiriendo, en fin, los sucesos de la campaña; y como el Sr. Antonio no deseara otra cosa, reanudada la correspondencia, mientras discurría por allá los medios de seguir afligiendo á España, procuraba acá contener las vacilaciones del Rey, sobre todo las que le llevaban á considerar las ventajas de la paz.

De tomar esta resolución Enrique IV, inquieto como estaba con el triunfo conseguido por los turcos contra el Emperador y dado á discurrir si era llegado el caso de la unión de los Príncipes cristianos contra el enemigo común, quedaba segada en flor la idea primordial de la triple alianza contra España; anulada la sucesión de los proyectos belicosos. Á toda costa, á costa de la prudencia, acudió Pérez contra el peligro, avisándolo secretamente al Embajador de Inglaterra, á fin de que su Gobierno lo desviara (2), mientras que sin temor de colocarse en oposición abierta con el Secretario de Estado, decía al Rey, en presencia de aquél, que sólo un insensato sería capaz

(1) *Ne desinas, Antoni, me amare; ne festines me inauditum condemnare. Attendi Essexi apologiam.* Birch, tomo II, pág. 143.

(2) Nanton al Conde de Essex, 28 de noviembre 1596. Colección Birch, tomo II.

Biblioteca Nacional de España

de hablarle de transacciones humillantes (1).

Á todo esto se aproximaba el fin del año 1596, no habiendo pasado de buenas palabras las ofertas de honras y beneficios; Antonio Pérez no era todavía Caballero del Espíritu Santo, ni Obispo, ni más que pensionado con demoras é intermitencias, sin que la táctica de lamentaciones y amenazas de buscar nuevo amo, seguida siempre que las circunstancias la recomendaban, diera el apetecido resultado. Se determinó, pues, á formular por escrito una especie de *ultimatum* que debían de apoyar Juan de Vivonne, Marqués de Pisani, Embajador que había sido de Francia en España por los años de 1572 á 1582, época en que cultivó la amistad de Pérez, y el Duque de Montmorenci, Condestable de Francia, amigo de ahora y protector decidido. El memorial (2) iba acompañado de una especie de estipulación redactada sin miramientos por la pluma del pretendiente. Tal debía de ser que no la admitió el Rey, observando que era aquello proyecto de tratado más bien que súplica humilde (3); lo modificó naturalmente, con declaración de «que Antonio Pérez desea-

(1) Nanton al Conde de Essex, 28 de noviembre 1595. Colección Birch, tomo III.

(2) Apéndice, documento VI.

(3) Nanton al Conde de Essex, 28 de diciembre 1596. Colección Birch, tomo II, pág. 239.

Biblioteca Nacional de España

ba servir á S. M. como vasallo y criado, presentándose desde luego como tal,» haciendo las siguientes peticiones, por debajo de lo que el Rey tenía ofrecido (1):

1.ª Que se le procurara el capelo de Cardenal, dado caso que hubiera fallecido su mujer, aplicándolo á su hijo Gonzalo Pérez en el contrario, con advertencia de no indicar á Su Santidad para quién se pretendía.

2.ª Que se le señalara renta de 12.000 escudos anuales en obispados, abadías y beneficios eclesiásticos como fueren vacando, con autorización de transmitirlos á sus hijos.

3.ª Que mientras no se completase dicha renta, aunque percibiera una parte, siguiera cobrando la pensión de 4.000 escudos que le estaba asignada, situándola en parte donde la cobrara con exactitud.

4.ª Que independientemente, mientras no se le completara la renta dicha, se le darían cada año 2.000 escudos de ayuda de costa en avisos de gracias que él tendría cuidado de buscar.

5.ª Que para habilitarse por de pronto en la situación de Consejero con que le honraba S. M., se le dieran en el acto 2.000 escudos.

6.ª Que considerado el peligro que corría

(1) Apéndice, documento VII.

Biblioteca Nacional de España

su vida por la persecución del Rey de España, se pondrían á su disposición algunos suizos de la guardia real.

7.ª Que si llegara á tratarse de paces entre Francia y España, se había de procurar la libertad de su mujer é hijos, así como lo acostumbrado respecto á bienes de vasallos retenidos por otro Príncipe.

8.ª Que por excusar pesadumbres tomara el Condestable de Francia á su cargo, y en nombre de S. M., el cumplimiento de las cláusulas.

Todas, sin excepción, fueron acordadas, expresándose en el *asiento* que el Rey, siempre bondadoso con los afligidos, había acogido en su reino al Sr. Antonio Pérez, atendiendo á las virtudes que le distinguían y á los servicios que de él esperaba, y ahora recibía su fe y le acordaba protección contra los que le perseguían.

Lo firmó en Ruan (*Rouen*) el 13 de enero de 1597 el Secretario de Estado, de Neufville (Villeroy) por orden del Rey, confirmando la ejecución el Condestable en 18 del mismo mes y año (1).

Habiendo jurado el cargo de Consejero, era asunto delicado comunicar al Conde de Essex

(1) Apéndice, documento VII. M. Mignet lo ha puesto por nota en las páginas 355 y 356.

Biblioteca Nacional de España

lo que pasaba en el Consejo: al efecto, convinieron los interesados en que las cartas serían encomendadas á un criado de confianza que personalmente las llevaría á Inglaterra, quemándolas inmediatamente el Conde (1). Por este medio propuso Antonio Pérez un proyecto nuevo de gran importancia. Contaba con cuatro plazas y dos puertos en el reino de Nápoles: con el beneplácito de la Reina y la dirección del Conde de Essex, se comprometía á tomar la empresa á su cuenta y riesgo, en la inteligencia de que la corona de Inglaterra no aceptaria responsabilidad de ninguna clase hasta adquirir la certeza de que él (Pérez) estaba en aptitud de hacer por sí solo la guerra al Rey de España por uno ó dos años (2). Demostrado esto, ofrecía dar á la Reina Isabel la posesión y soberanía de dicho reino de Nápoles, poniendo en sus manos las plazas y puertos de referencia; de modo que, enviando allá una escuadra, entretenía la guerra lejos de su reino, y, por medio de inteligencias con el turco, se molestaba al más temible enemigo. En compensación no pedía más que la Reina ó el Conde adquirieran en Venecia una casa de valor de 20 ó 30.000 ducados donde Antonio Pérez pu-

(1) Colección Birch, tomo II, pág. 244.

(2) Able to wage war against de king of Spain himself for a year or two. Colección Birch, tomo II, pág. 239.

Biblioteca Nacional de España

diera dejar en completa seguridad á su mujer é hijos si perdía la vida en la demanda; y como quedarían en rehenes sus dos hijos mayores y el título de propiedad había de extenderse en nombre de la Reina para el caso contrario, nada perdería de ningún modo (1).

Á este proyecto presentó objeciones Nanton, haciendo ver las dificultades de enviar una escuadra hasta el fondo del Mediterráneo, así como la resistencia que los napolitanos opondrían á la religión reformada, y molestado con la contradicción respondió el Sr. Antonio que si la Reina no quería hacer el ensayo, *ella se lo perdía* (2).

Á Enrique IV propuso al mismo tiempo negociarle en Génova un empréstito de 2.000.000 con tal que destinara de la suma 40.000 libras mensuales á una invasión por el reino de Aragón (3). En carta al Conde de Essex decía que, animado el Rey con el buen resultado de la jornada de Cádiz, era probable que se atreviera á tentar algo por ese lado y por el de Milán. Entre tanto Inglaterra debería enviar un agente á Marruecos, enmendando la falta de no haberlo hecho cuando la expedición de Cádiz, por-

(1) Able fo wage war against de king of Spain himself for a year or two. Colección Birch, tomo II, pág. 239.

(2) Idem id.

(3) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

que desde allí hubieran ayudado (1). Perdonaba y *miraba por encima del hombro* á los émulos que tanto le habían contrariado en Inglaterra, esperando taparles la boca con el cumplimiento de sus vaticinios y con el triunfo que también en Francia había conseguido sobre Villeroy, Saucy y los compañeros que querían á toda costa impedir su entrada en el Consejo real (2).

Mal podía sospechar Antonio Pérez que, al escribir las impresiones del orgullo satisfecho, un Capitán español iba á cambiarlas súbito, apoderándose de la plaza de Amiens y del parque de artillería de Francia, con un saco de nueces. Ocurrió el suceso el 11 de marzo de 1597, trastornando por completo los planes de Enrique IV: hubo de reclamar de Inglaterra el auxilio convenido en el tratado de alianza, sin que se lo dieran; cambiáronse las reclamaciones del caso, agriándolas las embajadas especiales, de forma que decidió aceptar los buenos oficios del Legado del Papa y negociar la paz con España tan luego como recuperó la plaza.

Vanos fueron los supremos esfuerzos de Pérez para impedirlo: por más que participara al Embajador de Inglaterra cuanto en la corte

(1) Able to wage war against de king of Spain himself for a year or two. Colección Birch, tomo II, pág. 244.

(2) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

se pensaba, y en su ayuda vinieran á París Sir Robert Cecil y Justino de Nassau, como fracasara por entonces el Conde de Essex en la segunda jornada contra los galeones de la plata y no compensara el daño que pudo hacer en las Azores durante el verano de 1597 (1), los gastos y averías del armamento, el disgusto de la Reina Isabel y de sus consejeros, que daba mayor tirantez á las relaciones, vino á hacer irrevocable la resolución de Enrique IV; y lo que el intrigante consejero consiguió tan sólo, resistiéndola indiscretamente, fué que, descubiertos los manejos, le fuera cerrada la Cámara del Rey (2).

Cambiando entonces de sistema, procuró como siempre sacar partido de las circunstancias. Rechazó como novela inventada por sus enemigos la acusación de confidencias á Inglaterra, enviando á Gil de Mesa á casa del Condestable con una memoria en que decía, entre otras cosas propias de su sin igual desenfado (3):

«Viniendo al punto presente de la calumnia que escribo á Inglaterra, digo y suplico al señor Condestable que me haga la merced de

(1) *Relacam do succedido na ilha de San Miguel sendo governador nella Gonzalo Vaz Covtinho, com armada real de Inglaterra, general Roberto de Bovers, Conde de Essexia, anno de 1597*: Lisboa, 1597.

(2) Colección Birch, tomo II, pág. 286.

(3) Apéndice, documento XII.

Biblioteca Nacional de España

pedir á S. M. que mande averiguar esto, y siendo falso, como lo es, hacer la demostración que es justa en mi satisfacción, y darme licencia que me retire de sus reinos y de cortes de Príncipes, y de sus peligros y juicios, antes que me acaben la salud y vida, ofresciendo, como ofresco á S. M. que, bien ó mal tratado, mientras viviere y donde quiera que viviere, le mantendré la fe y amor á su nombre y corona, de muy fiel siervo.»

La salud dió por perdida desde el momento, á causa del disgusto; hízose el malo (1), ocupando á los amigos en la distribución de lamentaciones y cartas, y porque no se perdiera la ocasión empeñó á los más allegados y á los más influyentes á fin de utilizar lo mismo que con tanto empeño había querido deshacer. Antes de que se abrieran las negociaciones en Vervins, había ya escrito repetidamente al Rey (2) se acordara de lo que le tenía ofrecido en el asiento, y pusiera, por tanto, en el tratado de paz un capítulo especial exigiendo la libertad de su mujer é hijos y la devolución de bienes; á la Princesa Catalina rogaba influyera con tesón en este resultado, y á Gabriela d'Estrées, Duquesa de Beaufort, íntima de Enrique IV, encomendaba el asunto expresa-

(1) Mignet, pág. 362, con cita de *An historical view*, pág. 19.
(2) Colección Ochoa, parte I, cartas LXIV, LXV.

Biblioteca Nacional de España

do, «que en las grandes ocasiones se acude á los grandes santos (1).»

«Suplico á V. M., decía al primero, se acuerde de lo que por su grandeza y benignidad me tiene ofrecido tocante á la redención de mi mujer é hijos y á la restitución de mis bienes... Ya es llegada la hora y coyuntura de mostrar V. M. su natural de piedad en el caso más piadoso destos siglos, en el cumplimiento de su palabra real... Habrá V. M. hecho una obra en gracia del cielo, en gloria suya con las gentes, en mérito para con Dios... Porque el Rey de España pensaría que aquellos artículos y promesas habían sido ceremonia, y lo recibiría como por seguro y permisión de la ejecución de mi perdición.» Avisábale que Felipe II había de poner por condición en el tratado el indulto del Duque de Aumale, refugiado en Bruselas, y que nada más natural que estipular en cambio el suyo.

¿Escuchó el Rey las súplicas? Si pudiera en algo darse crédito al mismo Pérez, Enrique tomó con grandísimo empeño su causa: los plenipotenciarios de Francia presentaron en Vervins la propuesta, respondiendo los de España, Richardot y Tassis, que Antonio Pérez no era emigrado político como el Duque de

(1) Colección Ochoa, parte I, carta LXIX.

Biblioteca Nacional de España

Aumale, sino fugitivo sentenciado por la Inquisición (1).

Posible es que el Rey le dijera esto; mas por entonces no estaba satisfecho del Consejero de modo que fuera á entorpecer por él las negociaciones. M. Mignet, que examinó exprofeso las instrucciones y despachos de los plenipotenciarios franceses Bellièvre y Sillery; no sólo no encontró comprobación del interés que se les hubiera encomendado, sino que, por el contrario, dió con la orden precisa de rechazar en el tratado cuanto pudiera tener relación con el Duque de Aumale. El nombre de éste figura en los protocolos por esta razón; el de Antonio Pérez no se menciona siquiera, y el hecho es que en la paz de Vervins, firmada el 2 de mayo de 1598, no se comprendió á ninguno de los dos (2).

Dos incidentes derivados del descubrimiento de las inteligencias de Antonio merecen especial atención. El primero el de la propuesta de un convenio nuevo que envió al Conde de Essex al darle cuenta de los disgustos que había sufrido; consistía: 1.°, en la completa seguridad de la persona que en lo sucesivo se

(1) Colección Ochoa. Cartas á un señor amigo, parte II, carta CXLVIII.

(2) Cita en comprobación las *Mémoires de Bellièvre et de Sillery:* La Haye, 1696.

Biblioteca Nacional de España

encargara de llevar las cartas; 2.°, que reuniendo el Conde todas las que tenía en su poder y las que poseía Bacon, las quemaría, *sin lástima de las bellezas literarias*, avisándole de su propia mano estar cumplida la destrucción; 3.°, que había de asegurarle haría lo mismo con todas las cartas sucesivas, sin mostrarlas á nadie más que á la Reina; 4.°, que si por resultado de la correspondencia, contra lo que podía suponerse, llegaba á perder la situación que tenía en Francia, volvería á tomarle el Conde bajo su protección en Inglaterra. En postdata hacía saber hallarse necesitado de alguna ayuda de costa (1).

El segundo curioso incidente consiste en el escrúpulo de conciencia que llegó á sentir por la prosecución de estas inteligencias, que consideraba «las de su verdadera vocación.» Un confesor italiano desvaneció aquél, diciéndole que, por los deseos de venganza que abrigaba contra su antiguo señor, pecaba mortalmente; pero que tratando, como Consejero del Rey de Francia y como católico, del bien general de Europa, considerados los fines que se proponía, su inteligencia con Estados heréticos no sólo era excusable, sino altamente meritoria (2).

(1) Colección Birch, tomo II, pág. 314.

(2) Nanton al Conde de Essex. Colección Birch, tomo II, pág. 314.

Biblioteca Nacional de España

IV.

Después del tratado de paz de Vervins, son más escasas las noticias auténticas del Peregrino. Por las que recogió Bermúdez de Castro, aparece domiciliado en París, en trato íntimo con el Soberano, que gustaba mucho de sus pláticas y le llamaba «su maestro de cuentos;» obsequiado de los palaciegos y de los personajes de la alta nobleza, con regalos y favores; siendo objeto de todas las conversaciones; en todas partes buscado y atendido; pasando la vida entre festines; haciendo ostentación de criados extranjeros y manifestaciones múltiples del lujo (1).

Hay algo de verdad en la indicación general de la vida; hay no poca exageración en cambio.

Se estableció en París y ocupó tres años una casa enfrente del hotel de Borgoña, donde se representaban las comedias, y al lado del hotel Mendoza, así llamado por un volteador de maroma que hacía notables habilidades (2). En la puerta estaban los suizos de la guardia real, que le seguían por las calles, á uno y otro lado de la carroza, preciándose de que ésta fuera *la*

(1) Bermúdez de Castro, páginas 262, 263.
(2) Colección Ochoa, parte I, carta CXXXVIII.

Biblioteca Nacional de España

más linda de la corte (1), así como de tener *metresa* (2).

No siempre recibía con puntualidad el importe de las pensiones, ni de ordinario ganaba en actividad á los que avisaban primero las vacantes de beneficios y gracias: harto se quejaba de ello (3); con todo, lo que percibía en Francia, junto con las liberalidades del Conde de Essex, bastaba al sostenimiento de la situación de Ministro en que se había colocado. Los Embajadores de Inglaterra y de Venecia, el Condestable, el Marqués de Pisani, el Duque de Bouillon, con otros personajes, y más que todos M. Zamet, el gran anfitrión de París, el confidente servicial de Enrique IV, recibían asiduamente á Antonio Pérez, estimando el don, que como pocos poseía, de hacerse escuchar en la mesa y salones, gracioso, ocurrente y oportuno. Las anécdotas de la corte de España, principalmente aquéllas amorosas en que hacía papel el Rey D. Felipe, tenido por austero personaje, y tan sólo visto por el lado de la política, interesaban vivísimamente al auditorio, pendiente de la narración del ex-Secretario, no lerdo para presentar en semejantes pláticas á *Nabucodonosor* ó á la *bestia salva-*

(1) Apéndice, documento XLIV.
(2) Idem, documento XXVIII.
(3) Idem, documentos XI, XIII, XIV, XV, etc.

Biblioteca Nacional de España

je, antes siguiendo el plan de las *Relaciones* de nombrarle en público *su amo*, que no era óbice á las confidencias de interioridad, ejemplo aquélla de que *nunca olió ni conoció diferencia de olores* (1).

Gozaba, pues, de estimación y aprecio en ciertos círculos de la sociedad, sin ser por ello figura de primera notoriedad, cual admitió Bermúdez de Castro. Las memorias de Sully, como las de Villeroy, tan ricas en pormenores de la corte francesa por aquellos tiempos, no hacen una sola vez mención de Antonio Pérez; y si no hay que olvidar que ambos escritores y políticos le quisieron mal, no estaban en el mismo caso Pierre de Lestoile ni Palma Cayet, cronistas minuciosos de las calles y las ocurrencias, ni de Thou, Jean Choisnin, Claude Groulart, que ilustraron las memorias del reinado sin dedicar dos líneas de escritura al español refugiado.

En cuanto á Enrique IV, mirábale después del descubrimiento de los manejos ingleses con prevención, y tras de la paz de Vervins como inútil y aun perjudicial á sus intereses (2). No era el Rey quien le llamara *maestro de cuentos:* la frase debía proceder de un ofendido ó de un chusco, á juzgar por la respuesta: «Que no es

(1) Colección Ochoa, parte II, carta XXXI.
(2) Mignet, páginas 360, 381.

Biblioteca Nacional de España

malo saber cuentos, pues que enseñan entreteniendo; que cuando el que le criticaba supiera muchos, sabría más que ignorándolos [1].» Sin embargo, los cuentos ó las indiscreciones granjearon á Antonio Pérez enemigos mortales en las familias de Guisa y de Montpensier, sin contar los de menos altura.

En visitas, reclamaciones y banquetes, aparte de los quehaceres del cargo oficial, pasaba efectivamente la mayor parte del día; alguna distraía la audiencia de las muchas personas de cierto género que acudían á su casa: aragoneses, italianos, portugueses, que tenían alguna razón para esquivarse de la justicia; *foragidos*, en el concepto del Embajador de España, con los que tenía constituído un centro de conspiración permanente. De noche escribía [2] las sentenciosas obras.

Empezó publicando nueva edición corregida y aumentada de las *Relaciones*, con dedicatoria al Rey Enrique IV, fechada en París á 24 de septiembre de 1598, y á poco aparecieron separadamente los *Aphorismos de las Relaciones de Antonio Pérez, Monstruum Fortunæ*. Quería dar á entender que la publicación se hizo contra su gusto, á devoción de un gran personaje (el

(1) Colección Ochoa, parte I, carta XLI.
(2) Apéndice, documento XXXII.

Biblioteca Nacional de España

Rey), y que un curioso había sacado los aforismos de todo el libro, «á imitación del Bitonto, que destiló á Cornelio Tácito (1):» ello es que remitió este libro á varios de sus favorecedores y amigos (2), y que lo hizo también de la edición de Lyon titulada «*Pedazos de historia ó Relaciones*, así llamadas por sus autores los peregrinos. Retrato al vivo del natural de la Fortuna (3).»

El éxito le animó á dar sucesivamente á la estampa primera, segunda y tercera serie de memoriales y cartas, excusando, sin necesidad, el propósito de alimentar la curiosidad. Ya decía «que un amigo le arrebató varias cartas, y por haberle agradado las ha hecho imprimir; temía que lo mismo sucediera con unas ciento cincuenta más españolas y una centuria de latinas que envió á Gil de Mesa á instancias de un gran personaje (4).» Anunciaba á poco la aparición de las *Cartas españolas y latinas, y aforismos* (5), diciendo luego: «Saltaron las cartas españolas y latinas á mi desgusto (6).» «Un amigo se quiso meter á hacer imprimir las

(1) Colección Ochoa, parte II, cartas XVIII y XIX.
(2) Apéndice, documentos XVI, XVII.
(3) Colección Ochoa, parte II, carta LXXXIX.
(4) Idem, parte II, carta CXIII.
(5) Idem, parte II, carta XVII.
(6) Idem, parte II, carta XVIII.

Biblioteca Nacional de España

cartas á devoción de un gran personaje: no lo ha podido remediar (1).»

Enviando ejemplar al Duque de *Humayne* (Du Maine), volvía á decir «que un amigo había impreso las cartas á demanda de una dama aficionada á la lengua española: el daño estaba hecho (2).» Á otro personaje confiaba lo ocurrido por diferente modo: «Hacía él que un escribiente, antes de cerrar las cartas, las fuera copiando en un libro. El que copiaba, las iba copiando por sí también: curiosidad natural á criados. Á este tal parecía que se las había sacado una dama. No le acontecería más (3).»

En la colección de las cartas andan revueltas, con las ahora citadas, aquéllas con que remitía á Gil de Mesa la primera, la segunda y la tercera parte, para que se encargara de la impresión (4), así como las que le inspiraban el enojo de la corrección de pruebas y las demoras de cajistas. Por lo demás, aun reservando las piezas demostrativas de que «para morder no hay colmillo de jabalí que tal navajada dé como la pluma (5),» razón sobrada tenía estan-

(1) Colección Ochoa, parte II, carta XIX.
(2) Idem, parte II, carta LXV.
(3) Idem, parte II, carta LXXXI.
(4) Idem, parte I, carta XLII y última carta; parte II, carta CXLVII.
(5) Idem, parte II, carta LXXXIII.

Biblioteca Nacional de España

do satisfecho de la acogida otorgada por el público á sus obras, si «no había semana que no acudieran á su posada de varias partes á preguntar si estaban ya impresos los memoriales (1).»

«¿Qué culpa tengo yo, ponía, de que llamen por esas calles sentencias, y doradas, aquellos aforismos de mis cartas? (2).»

«Pregúntanme si algunas cartas que andan entre las impresas con nombres de otros, son en realidad de verdad mías ó de aquéllos. Porque el estilo, quien quiera que leyere las unas y las otras con un poco de atención, no le juzgará diferente, como ni una persona vestida de máscara, por mucho que se quiera disfrazar, podrá dejar de ser conoscido, yo diré francamente la verdad. Todas cuantas cartas andan en nombre de otros con las mías, son desa mi pluma grosera, tal cual la que me cupo por suerte. Lo mismo digo de cuanto anda en el libro de las *Relaciones*, ó sea debajo del nombre de *El Curioso* ó de cualquiera otro, ó de la pluma arrojada, cual la mía vive, por muy ruín, justamente (3).»

«Las cartas familiares y de amigo á amigo declaran más el natural que el rostro propio á

(1) Colección Ochoa, parte II, carta CXIV.
(2) Idem, parte II, carta CXIII.
(3) Idem, parte II, carta CXXIX.

Biblioteca Nacional de España

un fisiógnomo, y así las llamó no sé quién retrato del ánimo (1).»

Han sido juzgadas con alguna variedad estas cartas, bien que generalmente se reconozca su mérito. D. Eugenio de Ochoa, que las reimprimió, pensaba que el escritor brilla más en ellas por la novedad de los pensamientos y la valentía de los giros, que por la pureza y corrección del lenguaje (2); Bermúdez de Castro, en el supuesto de que todos los personajes de la corte de Francia querían testimonio de su estilo y de tener que poner en prensa el ingenio para discurrir lisonjera y graciosamente sobre fútiles consultas, alaba al escritor fácil y sentencioso, moralista divagador al gusto de la época, entendiendo que por estar entonces menos formada la lengua francesa que la nuestra, se enriqueció con los giros que introducía el español proscripto (3).

Reconocen efectivamente la influencia literatos de esta nación (4), por más que alguno

(1) Colección Ochoa, parte I, carta XCVI.

(2) Idem, introducción.

(3) Bermúdez de Castro.

(4) M. Philarète Chasles, *Antonio Pérez*, *Revue de Deux-Mondes*, tomo XXII, serie 4.ª: París, 1840, páginas 701 á 716. Dice: «L'éloquent exilé avait donné l'impulsion castellane a cet esprit français que le moindre souffle fait vibrer, et qui se laisse entrainer avec tant de facilité et de force vers des regions inconnu s. Alors l'Espagnole Anne d'Autriche, épouse Louis XIII; tout devient espagnol en France. Perez vient d'ouvrir une voie nouvelle au mou-

Biblioteca Nacional de España

piense fuera en parte debido al favor que por entonces gozaba en la corte y en la buena sociedad la lengua castellana (1), al que se debió la publicación de varias ediciones en la misma en que las cartas habían sido escritas (2), sin perjuicio de las traducciones (3). Ticknor estimaba las cartas por su variedad de estilo, propias, castizas y muy interesantes (4); Morel Fatio cree se deben de poner en la literatura epistolar española al nivel de las del autor del *Centón* dicho de Cibdadreal (5); no falta, sin embargo, quien las encuentre un tanto cansadas *(tedious)* (6).

vement rapide des esprits français... le refugié Perez fut évidemment l'initiateur de cette inondation espagnole dont Corneille fut le dieu... qui alla se perdre, non sans laisser des traces énergiques de son pasage, sous le trône de Louis XIV.»

(1) Pierre Larousse, *Grand Dictionnaire universel*, art. *Antonio Pérez*. Nous lui devons d'avoir introduit chez nous le goût de la litterature déja fort avancée de son pays.

(2) También se publicó en París, sin fecha, la primera centuria de cartas en latín; otra edición en Nuremberg en 1683.

(3) D'Alibrey tradujo al francés *Relaciones* y *Memoriales* con el título de *Œuvres amoureuses et politiques d'Antonio Perez:* París, 1641, y un tomo de epístolas: París, 1638.

(4) *Hist. de la literatura española*, traducción de D. P. de Gayangos y D. E. de Vedia: Madrid, 1854, tomo III, pág. 365.

(5) *L'Espagne*, cit., pág. 264. En otro libro, *Études sur l'Espagne*, première serie, París, 1888, escribe: «Qui sait si Voiture et nos autres virtuoses dans l'art d'écrire une lettre ne lui doivent pas quelque chose?»

(6) *The Enciclopædia Britanica:* Edimburgh, 1885, art. *Antonio Pérez*.

Biblioteca Nacional de España

En más honda consideración se reconoce la exactitud con que el autor definía las cartas familiares: en éstas se halla su retrato moral pareciendo entre los rasgos, que si alguno excedía al de la adulación (1), era el de la vanidad. Por ella no es mejor la colección epistolar, limpia de las fútiles misivas á que Bermúdez de Castro se refiere, que repiten unos mismos conceptos rebuscados; por ella no está despojada de personales alabanzas, que por otro lado sirven grandemente á la pintura: la del docto amigo á quien ruega «pase los ojos por los renglones que le han caído de la pluma para esculpir en un reló destinado á Gonzalo, su hijo (2);» la que anuncia un anillo de dos rengleras de diamantes á su mujer (3); la de los retratos que se manda hacer (4).

Se ha atribuído injustamente al Peregrino otra obra literaria, cuya malignidad tratando de supuestas inteligencias entre D. Juan de Austria y el Duque de Guisa ó sobre la muerte del Príncipe D. Carlos, y cuya complacencia en describir la agonía del Rey Felipe II, podían estimarse en consonancia con las que trazaba la pluma aquélla, *más temible que colmillo de ja-*

(1) Colección Ochoa, parte I, carta LXII.
(2) Idem, parte II, carta CXXXV.
(3) Idem, parte II, cartas CXLIV, CXLVI.
(4) Idem, parte I, carta CXVII; parte II, cartas CLVI, CLXI.

Biblioteca Nacional de España

bali. La vanidad sirviera justamente para reconocer cuán ajeno fué de tal escrito, si el estilo no lo dijera á primera vista. Se habla en este libro con extrema parquedad de Antonio Pérez, y él no sabía hacerlo, *por mucho que se quisiera disfrazar*.

La obra se titula *Breve compendio y elogio de la vida de el Rey Phelipe segundo de España, por Antonio Pérez*, y de ella existen varias copias manuscritas, habiéndolas en la Biblioteca Nacional de París y en el Museo Británico de Londres. M. Mignet, que poseía una con otro título, *Vida reservada del Señor Rey Phelipe 2.°, por Antonio Pérez*, no dudó que el autor fuese realmente el ex-Secretario del Rey *elogiado*, y transcribió la relación de los últimos momentos del Soberano, porque se supiera que «la muerte no le quiso arrebatar antes de haberle hecho sentir que los príncipes y monarcas de la tierra tienen tan miserables y vergonzosas salidas de la vida como los pobres de ella. Ella le embistió al fin con una asquerosa phitiriase con un ejército innumerable de piojos... (1).»

En el Catálogo de manuscritos españoles de la Biblioteca Nacional de París, formado por M. Morel Fatio (pág. 65, núm. 178), se explica cómo el *Breve compendio*, atribuído á An-

(1) Mignet, páginas 366, 370.

Biblioteca Nacional de España

tonio Pérez, es simplemente traducción de un capítulo del libro primero de la *Histoire de France et des choses memorables advenues aux provinces etrangères durant sept années de paix, etc.*, par Pierre Mathieu: París, 1606, en 4.°, tomo I, páginas 35 á 148, versión española que publicó D. Antonio Valladares de Sotomayor con título de *Vida interior del Rey D. Felipe II, atribuída comunmente al Abad de San Real*, y *por algunos al célebre español Antonio Pérez, su Secretario de Estado:* Madrid, 1788, en 8.°

V.

La muerte del Rey de España debía de influir en el ánimo de su expatriado Ministro, mitigando cuando menos el odio personal en que principalmente se inspiraban sus acciones. Teníale además probado la experiencia que la medida de sus fuerzas no llenaba la del orgullo loco con que se creyó capaz de luchar mano á mano frente al coloso de la política; en Inglaterra como en Francia veía declinar de día en día las estrellas de su reputación y su influencia, que formaban constelación con la de la fortuna. En esta disposición, la idea de recobrar la posicion antigua; el deseo de ver el cielo de la patria y el techo del hogar, no

Biblioteca Nacional de España

ajeno á las almas más escépticas y depravadas, se iba haciendo sentir en la suya.

Algún amigo oficioso hizo vibrar las sensaciones apoyadas con la falsa nueva de haber recaído resolución importante por disposición testamentaria de D. Felipe. «Corrió voz y aviso del testamento que dejaba... con capítulo tocante *al descargo del alma* en las cosas de Antonio Pérez... Unos referían que había dejado orden que diesen luego libertad á la mujer é hijos; que le restituyesen toda su hacienda, y aun 8.000 ducados de renta en satisfacción de lo padecido...(1).» Otros hablaban de recomendación especial al Príncipe para emplear á Antonio Pérez en Flandes ó en Italia...

¿Qué razón se opondría al regreso de Pérez, influyendo en el nuevo Rey D. Francisco Gómez de Sandoval, Marqués de Denia, amigo de la juventud, que le había visitado en la prisión arrostrando la cólera del Soberano? (2). Bien se podía saber que salió de España huyendo del enojo de su Príncipe, sin haber cometido delito de felonía ni hecho cosa contra la corona (3); bien se podía juzgar que si había servido con algún consejo ó advertimiento á reyes extraños, era obligado de las circunstan-

(1) Colección Ochoa, parte II, carta CXLVIII.
(2) Idem id.
(3) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

cias: ¿no es de ley natural servir al que da amparo? (1).»

El Sr. Antonio pensaba en aquellos días en admirable conformidad con M. Morel Fatio en los presentes; los contemporáneos eran los que no la tenían, por más que el natural piadoso de Felipe III le estimulase doblemente á señalar su advenimiento con actos de clemencia y de dulzura.

Habían transcurrido seis meses sin variación alguna: por fin, en abril de 1599 se expidió la orden de libertad de Doña Juana Coello (2); luego la de sus hijos, con licencia de reclamar la restitución de 20.000 escudos distraídos de la renta eclesiástica que correspondía al mayor, Gonzalo (3); pero de Antonio Pérez nadie se acordaba. Aunque la entrada del Rey en Zaragoza se solemnizara con el perdón de los proscriptos, la libertad de los presos, el derribo de los padrones de infamia de los caudillos de la revolución aragonesa (4), Antonio Pérez seguía exceptuado, recibiendo mortificación y desengaño nuevo. «¡Ah! escribía, á cabo de nueve años de prisiones han soltado á

(1) Colección Ochoa, parte II, carta CXLVIII.

(2) Idem id. Cabrera de Córdoba refiere en las *Relaciones* que la mujer de Antonio Pérez fué puesta en libertad el 17 de abril de 1599; los hijos el 14 de agosto.

(3) Idem id.

(4) Idem id.

Biblioteca Nacional de España

madre é hijos; pero se les ha mandado que no puedan salir de España. Paresce cosa de rehenes del tiempo de aquellos reyes moros; paresce que valgo algo, y no valgo nada (1).»

Sin desesperar por esto, acudió á los resortes ejercitados del halago, del ruego y de la amenaza, tocándolos á la vez en España y Francia. A la primera envió sentidas cartas para el Ministro universal, entre ellas una que había de enseñarle los medios de conservarse en el poder, ampliando el texto de aquélla que figuraba en su colección de las publicadas con epígrafe *Á un gran privado* (2).

La nueva se halla traducida al italiano por un anónimo que dice oyó elogiar en Ferrara á Antonio Pérez como uno de los maestros en el arte cortesano. Despertada su curiosidad, pudo procurarse noticias que recopiló con el título de *Vita et qualitá di Anton Perez;* y pareciéndole que la carta era joya preciosa, no sólo procedió á traducirla, la estudió y comentó en volumen de 154 fojas. Existe copia en el Museo Británico de Londres; otra en la Biblioteca Nacional de París (*Fr*-3444), ambas con título de *Lettera di Antonio Perez scritta al Duca di*

(1) Colección Ochoa, parte I, carta XXXII. Cabrera de Córdoba refiere en las *Relaciones* que la mujer de Antonio Pérez fué puesta en libertad el 17 de abril de 1599; los hijos el 14 de agosto.

(2) Idem, parte II, carta XLI.

Biblioteca Nacional de España

Lerma circa il modo che si douono gouernare li fauoriti di Principi per conseruare la loro fortuna (1).

En lo de Francia, acudió al Condestable exponiendo que desde que estaba en el reino, con haber tenido del Rey muchas promesas y las prendas firmadas en Ruan, ninguna cosa se le había cumplido ni año había pasado en que creciera en fortuna un dedo, sino menguado de día en día, y no quería morir, que á los hijos y á él no les quedaba sino la vida para ver más de lo visto (2). Acompañaba memorial al Rey diciendo:

«Que apretándole cada vez más las quejas de los suyos y los disfavores y desconsuelos aquí, sin ser de ningún servicio, le era forzoso consignar que en promesas de príncipes, fuera de lo que toca á su honra, era de consideración excusar desengaño. Decíanle los suyos no menos sino que no esperase verlos en Francia, y que se resolviera á que no lo tuvieran ni por marido, ni por padre, ni por hombre de entrañas humanas ni agradecidas á lo que habían padecido... Que pues aquí vivía inútil para S. M., y el estado en que se hallaba era de

(1) En Italia incluyó Bulifon, en la colección titulada *Lettere memorabili*, tomo II, páginas 50 á 68, dos cartas de Antonio Pérez al Duque de Lerma.

(2) Apéndice, documento XVIII.

Biblioteca Nacional de España

tanto daño si le tomaba la muerte dejándolos hijos de francés por el pan de la boca, le diera licencia para irse á alguna ciudad neutral á donde probar si estaba en esto el efecto de verse junto á los suyos (1).»

Algún efecto produjeron las últimas gestiones: el Conde de la Rochepot, enviado como Embajador á España en 1600, recibió encargo de interesarse por Pérez con la eficacia que acredita el siguiente párrafo de las instrucciones:

«Cuidará particularmente de inquirir lo que podrá hacerse en favor del Sr. Antonio Pérez, por la suerte del cual tiene gran compasión Su Majestad, pues ha llegado á la desdicha en que se encuentra por desgracia y no por malignidad. Se informará de la manera con que son tratados la mujer é hijos, intercediendo por ellos á fin de conseguir que se restituyan en totalidad los bienes pertenecientes al padre y á los hijos, para que disfruten los beneficios de la paz y de la recomendación de S. M. (2).»

Conocida la instrucción, decía la pluma incorregible del Peregrino: «Este Rey está fuerte en no consentir á los franceses absentes gozar sus casas y bienes si á Antonio Pérez no

(1) Apéndice, documento XIX.

(2) *Memoirs* de Duplessis Mornay: París, 1824, tomo IX, página 355, cit. por M. Mignet, pág. 365.

Biblioteca Nacional de España

le dan su mujer, hijos y hacienda. Quizá este mismo favor dañará, pero serán gloriosos daños. Del nuevo Rey de España quiero esperar que imitará á David, *por no probar los azotes de su reino por pecados ajenos* (1).»

Debió de dañar en verdad, más que la recomendación, la advertencia; en nada se alteró la resolución del Ministro de dejar las cosas como estaban, mientras que la bilis del expatriado sufría alteraciones graves al punto de obscurecer las dotes de hombre de negocios.

«Roni me trata mal, escribía al Condestable; el Rey manda que no me mude mi pensión, y Roni no quiere: no entiendo; y si lo entendiendo, que si me faltare el pan, buscaré un amo á quien servir, y esta licencia no me la negará el Rey (2).»

Más agrio á medida que el tiempo trascurría, volvía á decir al Condestable en 1604:

«Dijo el Rey á Roni que no me tocase en la consignación, y Roni no quiere, y há tres meses que debo el pan que como. Pero más ha hecho el Sr. Gil de Mesa hoy, que ha dicho á M. de la Varenne que, si el Rey no quiere, que hable claro y no nos traiga engañados, que buscará Antonio Pérez un amo á quien servir. Por cierto, chico estómago tiene la coro-

(1) Colección Ochoa, parte I, carta CXXVII.
(2) Apéndice, documento XXX.

Biblioteca Nacional de España

na de Francia si tan pequeña partida embaraza (1).»

Sin embargo, por un resto de consideración ó indulgencia solía Enrique IV defender alguna vez á su Consejero de la malquerencia de Villeroy y de Rosny; prueba esta carta dirigida al último:

«Antonio Pérez ha venido á darme gracias por los tres mil escudos que se le han dado, y á suplicarme se extiendan á la cantidad de cuatro mil, con el fin de que si llega á saberse en España no digan que recibe menos que en los años anteriores. Así, por satisfacer la vanidad de este hombre, os ruego se le complete la referida suma de cuatro mil escudos (2).»

De todos modos, empeoraban la situación crítica del proscripto el peso de su inutilidad, la humillación del descrédito, la necesidad apremiante de la subsistencia, instándole á redoblar las diligencias que le abrieran la puerta del destierro. En los preliminares de paz entre España é Inglaterra entrevió la ocasión de descorrer por sí mismo el cerrojo, haciendo valer servicios é influencias que parecieran grandes, y con la osadía que no le faltó nunca acometió el plan rápidamente concebido.

En la preparación hay pormenores que no

(1) Apéndice, documento XXXVI.
(2) Mignet, pág. 383.

Biblioteca Nacional de España

están suficientemente esclarecidos. Birch (1) presumía que los artificios de la corte de España, empleados para apartarle de Enrique IV, le engañaron; que persona de la embajada de España en París, garantida por la palabra de un Grande que pasaba por allí hacia Flandes, le aseguró, en el caso de renunciar á la pensión que disfrutaba en Francia, que antes de seis meses sería reintegrado en los bienes y honores que había tenido en su país.

Bermúdez de Castro, dando crédito en esto, como en otras cosas, al interesado, consigna que el Conde de Miranda, Presidente del Consejo de Castilla, declaró explícitamente á Doña Juana Coello que sólo dejando el servicio del Rey de Francia podría abrigar esperanzas de acomodar satisfactoriamente los asuntos. Con este conocimiento fué Antonio Pérez á visitar al Embajador D. Baltasar de Zúñiga, quien no sólo aprobó los consejos del Conde, sino que informó al Peregrino de los despachos del Duque de Lerma, en los mismos términos concebidos (2).

Hay pruebas fehacientes de la inexactitud de tal relato: podrían muy bien, los que de veras se interesaban por la suerte del emigrado, hacerle indicación de no ser su proceder el más á pro-

(1) *Memoirs*, cit.
(2) Bermúdez de Castro, pág. 274.

Biblioteca Nacional de España

pósito para alcanzar el olvido de los anteriores; porque ello es que al tiempo mismo en que solicitaba con empeño y amenaza lo que creía pertenecerle, pasaba por Consejero oficial del Rey de Francia; continuaba siendo confidente secreto del de Inglaterra, dando á los Embajadores Winwood y Parry avisos que ellos transmitían al Secretario de Estado Cecil (1), y seguía reuniendo en su casa el foco de la conspiración de los refugiados enemigos de España. Podría también ser cierto que las personas á quienes Antonio Pérez demandaba recomendación alimentaran vagamente sus esperanzas, por no tener parte en el desengaño; todo cabe menos la idea de que hubiera persona que intencionadamente se propusiera agravar un estado que inspiraba conmiseración.

Bermúdez de Castro agrega que con la intervención del Condestable de Castilla, del Embajador de Venecia, del Cardenal Legado, se presentó á Enrique IV, exponiendo humildemente su situación y suplicándole que, alzando los juramentos, admitiese la renuncia de la pensión que gozaba. Oyóle con calma el Rey y preguntóle si había reflexionado maduramente; hízole mil ofertas para que no le dejase, y pro-

(1) Ed. Sawyer, *Memorials of affaires of State in the reigns of Queen Elizabeth and James I:* London, 1725, tomo I, páginas 366 á 407.—Birch, *Memoirs,* cit.—Mignet, pág. 384.

Biblioteca Nacional de España

metió pagarle el sueldo en secreto si juzgaba que argüía infamia el público socorro. Aunque con agradecimiento y respetuosa cortesía se mantuvo firme Antonio Pérez en su resolución, é irritado el Monarca del desaire, declaró al Embajador de España que el Ministro emigrado nada tenía ya que ver con su servicio (1).

M. Mignet no ha encontrado indicio que acredite este incidente más que los anteriores, ni en la Colección Birch se justifica tampoco: hay, como se verá, documentos que en una parte lo contradicen.

Para apartarse de París, donde se ponía en duda su lealtad y la sinceridad de sus deseos (continúa diciendo Bermúdez de Castro), pensó marcharse á Venecia, entendiéndose con el Nuncio y con el cambista Alejandro Teregli; pero renunció á este plan, porque se movieron tratos para que se presentase en San Juan de Luz á una entrevista con los comisionados del Santo Oficio. Deshecho también este proyecto, determinó retirarse á Inglaterra á esperar su suerte á la sombra de sus antiguos protectores (2).

Lo de Venecia es evidentemente fantasía de aquéllas que continuamente inventaba el autor de las *Relaciones;* no lo es menos el retiro pen-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 275.
(2) Idem, páginas 275 y 276.

Biblioteca Nacional de España

sado en Inglaterra. ¡Protectores allí! Después de la desgracia y suplicio del Conde de Essex, seguido de la muerte de Antonio Bacon, en 1601, no le quedaban más que enemigos. Así no pensaba en arrimo ni sombra que le cobijara en las islas, sino en puente que desde ellas le pasara á la corte de España. Con el Embajador Zúñiga y con el Condestable de Castilla, contaba á ciencia cierta que habían de encarecer el valor de su intervención en el tratado de paces, porque se le acordara siquiera domiciliarse en Flandes al lado del segundo; por el lado del Embajador de Inglaterra, Tomás Parry, se había provisto de cartas para Cecil.

Completamente equivocado el Sr. Bermúdez de Castro, acaba el episodio explicando que al despedirse Antonio Pérez de Enrique IV recibióle con suma frialdad, pues sospechaba que iba á Londres con misión secreta del Soberano español para concertar, de acuerdo con el Condestable de Castilla, la paz entre ambos reinos (!), que en vano le protestó Manuel Don Lope la verdad: no se desengañó hasta más tarde (1).

Enrique IV sabía positivamente ser la intención de su ex-Consejero insinuarse con el Rey Jacobo I, penetrar sus disposiciones y comuni-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 276.

Biblioteca Nacional de España

carlas al Condestable D. Juan de Velasco, que podría sacar partido en beneficio de las negociaciones. Tan lo sabía, que lo advirtió anticipadamente en carta personal á su Embajador en Londres, Conde de Beaumont, escribiendo esta frase: «Cree hacerse el necesario y me parece que se equivoca (1);» y antes lo había advertido su Ministro de Estado M. de Villeroy diciendo: «Cuidado con Antonio Pérez, que nos ha informado de su marcha, no vaya á sorprender, como se promete, á los cortesanos y á las damas con las lisonjas y adulaciones de costumbre, y dé á entender con motivo de las paces que ha prestado servicio de tal naturaleza, que merece ser reintegrado en los bienes y honores que tuvo. No he visto jamás en hombre impudencia, vanidad y desenfado como los suyos... tened cuenta con todo lo que haga y diga, hasta en las menores cosas, porque da contento al Rey saberlo, y me encarga os lo recomiende (2).»

Los despachos atestiguan que el conocimiento de la persona era tan exacto como el de las intenciones. No menos le conocían en Inglaterra.

(1) Enrique IV á M. de Beaumont, en 6 de marzo 1604.—Mignet, pág. 386.

(2) M. de Villeroy á M. de Beaumont, en 29 febrero 1604.—Mignet, pág. 385.

Biblioteca Nacional de España

Antes de desembarcar en la isla, recibió carta del Conde de Devonshire haciéndole saber que el Rey no le acordaba licencia de entrar en sus Estados *por tener de él muy mala opinión y merecer á lord Cecil odio y desprecio* (1). No había motivo para tenerse por lisonjeado; no se dió tampoco por entendido: con la atrevida inconsideración genial puso pie en tierra, avanzando hasta Canterbury, desde cuya ciudad escribió al Rey larga carta en latín, manifestando la extrañeza que le había causado recibir una orden inusitada en vez de los favores que se le habían hecho esperar. Invocaba la autoridad del Embajador Parry, que le había dado cartas, diciendo: «Por eso me dirijo á V. M. y apelo á su justicia, poniendo por delante su nombre y palabra para que se sirva examinar con prudencia, pesar y decidir si el punto á que han llegado las cosas, según la ley natural, conviene á la Majestad real y es debido á un extranjero no desconocido en el mundo y que se ha fiado en tal palabra. Si por otro lado puede servir mi persona de obstáculo en los negocios que actualmente se tratan, pues en tal caso, aunque yo no sea un Jonás que

(1) His Majesty having a very ill opinion of him, and the lord Cecil both hating and despising him. Colección Birch, pág. 142. —Carta de M. de Beaumont á M. de Villeroy de 29 febrero 1604. —Mignet, pág. 386.

Biblioteca Nacional de España

haga alborotar la mar y los otros elementos, me retiraré á cualquier rincón del reino bajo el favor y protección de V. M., que lo consentirá, para que las gentes no se admiren y quieran saber por qué sólo se niega á Antonio Pérez lo que á ningún desterrado ni á ningún fugitivo en un reino libre y poderoso (1).»

La epístola produjo en Jacobo paroxismo de cólera; mesándose la barba (2) tildó de animal á su Embajador en París (3) y reiteró la orden que Pérez tuvo que cumplir, volviendo corrido al continente á saber que sin su agencia ni concurso se había firmado el tratado de paz en Londres en agosto de aquel año, 1604.

«Los ingleses nos han devuelto algo incivilmente á Antonio Pérez, escribía Villeroy al Conde de Beaumont. Ahora pide al Rey, de limosna, la pensión de 12.000 libras que le daba S. M. antes de marchar; pero le conocemos y estimamos en lo que merece, como ahí y acaso más. Viene contando que Cecil le ha jugado esta pasada, de acuerdo con el Embajador de España, por la amistad que tuvo con el Conde de Essex: lo cierto es que la adver-

(1) M. Mignet inserta el texto íntegro en latín, pág. 388.

(2) Falling into such a rage, that he tore his beard. Birch, pág. 142.

(3) M. de Beaumont á M. de Villeroy en 29 febrero 1604.—Mignet, pág. 389.

Biblioteca Nacional de España

sidad no le ha enseñado á ser más cauto y prudente que el auje (1).»

No perdió momento Pérez, como Villeroy refiere, en el ensayo de reconquistar el terreno perdido en Francia; por intermisión del Condestable y embajada de Manuel Don Lope quiso justificar el viaje por aventura arriesgada de necesidad, de la que volvía postrado con gran calentura. Empezaba por pedir al Rey, con la disculpa, mandara le admitieran en el Convento de San *Denis*, para que si muriese tuviera cerca la sepultura, y por final ponía: «Con esta prueba, Syre, que he hecho por mi mujer é hijos, habré cumplido con ellos y con estas obligaciones generales y cristianas; y si á poco más que les daré de término, que no pasarán de dos ó tres meses, para ver si me los quieren dar, con que habré cumplido con todo, yo me resolveré á morir siervo de V. M. en sus reinos, sin dejarme engañar más (2).»

Manuel Don Lope estaba encargado de encaminar la insinuación á favor de memorandum trazado por la pluma del hábil intrigante, sin olvidar la amenaza de buscar otro amo, testimonio de la penetración de Villeroy (3).

(1) M. de Villeroy á M. de Beaumont en 9 de marzo de 1604.—Mignet, pag. 389.

(2) Apéndice, documento XXXVIII.

(3) Idem, documento XXXIX.

Biblioteca Nacional de España

Sin perjuicio de estas diligencias, cumplía realmente el Sr. Antonio la indicación puesta en la carta á Enrique IV de intentar otra prueba en España, que sería la última. Comunicado el proyecto con D. Juan de Velasco, ofrecía formalmente al Embajador de España servir de espía, utilizando las relaciones que tenía en Francia, y comunicar los secretos de la política de esta nación, estableciendo, por más seguridad, su residencia en Besançon ó en Constanza, siempre que se le dieran 150 escudos al mes. D. Baltasar de Zúñiga se procuró informaciones, tuvo varias conferencias con el pretendiente y hubo de dar curso á la proposición, remitiéndola, con despacho suyo, al Duque de Lerma, que la puso en trámite secreto del Consejo de Estado.

En tanto, no parece que logró Pérez la celda gratuita en San Dionisio (1) ni en otro Convento de Bernardos (2), volviendo á París al barrio de San Lázaro (3), vendidos los coches y mobiliario para subsistir. Pudiera dar lo mismo por perdida la ilusión de pasar los Pirineos á tener conocimiento de lo que en la corte de España ocurría. En despacho al Embajador D. Baltasar de Zúñiga, de Vallado-

(1) Apéndice, documentos XLIII y XLIV.
(2) Idem, documentos XLIV y XLV.
(3) Mignet, pág. 392.

Biblioteca Nacional de España

lid á 10 de junio de 1604, decía el Rey Don Felipe:

«Cuanto á lo que os dijo el Rey por Manuel Don Lope, será acertado que pase en disimulación, pues la calidad de su delito no permite otra cosa, y así daréis allá la salida que mejor os pareciere (1).»

Es decir, que Enrique IV mostraba por un emigrado de la causa de Antonio Pérez un interés que no era ya extensivo á éste, y que considerado sin remisión el delito del subalterno, necesariamente se había de tener en España igual, si no mayor rigor, con el jefe. De lo primero es confirmación el proyecto de tratado definitivo de paz entregado en 31 de agosto del propio año á M. Emery de Barrault, nuevo Embajador de Francia en España, sin mención de Antonio Pérez (2); de lo otro no deja duda la plática que entre el otro Embajador, La Rochepot y el Duque de Lerma, se verificó el mismo mes de agosto. Quejándose el de Lerma de muchas cosas pasadas después de la paz de Vervins, en perjuicio de los juramentos solemnes de conservarla, y enumerándolas, dijo: «Que Antonio Pérez y otros españoles y portugueses se acogieron de muy poco

(1) Archivo Nacional de París, *Papiers de Simancas*, *K*-1.451, *A*-58, pág. 116.

(2) Biblioteca Nacional de París, Esp., 336, fol. 109.

Biblioteca Nacional de España

acá á Francia, y que tal manera de vivir cría muy gran desconfianza entre los dos Reyes é impide una verdadera reconciliación tal cual está deseada.»

Contestó el Embajador «que Antonio Pérez y los demás acogidos á Francia, á todos es muy manifiesto que eso fué en tiempo de la guerra y no después de la paz hecha (1).»

Pero un documento de mayor importancia, que no conocieron Bermúdez de Castro ni Mignet, explica con mayor claridad por qué el Duque de Lerma entretenía indefinidamente la solución tan esperada. La sección secreta del Consejo de Estado había informado al Rey en estos términos:

«Señor: En la Junta de dos se vió una carta del Condestable de Castilla para el Duque de Lerma, de 25 de julio, y la copia de un capítulo de carta de D. Baltasar de Zúñiga para el Condestable, y en las dos hablan de Antonio Pérez; y la substancia es que á Antonio Pérez se le dé algún dinero por mano del Embajador, y que salga de allí y vaya á residir á alguna parte neutral, donde dicen que podrá ser de provecho para las materias de Francia cuando estuvieren en estado de poder negociar en él las cosas de substancia, como si aquel Rey fal-

(1) Archivo Nacional de París, *Papiers de Simancas*, *K*-1.593, *B*-81, pág. 51. M. Mignet vió este documento: lo cita pág. 390.

Biblioteca Nacional de España

tase, porque tiene particular noticia de las cosas de çuiços y es estrecho amigo de venecianos y ingleses, digo, de sus Embajadores, y del Condestable de Francia y del Duque de Suessons [así], y que en Bisanson ó en Constancia se le podrían dar 100 ó 150 escudos al mes por vía de la Embajada de Francia; y la conveniencia de sacarle de Francia es por quitar que portugueses, aragoneses y otros foragidos no acudan á él, sobre lo cual se votó como se sigue.

»El Comendador mayor, que Antonio Pérez ha sido y es el que se sabe, y de ninguna prudencia y consejo, y que muchas veces se ha maravillado de que, tras tantos trabajos y en su edad, no se haya retirado á un rincón á hacer penitencia de sus pecados, y que agora que se halla desvalido y desfavorescido y desautorizado en Francia, mueve nuevas pláticas, y por ventura fingidas, para engañar y poder deservir mejor, como lo ha hecho siempre y se puede creer del acto que hizo de despedirse de aquel Rey, y en ese color quiso ir á Ingalaterra, donde no tenía que hacer; y pues no iba por cuenta y orden de V. M., se ha de creer que iba por la del Rey de Francia, como se verifica, pues cuando el de Ingalaterra no le dió entrada, se volvió á París y allí fué recibido; y habiéndole dejado de admitir en su reino el

Biblioteca Nacional de España

de Ingalaterra, por tener respecto á V. M., le podría dar mucho que pensar si agora le viese amparado de V. M., cuanto más que el quererle guardar para cosas de Francia para adelante, se dice como si Antonio Pérez no tuviese más años que el Rey de Francia, y por lo menos confiesan las cartas que de presente no es de ningún fruto, y en lo de adelante es muy dudoso todo lo que dél se puede esperar, aun cuando de su fidelidad se pudiera tener certeza, y lo que se debe tener está bien entendido; y entretenerle en çuiços de ninguna manera convendría, pues se ha negociado con ellos cuanto se ha deseado, y podría ser que allí hiciese, por lo menos, oficios por todos, y revolviese lo que está bien asentado. Y yo no hallo que en Francia pueda ser de daño, ni en ninguna parte de provecho para el servicio de Dios ni de V. M., y que de los daños que hiciese en otras partes no habría disculpa, pues no hay razón para prometerse dél mejores cosas que las pasadas. Y que cuando se hubiese de hacer algo por él, sería entretenerle en alguna isla remota, no para que haga algo, sino para que se salve, y aun dará cuidado que allí no haga daño.

»El Conde de Miranda, que él ha sido el que ha hecho más oficios con V. M. por la mujer y hijos de este hombre, para que V. M., apiadándose de la grandeza de su necesidad, les

Biblioteca Nacional de España

hiciese la merced que les ha hecho; pero que por el hombre no puede interceder, siendo el que ha sido y el que es, y que si estuviera en un calabozo, por ventura se doliera dél; y que lo que conviene para el ejemplo público y para todo, es que, si puede ser habido, se castigue como obligan las leyes divinas y humanas, pues ha sido infiel á Dios y á su Rey y Señor natural; y que aun cuando entregara á V. M. dos ó tres fuerzas, no sabe si viniera en lo que se propone, y tanto menos estando agora actualmente ofendiendo á ambas Majestades; y que él se ve reducido á términos que ya el de Francia ni nadie se fía dél, y que tanto más sería de mal ejemplo y consecuencia que V. M. se sirviese ni fiase dél; y que aunque en los Reyes no ha de haber rencor, han de ser constantes y firmes en favor de la justicia, y que así en lo que se ha de poner la mira es en procurar de haberle á las manos, porque la misericordia de los Reyes no ha de ser para tan malos y perversos hombres; y que no es menos necesario que los Ministros entiendan que si cayeren en semejantes delitos, no ha de haber misericordia para ellos; y que á la mujer y hijos podrá V. M. hacerles la merced y bien que fuere servido.

»El Comendador mayor de León añadió que D. Juan de Luna, castellano de Milán, por

Biblioteca Nacional de España

un disgusto se fué á París, y que, aunque no hizo ningún otro deservicio, se exceptuó en cédula aparte en las paces del año de 59, sin que S. M., que haya gloria, se dejase vencer por ninguna consideración.—V. M. mandará lo que sea servido. En Valladolid á 30 de agosto de 1604.—Rúbrica (1).»

En Inglaterra, en Francia, en España, el juicio y la opinión de Antonio Pérez eran, como se ve, de paridad nada envidiable: si el Gobierno, en la última de estas naciones, en la patria del desdichado, dejaba sin respuesta las súplicas; si las personas á quienes particularmente pedía recomendación en su favor el proscripto ocultaban la verdad y alimentaban vagamente la esperanza, á piadoso engaño, no á cruel animosidad, obedecían.

VI.

En Francia se iban cerrando una tras otra las puertas que el español suntuoso atravesaba al concurrir á los saraos y festines de los cortesanos parisienses, imitadores de su Rey; el comensal picante, el que un día por gala se decía *Antonio Pérez, mendigo en Francia* (2), veía

(1) Archivo Nacional de París, *Papiers de Simancas*, *K*-1.593, *B*-81, pág. 53.

(2) Carta á M. Jamet, Colección Ochoa, parte II, carta XCV.

Biblioteca Nacional de España

con espanto la horrible faz de la miseria, sin encontrar reparo que le escudara; sordo el monarca á las súplicas, pretendía llegaran á los personajes influyentes con agasajos de aquellas industrias españolas de estimación galante. Se dedicó al adobo de pieles en ámbar con que hacer guantes (1), á la preparación de perfumes y aun de mondadientes, lisonjeando la vanidad incurable con ejemplos de mayor desventura. «Dionisio el tirano, habiendo perdido su reino, dió en ser maestro de escuela por pasar la pérdida mejor con oficio en algo semejante de mandar y castigar; él daba en maestro de plumas por conservar los dientes para morder como herido (2).

Había topado en sus destilaciones una agua de olor de la religión de los ángeles. Entreteníase en esto por no destilar el juicio, por sustentar el cuerpo... (3); prevenía polvos, secreto de los que más valen agora con las damas... (4).»

La necesidad le llevaba á *melancolizar* filosóficamente en el solitario albergue, señalando sus cartas, cual piedras miliarias, las etapas del camino de la amargura. La envidia (5); el

(1) Apéndice, documento XXII.

(2) Colección Ochoa, parte II, carta LXXXIII.—Apéndice, documentos XXXIV, XLVII.

(3) Colección Ochoa, parte I, carta CXXI.

(4) Idem, parte II, carta LXXVI.

(5) Idem, parte II, carta LXXIV.

Biblioteca Nacional de España

corazón del hombre (1); la poca seguridad de los amigos (2); el olvido (3); la instabilidad de la fortuna (4); la soledad; la soledad, sobre todo, afligía al hombre que con el bullicio y el enredo se alimentaba (5). Con todo, como «la nación española dentro de un asedio es la más paciente de todas, que en esta opinión es tenida y los testimonios de historias lo confirman, no había que pensar que á él le tomaran por hambre en el asedio de la soledad (6).»

Por la pensión del Rey de Francia acudió al Consejo de Estado (7) y al Parlamento (8) sin resultado; por el perdón del de España visitaba á cuantos caballeros de viso pasaban por París: al P. Antonio Crespo (9); al P. Rengifo, de la Compañía de Jesús, confesor del Duque de Feria (10); á otros cuyos nombres calla (11), distribuyéndoles generosamente ejemplares de sus obras y espantándose de que las censura-

(1) Colección Ochoa, parte II, cartas XXXIX, XL.
(2) Idem, parte I, carta CXXXVI; parte II, cartas LX, C.
(3) Idem, parte II, cartas XXXII, LXXIII.
(4) Idem, parte I, carta CXXXVIII.
(5) Parte II, cartas XXIX, XXX, XXXI, XXXV, LXXXVI, CX. Apéndice.
(6) Idem, parte II, carta LXXIII.
(7) Apéndice, documento LIV.
(8) Colección Ochoa, parte II, carta CXL.
(9) Idem, parte I, carta CXXX.
(10) Idem, parte I, cartas CXXIX, CXXXIII.
(11) Idem, parte II, cartas XX, XLIV.

Biblioteca Nacional de España

ran (1). Le asombraba que entre españoles no se leyera con calma, por ejemplo, la felicitación á Enrique IV por la victoria de Amiens, victoria ganada á los españoles (2), mientras no recibió el doloroso correctivo de la siguiente epístola:

«Señor: V. md. debió de saber con cuánta lástima llegamos á este reino de los trabajos que v. md. padesce fuera del nuestro; pero ha querido quitárnosla con que veamos sus libros, que en ellos no cabe, y así se los volvemos á v. md., á quien guarde Dios.—De la Posada, hoy martes.—El Marqués de Cerralvo.—El Marqués de Tavara (3).»

El primero de los firmantes escribió en una hoja blanca de las *Relaciones:*

«Caminando en la lectura de este libro de v. md. con la indignación que podía criar en un pecho leal y en una vena de mi sangre la descompostura con que v. md. habla de las acciones de su Príncipe (y tal Príncipe), he llegado hasta aquí, donde he hallado el discurso de esta autoridad con que v. md. le remata, pues habiéndole escogido el que escribe el libro para fin de él, parece que disculpa todo lo escrito, y en fe de que es última vo-

(1) Colección Ochoa, parte II, carta CXXXI.
(2) Idem, parte I, carta LXIII.
(3) Bermúdez de Castro, pág. 282.

Biblioteca Nacional de España

luntad merece que le pasemos por descargo de conciencia y medio para perdón (1).»

Acusaban todos á las libertades de la pluma sin decirle nada nuevo, que «la experiencia le tenía enseñado que hiere más que la espada (2):» ¿no podrían con la pluma cauterizarse las heridas? Á la prueba se puso escribiendo rápidamente un libro de la ciencia de gobierno, enderezado al Duque de Lerma, con el título de *Norte de Príncipes, Virreis, Presidentes, Consejeros, Gobernadores y advertimientos políticos sobre lo público y particular de una Monarquía, importantísimos á los tales, fundados en materia y razón de Estado y Gobierno.*

Hubo quien colgó al triste escritor la paternidad del *Elogio de Felipe II*, por ser obra maligna; también ha habido quien se la niegue del *Norte*, por tener mucho bueno. El error viene de otro libro muy semejante que apareció más tarde bajo cubierta de *El conocimiento de las naciones, que Antonio Pérez, Secretario de Estado de la Majestad de Felipe II, escribió desde su prisión al Rey Felipe III después de haber heredado, año de* 1598.

Se supo que este segundo libro había sido redactado por Baltasar Álamos de Barrientos, demostrándolo D. J. M. Guardia al darlo á luz

(1) Bermúdez de Castro, pág. 282.
(2) Colección Ochoa, parte I, carta CXXXVI.

Biblioteca Nacional de España

con el título de *Antonio Pérez.—L'art de gouverner. Discours adressé a Philippe III* (1598), *publié pour la première fois en espagnol et en frances, etc., par J. M. Guardia: París*, 1867, en 8.°; y como M. Morel Fatio encontrara en la Biblioteca Nacional de París manuscritos de ambas producciones cuando formaba el catálogo de los españoles, á continuación del membrete de la primera, ó sea el *Norte de Príncipes*, escribió (1):

«Este tratado, que, según ha demostrado M. J. M. Guardia, es debido á Baltasar Álamos de Barrientos, se ha publicado con la siguiente portada: *Norte de Príncipes, Virreyes, Presidentes y Gobernadores, y advertencias políticas según lo público y particular de una Monarquía, importantísimas á los tales, fundadas en materia y razón de Estado y Gobierno. Escritas por Antonio Pérez, Secretario de Estado que fué del Rey Católico D. Felipe, segundo de este nombre, para el uso del Duque de Lerma, gran privado del Señor Rey D. Felipe III: Madrid*, 1778, en 8.°»

La equivocación no es extraña, porque son las dos obras muy semejantes: podría decirse que, en opiniones, en sentencias, en conceptos completos, son iguales, lo que se explica con

(1) *Catálogo de MSS. españoles*, pág. 31, núm. 89.

Biblioteca Nacional de España

poco favor de Barrientos, emigrado, dependiente y amigo de Antonio Pérez, y que probablemente tuvo á la vista el *Norte de Príncipes* al escribir *El conocimiento de las naciones:* así la justicia retributiva demanda que se reconozca á Antonio Pérez, no sólo la redacción del primero, sino también el espíritu, orden y forma del otro.

Respecto del primero, si no quedara en muchas cartas prueba de autenticidad, la diera el estilo, que, bien decía el autor, no se confunde con otro. Véase cómo empieza (1):

«Yo, como vasallo desta corona y criado de V. E., en la voluntad al menos, para merecer serlo en la obra, deseo dar alguna muestra de mi servicio con que no parezca inútil del todo, y ésta que comienzo me anima á seguridad que llevo de no perder, por el ánimo grande de V. E., y porque, según la opinión con que indignamente me persigue el mundo, alabándome con exceso, quizá injustamente, pero para daño mío, que es fortuna de desgraciados y alabanza propia de enemigos, y tiros inexcusables los que se le hacen desta suerte, por mucho que me levante y suba con mi discurso, no poderé ya caer en más abismo de miseria del en que me hallo, pues aun lo bue-

(1) Según el MS. de la Biblioteca Nacional de París, Esp., 366.

Biblioteca Nacional de España

no veo que me daña, que de lo malo no es justo esperar provecho, y más, señor, que ha llegado á término que no hay fruto mío, aunque parezca bueno, de que no tema que haya quien saque veneno contra mí. La culpa entonces será suya, siendo obra de malos médicos; pero ¿qué aprovecha si yo llevo la pena della con el estado en que me hallo?»

La obra ha sido juzgada sin pasión (1), hallando que encierra doctrinas útiles, morales, previsoras, algunas de las cuales se adelantan á la época (2); nada había que añadir sobre el particular en la presente ligera exposición de hechos, si algunos de los consejos al privado de Felipe III no estuvieran encarnados en la conducta del que lo había sido de Felipe II.

El primero, el que encabeza la parte destinada á la enseñanza política, dice:

«El Príncipe que fuere señor de la mar, será monarca y dueño de la tierra.»

Su amo no quiso estimar el aforismo; en Inglaterra asentó sus fundamentos Antonio Pérez; quiso hacerlo igualmente en Francia, sin hacerse oir de Enrique IV, y al recomendarlo por cuarta vez para su patria, razonaba: «Porque Francia no tiene imperio en el mar, es

(1) Por Bermúdez de Castro y Mignet.
(2) Mignet, pág. 398.

Biblioteca Nacional de España

poco de temer, mayormente con la inconstancia y desasosiego de sus naturales. Por este medio únicamente se puede refrenar á Inglaterra y á las provincias rebeldes.»

La idea falsa de los tesoros de las Indias, censura con la notable frase: «Las riquezas, el oro y la plata de las Indias trajeron consigo este mal, para que podamos llorar, y con razón, si esto que llamamos merced fuese castigo del cielo.»

Por distinto concepto se fija la atención en otra sentencia que le sugiere el lujo: «Más quieren las mujeres parecer y ser malas, que no pobres.»

¡Las mujeres! Pues ¿y los hombres? ¿Y el autor? ¿No ofrece él mismo materia para dudar de la sinceridad de las declamaciones, entendiendo que, *sitiado por hambre*, no estaba todavía rendido?

Su tenaz fortaleza requería aún la multiplicación de trincheras y baterías que le pusieron la senectud, los achaques, la indigencia, los dolores del alma, como el de la muerte de su hija Gregoria, pobre inocente.

En 1606, cuando marchó con licencia el Embajador D. Baltasar de Zúñiga, pidióle con lágrimas que hablara en su favor al Rey, y así hubo de prometérselo por continuación de las gestiones anteriores, dejando en su sér las es-

Biblioteca Nacional de España

peranzas que, un año más tarde, pintaba esta carta al Condestable de Francia:

«De mí no sé nada, sino que de cualquier manera, con la llegada de D. Baltasar de Zúñiga, ó vuelta por mejor decir, espero alguna resolución, y por lo menos desengaño, que éste es el término que he puesto á este encanto, como lo escribí ayer al Rey Cristianísimo, con que me echaré á vivir y morir sin más padescer los tormentos de esperanzas humanas, que aunque las conozco y sus engaños, he tenido por obligación hacer esta última prueba, porque vea el mundo que no quedó por bizarría ni falta de todas justificaciones en cuanto á mí ha sido. Y con esto entregaré á Dios el juicio último (1).»

La última prueba del náufrago acompaña al último suspiro. D. Baltasar volvió sin resolución ni desengaño, y en la ausencia había pasado el suplicante de la estrechez á la miseria por más y más humildes habitaciones en la calle del *Temple* y *faubourg Saint-Victor* (2). En 1608 se mudó á la calle *de la Cerisaie*, cerca del Arsenal y de la iglesia de San Pablo; á ésta iba frecuentemente á demandar á Dios el consuelo que los hombres le negaban (3), y en

(1) Apéndice, documento LI.
(2) Mignet, pág. 396.
(3) Bermúdez de Castro, pág. 285.—Mignet, pág. 396.

Biblioteca Nacional de España

el tiempo que los achaques y las oraciones no exigían, entretenía el espíritu ejercitando la pluma siempre activa.

«Los papeles eran sus compañeros y entretenimiento ordinario: íbalos recogiendo para dar una parte de los negocios grandes que habían pasado por sus manos y por las de su padre... (1). Se empleaba en revolver sus historias y borradores... ¡qué bocados le traía al oído la soledad! (2).»

Momento pasajero de alegría tuvo al estrechar en los brazos á sus hijos Gonzalo y Rafael, autorizados á visitarle. ¿Qué más? El Duque de Lerma le enviaba testimonio de reconocimiento por el *Norte de Príncipes* que le había dedicado... y esperanzas, que corroboraba el nuevo Embajador D. Pedro de Toledo. Decíanle que el Rey se encontraba animado de las mejores disposiciones, que las de su valido eran conocidas; mas que no podía exponerlas á choque con la Inquisición.

Confortado un tanto el ánimo con esto; asegurado del Embajador, que quiso repasar y añadir de su mano alguna frase en la minuta, firmó á 9 de agosto de 1608 nueva carta al Duque: «Apiádese V. E., yo le suplico muy humildemente, de mí y de los míos, que si idolatré

(1) Colección Ochoa, parte II, carta CXLIX.
(2) Idem, parte II, carta XXIX.

Biblioteca Nacional de España

no lo hice sino necesitado y importunado grandemente deste Rey, engañado él de mi poco valor y de su mucha piedad. Buena prueba he dado con la obediencia con que dejé todo en mandándomelo, metiéndome en mil peligros y aventuras con mucha incomodidad y pobreza mía, no por el premio que podía esperar de tal Rey, sino por la satisfacción de mi ánimo de haber cumplido con mi obligación, como lo he declarado á D. Pedro de Toledo para que con brevedad procure el remedio, porque no viva más tiempo *suspenso en este estado, miserable mucho y peligroso más*, como él lo articularizará y calificará con las particularidades y verdades que á la boca le he referido. Pero, señor, como ningunos trabajos me pueden quitar el deseo de morir vasallo de quien lo nací, paresce razonable que tal Rey, como yo lo espero, lo permita, y que resista S. M. y V. E. á los que pretendieren impedir que á este cuerpo, *que ya está hecho tierra como sin alma*, le recoja su naturaleza para acabar sus días... Ha permitido V. E. que mis hijos puedan haber visto el estado miserable en que estoy; yo le suplico permita que la que los parió no cierre los ojos, pues por los años que há que lloran merescen á lo menos que vean esto (1).»

(1) Bermúdez de Castro, pág. 393. Las frases de letra cursiva son las añadidas por D. Pedro de Toledo.

Biblioteca Nacional de España

Rafael Pérez fué portador de esta carta (1) porque fuera mejor recibida; Gonzalo continuó algún tiempo más al lado de su padre, haciendo las diligencias que ya no podía el septuagenario intentar por sí mismo; diligencias penosas de que da idea esta otra carta dirigida al Condestable de Francia:

«Yo he enviado hoy á mi hijo á hablar á Mos de Villarroel, y hale respondido con mucho favor y gracia, que esta mañana habló al Rey y que le respondió que era necesario que V. E. y él se hallasen con S. M. juntos para resolver esto... Resta, señor, agora que V. E. acabe de sus manos con Mos de Villarroel este milagro, que mi corta ventura es tal, que milagro es menester para resolución que haya de ser en mi favor. Y porque yo creo que mi hijo no debe de haberse dado á entender á V. E. con la vergüenza que ha conoscido en mí de llegar á tal atrevimiento como á pedir pan á V. E. sobre tanto favor y favores como le debo, suplico á V. E. que me socorra con alguna limosna de su liberalidad y piedad natural, para esperar esta resolución de S. M. (2).»

M. Morel Fatio ha encontrado declaración por la que consta, con fecha 31 de diciembre de 1609, haber recibido Antonio Pérez del Te-

(1) Birch.
(2) Apéndice, documento LVII.

Biblioteca Nacional de España

sorero del Rey la cantidad de 3.600 libras *por la pensión que S. M. le acordaba en el presente año* (1). En vista del documento, piensa el mismo Sr. Morel Fatio que se engañó M. Mignet al afirmar que la pensión no fué devuelta (2); pero habiendo sido necesario *un milagro* para conseguir este socorro que pronto liquidarían los acreedores, no parece que el engañado fuera M. Mignet. Si la pensión corriera, no hubiera escrito Pérez al Embajador D. Pedro de Toledo, á poco:

«Estoy en el extremo último con haber ya agotado á mis amigos que me socorrían y con no saber dónde hallar el pan de mañana (3).»

Bermúdez de Castro formuló suposición, también errónea, al referir ocurrencias posteriores. «Sea que no le descubriese, como esperaba (dice) secretos de la corte francesa; sea que tuviera malas noticias de su lealtad, la buena disposición de D. Pedro de Toledo por Antonio Pérez cesó repentinamente; llególe casi á echar de su casa, rogándole en seco tono que no le importunase con sus súplicas, y al presentarse otro día D. Gonzalo con un billete de su padre, delante del Embajador de Austria se lo devolvió sin abrirlo (4).»

(1) Apéndice, documento LVIII.
(2) Morel Fatio, *L'Espagne*, pág. 297.
(3) Bermúdez de Castro, pág. 394.
(4) Idem, pág. 281.

Biblioteca Nacional de España

Pues que D. Pedro de Toledo seguía diciéndole que no dependía de la voluntad del Rey ni de la de su Ministro una gracia opuesta á las atribuciones del Santo Oficio (1), sabiendo bien á qué atenerse, evidentemente esquivaba la ocasión de destruir las ilusiones del pobre anciano, restringidas al único pensamiento de dejar los huesos en tierra española. Con toda probabilidad, la insistente recomendación del Embajador cuando marchó llevándola Gonzalo Pérez le valdría reprimenda; prefirió, sin embargo, á comunicarla, cerrar la puerta á la importunidad del ruego: procedió piadosamente.

Corría el año de 1610 cuando mano alevosa cortó el hilo de la vida de Enrique IV, aunque tibio, protector todavía del proscripto; y como produjera la ocurrencia embajada extraordinaria de España confiada al Duque de Feria, acudió ansioso buscando la nueva que esperaba. El Duque no había recibido órdenes que le concernieran (2).

Quedaba todavía un recurso, el último: el Tribunal de la Inquisición. Gonzalo Pérez emprendió viaje á Roma con recomendaciones

(1) Bermúdez de Castro, pág. 279.

(2) Hállanse en el Archivo Nacional de París, *K*-1.593, *B*-81, las instrucciones generales y las reservadas que recibió en esta ocasión el Duque de Feria. Había de hablar de la protección dada al Príncipe de Condé y de los oficios hechos con él para que se reconciliase con su Rey. De Antonio Pérez ni una palabra.

Biblioteca Nacional de España

del Nuncio para interesar al Papa; Antonio escribió á Fr. Francisco de Sosa, General de la Orden de religiosos observantes, Obispo de Canarias y Consejero del Santo Oficio, para que le alcanzara salvoconducto con que presentarse voluntariamente en las cárceles del Tribunal á la defensa de su causa, y con su aquiescencia dirigió memorial al Consejo en 22 de septiembre de 1611. Por entonces ni aun á la iglesia le consentían ir los achaques; pasaba el día rezando en el oratorio instalado en su casa con licencia del Pontífice, que le había acordado además absolución de las censuras en que pudiera haber incurrido en sus relaciones con heréticos (1). Antes de llegar la contestación de la instancia cayó gravemente enfermo, y sintiéndose á las puertas de la muerte dictó á Gil de Mesa esta declaración (2):

«Por el paso en que estoy, y por la cuenta que voy á dar á Dios, declaro y juro que he vivido siempre y muero como fiel y católico cristiano, y de esto hago á Dios testigo. Y confieso á mi Rey y señor natural, y á todas las coronas y reinos que posee, que jamás fuí sino fiel servidor y vasallo suyo; de lo cual podrán ser buenos testigos el señor Condestable de

(1) Llorente, *Histoire critique de l'Inquisition*, tomo III, página 360.

(2) Bermúdez de Castro, pág. 285.

Biblioteca Nacional de España

Castilla y su sobrino el Sr. D. Baltasar de Zúñiga, que me lo oyeron decir diversas veces en los discursos largos que tuvieron conmigo, y los ofrecimientos que muchas é infinitas veces hice de retirarme á donde me mandase mi Rey á vivir y morir como fiel y leal vasallo. Y ahora últimamente, por mano del propio Gil de Mesa y de otro mi confidente, he escrito cartas al Supremo Consejo de la Inquisición, y al ilustrísimo Cardenal de Toledo, Inquisidor general, al señor Obispo de Canarias, ofreciéndoles que me presentaría al dicho Santo Oficio para justificarme de la acusación que en él me había sido puesta; y para esto les pedí salvoconducto, y que me presentaría donde me fuese mandado y señalado, como el dicho señor Obispo podrá atestiguar. Y por ser ésta la verdad, digo que si muero en este reino y amparo desta corona, ha sido á más no poder, y por la necesidad en que me ha puesto la violencia de mis trabajos, asegurando al mundo toda esta verdad, y suplicando á mi Rey y señor natural que con su gran clemencia y piedad se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la Majestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos merezcan mi mujer é hijos, huérfanos y desamparados, que se les haga alguna merced, y que éstos, afligidos y miserables, no pierdan, por haber acabado su padre en reinos

Biblioteca Nacional de España

extraños, la gracia y favor que merecen por fieles y leales vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales. Y sin poder decir más, lo firmo de mi mano y nombre en París á 3 de noviembre de 1611.»

Pocas horas después, auxiliado por Fray Andrés Garín, de la Orden de Santo Domingo, espiró (1), cerrándole los ojos los fidelísimos amigos Gil de Mesa y Manuel Don Lope, que acompañaron el cuerpo, seguidos de algunos mendigos con hachas, hasta la iglesia del Convento de los Celestinos, donde fué sepultado. En toda probabilidad, ellos pondrían el epitafio que subsistió hasta el derribo del edificio, á fines del siglo pasado (2):

HIC JACET
illustrissimus D. Antonius Perez,
olim Philippo II. hispaniarum regi,
a secretioribus consiliis,
cujus odium male auspicatum effugiens,
ad Henricum IV, galliarum regem,
invictissimum se contulit,
ejusque beneficentiam expertus est,
demum parisiis diem clausit extremum
anno salutis MDCXI.

(1) Llorente, *Histoire critique de l'Inquisition*, tomo III, página 360.—Bermúdez de Castro, pág. 286.
(2) Mignet, pág. 403.

Biblioteca Nacional de España

No consignaron que contaba setenta y dos de edad.

M. Birch (1) transmitió el rumor de la época de haber ido á poder del Ministro Villeroy los papeles del Peregrino, y de haber sido quemados por consideración á España. Llorente dió noticia de algunos documentos existentes en el Tribunal de la Inquisición con motivo de la demanda que en rehabilitación de su memoria presentaron en 21 de febrero de 1612 los seis hijos de Antonio Pérez. Estos documentos eran (2):

1. Certificado de la Facultad de Teología de la Sorbona, expedido por su Secretario en 3 de septiembre de 1603, atestando la pureza de la doctrina católica de Antonio Pérez.

2. Breve de Su Santidad de 26 de junio de 1607, dado á ruego de Antonio Pérez, absolviéndole *ad cautelam* de las censuras en que hubiera podido incurrir por el comercio que había tenido con heréticos, aunque no hubiera dejado de ser católico.

3. Testamento de Antonio Pérez, otorgado en París el 29 de octubre de 1611, haciendo profesión de fe católica, mandando se en-

(1) *Memoirs*, cit.

(2) *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne par Jean Antoine Llorente, traduite de l'espagnol sur le manuscrit et sons les yeux de l'auteur par Alexis Pellier*, segunda edición: París, 1816, tomo III, páginas 356 á 412.

Biblioteca Nacional de España

terrara su cuerpo en la iglesia del Convento de los Celestinos, y que se celebraran misas por el reposo de su alma.

4. Información hecha en París á principios de febrero de 1612 ante el Auditor de la Nunciatura eclesiástica, á petición de Gil de Mesa, español, Gentilhombre de la casa del Rey de Francia, y su Chambelán, compatriota, amigo, pariente y ejecutor testamentario de Antonio Pérez, en que declararon el Vicario de la parroquia de San Pablo; otro clérigo; Fr. Andrés Garín, religioso de la Orden de Santo Domingo; Manuel Don Lope, noble de Zaragoza; Alejandro Toregli, banquero de París, natural de Luca, y otros testigos.

Todos dan fe de que, de tiempo atrás, Pérez hacía en París vida no sólo católica, sino ejemplar, frecuentando los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía en su parroquia de San Pablo y en las iglesias de los Celestinos y de Santo Domingo. Que tres años antes de morir, por no permitirle la debilidad de las piernas asistir al templo, instaló oratorio en su casa de la calle de la Cerisaye, obtenida autorización para ello, para oir misa y recibir los Sacramentos. Que en la última enfermedad se confesó y recibió absolución de Fr. Andrés Garín, uno de los testigos, el cual no se apartó de la casa en aquellos días; le administró el

Biblioteca Nacional de España

Viático con permiso del cura de la parroquia; asistió á la Extremaunción, y le ayudó á morir, formando convencimiento de haber finado santamente en el Señor por la piedad y devoción.

Otros tres testigos dijeron haberle oído muchas veces manifestar deseos de regresar á España con el fin de acreditar la pureza de sus creencias, y que durante la enfermedad se afligía de no haber podido realizar el propósito y desvanecer la nota de infamia que pesaría sobre su mujer é hijos, manifestando, sin embargo, que esta desgracia no le impediría morir buen católico, como siempre lo había sido.

Manuel Don Lope declaró por sí haberle oído frecuentemente sorprenderse de que los protestantes, estando tan versados en la Santa Escritura, predicaran errores que la palabra de Dios destruía, lo que le hacía pensar que los enseñaban no creyéndolos. El testigo recordaba también que, hablando con el difunto de diferentes cosas, le había dicho que muchas personas eran de parecer que él, Antonio Pérez, debiera haber aceptado la pensión de doce mil libras que el Rey Enrique IV quería otorgarle en consideración á su edad, enfermedades y falta de medios de subsistencia, y que Pérez había respondido que no se arrepentía, así fal-

Biblioteca Nacional de España

taran á la palabra que le dieron, antes, por el contrario, que si todavía le hicieran la misma proposición segunda vez, la rehusaría con objeto de probar la verdad con que tantas veces había hecho manifestación de fidelidad al Rey de España, su soberano, y con la esperanza de que con tal proceder alcanzaría su gracia. Que en medio del infortunio había tenido al menos el consuelo de advertir que el ilustre Condestable de Castilla, D. Baltasar de Zúñiga, Embajador de España en Francia, y Ángelo Badoer, Nuncio de Venecia, no habían olvidado la manera de conducirse con ellos en este delicado asunto. Por último, que con las manos juntas se confiaba en Dios todopoderoso y en la gracia de su soberano.

5. Cartas auténticas de Monseñor Roberto, Obispo y Nuncio de Su Santidad en París, fecha 6 de febrero de 1612, acreditando que conoció bien á Antonio Pérez y le acordó permiso para tener oratorio en su casa, teniendo certeza de haberse servido de él hasta la última enfermedad. Dice poder dar testimonio de los sentimientos piadosos, de devoción y de amor á la religión católica en que murió, así como de que le oyó lamentarse muchas veces de no tener salvoconducto del Rey Católico para entrar en España sin peligro y presentarse ante el Santo Oficio, objeto constante de sus votos.

Biblioteca Nacional de España

6. Declaración hecha á la hora de la muerte, escrita al dictado por Gil de Mesa y firmada de su mano. (La que antes se inserta.)

Otra declaración contenida en escrito inédito, lleva más allá de este mundo las noticias del ex-Secretario. Dice así (1):

«En la Historia de la vida, virtudes y milagros de la Benerable Madre Ana de San Bartolomé, conpañera yseparable de la Santa Madre Theresa de Jhs., Propagadora insigne de la reformacion de las Carmelitas descalzas y Priora del Monasterio de Amberes, dedicada á la Serenísima Señora Doña Isavel Clara Eugenia, infanta de España, por el Maestro Fray Chrisóstomo Henrriquez, Coronista general de la Orden de San Bernardo en Bruselas; en el capítulo nobeno, en la plana folio 619, calificando la vida, muerte y salvacion del Secretario Antonio Perez, siendo entonces esta Madre Abadesa de Fonte Ebrando, que es un lugar poco más de dos leguas de Tours, en Francia, dice lo siguiente, que para aprobacion de sus escritos un curioso lo copió de dicho libro y puso aquí para calificarlos y que se haga dellos la estimacion que se deve:

»Un dia de la Octava del Santíssimo Sacra-

(1) Debo esta curiosa noticia á la buena amistad del Sr. Don Justo Zaragoza, que la encontró en la Biblioteca de S. M. el Rey, Sala 2, Est. O, Plut. 3.

Biblioteca Nacional de España

mento la mostró el Señor mucha gracia y la conbidava á que pidiesse algo; y estando recogida en esta vission, vió delante de sí tres personas: la una era una hermana suya, la otra un Primo y la otra Antonio Perez, Secretario del Cathólico y prudente Rey Don Phelipe segundo.

»No la dió á entender el Señor que estubiessen en algun aprieto; pero ella, biendo la ocassion presente y considerando el ofrecimiento que la havia hecho de que la concederia lo que le pidiesse, le tomó la palabra y le pidió la salvacion de aquellas tres personas, señal bien evidente de su grande caridad, pues no pide para sí gracias y favores, mostrándose solícita de la salud de las almas más que de sí misma. Agradóle á Christo peticion tan ajustada con su Divina voluntad, y ansí se la concedió con mucho gusto.

»Dentro de poco tiempo recibió cartas en que le avisavan que su hermana havia caido en una agua y se havia ahogado, y fué el mismo dia en que se le avia aparecido. El otro Primo suyo murió de calenturas, tambien el mismo dia. El Secretario Antonio Perez, despues de varios tranzes, de peligros grandíssimos y mil persecuciones con que pareze quiso mostrar la fortuna que levanta á la cumbre de la privanza á los que fian en el valor de Príncipes para

Biblioteca Nacional de España

derrivarlos en un avismo de miserias, murió en París; pero con tales demostraciones de piedad y christiandad, que bien pudieran conocer todos se cumplia con él lo que la Benerable Madre havia alcanzado del Señor. Lo que ella dize hablando dél, en esta ocasion, es esto: Murió con señales muy ciertas de su salvacion, reciviendo á menudo los Sacramentos, con el confesor siempre á su lado; y el dia que murió se puso de rodillas con un ímpetu de amor de Dios, y ansí se quedó como digo, con señales grandes de su salvacion. Dichosíssimo quien tubo fin tan venturoso: importa poco no conservasse en la privanza de los Reyes, quando, despues de muchas desgracias, se biene á alcanzar la verdadera dicha, que consiste en ir á gozar de la gloria eterna.

»Más dichoso fué este cavallero en haver conocido á nuestra Benerable Madre Ana, aunque pobre y humilde en quanto al mundo, que en haver tenido entrada con los mayores Príncipes de Europa. Ella, quando le conoció y trató en París, le cobró tanto amor, que estando ausente le alcanzó de Dios la salvacion de su alma, que es lo más que nos puede dar Dios, pues anssí se nos da asimismo. Los Reyes, aunque muchos favores le ofrecieron, pero sólo le dieron disfavores.

»Fué Antonio Perez hombre agudo de inge-

Biblioteca Nacional de España

nio, pero desgraciado; mui principal y noble, de que en mi Monasterio Real de Huerta, depositario de la Nobleza de Castilla, Aragon, Navarra y otras partes, ay testimonios graves. Pero lo principal es la seguridad que nos dexó esta Santa Madre de que está en el cielo.»

Una estrella de la política francesa, que alboreaba justamente en el ocaso de ésta española, trazó en pocos rasgos, con alguna pasión y poca exactitud, juicio (1) que agregar al de los coetáneos lord Cecil, de Inglaterra; Villeroy, de Francia; el Conde de Miranda y el Comendador mayor de León, de España.

«La muerte de Antonio Pérez, acaecida en noviembre, escribía, me ofrece materia para ejemplo de la fragilidad de la privanza de los Reyes, de la instabilidad de la fortuna, del odio implacable de los españoles y de la humanidad de Francia con los extranjeros. Había gobernado al Rey Felipe II, su señor, Príncipe tenido por prudente y constante en las decisiones; cayó, no obstante, de su crédito, sin ser culpable, en opinión común.

»En las cámaras de los Reyes hay escollos mucho más peligrosos que los negocios de Estado, por graves que éstos sean, sobre todo en aquellas intrigas en que intervienen mujeres

(1) *Memoirs de Richelieu*, lib. III, 1611.

Biblioteca Nacional de España

ó en las que toma parte la pasión de los monarcas (1).

»Antonio Pérez lo experimentó: mujeres fueron causa de todas sus desdichas. Haciendo su amo excepción de la firmeza en cuanto á la benevolencia, la ejercitó en el odio hasta la muerte. El privado había subido á la cúspide de los honores y grandezas: todo lo perdió en un instante con la gracia del Rey, que aprisionó á sus hijos con el fin de que no le asistieran.

»Emigrado en Francia en el período álgido de las guerras civiles, no fueron obstáculo las circunstancias para que el Rey le recibiera humanamente, dándole medios de vivir con desahogo á favor de pensión de 4.000 escudos, que siempre le fué bien pagada.

»En España no podían sufrir el bienestar de que disfrutaba; atentaron á su vida enviando dos hombres que se la quitaran, en vista de lo cual, por garantía en lo sucesivo, comisionó el Rey á dos suizos de su guardia personal, que le seguían por la ciudad á las portezuelas de la carroza, y cuidaban de que ninguna persona desconocida tuviera acceso á la casa.

»Entonces discurrieron los españoles otros

(1) Antonio Pérez había dicho: «Aquí son los bajíos de la bajeza humana; aquí es menester grande tiento, y navegar con la sonda en la mano.» Colección Ochoa, *Carta á un gran privado.*

Biblioteca Nacional de España

procedimientos que llegaran al propósito no alcanzado por la violencia: se le ofreció, por conducto de persona de la Embajada, que su amo le restituiría los bienes, siempre que renunciara la pensión y saliera de Francia. El Condestable de Castilla confirmó la oferta al pasar por París; y como la esperanza del deseo suele cegar, renunció, en efecto, despidiéndose de S. M., que procuró disuadirle y le predijo había de arrepentirse. Marchó, no obstante, á Inglaterra, lugar que le habían designado; mas apenas llegó á Douvres se le prohibió pasar adelante, por ruego y amenaza del Embajador de España. El pobre hombre volvió á Francia y no se atrevió á presentarse ante el Rey, ya que parecía haber desairado su favor y consejo; sin embargo, compadecido el Soberano de la miseria en que estaba, sufriendo incomodidades después de enajenar el mobiliario, si no lo consideró como antes, no dejó de disponer que se le diera algún socorro con que subvenir á lo más preciso.

»Habíanle tenido en España por hombre de juicio y de cabeza, mientras llevaba el cargo de Secretario de Estado; en Francia no se le estimó en tanto por la ordinaria presunción de los de su país que, llevada al extremo, tiene algo de locura, á juicio de las demás naciones.»

Años adelante, alcanzando el que esto escri-

Biblioteca Nacional de España

bió la madurez del talento; Duque, Cardenal, Ministro, gran Ministro; queriendo llevar al convencimiento de su Rey la opinión de ser indispensable á su poder la organización de la marina de guerra, decía (1):

«Cuando Antonio Pérez fué acogido en Francia por el Rey vuestro padre, y por atenuar su miseria le acordó pensión, deseando el extranjero acreditar el reconocimiento de los beneficios recibidos y ofrecer testimonio de que no por desgraciado era ingrato, dió al mismo Rey tres avisos que no son de poca consideración: ROMA, CONSEJO Y MAR. La advertencia del anciano español, consumado en asuntos de Estado, no ha de considerarse tanto por la autoridad del que lo daba, como por su propio peso.»

Es de recordar que decía Brantome al Rey Carlos IX:

«Si les rois, vos prédécesseurs, enssent fait cas de la marine comme de la terre, vous auriez pent-être encore Gênes, l'Etat de Milan et le royaume de Naples. L'Espagnol les a conservés plutôt par les moyens de la mer que de la terre.»

En los tiempos modernos, M. Mignet condensa y acaba su juicio de esta guisa:

(1) *Maximes d'Etat ou testament politique d'Armand du Plessis, Cardinal Duc de Richelieu:* París, 1764, tomo II, sección V, pág. 109.

Biblioteca Nacional de España

«Antonio Pérez, sin llegar á la talla de los grandes Ministros de Felipe II; del imperioso Cardenal Espinosa, del diestro Ruy Gómez, del altanero Duque de Alba ó del discreto Granvela, poseyó un tiempo el favor del Rey, figurando como personaje el más influyente de la Monarquía española. Escaló el poder con harta facilidad para saber conservarlo. Ministro por herencia, fué aventurero de afición. Apasionado, ávido, disipador, violento, artificioso, indiscreto, corrompido, introdujo el desarreglo de su conducta en una corte de exterioridad severa; agitó con la intriga el ánimo de un Príncipe amante de la dignidad mesurada; hirió con la rivalidad de los amores y la audacia de los actos á un amo hipócrita, vengativo y absoluto. Aunque conociera bien al que servía; aunque poseyera el secreto de sus pasiones, de su terrible disimulo, de la suspicacia de su poder, por la que la confianza había de ser instable; aunque supiera que Felipe II había matado al Cardenal Espinosa con una palabra, que alejó al Duque de Alba por la rigidez, que sólo por consumada habilidad y condescendencia se mantuvo á su lado Ruy Gómez hasta el fin, se atrevió á engañarle y se perdió. En la desesperada lucha á que le arrastraron las faltas y las demasías, desplegó recursos de ingenio tan varios y tal energía de

Biblioteca Nacional de España

carácter; tan oprimido, tan elocuente, tan patético se mostró, que fué objeto de universal simpatía. Empero los defectos mismos que causaron su ruína en España, le desacreditaron en Inglaterra y Francia. Siempre igual, aun la desgracia tornó antipática, muriendo abandonado y pobre.

»Hay que condenar á la personalidad, á la vez desordenada y atractiva, sagaz é inconsiderada, de ingenio agradable y de carácter ligero, rica de actividad, de imaginación, de vanidad, de pasión, de intriga; hay, no obstante, algo que conmueve en ciertos de sus sentimientos y en la magnitud de sus desdichas.»

En las historias de la época, tales como las de Herrera, Cabrera de Córdoba, Argensola, Babia; en los diccionarios biográficos ó bibliográficos, agregando á los ya citados los de Baena, Latassa, Moreri, Didot, Bouillet, Michaud, se encuentran conceptos varios (1) oscilando entre estos extremos.

Antonio Pérez mató un hombre por obedecer á Felipe II; quitó al Rey su querida; sublevó una provincia; luchó cinco años con tan te-

(1) No parecerá temeridad adjudicar á Antonio Pérez la alusión de un concienzudo y benévolo historiador que escribe: «*Philippe II a été bien des fois trahi: ce sont surtout des traîtres qui nou sont «rayonné son portrait.*» Le Vice-Amiral Jurien de la Gravière, *Les chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II:* París, 1887, pág. 146.

Biblioteca Nacional de España

mible soberano; escribió relación de su vida, tan verdadera y profunda como las inexorables memorias del Duque de Saint-Simon (1).

Antonio Pérez alcanzó fama literaria casi exclusivamente debida al interés de sus desgracias personales (2).

Tenaz, perverso, infatigable, intrigante siempre y en todas partes, dando á conocer los puntos vulnerables de su patria, fué su papel en la historia el del parricida (3).

De la comparación de todos los artículos, por lo general apasionados ó ligeros, nada se deduce que esencialmente altere lo que dicho queda acerca de la vida de Antonio Pérez fuera de España. Aparece, en cambio, la evidencia moral y consoladora de no empecer á la execración perpetua del mayor de los crímenes la compasión del delincuente, y de cumplirse en todos los tiempos la sentencia que la pluma del Peregrino mismo dejó escrita. El traidor es limón que, una vez exprimido, se arroja.

(1) Philarete Chasles, *Antonio Pérez*, *Revue de Deux-Mondes*, citada.

(2) *The Enciclopœdia Britanica*, *Antonio Pérez*, cit.

(3) J. M. Dargaud, *Histoire d'Elisabeth d'Angleterre*: París, 1866, 8.°

Biblioteca Nacional de España

DOCUMENTOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I.

Los papeles y cartas que truxo Miguel Igun sobre cosas de Francia recibidas en Valladolid a 29 de junio de 1592.

Lo que se a podido entender de bearne por cosa cierta es q. antonyo perez está en pau con don martin de la nuça y manuel don lope y christobal frontin y juan francisco mayorin, todos los cuales están con el dicho antonio perez, y estando comiendo la princesa estaban con ella, la cual tenia plática con antonyo perez en tanto q. la comida duró, porq. el personado que se enbió estubo ally presente en tanto q. la comida duró, porq. tenia q. tratar con la princesa acerca de las Rentas del condado de bigorra, q. es vso en aquella tierra comer en público y todos los q. tienen q. negociar entran en la sala q. comen.

gil de mesa no estaba ally y sentiende aydo Al príncipe de bearne y asta yngalaterra, q. a muchos dias falta, como se berá por vna carta q. trai-

Biblioteca Nacional de España

go dantonyo perez, q. escribió a vno de Çaragoça llamado Marco de Arayz, quera criado de don diego de Eredia, q. está preso en Çaragoça, datada de 29 de mayo, q. cuando partió le dijo yba la buelta de bayona, pero despues acá se sabe pasó donde está dicho, como por la larga ausencia se bee, siendo de quien mas antonyo perez se fia, y el q. es causa de todos los males sucedidos en aragon.

Sábese cierto que antonyo perez tiene despacho de pasaportes para irse a yngalaterra y q. a de berse con el principe de bearne, sino que no osa salir de pau, porq. a entendido q. por orden del capitan general y trato del de gabin, que está preso en el condado de bigorra, en el castillo de lorda, en compañía de don diego de Eredia, ermano del gusticia de las montañas daragon, q. abia personas grabes q. se ofrecian a entregarle con cantidad de dinero, de manera q. estando advertido de todas estas cosas y diligencias q. en este caso se an echo, como de las personas q. lo querian acer y entregar con la ausencia de la princesa, las cuales diré de boca quienes dicen q. eran, q. son de las mas grabes de la tierra, porq. se trata saldrá presto de bearne para casarse con el conde de fueson, y así se cree q. si la princesa sale y el no ba a ingalaterra, se saldrá de pau y porná en nabarreus y en la villa de bayona, para la seguridad de su persona.

El onbre q. fue a pau, q. se trata muy amenudo con don martin de la nuça, y preguntándole de sus cosas en lestado q. estaban, porq. muchas

Biblioteca Nacional de España

beces q. suele yr a pau ablan siempre destas cosas, y preguntando del estado en q. estaban, le respondió q. no le podia decir nada dellas asta daora, mas de q. la princesa lo tenia entretenido a El y a los demás dándoles muchas esperanças de parte de su Ermano, como de la suya, mostrándoles muy amenudo cosas del príncipe su Ermano por las cuales encomienda a su Ermana mucho la persona dantonyo perez y de todos los demás caballeros questaban con El, y q. les asegurase que si el Rey despaña les abia tomado sus aciendas, que El tenia para ellos, q. es todo lo q. del dicho don martin se a podido descubrir y entender.

Marco de Arayz, criado de don diego deredia, questá preso en Çaragoça, le dejado en vn castillo del señor de maulion, donde bibe su madre madama de maulion, q. abrá como tres meses q. bino vyendo de catalunia, de acia taragona, y pasó el puerto de Salat, q. siendo camino por esta casa llegó allí muy malo, y esta señora, ques muy caritatiba, le yço quedar á curarse, donde yo tengo grandísima amistad de mas de beinte años, q. yendo a besitarle y darle el pésame de la muerte de su hijo mosiur de maulion, le allé allí al dicho Arayz, y por la primera bista no me quiso decir quién era, y bolbiendo quince dias despues a demandar unos dineros q. dicha señora me debia, me dijo ella misma cómo el español q. estaba en su casa abia recibido vna carta dantonyo perez, y que se queria ir en bearne, pero q. ella abia entendido le querian estrosar en el camino, no muy

Biblioteca Nacional de España

lejos de su casa, porq. decian traia todo su jibon lleno de doblones, y tubo abiso desto, y así no le habia dejado partir, porq. le pesara mucho saliendo de su casa se le hiciera agrabio, y que así le abia Rogado estubiese en ella todo el tiempo q. quisiese, y me Rogó yo se lo digese de su parte, y le quitase de la boluntad de yr en bearne, q. si lo acia tomaria muy mal camino, y q. si era buen católico no lo debia dacer, porq. iria a tierra donde no se ejercita de ninguna manera vna Religion católica, sino la seta de los Erejes luteranos, y q. para la seguridad de su persona en ninguna parte lo estaria mas q. en su casa. Yo con esta ocasion entré en plática con el mas q. la primera bez, y me enseñó la carta que habia escrito antonio perez en lausencia de gil de mesa, q. despues yo tube orden de cobrarla despues daber yo partido porq. no tubiese sospecha de mí, que me la enbiaron á la villa de salinas, donde aguardé dos dias solo por eso, a legua y media del castillo, ques de la manera que la e cobrado, dicha carta.

E pasado muchas cosas con el dicho Marco de Arayz, q. sabe muchas cosas de todo lo que en Çaragoça a pasado, porq. era el que mas amenudo besitaba adantonio perez estando preso, de quien su amo don diego deredia acia mucha confianza. Yo le puse en Razon, y solo q. su Mag. le perdonase, tubiendo seguridad desto, le aria aser cualquier cosa q. se le ordenase por el serbicio de su Mag., y así bolví tercera bez, estando para partir y le dije benia por un mes ó seis semanas asta çaragoça y q. si queria dase noticia al general dél y

Biblioteca Nacional de España

de lo q. me abia ofrecido acer, q. lo aria, y me dijo le aria muy grande placer, y así le anuncié y puse grande esperança de su Remedio.—VS. podrá ber si este puede serbir de algo q. fues de ynportancia y q. despues daberlo echo se le perdonase y no antes, que si la metá de lo que dice puede acer, ace, importará arto mas perdonarle q. dejarlo de acer, q. no es de los beinte y dos, sino de los ciento y tantos de la postrer lista. VS. me mande su parecer, para q. no pareciendo serbirse dél no lo tenga mas en esperanças, q. yo allaré salida para responderle de q. por aora no se quier tratar de nada asta acabadas las cortes de aragon.

Arch. Nat. de París, *Papiers de Simancas*, *K*-1.592, *B*-81, pág. 48.

II.

Il.mo Sr.

Dipoi di visitar a V. S. Ill.ma, et renderle gratie de li molti, et continui fauori che mi fá, et ralegrarmi de la confirmacione di Paris, et de la altre noue. Voleua dar conto a V. S. Ill.ma di tre cose, che ho intesso. Le due non di tanta consideratione, pero la Terza, di molta, al manco degna di saperla il nro. Re, et e, certissima, et saputa in gran secreto.

La Terza diró prima, quella e, che il Re Cath.co ha fatto far secreta offerta a la Rep.ca di Venegia di Lx Galere per la sua diffessa sempre che il Turco inuadera li soy Statti, et il Imbassator che ha

Biblioteca Nacional de España

fatto la offerta, li ha detto queste parole al fine, *che non trouaranno nisnu amico tale come lei.* Questo, e certo.

La altra e che ha auuto gelosia di auerse la Rp.ca valuto di questo Regno per grani.

Le altra, che il Papa voleua imponere vna noua Xma sopra li Ecclesiastici veneciani per aiutar al imp.or, e la Rep.ca non lo ha voluto consentir.

Il discurso di queste cose lasso per altra occasione che bene, et assay e che dir.

De V. S. Ill.ma—*Ant. Pz.*

(Sobrescrito.) Al Ill.mo Sr. mi Sr. Mylord Imbassator.

(De mano ajena.) 1594.

Colec. Morel Fatio, I.—Cree fuera dirigida al Embajador de Francia en Londres, que sería probablemente Jean de la Fin, pues éste residió en la corte de Isabel hasta octubre de 1594.—Biblioteca Nacional de París, MS., Esp., 336, fol. 91.

III.

Muy Ill.e Sr.

Mos de Beaumond me ha confirmado el lugar en que biuo en la gracia VS., que es muy conforme á lo que VS. me ha assegurado por su carta: a que he ya respondido. Pero las cosas de consuelo, y contentamiento, mill vezes que se oygan recrean. Consuélame mucho del modo con que pudiera llegar a ver a V. S., y a presentármele,

Biblioteca Nacional de España

que essa voluntad y piedad la veo fundada en su Gentil natural; que sino yo temiera del desengaño quando V. S. me conozca. De my, de my partida, del desseo q. tengo de llegar a los Reales pies de Su M.d he Supplicado a Mos de Beaumond q. haga relacion a V. S. Cuya Muy Ill.e persona y Estado Nro. S. Guarde y prospere como dessea.

De Londres á xj. de enero de 1595.

Muy Ill.e Sr.—Besa las manos de V. S., su muy seruy.r—*Ant. Perez*.

(Sobrescrito.) Al Muy Ill.e Sr. mi Sr. Mos de Neufville, S.o destado del Rey Christia.mo

Colec. Morel Fatio, núm. IV. Nota que Mos de Beaumond era sin duda Charles du Plessis, señor de Liancour y Conde de Beaumont.—Neufville, Nicolás Neufville de Villeroy. Bibl. Nac. de París, Esp., 336, fol. 93.

En la Colec. Ochoa hay varias cartas dirigidas al mismo personaje con nombre de Mos de Villarroel y en tono de intimidad que indica la continuación de las relaciones.

IV.

Ex.mo Sr.

El saber lo que passa por el Mundo de mas del entretenimiento, commun gusto de todos, á las Personas que tienen la mano, y la auctoridad en el timon del gouierno, suele ser de algun momento, pues los mejores consejos nascen de la noticia

Biblioteca Nacional de España

de las cosas. Por esso embio esso q. he tenido de Genoua del amigo que suele escriuirme. Tambien lo escribió por buscar ocasion de hablar con V. Ex.ª y aunq. fuesse de alguna pessadumbre, q. no lo creo de V. Ex.ª, déuese dessimular al sediento de consuelo, como hazen las fuentes, q. no cessan de correr por mucho q. se beua dellas.

De V. Ex.ª sieruo.—*Antonio Perez*.

A iiij° de Junio.

(En la cubierta.) Al Condestable de Francia mi Señor.

Enrique de Damville, Duque de Montmorenci, hombre de habilidad en negocios públicos, aunque no sabía escribir, prestó importantes servicios á Enrique IV, que los recompensó confiriéndole en 1593 la dignidad de Condestable de Francia de que antes había estado investido su padre Ana de Montmorenci. Fué protector constante del emigrado español, y murió poco después que él, en 1614, á los setenta años de edad.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 39. Colec. Morel Fatio, núm. XLIX.

V.

Ex.mo S.r

Acaban de llegar cartas de Mylord de Essex de xij deste a Mylord Rotelan (yo no las tengo), por las quales escriue lo siguiente. Q. se embarcaua para una jornada a España. General de mar y tier-

Biblioteca Nacional de España

ra el dicho Conde. Con 18 naues de la Reyna, 25 de los Estados, y otro número de particulares. Mucha nobleza consigo. Las demás particularidades sabré. A su Mag.d se lo ha ydo a referir Enrique Dauerso, Caballero inglés, q. su Mag.d conoce. Por esto no voy yo. Pero he querido auisárselo a V. Ex.a—*A. P.*

Bibl. Nac. de París., Esp., 3.652, fol. 134. Colección Morel Fatio, núm. V.

VI.

Lo que Antonio Perez Supplica y aduierte de mas de presentar la Memoria q. va con esta de lo que ha podido saber para parte del cumplimiento de lo que ha pedido es.

Que su Mag. le haga merced de lo q. en la Memoria se contiene, en principio y muestra de que le quiere plantar de veras y de rayz en su seruicio.

Item, que su Mag. cometa a alguna persona platica de estas cosas, q. busque la forma en que se pueda cumplir lo de mas. Declarándole ser su voluntad verdadera q. aquello aya effecto. Porque de otra manera será cansar a Su Mag. y andar Ant. Perez arrastrando sin llegar nunca al fin q. pretende de alguna resolucion (desseo justo deuido á qualquier negociante, quanto mas a vn Peregrino, viejo, con muger, con siete Hijos, con tantas prendas en poder de otro Príncipe). Al fin, digo que pretende, *que es, ó ser de su Mag. ó su-*

Biblioteca Nacional de España

yo, y esto con breuedad por las muchas consideraciones ya declaradas. Y aun por lo que toca a la auctoridad de Su Mag., que no piense el mundo que lo demas era mas expediente para passar tiempo, q. para llegar a execucion y effecto, cosa que Ant. Perez está obligado a obuiar.

Item supp.ca q. el señor Condestable tenga la mano sobrello, porq. de otra manera Ant. Perez alça la mano, y se dará por respondido.

Item dize, Que de tal manera pide esto y que Su Mag. cometa a la tal persona el cumplimiento del memorial q. ha dado, que el dicho Antonio Perez no tenga q. acudir a ministro ninguno, sino al Sr. Condestable y a la tal persona por los despachos para la execucion. Porq. si no se despachase todo ello como cosa del serui.o de su Mag. y por orden suya, seria entrar Ant. Perez en los Labyrinthos de dificultades acostumbradas de Ministros en quebrantamiento y corrimiento de Antonio Perez sin fructo otro alguno. Cosa que no sufre esta demanda y las causas de ella. Differente mucho todo esto, que las gracias q. vn vassallo pide, y recibe de gracia.—*A. P.z*

(En la cubierta.) Memoria de Antonio Pérez al señor Condestable.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, folios 112 á 113. En la Colec. Morel Fatio, núm. V.

VII.

Que Antonio Perez dessea, como siempre lo ha assegurado, seruir a su Mag.d como vassallo, y

Biblioteca Nacional de España

criado, que él se le presenta por tal. Presente, que ha reseruado siempre a su Mag.d hasta tal punto, como el de la obediencia a su mandamiento.

Que non paresca atreuimiento llegar a supplicar a su Mag.d las cosas particulares que aquí porná, pues la prenda que él da de Fidelidad de Vassallo y Criado, considerada su fortuna pressente, y Passada, y las prendas de su muger, si biue, y Hijos, q.e tiene Captiuos; y las otras fortunas y bienes y Hacienda, y la satisfaccion q.e deue dar a todo esto, y al mundo en tal resolucion (No menos que de perder esperança y cerrar puerta a todo aquello q.e a vna sola muerte puede esperar la redemption dello) le disculpará deste attrevimiento. Demas, que no se porná aquy sino menos de lo prometido de la Graçia de su Mag.d otras vezes.

Viniendo pues a lo particular dize:

Primeramente que sobre todo, como de mas valor q.e todo, su Mag.d reciua debaxo de su protection, y amparo, pues es la principal defensa, y seguro, q. ha menester su fortuna, y la persecuçion tan notoria de vn Príncipe tan grande, que las gentes vean, que su mag.d le mira con ojos de particular graçia y favor.

Que su mag.d se sirua, de procurarle con effecto capello de Cardenal para su persona siendo muerta su muger, o para don Gonzalo Perez su Hijo, y que desde luego se pida a su Sancti.d, y que su Mag.d lo reserve en su Pecho para quien su Mag.d le Quiere.

Que le den doce mil escudos de renta por la graçia de su Mag.d en obispados, o Abbadías, y

Biblioteca Nacional de España

Beneficios Ecclesiásticos como fueren vacando desde luego, con permision que los Pueda regresar en sus Hijos.

Que hasta tanto, q. se cumpliere la dicha cantidad de renta, aunque se le dé alguna parte de ella, se continue la pension de quatro mill escudos, que agora tiene, mandado q. se consignen en parte que con effecto los cobre.

Que demas desto entre año, hasta que se le haya hecho la merced de renta ecclesiástica dicha, se le den dos mil escudos de ayuda de costa cada año en auisos de Graçias que él terna cuydado de buscar.

Que por estar agora tan gastado y para componerse en el grado de criado, y consejero, con que le ha querido su Mag.d honrrar, se le den dos mill escudos de ayuda de costa al pressente.

Que considerando el gran peligro que corre su vida por la persecucion del Rey de España contra su persona, se le dé alguno, o, algunos suyços de los de la guarda de su Mag.d para su seguridad, y respecto del que maquinare contra él.

Que si se viniere a tratar de Pazes entre esta Corona, y la de España, su Mag. procure la redemption de su muger y hijos y haga lo que se acostumbra en tales casos por vassallos, y bienes dellos retenidos de otro Príncipe.

Que para todo esto y por excusar las pessadumbres que cada dia se pueden ofrescer, El Ex.mo Sr. Condestable tome a su cargo en nombre de su mag.d El Cumplimiento y Execution de todo esto.

Biblioteca Nacional de España

En Ruan a Primero de henero 1597.

(En la cubierta, letra de A. Perez.) Copia del assiento de Su m.d con Antonio Perez en Ruan a 13 de En.o 1597.

Sin esta capitulacion ay lo q. el Sr. Condestable le prometió en nombre de su m.d con palabra de cauallero de ser fiador de lo que le offrescia.

Bibl. Nac. de París. Hállase original en el mencionado volumen de la Colec. Béthune, Fr., 3.652, folios 3-4, y hay copia en la Colec. Fontaineu, Fr., *T*-440. En la Morel Fatio tiene núm. VI.

TEXTO FRANCÉS, EN RESPUESTA.

Le Roy qui habonde en toute bonté enuers les affliges A tres volontiers recuilly en son Royaume le Sr. Antonio Perez pour les vertus qui l'accompagnent et les serviçes que Sa Maj. espera de luy Au moyen de quoy Sa Maj. accepte aussy tres volontiers sa foy et luy accorde sa Royale Protection contre ceulx qui le persécutent.

Sa Maj. lui procurere de bon cueur le chappeu de Cardinal pour luy si sa femme est morte, sinon pour son fils et en ecrire au S.r de Luxembourg affin quil en parle a Notre S.t Pere.

Le Roy aure egard aussy de le pourveoir de bénefices et dignités en l'eglise jusques a la concurrence de la somme de douze mil escus de Reuenu par an auec permision de les rèsigner a ses enfans.

Quoy attendant Sa Maj. entend quil coutinne

Biblioteca Nacional de España

a estre payé de la pension de quatre mil escus par au quelle luy a accordée & quil en soit si bien assigné quil puisse tirer la commodité que Sa Maj. entend.

Se presentant occasions & moyens de gratifier le Sr. Perez de la ds. somme Sa Maj. les embrassere volontiers.

Sera commandé a ceulx de son conseil de finances d aduiser sil y aure moyen de secourir le ds. Perez de quelque somme d argent pour lui ayder a mettre sus son aequipage.

Sera commandé au Cappitain des Suysses de la Garde de Sa Maj. ou a ses liutenents de faire tenir ordinairement vng ou deux soldats suysses pres la personne du ds. Perez pour prendre Garde a la sureté d Icelle.

Ces accordé articles ont eté respondus a Roan par le commandement du Roy. Mr. le Connestable pric. le 13 de Janvier 1597. Signé. Neufville.

Monseigneur le Connestable connoisant les vertus & merites du ds. seig. Perez & sur l'assurance quil luy a donee de son affection et fidelité au service de Sa Maj. Scachant aussi combien elle l'ayme & estime luy offre de semploye volontiers de tout Son pouuoir en toutes ses affaires & a toutes ocasions & dapporter tout ce qui dependra de sa priere & solicitacion soit enuers Sa Maj. & ceulx de son conseil pour lacomplissament des presents articles. En foy de quoy il a signe la prte. response a Ruan le 18 Januier 1597.

Biblioteca Nacional de España

VIII.

† Señor.

Por estar el Sr. Gil de Mesa enfermo, doy á V. m. esta pessadumbre. Yo le sup.co sepa del señor Condestable, mi Señor, que como a tal le amo, y reverencio, a que hora será seruido, que yo le pueda yr a besar las manos con menos incomodidad suya (1). Que por estar yo malo hago esta preuencion, q. sino fuera esto, como vno de los seruidores de su casa, me fuera ay a esperar hora y a entretenerme ay como criado suyo.

Besa las manos de V. m.—*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Le Seig.r Anthoine de Perez. Janvier.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 32. Colección Morel Fatio, núm. XLVI.

IX.

Ex.mo Sr.

Vn Peregrino, que salió de su patria en cueros, no puede dar don sino de cuero. Esto será disculpa de mi altreuimiento en embiar a V. Ex.a Essa bota, o, borracha, q. llaman y vsan en España para regalo adobada allá con ambar, que me truxo El Sr. Jacome Marenco. Y sy V. Ex.a mandare que yo vaya a hazer la salua, yo yré.

(1) (En el margen.) O hoy, ó mañana: q. quando su Ex.a se retira a la tarde, si fuere mas apropósito, yo yré.

Biblioteca Nacional de España

De V. Ex.ª muy humilde y obligado seruidor. —*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Al Ex.mo Sr. el Condestable mi S.or

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 37. Colección Morel Fatio, núm. XLVII. Pone por nota esta oportuna y curiosa referencia, tomada de una carta dirigida en 1596 desde St. Omer á D. Pedro Espíndola, en Madrid.

«En Madrid se husan unas botas o borrachas adressadas con solo ambar y tambien unos toneles, que yo los tengo por mejores y duran más, que no caven mas de dos pottes, pero no tienen otra cosa ninguna que hambar grisa sin almiscle. Sy pudiessedes traherme una seria para my muy gran regalo, porque el almiscle y lalgalia me hace mal a la cabeça, y el hambar mucho bien; y como teneis tantes (sic) señores y señoras que os favorescen, podriedes pedir una y trahermela. Y sy os paresciere a propósito pedirla a my Señora la Condesa de Fuentes, o a my Señora la princesa de Ascoli, me remito: yo os assiguro que seria para my un gran presente. Ally he visto unos barrillejos de las Indias muy lindos, y aunque sea de un pote o hacerle hacer y adressar a posta, porque el ambar me dicen se mete en las costuras del barril y, no se como, que dura muchos años. El Conde de Arembergue tiene uno y Coloma otro, que creo costaron allí cada uno veinte escudos con la boca de plata y serrada con tornillo.»

Bibl. Nac. de París, Esp., 336, fol. 194.

Biblioteca Nacional de España

Con vino de España y aceitunas de Sevilla solía responder el Peregrino á las finezas que recibía. Véanse en la Colec. Ochoa las cartas de remisión á M. Zamet y á otras personas, entre ellas la 95 de la parte I.

X.

† Señor.

Agora q. son las vj de la tarde, 30 deste, me dan la carta de v. md. sobre lo que el Sr. de Villaroel le encomendó que me escriviese cerca de aquel *don diego de Robles, y Veray, y Aragon*, y a la misma hora me pongo a responder. Y aunque V. m. ha dicho todo lo que yo se, por lo que se deue a la obediencia digo.

En Ruan me embió el S.r Condestable con un S.o suyo vn consejero con vna carta deste don diego, muy larga, para my.* Y despues Su Mag.d le dixo al mismo Consejero, q. me hablasse, y a my q. le oyesse. La carta contenia vna larga Historia, o fábula de vn casamiento suyo intentado con vna doña Tal de Osorio. A El no le conozco. El escriuia q. El a my sy. Pero a los que tienen tales lugares les succede lo q. a los predicadores, q. los conoscen muchos, y ellos no a tantos. A la Señora conozco, q. es de las q. facilm.te aurá buscado un estudiante moço, y loco, q. no los quieren con cuidados. Dixe entonces, lo q. diré agora. Que me parescia maraña todo, o, para hallar pan en Francia, sy se venia huydo por alguna occasion, o, para intentar algo. Q. locos tambien

Biblioteca Nacional de España

buscarán ya en Egipto para las cosas q. maquinan, q. cuerdos no los hallarán. Q. con todo esso me parescia bien oyrle, q. la oreja no se gasta por oyr, como otros instrumentos. Pero q. no llegase a la presencia del Rey, y aun dixe q. allá le oyese el yerno del Condestable (q. ya entendia yo que auia entrado en fran.ª), y q. conforme a lo que dixesse, se hiziesse. Pero sy no quiere hablar allá, a la buen hora venga, q. el Sr. de Villarroel le sabrá oyr, y conocer luego en el ayre, como tan buen cazador de cosas d'Estado.

Esto es lo que se me offresce. Dios Guarde a V. m. De París el dia q. he dicho.

De V. m.—*Ant. Perez.*

(Al margen.)* Esta carta dexé yo en poder del S.º del S.r Condestable.

(Sobrescrito.) Al Sr. Gil de Mesa.—En su mano.

Bibl. Nac. de París, Esp., 336, fol. 23. Colección Morel Fatio, núm. XLIV.

XI.

Conosco, Señor, que yo no valgo la mayor parte del fauor y gracia que V. M.d me hace y el Sennor Jacome Marenco, y mis demandas hallan en V. M.d Este conoscimiento es el vltimo agradescimiento que puede prestar vn tronco tan inútil como yo. Quanto a la paga de la pension no cansaré a V. M.d, pues lo escribo al Sennor de Villaroel. Beso á V. M.d sus reales pies por las dos gracias de los dos breuetes que V. M.d me ha echo;

Biblioteca Nacional de España

pero porque de ninguno dellos podré en muchos dias sacar soccorro presente, como lo son mis necesid. Supplico muy hulmilmente a V. M.d y a su liberalidad natural me haga lo que pido, por esse placer, en cambio de la de los *euentes*, que será para mi necesidad remedio y m.d muy grande. Quanto a la vacante de M. de Meos, veo lo que V. M.d se a dignado responder con tanto fauor, que por auer llegado otro antes, no ha hauido lugar. Pensar, señor, que yo podré nunca llegar a tiempo es donaire; siempre seré el postrero en auisos como en méritos, y assy suplico a V. M.d mande a las personas por cuya mano passan estas prouisiones, que lo que de aquí adelante vacare de Abadías y beneficios ecclesiásticos hasta la quantidad que V. M.d me ha offrescido, se reserue para Anthonio Peres y para el complimiento que V. M.d le tiene offrescido, porque de otra manera nunca llegará la hora en que yo la gose, y si el hauer pedido alguno a V. M.d lo que agora ha vacado, antes que llegasse mi auiso, ha sido causa de que no me haya hecho V. M.d la merced. Mas bastante podrá parescer al que llegase primero en lo que adelante vacare, el hauerlo prometido V. M.d, pues excede el cumplimiento de palabra dada de vn tan gran Rey a qualquier demanda, y más dada a un peregrino que ha entregado a V. M.d y a su seruicio su fe y libertad, prendas que en mi estado y fortuna suffren a cualquier consideracion y sentimiento, de las que escriuo al Señor de Villars. En fin, Señor, yo suplico a V. M.d mande que no me den a my causa de dar-

Biblioteca Nacional de España

le pesadumbre por el cumplimiento de las mercedes que V. M.d me ha hecho, que esto es lo que siento a par de muerte, y dexar de acudir á V. M.d my Rey ya y Señor, seria dejarme morir, y offensa de desconfiança a V. M.d, que es lo que más offende a Dios y que offenderia a V. M.d, que representa su lugar en tierra. Sieruo de V. M.d— *Ant. Perez*.

Esta carta no es original, sino copia sacada por amanuense italiano, al parecer.

Jacome Marenco, caballero genovés, agente de negocios, amigo y corresponsal de Antonio Pérez, á cuyas gestiones debió, en parte, ser nombrado luego cónsul de Francia en Génova.

Villarroel: Nicolás de Neufville, señor de Villeroy, consejero y secretario de Estado de Enrique IV, como antes se ha dicho.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 35: en la Colec. Morel Fatio, núm. VII. Presume estar escrita á mediados de 1597 por la alusión al Obispado de Meaux que vacó á principios de este año y fué proveída en 13 de julio.

XII.

Para hablar al Señor Condestable a... de noviembre 1597.

Lo que se dice que yo he escripto a Inglaterra de Paris (1).

(1) Está subrayado.

Biblioteca Nacional de España

Lo que se puede juzgar por otras cosas q. se han entendido, que yo comuniqué al señor Condestable, sin saber aún de esto nada.

Dexando lo del médico de Ruan, y dexado quien le embió pagado para conturbar mi crédito (testigo su Mag.d q. me dió el auiso en Cusy, quando me vino por su gran Piedad y Humanidad a visitar).

Vengo á un punto muy considerable: es a saber, lo q. vn ministro dixo a Virginio Ursino, segun él refirió, tratando de aquellos sus designios.

Que eran grandes los officios q. se hacian con el Rey por Príncipes de fuera, para q. no se fiase de mí; pero q. Su Mag.d estaba ya desengañado.

Pero la impression de todo esto se vee: En la sequedad: En el recato de my: En la diminucion de fauores: En el oluido del cumplimiento de las cosas offrescidas. No buelvo al primer fauor concedido, mas de en quanto fué el Primero, y dado para quiebra y nota. Lo del Consejo, dado de Su Mag.d de su propio motu y election, sin demanda mia, q. no soy tan confiado q. tal pidiera. Honor q. no ha sido sino para nota y grillos. Y porque se vea la diminucion de que trato, Acuérdese su Mag.d del fauor q. me hizo en Consejo en Amiens, en presencia del Sr. Conde de San Pol y de Mosiur Le Grande, y de otros. Y que sobre esto se diga por alguno, y se vea, q. es Título ad honores. No: que mi fortuna, por perseguida q. sea, my natural, los lugares q. yo he tenido acerca de Príncipes, los favores mismos q. su Mag.d

Biblioteca Nacional de España

me ha hecho, me accusarian de hombre de poco, sy mi ánimo se conhortase a biuir disminuido en ninguna parte, demas del riesgo y peligro nueuo en q. entraria mi vida sobre tal menoscabo.

Pues en las mercedes prometidas: Bien se vee que da esto su parte de testimonio: Pues en las Abbadías y beneficios ecclesiásticos que han vacado, y dádose a quien no ha lleuado el auiso, no ha habido memoria de my. A lo cual corresponde lo q. el otro dixo, q. no tenia q. esperar más y q. aun mirasse cómo conseruaua lo que tenia.

Que ansy, viniendo al punto presente de la calumnia, que escriuo a Inglaterra, digo y sup.co al Señor Condestable q. me haga tanta merced de pedir a su Mag.d Que mande aueriguar esto, y siendo falso, como lo es, hazer la demostracion q. es justa en mi satisfaccion; y darme licencia q. me retire de sus Reynos, y de Cortes de Príncipes, y de sus peligros y juicios, antes que me acaben la salud y vida. Offresciendo, como offrezco a su Mag.d que, bien ó mal tratado, mientras biuiere y donde quiera que biuiere, le manterné la fee y Amor a su nombre y corona, de muy fiel sieruo. Como debido al Amor q. su Mag.d de su propio natural me ha mostrado siempre; y a la cierta creencia y confianca de mi ánimo q. estos officios contra my, no son gratos a su Mag.d, sino á la inuidia. No digan luego, como suelen algunos, que valo yo, para q. aya q. inuidiar en mi? Es muy gran verdad: Nada: Tay soy: yo lo conozco. Pero es destino de mi Fortuna la Persecucion: Bien se vee, pues en tales cosas me roen: Enemigo que se

Biblioteca Nacional de España

ha de vencer huyendo, y huyrle los q. tienen corta la vida, y la ventura, y las esperanzas.

A. Pz.

En fin, Señor: Pues la Malicia no me dexa gozar de la Presencia de su Mag.d (q. tenia yo por mi elemento) con quietud: Que harto lo procuraua yo con biuir mudo y sordo y ciego. Pido a su Mag.d lo q. le pido, porq. ya que no me dexan biuir de acá ni de allá, me dexen morir a lo menos con sossiego. Consejo de necessidad, Pues tales officios no dizen otro, sino q. no me canse en buscar, ni esperar otra cosa.

A. Pz.

(En la cubierta.) Memoria al Sr. Gil de Mesa para hablar al Sr. Condestable.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, folios 14-15. Colección Morel Fatio, núm. VIII. Supone que Mosiur Le Grand fuera el caballerizo mayor (Grand écuyer) Roger de St. Lary, Duque de Bellegard. En la Colec. Ochoa hay carta dirigida á *Monsieur el Grande* (la 70 de la parte I), y tanto las Memorias de Sully como las de Villerroy hablan de un Mr. *Le Grand*, por cuya influencia otorgó el Rey la mitra de Burdeos, que pretendía Antonio Pérez.

XIII.

Ex.mo Señor. Perdone V. Ex.a el atreuimiento del presente. Que si el mismo tuuiera sentido, de verguença no llegara a su presencia. Pues del señor Gil de Mesa, yo creo, que por lo mismo qui-

Biblioteca Nacional de España

siera auer llevado puesta vna máscara. No por cubrir lo moreno, que aunq. su gesto, por su natural, y mi coraçon por su mala fortuna son de vna misma color, Dios en lo moreno halló la Hermosura, q. le contentó.

Y en él, y en my, por negros, y inútiles q. nos pinten, hallará V. Ex.ª, y del Rey abaxo, quien nos prouare, la Hermosura verdadera: que es mucha Fidelidad, y Amor. Diga la Malicia lo q. quisiere.

Pero porq. yo estoy resuelto de no biuir subjecto a dichos ni hechos de nadie, ny a mudanças de extremo a extremo, ny perder mi libertad, q. es lo que solo me ha quedado. Pido á V. Ex.ª q. me procure resolucion presta. Que resuelto estoy de no consentir más q. me acaben la vida en tal vida, que se me va consumiendo a vista de ojos, inútilmente para su Mag.d y para my. Antes mendigo de puerta en puerta. Assy lo diga V. Ex.ª al Rey; yo se lo suppco.

Ex.mo Sr. muy Humilde seruy.or de V. Ex.ª—*Ant. Perez.*

A 29 de noui.e 1597.

(En la cubierta.) Al Ex.mo señor El Condestable de Francia, mi señor.—En su mano.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 101. Colección Morel Fatio, núm. IX.

XIV.

Ex.mo señor.

El S.r Gil de Mesa dirá a V. Ex.ª las diligencias q. se han hecho para saber de aquella hacienda, y

Biblioteca Nacional de España

lo q. hasta agora se ha podido saber. El mismo supplicará a V. Ex.ª en su nombre y mio por su fauor para q. el S.r Jacome Marenco sea despachado, que por estar malo de la gota no va en persona, y por boluer a su casa dessea resolucion de lo q. Su Mag.d es seruido, y por auer venido por mandado de su Mag.d seria justo q. buelua satisfecho, ya q. no ha quedado por él, el fructo de los seruicios q. ha offrescido a su Mag.d

De V. Ex.ª Muy humilde, y obligado Serui.or— *Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Ex.mo S.r El Condestable mi S.r

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 108. Colección Morel Fatio, núm. LII.

XV.

Sire.

Antonio Perez dize, que el fauor que V. Mag.d le ha hecho en esta occasion presente es en tal grado, q. casi le yguala la indignacion, q. el enojo ha descuuierto contra él agora de nueuo, tan fresco como el primer dia. Que porque seria hacer grande offensa a la Piedad de V. Mag.d, q. se diga q. nada le iguala, habla desta manera: Sy no es necessario q. assy sea, para q. ella se descubra en su ygual contrario.

Dize mas, Que siente muy en el alma q. en tiempo en q. se habia de ocupar todo en dar muestra a V. Mag.d del reconoscimiento de tanto fauor

Biblioteca Nacional de España

(q. todo lo q. el vale no podria seruir sino de una pequeña centella de su agradescimiento) se ocupe en suplicar por mas y mas mercedes. Pero q. presupuesto q. la clemencia de V. Mag.d ha descubierto tanto rigor, q. se puede muy bien juzgar q. su vida y persona quedan en mayor riesgo y peligro q. jamas tras esta prueua por la nota, y encuentro que reciue el Rigor de la Piedad, le es forzoso sup.car a V. Mag.d que llegue al cabo el negocio en esta coyuntura. Porque passada sin auer conseguido effecto será mas cierta y presta su perdicion.

Y que demas desto se sepa desde luego la resolucion que V. Mag.d será seruido tomar en la seguridad de su vida y en el estado que su persona ha de tener, visto este desengaño (Estado muy differente q. el pasado) para q. el Enojo se temple, siendo por las demostraciones del fauor de V. Mag.d en lo que estimará mi perdicion.

Mucho pido a ojos de quien mirare lo poco q. valgo; pero no a los de quien considerare las prendas que V. Mag.d ha metido ya, y q. ya es llegada la hora de affirmar de assiento en el seruicio de V. Mag.d o retirarme a un rincon a morir mi muerte natural (caudal último que me queda que escapar de la Persecucion) lexos del commercio y trato del Enojo q. me persigue. Bastante y patente causa para que Ant. Perez sea disculpado de llegar a esto.

A 18 de junio 1598.

Ant. Perez.

Biblioteca Nacional de España

(En la cubierta.) Antonio Perez, y rúbrica.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 9. Colección Morel Fatio, núm. X.

XVI.

Ex.mo Sr.

En las perdidas tan grandes, y tan lastimosas, como la que V. Ex.a ha hecho, no han de acudir Los que mucho aman, y deuen con otra consolacion, sino con ayudar a sentirlas, y llorarlas.

A esto huuiera yo ydo sino huuiera sabido del sentimiento de V. Ex.a ser tan grande, que excede a la obligacion q. tiene a no macerarse de manera, q. ponga en aventura su salud, y vida. Vida de tanta importancia para la criança de essos Angeles, para darles compañeros, porq. no dependa de tan pocos pinpollos la posteridad de tal renombre: para el bien público, para el beneficio de sus seruidores. Consideraciones todas, q. no pueden dexar de vencer a tan justo dolor sin offensas de Dios.

Embio a V. Ex.a esse libro de mis prisiones q. ha salido agora. En esta occasion le embio, como el músico, q. canta canciones al propósito del estado, y humor del oyente.

Ex.mo Sr. De V. Ex.a muy humilde serui.or— *Ant. Perez*.

(En la cubierta.) Al Ex.mo Sr. Condestable de Francia, mi Sr.

Biblioteca Nacional de España

XVII.

Ill.e Sr.

Supp.co a V. m. dé essa carta, y libro al S.r Condestable en la occasion que le paresciere mas a propósito, certificándole, que no ay en Francia persona a quien yo ceda en sentimiento, y dolor de sus dolores, y pérdidas. Esta es verdad del Alma, y yo no he ydo en persona a hazer este officio por no embaraçar ay en tal tristeza. Y pienso q. su Ex.a no atribuirá a otra causa el no auer acudido con mis lágrimas.

A V. m. le terné vn libro para quando en buen hora venga por acá, en demostracion de mi amor, y por lo q. veo q. ama la lengua española.

Serui.or de V. m.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Ill.e S.r el S.r Maridat, Secret.o del Condestable de Francia.

Estas dos cartas XVI y XVII aluden á la muerte de la mujer del Condestable Montmorency, que ocurrió repentinamente el año 1598. Sally trata del suceso en el capítulo XCI de sus Memorias ó *Royales Oeconomies*, y de lo mucho que daban que hablar las circunstancias. El vulgo suponía que el diablo se había llevado á esta señora, aventajada discípula suya en las artes mágicas. Dejó dos hijas: los ángeles *con tan pocos pimpollos* de la carta.

El libro de las prisiones *que ha salido agora*, ha de ser el de la edición hecha en París con el título de *Aphorismos de las Relaciones de Antonio*

Biblioteca Nacional de España

Pérez, Monstruum Fortunæ, que tiene en la portada viñeta de la divisa del laberinto cerrado, y el Minotauro, en 8.º menor, sin año, pero con dedicatoria al Rey Enrique IV, fecha en París á 24 de septiembre de 1598. Contiene el volumen las *Relaciones* y *Memoriales*, algunas cartas, y los dichos aforismos.

Hay otra edición, hecha después de su muerte, en que está cambiado el orden de las piezas correspondientes del libro. La portada reza *Retrato al vivo del natvral de la fortvna de Ant. Perez, Fama meliore, quam Fortuna.* Viñeta (una prisión subterránea llena de grillos, cadenas, candados). *En Rhodanvsia. Á costa de Ambrosio Trauersanis*, MDCXXV, 8.º

Ambas cartas XVI y XVII se hallan en la Colección Ochoa, pág. 481, números 79 y 80, corregidas de estilo; en la Colec. Morel Fatio con los números XI y XII, anotando en la primera que Louise de Budos, segunda mujer del Condestable, falleció en Chantilly el 26 de septiempre de 1598. Las cartas originales se hallan en el referido volumen de la Bibl. Nac., Fr., 3.652, folios 20 y 131.

XVIII.

Ex.mo Sr.

V. Ex.a es testigo de los meses que ha q. le di parte de lo q. contiene esse Memorial, y Mos de Frene lo es q. se la di de todo aquello. Desde que estoy en Francia, con auer tenido de su Mag.d mu-

Biblioteca Nacional de España

chas promessas de favores y mds. y sobre todas ellas las prendas por escripto que V. Ex.ª sabe, firmadas en Ruan de Mos de Villaroel por mandado de su Mag.d y con firma de V. Ex.ª ninguna cosa se me ha cumplido, ni ningun año ha passado en q. aya crescido mi Fortuna vn dedo (cosa S.r de gran consideracion á qualquier juizio humano), sino mengvado de dia en dia. Por el seruicio desse Rey, a quien amo, padesceré mucho mas q. esto, pero no interueniendo este, no quiero morir, q. no les queda a mis hijos ni a mi esperança en Dios sino la vida, para ver mas de lo q. he visto. Sup.co a V. Ex.ª pida a Su Mag.d me mande responder con breuedad a esse papel, y q. por su gran Piedad, y por la q. se deve a Peregrinos no permita que me sea differida la respuesta.

De V. Ex.ª sieruo.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Mem.al a Su M.d y al Sr. Condestable.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 68. Colección Morel Fatio, núm. XLVIII.

XIX.

Syre.—Ant. Perez dize, que los dias passados dió quenta a V. Mag.d de los auisos que tenia de España, y muchos antes la auia dado al Sr. Condestable, con lo demas que aquy dirá. Que apretándole cada dia mas las quexas de los suyos, y los disfauores y desconsuelos de aquí, sin ser de ningun seruicio a V. Mag.d, le es forzoso llegar a es-

Biblioteca Nacional de España

tos últimos tranzes, por no acabar la vida en este estado.

Dize pues que lo que los suyos le escriven, son muchas quexas de su mujer y hijos, *como su Mag. mismo lo ha tenido por auiso*, de su oluido dellos; de lo poco que veen de señal del fauor que tanto les he auisado y encarescido de su Mg.d Christi.ma

Dicen demas, Que siendo esto quanto a esta parte los deuo auer engañado en lo demas *de fauores y mercedes prometidas*, pues si tal fuera verdad, y mas por capitulacion y decretos tan en forma como los he auisado, era imposible, que sino por mi, por la auctoridad del mismo príncipe, no se hubieran cumplido en tantos años, siquiera por el exemplo y consequencia. Que en promesas de Príncipes, es de consideracion grande, fuera de lo que toca a su honrra escusar el escarmiento y desengaño de otros. Pero que auiendo dexado *llegar las cosas a tal punto sin hallarme prendado*, *dizen* este es el remate en que vienen a parar madre y hijos. Dizen, digo, no menos sino que no espere jamas ver ny muger ni hijos en Francia: Que aun para escreuirme mi muger pedia licencia, y aun no la tenia. Y que assy sobreste fundamento me resuelua syno quiero verlos ny gozarlos, ni que me vean de sus ojos, que me resuelua dizen, a que no me tengan ny por marido ny por padre, ny por honbre de entrañas humanas ni agradescidas a lo que han padescido por mi, y a que digan que el Ayre de Francia, y la dulce Francia, como allá suelen dezir, me han hechizado,

Biblioteca Nacional de España

como a Ulixes la otra Circe. Que si esto no es, y los amo, que salga de aquí para hacer la prueua de sy está en esto el encanto y misterio de vernos juntos, posponiendo no solo esperanzas passadas, pero effectos presentes y bienes de Fortuna, a la ley y obligacion natural, y que por el pan de la boca no los dexe hijos de Francés, si me tomare la muerte en vltima ruyna suya, por las mismas leyes del Reyno.

Que esto passa: Que agora diré yo a su Mag.d lo que se me offresce; a que sup.co me de el oydo attencto; para que mi demanda y justas consideraciones hallen lugar en el ánimo de su Mag.d y ceuen en la Piedad natural.

Que digo, Syre, que mi amor a su persona Real y seruicio es todo el que debo á la obligacion del amparo y seguro que he tenido debaxo de su protection, Que siempre le he deseado seruir, a lo menos valer para ello. Que por inutil no ha podido passar de desseo mi agradescimiento. Y que pues aqy biuo inutil para su Mag.d y este estado en que me hallo es de tanto daño para mis hijos tomándome en él la muerte, y con los disfauores y desconsuelos que padezco me podrá durar poco la vida, y a padres y a hijos no les queda sino mi vida para ver el fin de mi Fortuna. Me es fuerza de llegar a sup.car a su Mag.d como le sup.co muy humildemente, *me de licencia para irme a alguna cibdad neutral adonde prouar si está en esto el effecto de verme junto con mi muger y hijos.*

Que si su Mag.d quisiere que yo vaya y esté adonde pienso hazer la prueua que digo, debaxo

Biblioteca Nacional de España

de su protection y nombre, presto estoy a obedescer y a darle satisfaccion, assy en esto como en el disponer despues de mi persona, precediendo entonces para ello las prendas y demonstraciones q. meresce tal ofrescimiento y las que merescerá el cumplimiento del.—*Ant. Perez.*

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fols. 6 y 7. Colección Morel Fatio, núm. XIII.—Supone éste que la carta fué escrita después de firmada la paz de Vervins (quedando defraudadas las esperanzas de Pérez) y antes de poner en libertad á su mujer, lo que ocurrió á principios de abril de 1599.

XX.

Ill.e Sr.

El Sr. Condestable mandó al Sr. Gil de Mesa, que embiássemos a V. m. al Perfumador Portugués. Llámase Manuel Mendez: es muy Honrrado y singular en su arte. Si el S.r Condestable le quisiere ver, y q. le bese las manos, V. m. me haga md. de presentársele, y darnos El despacho de criado de su Ex.a

Pluguiesse a dios yo supiera alguna arte para tener luego título de su tal artífice. Pero soy tan inábil, q. no se ninguna Arte, sino amar, pero en esto pienso q. soy singular, y assy me quedará lugar en essa casa y título de sieruo de su Ex.a y de enamorado de Tal Señor, y de tan singular trato en fauorescer los q. se le encomiendan.

Biblioteca Nacional de España

Seru.or de V. m.—*Ant. Perez.*

(De letra ajena.) Maridat, Mars 1599.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 117. Colección Morel Fatio, núm. XIV.

XXI.

Ill.e S.r

Diga V. m. a mi S.r Condestable, q. acabo de tener cartas con auiso de Seuilla de xxiiij° del passado, q. dizen, que los flamencos fortifican en la Gran Canaria: (assy lo dixo ayer El príncipe de Oranges).

Iten q. auian compuéstose con las villas de mas de las islas a 10 mill y a 12 mill y a 20 mill escudos por villa porq. no las saqueasen, q. El saco de la Canaria mayor valdria 300 mill escudos.

Q. El Adelantado estaua En Cadiz con 40 galeras y 40 Galeones, y otro número de nauíos menores, y q. partia con todo a las Islas de Canaria, pero q. a primero de Agosto no eran partidas. De suerte que no deue de ser verdad auer venido a Estos mares, sino dissimulacion, para desmentir la yda a las Islas, el pedir puerto, y vituallas en los puertos de Francia.

Io q. tengo auiso a quien deuo por mi Señor, Cuyo soy sieruo, y de V. m. Serui.or—*Ant. Perez.*

A la tarde yré a besar las manos de su Ex.a por quedar consolado con su bendicion en su absencia.

(Sobrescrito.) Al Ill.e S.r mi S.r Maridat, Secret.o del Ex.mo Condestable.

Biblioteca Nacional de España

Trata de la expedición que hizo á Canarias el General holandés Peter Vander Does con 71 naves y 8.000 hombres, año 1599. Aunque efectivamente saquearon en algunas de las islas, embarcando hasta las campanas, no alcanzó la ganancia á costear la jornada, ni el daño que hicieron á compensar las pérdidas propias. Murieron de enfermedad el General, todos los capitanes, menos dos, y las tres cuartas partes de la gente; de modo que á duras penas volvieron los bajeles á Holanda. Así lo cuenta Palma Cayet.

El Adelantado: D. Martín de Padilla, Conde de Santa Gadea, Capitán general del mar Océano.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol 119. Colección Morel Fatio, núm. XV.

XXII.

Ex.mo Sr.—Por amor de Dios q. V. Ex.a me perdone. Mas pido, q. no diga a nadie mi atreuimiento, q. el es tal q. V. Ex.a le deue callar por su auctoridad.—Es S.r q. yo veo q. nunca trae V. Ex.a guantes de ambar, sino de los delgadillos de cabrito.—Prueue V. Ex.a le supp.co Essos, que yo hago aderezçar a *mi modo antiguo* (1), que tienen no se q. de Hidalgo, y con ser limpios conseruan bien las manos, y manos q. se emplean en El bien público, y en el de los q. se le encomiendan con tanta entereza, y limpieza, deuen

(1) Subrayado en la carta, y al margen de la frase dice: *Fuera vanidad, q. soy español.*

Biblioteca Nacional de España

ser estimadas, y conseruadas por muchos años de vida.

Assy sea amen, amen.

De V. Ex.ª sieruo.—*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Al Ex.mo S. El Condestable de Francia mi Señor. Octubre 1599.

Los guantes de piel de perro adobados con ámbar, de fabricación española, debían de ser por entonces artículo muy estimado: Antonio Pérez los ofrecía con encarecimiento, lo mismo en Inglaterra que en Francia, á los más altos personajes, como don estimable, y échase de ver cuánto lo era por la carta 145, parte II de la Colección Ochoa, en que avisa á su mujer el envío de dos docenas desde París, con encargo de distribuirlos, diciendo: que aunque pareciera cosa rara enviar de Francia á España guantes, lo hacía por haberlos fabricado bajo su dirección un guantero llamado Alexandre, tan acreditado ya, que era menester entrarle pidiendo *guantes de Antonio Pérez*. En otra carta habla de los ensayos que hizo primeramente para el adobo en ámbar de las pieles de perro, cuyas primicias dedicó al Condestable. Introdujo, pues, en Francia una nueva industria que era especial de nuestra Península.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 99. Colección Morel Fatio, núm. XVI.

Biblioteca Nacional de España

XXIII.

† Ex.mo S.r

A tanta merced, a tantas muestras de la gracia en q. biuo de V. Ex.a, que quiere que diga? Enmudeceré, y daré de aquellas voces, que los mudos dan con aquella ansia de no poderse explicar. Que quiere V. Ex.a que haga? A V. Ex.a acudiré, q. me redima desta obligacion. Pero no Señor. Que es para mí dulce seruidumbre. En essa quiero biuir, y morir captiuo. Diré pues q. V. Excelencia llueue todos essos fauores en possession suya, y q. es posseedor por derecho suyo, y justo de esta alma, y persona.

Señor, veo el fin q. han tenido todos aquellos conciertos; El que suelen tener conciertos humanos. Adonde vaya a dar todo esto, no es tan fácil de juzgar, como de temer. Plegue a dios no sean las cabeças de Hydra, q. de vna que se piensa cortar salgan siete.

Sup.co a V. Ex.a que entre estas y estas attienda a conseruar su salud por el bien público y particular. Que los Reyes no la pueden dar, aunque la puedan quitar con diffauores, jurisdiction que tienen en ánimos pequeños: que los grandes estómagos dixeren veneno como vianda ordinaria. Tambien sup.co por la vianda de mi vida, por alguna respiracion de su memoria de quando en

Biblioteca Nacional de España

quando. Que la respiracion de los absentes es la memoria de los q. aman.

A 16 de Ag.º

Sieruo de V. Ex.ª muy humilde.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Ex.mo S.r El Condestable de Francia mi señor, 1600.

Publicada en la Colec. Ochoa, pág. 495, con variantes y fecha 10 de noviembre de 1601.

La original, Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, folio 151. Colec. Morel Fatio, núm. XVII.

XXIV.

Ill.e S.r

No se me canse V. m. con mis importunidades. Fuy ayer a ver la presencia del Sr. Condestable, no le hallé; boluime, porq. ando con vn desconcierto de estómago. Por el mismo no voy hoy. Mañana, aunq. no quiera mi salud yré por biuir, y hoy tambien me tienen mis amigos occupado, que me han venido a ver. No quiero respuesta, sino que V. m. me ame y tenga por su serui.or—*Ant. Perez.*

(De mano ajena.) Maridat, Déc. 1601.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 129. Colección Morel Fatio, núm. XIX.

XXV.

Ilustre Sr.—Como ya soy Inutil para tratar en amores propios, trato de los agenos, q. sin vnos,

Biblioteca Nacional de España

o otros no se biuir, como las Putas, q. cuando no son de prouecho para sy, se hazen alcaguetas de otras, por vltimo entretenimiento.

Esta es la caussa porq. embio a V. m. essa carta, para q. se la lea al Sr. Condestable muy a solas, q. es del q. V. m. verá escripta sobre aquel fracaso de amores de Bearne con aquella dama, de los quales amores yo hazia memoria anoche a su Ex.ª, como inutil que no tiene q. tratar de cosas de mas substancia. Pero grandeza es de Grandes Señores entre perros de caça, sustentar otros inútiles, cual yo, pero Perro en la fidelidad, y aun en los colmillos, para morder en serui.º de su señor.

De V. m.—*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Al Ill.e Sr. de Maridat, Primer Secretario del Condestable de Francia, Déc. 1601.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 123. Tal carta no acredita en ninguno de los conceptos la delicadeza del que la escribía, y, sin embargo, el más grosero de ellos está repetido en las que dió al público. De la Colección Ochoa, la 122, parte II, dirigida *A un ministro del Rey, de los supremos*, dice: «Ya que no tengo colmillos, me entretengo en asegurar el gusto de mi amigo; paradero de malas mujeres, dar en alcahuetas cuando mas no pueden.»

La 98, parte II, *A un gentil hombre amigo*, anuncia: «Vino Madama... Con la ocasion (que vale mucho no perderlas) pude entrar por la rotura del guante. No mas: hola, tiento; que ya se

Biblioteca Nacional de España

iba a arrojar la malicia a su centro; que no hay ocasion, por segura que parezca para el mas, que no sea peligrosa; y no quiero mas pleitos por princesas. Convida a nuestra señoría a comer mañana: en su nombre se lo escribo.»

Otra, la 14, parte II, *A un gentil hombre veneciano*, expresa:

«Suplico á V. Sria. se esfuerce a estar bueno para mañana, que le iré a tomar en el coche, y pues V. Sria. me ha hecho alcahuete de su negocio, sufra que lo sea del gusto de nuestro amigo, que debe querer regalarnos en su casa, adonde entiendo que concurren algunas damas á lo mismo; a lo menos nos llevaremos la recreacion de la vista y sacaremos la boca dulce de las salutaciones desta tierra, que si en Italia y en España saludan con, *beso las manos*, de palabra, acá con beso la boca, de obra; y V. Sria. sentirá *qui vir sies*, y yo quizá me menearé en el sepulcro deste ruin pellejo, donde vivo sepultado, y por ruin que es, y la fortuna mia, no queria salir dél tan presto. De paso diré á V. Sria. lo que se me ha ofrescido a la consideracion, de la causa de este modo de salutaciones, y porque no se use entre los nuestros; y no hallo otras, sino que la frialdad destas provincias ha menester mas fuego que el ordinario para moverse, y que el calor de mi tierra y otras tales no lo sufriria; antes seria ocasion de mil incendios y desconciertos; a lo menos, de que a pocas salutaciones se hallasen las damas sin labios, como el perro de Alcibiades, y sin lengua los hombres, en venganza.»

Biblioteca Nacional de España

También repite en otras cartas los sustantivos que hoy parecen mal sonantes; al referir *A un Consejero de Estado* el cuento de la dama de Toledo (parte II, cartas 156 y 157), pone: «Llegó con ella hasta la puerta del jardin y despidiola con la puta vieja de la madre, que en todo este tiempo no hizo otro oficio que de estatua ó sombra de pintura de aquellas de Ticiano.» Pero la frase estaba, no sólo admitida por entonces, sino tenida por graciosa: díganlo los *Diálogos de Villalobos* y *El Quijote*. Respecto de la otra, bastará recordar el *Enigma del guarda-infante, ó sea del alcahuete en la Academia burlesca del Buen Retiro*.

XXVI.

† Ill.e S.r

Esta mañana fuy a ver al mi S.r El Condestable, no le pude hablar. Sup.co a V. m. me lo haga de saber si al leuantar a la mañana será buen hora, porq. tengo vn pecadillo q. confessarle, que confessores ay del Coraçon, como del Alma. Y no voy esta noche por no acostumbrar a tan ordinario regalo a mi estómago.

De V. m.—*Ant. Perez*.

(Sobrescrito.) Al Ill.e S.r mi S.r Maridat.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 146. Colección Morel Fatio, núm. LVII.

Biblioteca Nacional de España

XXVII.

† Ill.e S.r

Suplico a V. m. me auise si es verdad q. se va hoy El S.r Condestable, porq. me lo han dicho, y yo por mi catarro no he ydo estos dias a besarle las manos. Tambien supp.co a V. m. en mi nombre pida a su Ex.a vna gracia. Que pida de veras a Madama de Angulema q.e despache con todo fauor al aduogado M.r Guidemeau, q. me importa q. conozca q. le vale algo mi medio.

De V. m. muy seru.or—*Ant. Perez.*

A Mosieur.—Mosieur Maridat.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 144. Colección Morel Fatio, núm. LV.

XXVIII.

Exmo. Sr.—No escriuia yo a V. Ex.a para obligarle a respuesta, q. bien me conozco, sino para consolarme, y regalarme, de que biuo bien necesitado, y mas en absencia de V. Ex.a—Del amigo Lercazo he tenido auiso, aunq. viejo, pero aquella dama mia le queria oyr muy gratamente, de manera q. hallo memoria en absentes, y V. Excelencia no se escandalizará q. yo tenga alguna metresa, q. de la vida passada me quedó no saber biuir sin alguna.

A la vista lo demas.

De V. Ex.a Sieruo.—*Ant. Perez.*

Biblioteca Nacional de España

(En la cubierta.) Al Ex.mo S. mi S.r El Condestable.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 97. Colección Morel Fatio, núm. LI.

Aun á los vicios extendió la vanidad *el Peregrino*, aludiendo frecuentemente á los favores que tenía recibidos ó recibía de las damas. En las cartas con tanta fruición preparadas para la imprenta, no sentía empacho repitiendo, como en la presente, que ha hecho vida licenciosa. *Nunca me miró dama dos veces que no la siguiera y buscase*, dice á M. Gondi (Colec. Ochoa, parte I, carta 102), y con el pie en la sepultura, rayando en los setenta años, escribe todavía (idem, parte II, carta 122): «Doña Juana (su esposa) me ha enviado dos manguitos de ambar, encareciéndome ser de lo muy lindo, y adobados en su presencia. Enviamelos con condicion que yo use del uno en estos frios de Francia, y que el otro no le dé á dama del cuerpo, *temiéndose que aun me dura mi mala costumbre.*»

«Una dama y un Rey me lastimaron y perdieron» explica á una señora (idem, parte I, carta 69), hiriendo á la Princesa de Eboli no menos claramente que en la declaración de vivir en París al lado del hotel de Mendoza, *sin haber buscado tal posada por la vecindad del nombre* (idem, parte I, carta 138), ó en la ya citada (parte II, 98), *no quiero más pleitos por Princesas.*

Biblioteca Nacional de España

XXIX.

† Ill.e S.r

Sea la buelta del mi S.r El Condestable muy en buen hora. No voy al punto a besarle las manos, porq. me tiene trauado vna Tos de vn catarro terrible, y hoy hago vna medicina contra él. Entretanto presenteme en Spru V. m. á su Ex.a (cuyo medio me es gratismo). Y assy añado aquy, que sup.co a V. m. q. guarde, y de su mano me dé aquella carta q. le embié de los amores de Bearne, sin q. nadie, sepa della (1). Digo ni mi mano yzquierda, q. la derecha la embio; y Huelgo algunas vezes, *q. la vna no sepa lo q. la otra haze* (2), como dize nro. prouerbio. Sabe V. m. la causa? sino, yo se la diré, porque cada mano cae a su lado, y no sabe la vna, quién está al lado de la otra.

No se ria V. m. de mis deuaneos de viejo, y diga al S.r Condestable, q. si le paresciere q. caduco, q. me perdone su Prudencia.

Muy serui.or de V. m.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) A Mosieur.—Mosieur Maridat—En su mano.

(De otra letra.) Decemb. 1601.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 138. Colección Morel Fatio, núm. XXI. Vease la carta anterior núm. XXV.

(1) (Al margen.) Y aunq. si para gusto fuere menester allá, la dexaré.

(2) Subrayado.

Biblioteca Nacional de España

XXX.

Illt.e S.r

Sup.co a V. m. presente mi humilde reuerencia al señor Condestable, y le diga, que con su absencia se me va secando el alma, y q. si mucho tarda podré dezir lo de Job, *simane me quæsierit, non subsistam.* Que Roni me trata mal, q. el Rey manda q. no me mude mi pension, q. Roni no quiere. Que no entiendo y si lo entiendo. Que si me faltare el pan buscaré un amo aquien seruir en Francia. Q. esta licencia no me la negará el Rey. Y con esto no creo que me faltará alguno q. me reciba por criado, aunq. inútil, q. a fee que si agora le tuuiera, que yo le tomara.

Mas le diga V. m. q. diera por su oydo por vn quarto de hora para mi consuelo, vna gran cosa y para algo q. reyr. Que lo guardaré para la vista, que viandas ay q. fiambres se comen, y se conseruan con la pimienta. Esta la tiene.

V. m. me ame como a consieruo y a serui.or Suyo.—*Ant. Perez.*

A x de Março.

(Sobrescrito.) Al Ill.e S.r mi S.r Mos de Maridat, Primer Secretario del Condestable de Francia. (León.)

Esta tenia escripta y despues he querido regalarme con mi S.r

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol 121. Colección Morel Fatio, núm. LIV.

Biblioteca Nacional de España

XXXI.

† Ill.e S.r

Diga V. m. al mi S.r el Condestable, q. soy espía de sus venidas, y q. assy he sabido q. venia a comer aquy.

Lo q. ay de nuevo en su absencia, es, que anoche tuue cartas de auisos de Flandes, q. dizen que espera el Archiduq.e q. le embiaran 12 galeras y 4 mill soldados, con dos mill forzados para ellas.

Añade vna cosa el auiso, q. tambien 14 mill hombres, y El duq.e de Parma por Capitan General. Por esto lo auiso principalmente, Porq. si esto fuesse verdad creeria algo de passada en Italia del Rey de España.

Otros pecadillos y auisos tengo, q. diré yo a boca a Su Ex.a, q. por de poca substancia no cargo este papel.

He ay las 3 cartas.

Muy serui.or de V. m.—*Ant. Perez.*

Y no creo que se aurá oluidado V. m. de decir el quento del duque de Sessa, de quan alto tienen las damas de Palacio aquel negocio.

(En el sobrescrito, de mano ajena.) Maridat, Febvrier 1602.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 133. El cuento del Duque de Sessa está referido en la Colección Ochoa, carta dirigida á Francisco Lercano, parte II, núm. 48. Colec. Morel Fatio, número XXII.

Biblioteca Nacional de España

XXXII.

Ex.mo Sr.

Acabando de cenar me dió un lacayo de V. Ex.a su despacho, y auré de tornar a començar esta carta, pues no supe de la primera vez. Digo, pues, que acabándome con no cenar, ni comer, porq. no me sustenta este pan material, me llegó la carta de V. Ex.a, q.e es mi pan del alma, y del cuerpo por el consiguiente. De suerte q. V. Ex.a me sustenta absente, como presente. El no responderme V. Ex.a a lo de Mos de Bullon, sobre q. escriuí a Mos de Maridat, me es respuesta, porq. entiendo q. callando me otorga V. Ex.a su fauor, y obrando me responde.

De V. Ex.a sieruo.—*Ant. Perez.*

Sr., escríuenme de Ruan, q. el Adelantado de Castilla murió súbitamente en el puerto de Sta. María. Poco tiempo para cuentos largos.

(En el sobrescrito.) Al Condestable de Francia, mi S.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 61. Ocupado durante el día, y de bien temprano, en visitas y pretensiones, dedicaba parte de la noche á los trabajos literarios: dícelo con retruécano en otra carta (la 80, parte II, Colec. Ochoa), escribiendo á Manuel Don Lope que sus horas para escribir disparates á los amigos son las de sobrecena: «La causa, porque como no cómo cuando

Biblioteca Nacional de España

cómo, sino cuando cómo de la vianda del alma, que es tratar con los amigos, hácenme hastío todas las demas viandas.»

Colec. Morel Fatio, núm. XXIII. Anota que *Mos de Bullon* hace referencia á Henri de la Tour, Vizconde de Turenne, Duque de Bouillon, después de la muerte de su mujer, Carlota de la Marck.

Murió súbitamente el Adelantado de Castilla. Murió en el Puerto de Santa María el 20 de mayo de 1602. Según Garma, *Teatro universal de España*, tomo IV, pág. 73, le sobrevino un accidente, sin preceder otra indisposición. Mandáronle sangrar los médicos, y con la sangría se quedó muerto. Cabrera de Córdova noticia también la muerte en las *Relaciones*, pág. 143.

XXXIII.

Ill.e S.r

Aunq. no parezco por allá 3 dias ha (tres mill me parescen a mí), biuo, pero con vn catarro tal, q. no me dexa salir de la cámara. Sup.co a V. m. lo diga al S.r nro. El Condestable, porq. no piense q. soy muerto, q. de otra manera no faltara mi fee a su serui.o y amor.

De V. m.—*Ant. Perez*.

(Sobrescrito.) A Mos.r—Mosieur Maridat.

Octobre 1602.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 140. Colección Morel Fatio, núm. XXIV.

Biblioteca Nacional de España

XXXIV.

Ex.mo Sr.

Ay va el Papel, q. papel blanco valdria mas mio, q. escripto, porque mi pluma no sabe dezir sino disparates.

Los cueros de perro van tambien, y mire V. Ex.a que es medicina fiel, porq. es de Perro, y el Perro es la Hyeroglífica de la fidelidad, de que biue stéril el syglo: y por esso se ha de estimar El Perro serui.or q. se topare.

Perro de V. Ex.a—*A. Perez.*

Febvrier 1603.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 94. Abusaba Antonio Pérez del símil del perro, que sin duda le había caído en gracia. Tan repetida como en estas cartas íntimas se ve la *hieroglífica* de la fidelidad en las impresas de la Colec. Ochoa, suscribiéndose *perro desollado* de my lady Rich (parte I, carta 22); *perro y servidor* de Mad. Knolles (parte I, carta 24); *perro y peregrino*, *pero perro peregrino en la fidelidad* de M. de Villeroy (parte I, carta 54), y así de otros, no dejando de saber que el perro fiel lame la mano del amo que le castiga.

Consecuente en la alusión á lo canino, no habla menos en las cartas de dentelladas. «Los dientes, escribía al Duque de Espernón (parte II, carta 107), son para morder de venganza y para mor-

Biblioteca Nacional de España

der de amor.» En otra (parte II, carta 116) expresa que «un escribiente copiaba sus cartas para darlas a una dama aficionada a la lengua española. Cosa singular que dama se aficione a la lengua, siendo la parte del hombre que mas aborrescen ellas, así por ser el secreto, que ellas tanto aman, enemigo de la lengua, como porque obras buscan ellas y no palabras; quizá porque, segun dicen, *li fatti sonno maschi, le parole femine;* quizá de allí viene que la vez que cojen una lengua entre dientes, la muerden, como víbora rabiosa.»

XXXV.

† Señor.

Suplique V. m. en mi nombre al Sr. Condestable por vna carta de fauor suya en fauor de la persona, y en la sustancia de lo q. va en esta memoria, que es vn estudiante honrrado, y q. me le ha encomendado persona grave desta vniversidad.

Tambien diga V. m. al Sr. Condestable q. pienso ser allá vn dia desta semana, porq. he tenido cartas de España, y me instan mucho a q. llegue con breuedad a gozar de la permision q. su Mag.d me ha dado por su benignidad y real ánimo, y mas le diga V. m. q. si no hallare posada, le suplicare me mande dar vna camera en su casa de Fontanableau, q. quanto menor será meyor por el tiempo, y q.e cama yo me la terné.

Biblioteca Nacional de España

Nuestro S.r guarde a V. m., de paris a primero de nouiembre 1603.

De V. m.—*Ant. Perez*.

(Sobrescrito.) A Monsieur.—Monsieur Maridat, premier Segretaire de mons.r le Conestable.—A Fontainebleau.

Esta carta es de mano ajena.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 150. Colección Morel Fatio, núm. XXVI.

XXXVI.

Ex.mo Sr.

Como los enamorados, q. se entretienen en desgustos en absencia de lo q. aman, assy yo hallo alguna satisfaccion de ser mal tratado en absencia de V. Ex.a

A V. Ex.a dixo el Rey ay lo q. V. Ex.a me refirió. A Mr. Zamet, q. dixesse a Roni q. no me tocase en la consignacion de mi pension. A Mr. de Frene lo mismo. Al Sr. Gil de Mesa, dándole un papel mio sobrello, *yo lo quiero assy, yo lo mandaré*. A mí antenoche lo mismo. Y Roni no quiere. Y ha tres meses q. deuo el pan q. como. Pues más ha hecho el Sr. Gil de Mesa hoy, q. ha dicho a M.s de la Varena, q. si el Rey no quiere, q. hable claro, y no nos traigan engañados (victoria no grande para un gran Rey), y q. buscará Ant. Perez vn amo a quien seruir. Dixo que se lo diria al Rey. Por cierto, chico estómago tiene la Corona de Fran.a si tan pequeña partida embaraça.

Biblioteca Nacional de España

Venga V. Ex.ª y búsqueme un amo, si no meresciere yo seruir a V. Ex.ª y comer su pan como criado.

Pero quiera V. Ex.ª o no quiera, Sieruo suyo soy, y será.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Ex.mo Sr. El Condestable de Francia mi S.r

Febrier 1604.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 63. *Roni:* Maximiliano de Béthune, Señor ó Barón de Rosny, más adelante Duque de Sully, Ministro de Hacienda de Enrique IV.

Sebastián *Zamet*, ó Zametto, italiano, zapatero de Catalina de Médicis, por la protección de ésta y sus condiciones de intrigante, llegó á ser de los más ricos capitalistas de Francia, confidente de Enrique IV, á quien prestaba servicios de complacencia. Fabricó hotel magnífico, rue de Cérisaie, cerca del Arsenal; daba en él suntuosos banquetes.

M. de Frene, Felipe de Canaye, Señor de Fresnes, Embajador de Francia en Madrid por los años de 1589. Es probable que se relacionara entonces con Antonio Pérez.

Colec. Morel Fatio, núm. XVIII.

XXXVII.

Ex.mo Sr.

El S.r Manuel don Lope aurá dicho a V.ª Ex.ª mis auenturas, y pues es padre no se marauillará

Biblioteca Nacional de España

de que vna persona se auenture tanto por tales prendas, pero dexo esto agora y vengo al punto en que estoy. He llegado aquí muy malo, y quedo en la cama con gran calentura. Sup.co á su Mag.d lo que por esa carta. Si el Sr. Manuel don Lope no estuuiere ay, a V. Ex.a pido se la dé, y me alcance el tal fauor, y de qualquier manera, q. esté ó no esté, me fauoresca en él, y con breuedad, *que lo pide mi estado* (1).

De V. Ex.a muy humilde serui.or—Ant. Perez.

(Sobrescrito.) Al Ex.mo S.r mi Señor el Condestable de Francia.

Mars 1604.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 103. Colección Morel Fatio, núm. XXVII.

XXXVIII.

Syre.—Ya V. M.d ha sabido mis auenturas por relacion del Sr. Manuel don Lope. Auenturas a que necesitan Muger, y Hijos, y el Amor natural; y q. disculpan tambien. Yo he llegado aquy a Sandinis muy malo, y tal que quedo con gran calentura. Sup.co a V. M.d, a su natural Piedad digo, q. con ella lo quiero auer, me haga merced de mandar escriuir al Prior de esta Abbadía, que me recoja en ella para q. me cure, pues no estoy para passar casi de una casa a otra, ó para q. si muriese, tenga cerca la sepultura, y algun amigo al lado.

(1) Sólo las palabras de letra cursiva son de mano del que firma.

Biblioteca Nacional de España

Con esta Prueua, Syre, q. he hecho por mi muger y Hijos, auré cumplido con ellos, y con estas obligaciones generales, y Christianas, y si a pocas horas más que les daré de término, que no passarán de dos ó tres meses, para ver si me los quieren dar, con q. auré cumplido con todo, yo me resolueré a morir sieruo de V. M.d en sus Reynos, sin cansarme más por ellos, por los Hijos digo, ni dejarme engañar más.

Sieruo de V. M.d—*Ant. Perez.*

Por la breuedad sup.co a V. M.d

(En la cubierta.) Al Rey mi señor.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 2. Compréndese bien que *Sandinis*, á donde llegó muy malo, es *Saint Denis*. Colec. Morel Fatio, número XXVIII.

XXXIX.

M. don lope.

Que el estado en q. tiene sus cosas, no suffre palabras.

La calidad, valía, Amigos de M. d. l. Ho todos esto.

El conocimiento de lo de acá... de considerar estas dos partes para la resolucion.

Que es fuerça llegar al corte en esta cura, ó

Darle licencia que se acomode, ó

Atarle luego con lo prometido, y

Él se contentará con la mitad.

Biblioteca Nacional de España

Qual convenga más. Su Mag.d como Rey, pues este punto es del officio, lo entenderá mejor.

Que si manda dirá my poco juicio.

Que no le deje yr, q. le accomode de su mano y poder. Por el prouecho que podrá haber. Por escusar el que podrá causar allá. Por lo que se animarán otros con el exemplo. Pues ny sin exemplos, ny contra ellos no hay arte que obre cosa de prouecho. Por el juicio que harán de la prudencia.

Que no le engañen consejos de ánimos miserables y sin noticia de tales accidentes. Que vn hombre puede valer más que su pesso de oro.

Draques.

La Razon natural.

Que yo no valgo para dar consejo, por mi natural, inclinado a curar la enfermedad, no el gusto. Médicos q. no se estiman en pequeñas enfermedades, ny a los principios, y que en las grandes se buscan con corrimiento y las más veces sin prouecho.

Que la Razon de Estado nunca se midió a medida de ynterés, sino de conveniencia. Daño que corren Reyes que posseen dentro de vn cerco su grandeza. Con otro segundo, que tengan por Estado el dinero.

Contrario effecto obra en los Reyes que tienen varios Reinos, y de varias naciones, que tengan por *Estado* a los hombres y no el dinero; pues más Reynos se perdieron por falta de hombres que de dinero.

Que ningun Rio llegó a gran Grandeza por sí solo; arroyos auenidas, rios pequeños otros los hi-

Biblioteca Nacional de España

cieron grandes. Como pequeños, y a poderse vadear, aun el Danubio sangrándole, como dizen. Propio exemplo del crescer y menguar de los reynos, el natural de los rios.

Dixe vadear, porque la estimacion de los Reyes es el Fondo de los rios, y si la pierden los vadeará á pié enxuto cada qual.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol 115. Esta minuta de mano de Antonio Pérez, para memoria de lo que Manuel Don Lope había de razonar al Rey, está escrita en dos columnas y separados los párrafos por rayas de tinta que cortan toda la columna para darles más relieve é irlos tomando de memoria. El de *Draques* es significativo.

El símil del Danubio y el de los ríos que se vadean están aprovechados en la carta 134, parte II de la Colec. Ochoa.

Colec. Morel Fatio, núm. LIII.

XL.

† Ill.e S.r

Sup.co a V. m. diga al my señor El Condestable, que yo soy el q. hieren, y matan de los que salen en desafíos, pues me cuesta no poder llegarme a su vista, con los diablos de las querelas que llueuen. Y que si fuera vn Rodamonte, hiciera vn desafío campal con su cartel muy en forma, a todos los que auian de salir a desafíos para que no huuiesse mas querelas, o yo muriesse de vna vez.

Biblioteca Nacional de España

que aunq. estoy acostumbrado a morir muchas, Esta muerte la siento mas que todas las otras.

De V. m.—*Ant. Perez.*

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 146. Empezaban los desaires y los desprecios á amargar la vida del emigrado. Hay otra carta (la 36, parte I de la Colec. Ochoa), en que hace también fieros, contando que tiene á la cabecera dos espadas, una damasquina y otra escocesa, *que no se ciñe ya armas ordinarias.* No hay, sin embargo, constancia de que pusiera á prueba el temple; antes abundan otras de que era, más que de manos, suelto de lengua, *teniendo experiencia de cortar la pluma más que las espadas.* (Colec. Ochoa, parte I, carta 136.)

XLI.

Ex.mo S.r y mio.

V. Ex.a perdone el respecto deuido a la Grandeza, q. no ay enamorado, q. aunq. sea un Pastor, q. si se vee delante de su dama, sea quan gran señora quisiere, q. no salga de los Términos del respecto, y q. no le diga amores como a vn igual. Tal puede el amor, q. iguale lo baxo con lo mas Alto. Perdone pues V. Ex.a la entrada de la carta, con lo q. he dicho y conq. digo verdad del alma.

V. Ex.a mi señor, (q. allí me bueluo) me ha dado salud al ánimo, y al cuerpo con su visita, y

Biblioteca Nacional de España

carta q. me ha traydo este Gentil hombre suyo, para esperar llegar resuscitado, y biuo a su presencia, q. sabe Dios, q. lo desseo sobre todos los desseos de consuelo de Francia. El S.r Angelo Badrero podrá bien testificar desto, como él a mí de quan biuo halla en V. Ex.a su amor, y fauor, deuido a la passion con q. le he amado, y reuerenciado siempre, q. será el mismo mientras biuiere, como de V. Ex.a sieruo Fiel su *Ant. Perez*.

(Sobrescrito.) Al Ex.mo S.r el Condestable de Francia mi Señor.

Avril 1604.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 110. Colección Morel Fatio, núm. XXIX.—*Angelo Badrero*, Angelo Badoer, Embajador de Venecia en París.

XLII.

Ex.mo S.r

Hame hecho V. Ex.a gran regalo, (término de viejo solitario) con la merced de la carta para el obpo. de Bologna. Espero q. hará lo q. V. Excelencia le pide, sino es porq. ande el cielo estos meses retrógrado en todo lo que me conuiene, y desseo.

Desseo verme cerca de V. Ex.a para en algunos ratos entregarle este pecho, y depositarle en esse oydo, y Amor, como en Ærario de mi alma.

He hecho a Charles, lacayo de V. Ex.a q. él mismo lleue la carta al obpo. diciendo q. V. Ex-

Biblioteca Nacional de España

celencia se lo ha mandado, assy veré lo q. responde. Entre tanto hago estos renglones, porq. no suffre mi agradescimiento dilacion alguna en responder a tanta obligacion. Haga el obpo. lo que mandare, q. las obligaciones no dependen de los sucessos, sino del Amor de quien haze lo q. se le pide.

De V. Ex.ª Sieruo del Alma.—*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Al Ex.mo S.r mi señor El Condestable de Francia.

Sep. 1604.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 28. Colección Morel Fatio, núm. XXX. Duda éste si se trata del Obispo de Boulogne, Claude d'Ormy, ó del Obispo de Boloña, Alfonso Paleoti: á mi juicio se alude al primero y á la facultad que tendría de dar alojamiento gratuito en alguna abadía de su jurisdicción, acaso la de Saint Denis, donde Antonio Pérez quería refugiarse.

XLIII.

Ill.e S.r

Ya sé q. la gracia, como la limosna, viue del ánimo. Pero no hay nadie q. no mire con buenos ojos a la mano q. da lo q. le manda El coraçon. Assy yo, aunq. me proceda del fauor, y gracia del S.r Condestable la merced que su Excelencia me ha hecho en escribir lo que le supliqué al obpo. de Bologna, conozco q. Essa mano, que mueue la pluma q. escriuió la carta, me ha pues-

Biblioteca Nacional de España

to en oblig.on por esso doy a v. m. las gracias, digo por esta parte, y le pido q. me ame, como solia, q. yo el mismo soy, q. nunca me mudo, sino para mas amar. A Dios.

a vj de otubre 1604.

Serui.r de V. m.—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) A Mos.r—Mos.r Maridat Primer S.o de Mons.r El Condestable.

No sé lo qué responde el obpo. Si no es bueno, sup.co a V. m. procure se le apriete. Si lo es, me lo auise. Yo no he querido, por el respeto, abrir la carta, q. esto aprendí del trato con Reyes y príncipes.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 127. Colección Morel Fatio, núm. XXXI.

XLIV.

Ex.mo S.r

Sepa V. Ex.a q. despues q. El obpo. de Bologna respondió a V. Ex.a Me vino a ver con la mas extrauagante Consideracion sobre el alojarme en su casa, y por mi din.o, como suelen estar otros (esto es verdad) q. se puede imaginar, tal q. no la quiero fiar a pluma, yo la diré a V. Ex.a a boca.

Al fin de la plática, viendo q. yo no queria q. por respecto mio él padesciese ningun daño, dixo, que le embiasse allá vn hombre mio, q. veria de accomodarme. Hízole mostrar lo que bastaba para dezirme, q. no lo tomase. Con esto ha cessado aquella comodidad.

Biblioteca Nacional de España

V. Ex.ª me haga md. de mandar que se calle esto hasta q. yo le bese las manos. Sup.ºlo, y que a él no le hable mas en esto.

He buscado en otra casa de religiosos. He hallado en los Bernardinos un religioso q. es El Prouisor de la casa, El principal de la casa, Vassallo de V. Ex.ª natural de Memorancy. Ha offrescido de acomodarme muy bien allí.

Sup.ºo a V. Ex.ª le escriua luego, q. lo haga, y q. V. Ex.ª será seruido en ello, por ser yo mas suyo q. los nacidos en Memorancy, ni en Chantilly, que aunq. esté lexos, mas q. san Martin, yo lo haré cerca con mi carroça, la mas linda de la corte, porq. me ha embiado mi muger vna joya.

Pero, ola, Señor, q. la carroça es mejor q. la primera, y sé q. a V. Ex.ª le contentará la hechura.

Y perdon pido a Essa Grandeza q. le escriua tales baxezas. El Amor es la causa, q. es atreuido.

De V. Ex.ª sieruo.—*Ant. Perez.*

A xj de Octubre.

(En la cubierta.) Al Ex.mo Sr. mi señor Condestable de Francia.

Septiembre 1604.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 22. Colección Morel Fatio, núm. XXXII.

XLV.

Mi S.r Maridat.—V. m. me la haga q. solo su Ex.ª vea essa carta por la primera parte. Tambien q. con la mayor breuedad posible embie la

Biblioteca Nacional de España

carta q. pido para el Prouisor de los Bernardinos, vassallo de su Ex.ª, conforme a lo q. pido en mi carta.

De V. m. muy serui.or—*Ant. Perez.*

Embíeme V. m., le sup.co El sobrescripto en blanco, a lo menos q. se pueda poner acá su nombre propio del Prouisor.

(Sobrescrito.) A Mos.r—Mos.r Maridat, S.o Primero del Condestable de Francia.

El Conserge del S.r Condestable se encarga deste despacho. Sup.co a V. m. me embie por alguno la respuesta porq. venga presto.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 142. Colección Morel Fatio, núm. XXXIII.

XLVI.

Ex.mo Sr.

Ya comiençq a gozar de provechos de mi casa nueua, q. Estando anoche a la ventana passó vn criado de V. Ex.ª por aquí, y vn lacayo suyo. Al lacayo rogué q. boluiese. Doile estos renglones para dezirle lo dicho. Y más, q. a vno q. ama no ay nada lexos, pero q. se regala en acercarse quanto más, más.

De Fran.co Lercaço tengo algo.

A la vista todo, y El alma q. dentro, y fuera es de V.ª Ex.ª—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Ex.mo Sr. Condestable de Francia, mi S.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 90. Colección Morel Fatio, núm. L.

Biblioteca Nacional de España

XLVII.

Ex.mo Sr.

Supp.co a V. Ex.a se acuerde de pensar un poco en si seria bien hazer algun officio en las cosas mias y de mi Hijo, q. penden en Roma, con el nuevo Papa, tan afficionado a esta Mag.d, del tiempo q. fué aquy Legado, y tan obligado agora en su Eleccion.

O sy será bien no mouer agora nada hasta ver que viene de mi muger, q. en tantas esperanzas me entretiene, pues aún no está tan cerca la partida de Mos de Neuers.

Embio a V. Ex.a vnos guantes de Perro, mucho más delgados, y más anchos, q. los q. le lleué la otra noche. Y crea V. Ex.a q. de mi sangre y pellejo haria yo medicina para su salud. Pero el pellejo está muy arrugado de viejo, y de desnudo de carne, y es grossero como su dueño: y la sangre tostada de la Melancholía de mi fortuna. Condiciones no a propósito para esa indisposicion.

Señor, Señor, si mis señoras la Condesa de Ubernia, y duquesa de Ventador auisasen a V. Ex.a q.e les he embiado de aquellos guantecillos, y q. a Madama la Condesa he escripto vn papel con ellos, lleno de Amores, séanme ellos mismos testigos q. no son sino amores del Alma, q. merescen premio, no castigo.

De V. Ex.a sieruo y Boticario.—*Ant. Perez.*

A v de Mayo. 1605.

(Sobrescrito.) Al Condestable de Francia, mi señor.

Biblioteca Nacional de España

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 66. La Condesa *de Ubernia* y la Duquesa *de Ventador*, hijas del Condestable; *los ángeles de pocos pimpollos* de la carta XVI. El papel lleno de amores es la 8, parte II, Colec. Ochoa.

Boticario es otra de las palabras de que sacó partido Antonio Pérez en el tiempo en que se dedicó á rectificar áloes, adobar con ámbar, hacer pastillas, polvos y aguas de olor: si los boticarios de París lo supiesen (dice, parte II, carta 117), se conjurarían contra él, por usurpador del oficio. Por servir á Mad. Andraga, se había hecho boticario (parte II, carta 76); boticario se había hecho por servir á un veneciano, *siendo oficio que si la fortuna le apretara más, no ejercería aunque le faltase pan; tan enemigo era de misturas y composturas, que él era real en todo, ó sea natural* (parte I, carta 116).

Parece deducirse de los ensayos y agasajos á que los destinaba, que la industria de perfumería, como la de los guantes, estaba por entonces más adelantada en España que en Francia, viniendo en cierto modo á acreditarlo un despacho del Rey Felipe III al Embajador D. Baltasar de Zúñiga en el año 1604, recomendándole cuide mucho de que no se abran en la frontera dos baúles *con cosas de olor* que envía á la Infanta su hermana (Arch. Nat. de París, *Papiers de Simancas*, *K*-1.451, *A*-58, pág. 112).

Esta carta XLVII tiene en la Colec. Morel Fatio el núm. XXXV, y anota el colector que el nuevo Papa de referencia era León XI, elegido el 1.º

Biblioteca Nacional de España

de abril de 1605, muerto el 27 del mismo mes. Las damas, Carlota de Montmorenci, mujer de Carlos de Valois, Conde de Auvergne, y Margarita de Montmorenci, casada con Anne de Lévis, Duque de Ventadour.

XLVIII.

Ex.mo Sr.

No se puede ya sufrir tanto silencio, que me quedaré hecho vna statua, quando no me cate, pues la memoria de V. Ex.a me sustenta biuo. Escriuí a V. Ex.a los otros dias con vn Gentilhombre suyo. Que aya llegado a sus manos mi papel, me basta, pues en el no responderme hallaré beneficio, como en el responderme. Tal fuerza tiene, y hace el Amor entero: Que el q. ama halle conueniencia y beneficio en lo q. su Señor haze, sea lo q. fuere.

M.r Le Mestre de V. Ex.a me ha venido a ver antes de su partida para V. Ex.a Ha sido para mí gran consolacion ver q. me tengan sus criados de V. Ex.a por tan sieruo suyo, q. me visiten como a tal. Tal, cierto, soy: y me honrro, y honrraré dello; y para despues de muerto lo dexará testificado mi pluma, como lo ha començado a hazer, sabiendo ella q. satisfaze y descarga en ello a su dueño.

No le desagradará a V. Ex.a este reconoscimiento, pues es el q. más agrada a Dios. Y los Dioses de la Tierra, los Príncipes y Grandes, digo, deuen imitarle en esto.

Biblioteca Nacional de España

Grandes llamo no solo en el grado, sino en el ánimo, que estos tales son los verdaderos Grandes. Que de Príncipes, Grandes, Señor, se han visto, aunq. no los deue de auer agora (no sé si me engaño), q. toda su grandeza de Reinos, y poderío, no los pudo hazer, ny aun parescer grandes. Tal poder tiene el natural de vn Hombre, q. contraste, que resista, q. vença a todas las obligaciones de ser grande en sus acciones, y q. ni aquellas, ni los medios de q. la fortuna los enrriquezió para honrrarse, y hazerse gloriosos, ayan bastado a obrar tal effecto en ellos, como ni la falta de nascimiento, ny de fortuna, ni de grados, ni de possibilidad en otros, para q. no sean honrrosos, y parezcan grandes. Esso nos puede señalar tambien aquel aparescerse dios en la zarza, para q. no tuuiessen los pequeños por desconfiados de tal Huesped; para q. por el consiguiente tambien, y mejor creamos, q. el ánimo, descendencia de dios, puede ser Grande en el chico como en el Grande.

Señor, perdon de tales disparates, que la Melancholía nunca concibió ni parió otro parto; y ninguna mayor q. la q. engendra a vn enamorado la absencia de su amado.

Perdon tambien a estos amores, que en los Cantares nos los enseñó dios. y pues él se requiebra con su alma, y quiere q. su alma se requiebre con él con tan suaues y tiernos amores, y requiebros como aquellos, no le harán hastío a V. Excelencia estos mis amores, pues son del Alma, y salen de lo mas profundo della. Y si V. Ex.ª viesse vn papel largo que tengo debaxo de mi tape-

Biblioteca Nacional de España

te, adonde me pongo a melancolizar, y a hablar con mis Señores, y amigos en su absencia, veria ally su nombre, y como por dias y horas voy apuntando el curso de lo que se offresce. A los ojos se lo mostraré al portador desta. V. Ex.ª venga, y lo verá, y oyrá vna confission general. Pero lo q. hace al caso, venga V. Ex.ª a resuscitar a los suyos: Buelua al cuerpo del bien público, porque biue, como sin alma, sin V. Ex.ª No soy yo solo el q. lo digo, q. personas graues, que biuen lexos de la inuidia, y de aquel barrio del infierno, lo gimen, lo braman, me preguntan de su venida.

Es verdad, Señor, q. alguna absencia suele aprouechar, para mas conoscimiento del valor de vno, para toque de los amigos, para prueua de los no tales: al tono de lo q. dizen, q. la Mala fortuna descubre los amigos y la Buena encubre enemigos: y la Absencia obra algunas vezes algo de lo q. digo: Pero, señor, no tanta Absencia, q. se hará cargo de Consciencia.

Dios trayga a V. Ex.ª con bien, como se lo dessea su sieruo.—*Ant. Perez.*

A iiij de Sept.e

(En la cubierta.) Al Ex.mo Sr. El Condestable de Francia mi Señor.

Señor.

Es carta para rato ocioso, q. no contiene sino consuelo mio.

Octobre 1605.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 25. Publicada en la Colec. Ochoa, pág. 508, muy variada en

Biblioteca Nacional de España

estilo y sin fecha; en la de Morel Fatio, número XXXVI.

XLIX.

Ex.mo S.r

Mos de Fosussa me haze md. de lleuar estos renglones. Señor de que V. Ex.a biua con la salud que se nos quenta, biuimos los suyos, como con el Alma propia. Yo como vno dellos y de los mas suyos rebiuiré con tales nueuas, de una gran enfermedad en q. cay en partiéndose V. Excelencia, qual dirá el Portador desta. Que si dizen que vn Hombre es a otro dios, *Homo homini deus*, bien podré yo dezir, q. es el alma de mi persona, y vida la salud y gracia de quien yo sobre todos estimo y amo. Este es V. Ex.a y

Su sieruo muy humilde.—*Ant. Perez.*

a jx de Octubre.

Sup.co a V. Ex.a lo q. dirá Mos de Fosusa. es vna carta para el Gran Maestre de Malta. Por memoria seruirá la copia de la del Rey q. a mi intercesion ha dado. Pero sup.co por la breuedad, y a M.r Maridat, El Cuydado.

(Sobrescrito.) Al Condestable de Francia mi Señor.

Octobre 1606.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 104. Colección Morel Fatio, núm. XXXVII. *Mos de Fosussa*, Pedro II de Montmorency, Marqués de Thury, Barón de Tosseux.

Biblioteca Nacional de España

L.

† Ill.e S.r

No sean las mançanas de Tántalo, Tener aquy a mi S.r El Condestable, y no alcanzar vn bocado. Pero ya me dixo ayer por vn Gentilhombre suyo, que las noches podria yr a beuer como solia. Y sábeme su Ex.a la necessidad, porq. muero de sed dessa beuida de su presencia, y me huelgo, q. me trate como a Murciégalo, de mas q. mi dia, y sol, es la vista de quien amo, q. el Amor es como Carbunco, q. se haze luz en lo obscuro.

Tengo pecados q. confesar, tambien, y para pecados, y pecadores son las noches.

No sé si el concurso de gentes me dexará comenzar Esta noche. Con todo esso aportaré allá a la tarde y entretanto me regalo con V. m. Como el Mercurio de mi Júpiter, q. para esto escriuo esto, y no para obligar a V. m. a respuesta.

Serui.or de V. m. mucho.—*Ant. Perez.*

No es burla, q. como enamorado me he vestido hoy galan, del contento de tener aquy a mi Mæcenas: q. no ama el alma, q. no lo descubre de fuera. Respecto, no Amores.

(En el sobrescrito.) Al Ill.e s.r el S.r de Maridat, Primer Secretario del Condestable de Francia.

(De mano ajena.) Nov. (la cifra es dudosa: parece 1601 ó 1607).

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 123. Está

Biblioteca Nacional de España

publicada en la Colec. Ochoa, con varias correcciones y sin la postdata, pág. 509. En la de Morel Fatio, núm. XXXVII duplicado.

LI.

Ex.mo S.r

No se marauillará V. Ex.a de q. no aya respondido á su carta en respuesta de la merced que por mia yo habia sup.do a V. Ex.a por el Sr. Julio César, si considerase q. los muertos ni escriuen ni hablan. Tal he estado tres meses há. Agora que comienço a mouerme quise occupar todo el aliento q. he cobrado en esta mano, para q. diga esto, y quanto me animó su carta de V. Ex.a, q. sin duda aquellos fauores me han conseruado y retenido, hasta q. estos ojos bueluan a ver a V. Excelencia.

Por la m.d q. V. Ex.a me haze en lo de M.r Julio César beso mill vezes las manos, pluguiera a Dios hubiera llegado, q. me he hallado solo, y agora en la conualescencia mucho mas.

Si V. Ex.a no huuiese de venir tan presto, como lo temo, y conueniendo a la salud de V. Excelencia no dejar essos ayres, lo tomaré en paciencia, que no será poco forzar mi consuelo a ello. Sup.co a V. Ex.a mande sea despachado quanto mas presto.

Mill mudanças aurá entendido V. Ex.a de España por allá, pues acá han llegado con muchas particularidades, que ponen espanto aun a los que

Biblioteca Nacional de España

conoscen las mudanças de Cortes de Príncipes, y de sus rebueltas quando mas dormidos paresce q. Están. No es para papel dezir mas sobresto.

Al Sr. Zamet dí las saludes de parte de V. Excelencia; de mí no sé nada sino q. de cualquier manera con la llegada de don Baltasar de Çúñiga, o buelta por mejor dezir, espero alguna resolucion, y por lo menos desengaño, y este el término q. he puesto a este encanto, como lo escriuí ayer al Rey Christir.mo, como q. me echaré a biuir y morir sin mas padescer los tormentos de Esperança humana q. aunque las conozco, y sus engaños, he tenido por obligacion hacer esta última prueua, porque vea el mundo q. no quedó por bizarría ni falta de todas justificaciones en quanto en mí ha sido. Y con esto entregaré á Dios el juicio último.

El Guarde la Ex.ª persona de V. Ex.ª como yo deseo. De París á 26 de Abril, 1607.

De V. Ex.ª Sieruo perpetuo.—*Ant. Perez.*

(En la cubierta.) Al Ex.mo Sr. El Condestable, mi Señor.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 11. Colección Morel Fatio, núm. XXXIX. Las mudanzas de España que ponen espanto, aluden á los escritos que circularon contra la corrupción del Gobierno y de la corte, dirigidos singularmente á la censura del tráfico que hacían Pedro Franqueza y Rodrigo Calderón, hechuras del de Lerma.

Biblioteca Nacional de España

LII.

Ex.mo S.r

Dios guarde a V. Ex.a muchos años, q. tal consuelo me ha dado con su carta de iij deste uiéndole acercársenos, conq. nos alcançará mejor a los suyos el ayre fresco de su fauor, y gracia. Que si el cuerpo se refresca, y recrea en estos soles y calores con el fresco del Ayre elementar, las Almas en el calor, y estío de sus afflictiones, y en la confusion de no saber ya que hazerse, rebiuen con la communicacion de sus Protectores, Ayre y respiracion verdadera, mas delicado, y suave para las almas, q. essotro commun para los cuerpos.

Ea pues, señor, porq. yo no pueda dizir lo q. la Magdalena a su señor, y nro. *domine si fuisses hic, frater meus non fuisset mortus:* Porque anda muy apretado, y cerca de la Huessa su Sieruo de V. Ex.a—*Ant. Perez.*

Lunes a iiij de Agosto 1608.

(Sobrescrito.) Al Ex.mo Sr. El Condestable de Francia mi S.r

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 106. Colección Morel Fatio, núm. XL.

LIII.

Ex.mo S.r

La causa deste papel es sup.ar a V. Ex.a q. escriua vna carta a Mos de Souray Gouernador de Mos.r El Delphin en fauor de esse criado mio, q. se ha visto en presencia de V. E.a algunas ve-

Biblioteca Nacional de España

zes. Téngole obligacion del tiempo de mis grandes enfermedades, en q. me siruió con mucho cuydado, y trabajo. Desde entonces le offrescí el fauor de V. Ex.ª para cuando se pusiese la casa a M.r el Delphin. Llega hoy su Al.ª aquí y dízeme q. luego se le pone casa. Sup.co a V. Ex.ª le mande escriuir una carta tal q. él entienda q. no es cumplimiento sino cosa en q. V. Ex.ª reciuirá seruicio, como por cosa propia, que le accomode en seru.º de su Al.ª en off.º qual le parescerá apropósito.

Esto sup.co a V. Ex.ª como quien le es Sieruo del alma.—*Ant. Perez.*

Diciembre 1608.

(Sobrescrito.) Al Condestable de Francia mi señor.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652. Colec. Morel Fatio, núm. XLI. *Mos de Souray*, Gilles de Souvré, Marqués de Courtenvaux.

LIV.

Sacro ac Ills.mo Priuato Consilio.

Ant. Perez.

Cum ex infirmitate jaceam in lecto, nec possim hac de caussa personaliter comparere ante vos Ills.mi viri ausus sum hæc verba ad vos mittere, preter sententiam vnius ex grauioribus causidicis totius curiæ Parisiensis ne mutus Judicer. Scilicet debere ante poni sacro isti priuato consilio in re-

Biblioteca Nacional de España

uocatione legum Galliæ quam continent litteræ Regis in fauorem de Piraneau, reuocari etiam gratiam factam peregrino viuenti sub custodia, & protectione christianiss. Mag.tes Sciente tota Europa. Semper que fuisse habitam in summo pretio dignitatem regiam in promissis prestandis, saltem satisfaciendis quando aliquid forte contra leges promisserunt.

Quanto magis in gratia contra leges reuocanda? Illud etiam me nolle litigare, consulto tamen prius rege a sacro suo consilio, si adhuc intercedat vltima & absoluta illius voluntas, sed ei cedere & que liberaliter mihi concessit liberaliter illi redere. Sed humiliter peto, vt hec mea berba referantur regi, sicut ille alter, qui prouocauit a Cesare dormiente ad Cesarem non dormientem: a Rege non bene informato ad Regem bene informatum. Credibile est enim tantum Regem rationem, Justitiam, suamque authoritatem anteposituram voluntati propie, nedum a liene.

Ant. Perez.

(En la cubierta.) Sacro ac Ills.mo Consilio.

Ant. Perez.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 18. Colección Morel Fatio, núm. XLV.

LV.

Ex.mo S.r

Sea V. Ex.a muy bien venido, y Sant Elmo para mí como lo ha sido siempre, El q. se aparesce

Biblioteca Nacional de España

a los nauegantes en las tormentas. El portador desta dirá a V. Ex.ª el estado en q. estoy. Yo diré aquí q. Esperando de dia en dia la venida de V. Ex.ª y llegada a Fontanableo, tiene allá algunos dias há vn despacho mio para V. Ex.ª el señor Gil de Mesa. El dará quenta de los señores q. han tomado a cargo fauorescerme con su Magestad o pedirle licencia q. Ellos me ayuden. Pero con la fuerça de la presencia de V. Ex.ª espero yo El buen effecto. Tambien tiene a cargo el Sr. Gil de Mesa de sup.car a V. Ex.ª por su fauor para esse criado mio, q. ya q. no le puedo pagar el buen serui.º q. le deuo sino por medio del fauor de V. Ex.ª, no puedo dexar de tornar vna y otra vez é importunarle q. le fauorezca para que alcance algun lugar, y comodidad en la casa de M.r el delphin. Esto sup.co yo a V. Ex.ª cuyo sieruo, y muy Humilde es—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) Al Condestable de Francia mi señor.

Juing 1609.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 96. Colección Morel Fatio, núm. XLII.

LVI.

Mos.r El q. ésta ha dado a V. S. (Pierres mi criado) bien conoscido en essa casa, me ha dicho el fauor q. ha hallado en V. S. y q. vltimamente le aconsejó q. acudiesse a essa Real casa despues de llegada su Ex.ª a ella, El va, V. S. le fauorez-

Biblioteca Nacional de España

ca con nro. S.r El Condestable en su deseo, en mi nombre, y con el amor q. siempre ha mostrado a Su serui.or—*Ant. Perez.*

(Sobrescrito.) A Mos.r—Mos.r Castillon, Primer S.o del Condestable mi Sr.

(De mano ajena.) Juillet 1609.

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol 136. Colección Morel Fatio, núm. XLIII.

LVII.

Ex.mo Sr.

Yo he embiado a mi Hijo a hablar a Mos de Villarroel y hale respondido con mucho fauor, y gracia, Que esta mañana habló al Rey, y q. le respondió, que era necessario, que V. Ex.a, y él (mos de Villarroel) se hallassen con su Mag.d juntos para resoluer esto: como su Mag.d lo auia dicho a V. Ex.a

Mas dize Mos de Villarroel, q. él hablaria a V. Ex.a, y le daria quenta desto, para q. se concluyesse ya este negocio, y, Señor, pues su Magestad tiene tan en la memoria, lo q. concertó con V. Ex.a *(Vos mon compere, y Mos de Villarroel, y mue resolueremos esto)*, señal es que V. Ex.a y su fauor le tiene tan bien dispuesto, que ha obrado este respecto a V. Ex.a demas de su dignidad y auctoridad.

Resta, Señor, agora, q. V. Ex.a acabe de su mano con Mos de Villarroel este milagro, que mi

Biblioteca Nacional de España

corta ventura es tal, que milagro es menester para resolucion q. aya de ser en mi fauor.

Y porq. yo creo, q. mi hijo no deue de auerse dado a entender a V. Ex.ª con la verguença q. ha conoscido en my de llegar a tal atreuimiento, como a pedir pan a V. Ex.ª sobre tanto fauor, y fauores, como le deuo. Supp.co a V. Ex.ª q. me socorra con alguna limosna de su liberalidad y Piedad natural, para esperar esta resolucion de su Magestad.

De V. Ex.ª sieruo.—*Ant. Perez.*

(Sin sobrescrito.)

Bibl. Nac. de París, Fr., 3.652, fol. 30. Efectivamente usaba Enrique IV con el Condestable del calificativo de *Compadre* aun en documentos oficiales. La forma en que Antonio Pérez reproduce la frase del Rey y la alteración de los apellidos que cita en las cartas, no indican que hiciera progresos en el conocimiento de la lengua francesa.

Colec. Morel Fatio, núm. XXXIV. Estima, de acuerdo con M. Mignet, que fué escrita esta carta después del regreso de Antonio Pérez de Inglaterra, probablemente en 1605. Pues que dice el texto haber hablado *su hijo* el mismo día con Villarroel, como se sabe la fecha en que Gonzalo Pérez tuvo licencia para dirigirse á Roma, pasando por París, hay que atenerse á este dato y ponerla en 1609.

Biblioteca Nacional de España

LVIII.

Nous domp Anthonio Perez confessons auoir receu comptant de M.r Raymon Phelypeaux, con.er du Roy en son Conseil d'estat et tresorier de son espargne, *la Somme de trois mil six cens liures* a nous ordonnee par ledit S.r pour la pention qu'il plaist a sa m.té nous donner durant la presente année. De laquelle somme de III.m VI.c l. nous nous tenons content et bien payé et en quictons ledit S.r Phelypeaux, tresorier de l'espargne de nostre main, le dernier jour de decembre mil six cens neuf.—*Ant. Perez.*

Bibl. Nac. de París, *Cabinet des titres, Pièces originales, Dossier Perez*. Morel Fatio, Colección, pág. 297.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

Páginas.

El desastre de los Gelves..... 1

Apéndice I —Relación de la jornada que hicieron á Trípol de Berbería las armadas católicas, años 1560 y 61..... 67

Relación breve y verdadera de la jornada de los Gelves, desde el día que arribó el armada turquesca hasta quel fuerte fué tomado por los turcos, sacada de italiano en español. 163

Apéndice II.—Carta de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Celi, fecha en Mesina á 7 de enero de 1564, remitiendo al Dr. Páez, Cronista de S. M., la relación que D. Álvaro de Sande había dado á S. M. acerca de la jornada de Berbería, con anotaciones suyas..... 199

Epigrama dedicado á Juan Andrea Doria..... 245

Antonio Pérez en Inglaterra y Francia..... 249

Documentos..... 381

Los papeles y cartas que truxo Miguel Igun sobre cosas de Francia..... 383

Cartas de Antonio Pérez..... 387

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
9 *de diciembre*
del año de
1890.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ALARCÓN (D. P. A. de). Obras: diez y seis tomos, 55 pesetas.
BALAGUER (D. Victor). *Las ruinas de Poblet*: un tomo, 4 pesetas.
BELLO (D. Andrés). *Poesías*. (Agotada la edición ordinaria, hay ejemplares de 6 pts. en adelante.)—*Derecho internacional:* dos tomos, 8 pts. —*Tratados gramaticales:* tomo I, 4 pesetas.
BYRON. *Poemas dramáticos*, traducidos en verso por D. J. Alcalá Galiano: un tomo, 4 pesetas.
CALVETE DE ESTRELLA. *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca:* dos tomos, 10 pesetas.
CÁNOVAS DEL CASTILLO (D. Antonio). *El Solitario y su tiempo:* dos tomos, 8 pesetas.—*Problemas contemporáneos*: dos tomos, 10 pesetas.—*Artes y Letras:* un tomo, 5 pesetas.—*Obras poéticas:* un tomo, 4 pesetas.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* dos tomos, 10 pesetas.
CAÑETE (D. Manuel). *Escritores españoles é hispano-americanos:* tomo I, 4 pesetas.—*Teatro español del siglo XVI:* tomo I, 4 pesetas.
CARO (D. José Eusebio).—*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
CASTELLANOS (Juan). *Historia del nuevo reino de Granada:* dos tomos, 10 pts.
CATALINA (D. Severo). *Obras.*—Tomo I, *La Mujer:* 4 pesetas.
ESTÉBANEZ CALDERÓN (D. Serafín: El Solitario). *Escenas andaluzas:* un tomo, 4 pesetas.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* dos tomos, 8 pts. —*Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
FERNÁNDEZ DURO (D. Cesáreo). *Estudios históricos del reinado de Felipe II*: un tomo, 5 pesetas.
FUENTE (D. Vicente de la). *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tres series, 13 pesetas.
GÓMEZ MANRIQUE. *Cancionero:* dos tomos, 8 pesetas.
GUILLÉN ROBLES. *Leyendas moriscas:* tres tomos, 12 pesetas.
HARTZENBUSCH. *Obras.*—Tomo I, *Poesías:* 5 pts.—Tomo II, *Fábulas:* 5 pts. —Tomo III: *Teatro*, I, 5 pesetas.—Tomo IV: *Teatro*, II, 5 pesetas.
LEONARDO DE ARGENSOLA (Lupercio y Bartolomé).—*Obras sueltas:* dos tomos, 10 pesetas.
LÓPEZ DE AYALA (D. Adelardo).—Obras completas.—Siete tomos, 29 pts.
MENÉNDEZ Y PELAYO (D. Marcelino).—*Odas, epístolas y tragedias:* un tomo, 4 pts.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomos I, II, III y IV (7 vols.), 32 pts. (Agotada la edición ordinaria del primer tomo, hay ejemplares de 6 pts. en adelante.)—*Estudios de crítica literaria:* un tomo, 4 pts.—*Calderón y su teatro:* un tomo, 4 pts.—*Horacio en España, solaces bibliográficos:* dos tomos, 10 pts.—*La ciencia española:* tres tomos, 14 pts.
PAZ Y MÉLIA. *Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional:* un t., 5 pts.
PIDAL (D. Pedro José). *Estudios literarios:* dos tomos, 8 pesetas.
PIDAL Y MON (D. Alejandro). *Discursos y artículos literarios:* un tomo, 5 pts.
ROS DE OLANO (D. Antonio). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas.
SAAVEDRA (D. Enrique R. de). *Poesías:* un tomo, 4 pesetas
SCHACK (A. F.) *Historia de la literatura y del arte dramático en España:* cinco tomos, 25 pesetas.
SILVELA (D. Manuel). *Obras literarias:* un tomo 5 pesetas.
SUÁREZ (M. F.) *Estudios Gramaticales*: un tomo, 5 pesetas.
VALDIVIELSO (El M. Josef de). *Romancero Espiritual:* un tomo, 4 pesetas.
VALERA (D. Juan). *Obras.*—Tomo I, *Canciones, romances y poemas:* 5 pesetas. Tomo II, *Cuentos, diálogos y fantasías:* 5 pesetas.—Tomo III, *Nuevos estudios críticos:* 5 pesetas.—Tomo IV. *Novelas: Pepita Jiménez* y *El Comendador Mendoza:* 5 pesetas.—Tomo V, *Doña Luz* y *Pasarse de listo:* 5 pesetas.—Tomo VI, *Las Ilusiones del Doctor Faustino:* 5 pesetas.—Tomo VII. *Disertaciones y juicios literarios:* 5 pesetas.
VELARDE (D. José). *Voces del alma:* un tomo, 4 pesetas.
Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PRENSA.

Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.
Obras de D. A. Cánovas del Castillo, tomo IX. *Problemas contemporáneos*, tomo III.
Obras completas del Duque de Rivas.
Cancionero de la Rosa (manojo de la poesía española), por D. Juan Pérez de Guzmán.
Tratados gramaticales, por D. Andrés Bello, tomo II.

Los pedidos de ejemplares ó suscripciones se harán directamente á la librería de D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
1002053435

Biblioteca Nacional de España